Vicente Garrido Genovés



Cara a cara con el psicópata

Vicente Garrido, el mayor experto en psicopatía de España, escribe un libro absorbente, en el que explica de modo revelador cómo piensa y siente el camaleón, y por vez primera se dedica de modo exhaustivo no sólo a enseñar cómo detectarlo y reconocerlo, sino cómo tenemos que enfrentarlo para salir victoriosos de esta lucha desigual. Garrido nos lleva «cara a cara» con el psicópata y escribe un libro necesario en la preservación de la salud mental ante una de las más grandes amenazas.



Vicente Garrido Genovés

Cara a cara con el psicópata

ePub r1.0
Titivillus 19.03.15

Título original: *Cara a cara con el psicópata*
Vicente Garrido Genovés, 2004

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Lo que más recuerdo son sus ojos. No puedo irme a dormir sin pensar antes en ellos. No por lo que veía en ellos, sino por lo que no tenían, por lo que les faltaba. Detrás de ellos sólo había oscuridad […] una maldad tan pura como una llamarada.

MICHAEL CONNELLY (El Poeta)

Para nuestra madre,
Carmen Genovés, en su ochenta cumpleaños.
Con gratitud y amor de sus hijos.

PRÓLOGO

LA LUCHA DE TODOS Y DE CADA UNO

Cuenta Richard Watson, biógrafo del insigne filósofo Descartes que, al saber éste que su hija Francine estaba gravemente enferma, partió de inmediato de Leiden, donde se hallaba, para ir a su lado. Tenía la niña un exantema por toda la piel y una fiebre muy alta. Falleció unos días después. En una carta escrita un año antes, Descartes se lamentaba de que, a pesar de todos sus conocimientos médicos, era incapaz de curar una fiebre.

Este libro nace de la convicción que tengo de que el conocimiento científico debe resultar útil para la sociedad. No me gusta la idea de estudiar y acumular conocimientos sobre la psicopatía para presentarlos sólo en congresos o escribir textos científicos, y que esta labor no sirva para, llegado el caso, poder ayudar a las personas que pueden ser víctimas de los psicópatas, es decir, odio ser «incapaz de curar una fiebre».

Precisamente, aleccionado por la idea de que una parte muy importante del conocimiento sobre los psicópatas procede de las vivencias de la gente que los trata o los ha sufrido, pronto advertí que, además de estudiarlos en las cárceles, tenía que hacer un esfuerzo por atender a las personas que buscaran mi consejo para hacer frente a sus experiencias con psicópatas que compartían su vida, en el trabajo o en su familia. La razón es obvia: muchos más psicópatas están integrados en la sociedad que marginados de ella en cárceles u hospitales psiquiátricos. Así pues, ¿dónde estudiar mejor a los psicópatas ocultos que en el devenir diario de sus actividades?

Lejos de constituir un mero arquetipo o subgénero en el cine o la literatura, donde muchas veces la psicopatía se presenta a modo de guiñol en un espectáculo para consumo de adolescentes, el psicópata constituye una realidad tangible, un gravísimo trastorno de la personalidad que causa grandes males y descalabros a los individuos y a toda la sociedad. El origen de su estudio científico se remonta a los comienzos del siglo XIX, cuando el gran médico Philip Pinel lo describió por vez primera de un modo extraordinariamente certero:

> No fue poca sorpresa encontrar muchos maníacos que en ningún momento dieron evidencia alguna de tener una lesión en su capacidad de comprensión, pero que estaban bajo el dominio de una furia instintiva y abstracta, como si fueran sólo las facultades del afecto las que hubieran sido dañadas.

Claro está, Pinel sólo tenía acceso, en su consulta del hospital mental, a aquellos psicópatas que, debido a su conducta violenta, habían mostrado una «furia» absurda y dañina para los demás. Pero su diagnóstico fue exacto, al determinar que no había lesión en su capacidad de comprender, sino en sus emociones sociales, de las que parecía carecer. Por ello acuñó la expresión «locura sin delirio» para referirse a los psicópatas: eran «locos» o «maníacos» —esto es, personas anormales— pero «no deliraban», es decir, no mostraban los delirios y alucinaciones tradicionales en los «locos» convencionales.

La tumba de Pinel apenas es ahora reconocible en el gran cementerio parisino donde descansa, como pude comprobar junto a mi colega Marcelo Aebi en la primavera de 2004. A pesar de ser prácticamente el único investigador francés citado internacionalmente en todos los textos actuales de psicopatía, sus compatriotas no parecen recordarlo, ni tampoco su contribución al trato humanitario de los enfermos mentales, cuando se negaba a atarlos por sistema con cadenas. Pero, como digo, su estudio pionero del psicópata no cayó en saco roto, y unos años después, en 1835, el psiquiatra inglés J. C. Pritchard profundizó en esta visión:

> Hay una forma de perturbación mental en la que no parece que exista lesión alguna o al menos significativa en el funcionamiento intelectual, y cuya patología se manifiesta principal o exclusivamente en el ámbito de los sentimientos, temperamento o hábitos. En casos de esta naturaleza los principios morales o activos de la mente están extrañamente pervertidos o

> depravados; el poder del autogobierno se halla perdido o muy deteriorado, y el individuo es incapaz, no de hablar o de razonar de cualquier cosa que se le proponga, sino de conducirse con decencia y propiedad en los diferentes asuntos de la vida.

El psicópata es, entonces, alguien que desafía a todos, que quiere hacer lo que desea a toda costa, sin que importen la vida o la felicidad de quienes se ven afectados por sus actos. A la idea de que se trata de «estúpidos morales», personas que, aun siendo capaces de razonar, se conducían de modo cruel y desafiante, oponiéndose a las normas morales básicas de la sociedad (honestidad, reciprocidad, compromiso), se añadía ahora de modo explícito la imposibilidad de sentir afecto auténtico por cualquiera, como si le fuera difícil o imposible considerarse un ser humano cabal.

Los doscientos años transcurridos han permitido matizar y profundizar en el conocimiento de los psicópatas. Probablemente el desarrollo de las ciencias del cerebro constituirá un instrumento importantísimo para que, en los próximos años, se acelere de modo exponencial ese progreso en diferentes avenidas: en los orígenes del trastorno, en su prevención y en su tratamiento.

Desgraciadamente, ese conocimiento científico no ha servido hasta la fecha para hacer de la psicopatía un problema relevante para la sociedad, salvo cuando en forma de asesino en serie o delincuente ultra peligroso salta al primer plano de la actualidad. Como ha escrito Eduardo Punset, «el grueso del conocimiento científico no ha penetrado en la cultura popular». En lo que respecta a los psicópatas, se ha prodigado más la burda parodia de series interminables de películas y novelas para el gran consumo, que la explicación coherente y sensata del psicópata más cotidiano y real, el que nos saluda en el ascensor o nos entrevista para un empleo.

Y sin embargo, en ocasiones la realidad nos alerta acerca de la importancia de estudiar y prevenir la psicopatía en la vida diaria. Me refiero a taxistas que se hacen pasar por profesores de inglés y asesinan a su novia; a policías que lloran en la tumba de su suegra y esposa cuando días antes las había matado con gran saña; a miles de casos de acoso en el trabajo que responden al perfil del psicópata, a otros tantos en el ámbito de la violencia contra las mujeres. Cuando el psicópata se hace visible es debido a la sorpresa y brutalidad de sus actos, y si bien ahora ya hay profesionales que

llaman a los psicópatas por su nombre en el hogar o en las instituciones, todavía me asombro cuando en casos para mí evidentes de psicopatía entre los políticos nadie acierta a definirlos así, caso de Milosevic o Husein, por citar a los más recientes.

Pero no son el gran problema los psicópatas que salen a la luz, sino los que siguen entre las sombras. Cuando recibo a las personas que vienen a consultarme sus casos me doy cuenta que todo habría sido mucho más fácil si esas ahora víctimas hubieran podido detectarlos previamente. Sé que esto no es sencillo, y en algunos casos es imposible. Sencillamente, el psicópata pudo camuflarse de modo perfecto, y la relación con su víctima o víctimas no permitió el grado de intimidad suficiente para que esa detección hubiera sido posible. Difícilmente los accionistas de un banco pueden saber que el director es un psicópata que está llevando a la ruina a su empresa, o los policías de un país que su director general disfruta de esa condición. Pero quizás si los responsables de elegirlos conocieran este trastorno y fueran precavidos podría ahorrarse mucha vergüenza y sufrimiento para docenas o cientos de futuras víctimas, directas o indirectas.

Esto es mucho más posible en las relaciones íntimas: los malos tratos a mujeres y niños son apenas denunciados en comparación con el número real que existe en una sociedad; igual ocurre con los acosos y agresiones psicológicas en las empresas y organizaciones de variada índole. Aquí la prevención debe descansar en una detección eficaz; primero, por las propias víctimas, que pueden escapar de relacionarse con un psicópata si los observan e identifican, y segundo por las propias instituciones que tiene la sociedad para contrarrestar a los que abusan de los otros, en especial la justicia penal o laboral y los servicios de protección a la familia y la infancia.

Desgraciadamente esta prevención brilla por su ausencia. Al psicópata se le considera algo raro, propio de la industria del entretenimiento. Yo creo, por el contrario, que es un enorme problema social, que nos afecta a todos, a los poderes públicos y a los particulares. A los primeros porque deben velar para que no se infiltren entre sus empleados, especialmente entre los policías y la justicia, pero también entre la clase política. Además, forma parte de sus deberes el prevenir y tratar del modo más efectivo

posible a los jóvenes que manifiestan ya claros indicios de un gran potencial violento y delictivo. Cuando los jóvenes cometen actos psicopáticos sólo se nos ocurre pedir una Ley del Menor más dura, y no vemos que cientos de chicos están desarrollando una personalidad delictiva con claros rasgos psicopáticos, ya desde la escuela.

Pero también la psicopatía afecta a los particulares, porque muchísimos de ellos nunca van a ser neutralizados por ninguna institución social, y van a estar junto a nosotros, cara a cara, queriendo participar de nuestra vida. Por eso digo que la psicopatía ha de ser desenmascarada y, en lo medida de lo posible, anulada en sus efectos perniciosos. Pero eso no es posible sin la lucha activa y consciente de todos y cada uno de nosotros.

Nota: para facilitar la lectura he incluido una serie de explicaciones de índole técnica al final del libro, numeradas y ordenadas por capítulos. De este modo no interfieren en la fluidez de los argumentos y estudio de casos que espero que el lector halle en esta obra.

Capítulo 1

EN BUSCA DEL PSICÓPATA

Cuando se supo que uno de los implicados en la masacre del 11-M era un magrebí que regentaba un locutorio en el barrio de Lavapiés, los vecinos sintieron una enorme sorpresa. Otro marroquí se lamentaba de que alguien que era apreciado por todos hubiera guardado esos propósitos homicidas que tanto dolor había producido a toda España. A su modo, estaba apesadumbrado porque ellos, sus vecinos, hubieran podido tratarle y apreciarle. «¿Cómo saberlo? —se quejaba—. Nosotros sólo podíamos verle su cara; no podíamos ver dentro de su corazón».

La mayoría de los terroristas no son psicópatas, como luego analizaré, pero este lamento acerca de la maldad que esconden los hombres ilustra el peligro de lo invisible; más aún, de la impostura que silencia un propósito de destrucción. El psicópata parece un tipo normal, pero es porque nos fijamos en lo que dice, porque tenemos la voluntad de creer a la mayoría de los que forman parte de nuestro entorno, de modo transitorio o permanente, salvo que tengamos razones poderosas para no hacerlo. Ahora bien, ¿qué sucede cuando la persona no sólo dice que nos quiere o que nos va a ayudar, sino además resulta alguien que nos atrae, pero en sus planes de dominio no somos sino obstáculos o víctimas? Está claro: se convierte en una grave amenaza para nuestra estabilidad emocional, nuestras finanzas, el orden de nuestro pequeño mundo… o incluso nuestra vida.

Uno no puede creer que exista esta gente, prefiere imaginarlo en películas y novelas, para temerle en la seguridad de su hogar. Pero existen, y no sólo como monstruos del crimen, sino como semejantes a nosotros —y que comparten nuestro mundo cotidiano, desde la familia al trabajo, desde el arte a la política— que simulan que nos aman y aprecian, y que creen en las leyes, en Dios o Alá, y que se afanan por ayudarnos y servir a la sociedad…

Alguien así es realmente peligroso, porque puede instalarse en cualquier lugar y tener un poder relevante, un radio de acción que se extiende anónimamente entre muchas personas que se desconocen entre sí, tanto más cuanto más importante sea el puesto que ocupe, en una corporación financiera —y de cuyos manejos pueden salir muy perjudicados miles de accionistas que confiaron los ahorros de media vida—, en la dirección de la policía o en la presidencia de un país (como los ejemplos de Stalin, Husein o Milosevic muestran de forma cruda e irrebatible). Como mínimo, en la vida ordinaria del sujeto corriente, el psicópata le conduce a la desesperación, la depresión y el caos, porque no hay mayor amenaza para quien aspira a querer y ser querido, hacer un trabajo útil y vivir en paz que relacionarse con alguien que, simulando querer lo mismo, pretende en verdad dominarle, sojuzgarle en sus actos y voluntad, al tiempo que él se convierte, ante la mirada atónita de su víctima, en el perdedor y en quien sufre de veras.

Por supuesto, los psicópatas no son los únicos agentes de la maldad y el caos en el mundo; la lista es, desgraciadamente, muy extensa, e incluye a criminales profesionales (del submundo de la navaja y el revólver y de las mafias sin fin que pueblan la Tierra), fanáticos, desesperados, obsesivos y paranoicos, ambiciosos sin escrúpulos… sin olvidar a los débiles e ignorantes al unísono, quienes gracias a esta temible combinación pueden perpetrar, por acción u omisión, actos muy dañinos para su familia o para otros, al no defenderlos de amenazas que eran bien visibles o por tomar decisiones que revelaron al fin su cobardía.

Sin embargo, hay dos cualidades muy particulares —entre otras que iré comentando más adelante— que hacen del psicópata alguien realmente notable, digno de ostentar el título de «el sujeto más dañino del mundo». El

primero es *el ocultamiento y la simulación*: la capacidad de fingir lo que no se es, de aparentar propósitos y emociones que no se poseen. El psicópata es un camaleón humano y, como una vez me señaló una víctima, un «encantador de serpientes». Según las circunstancias, puede aparentar ser un amante abnegado, un padre responsable o un amigo leal. Esta capacidad es tanto más sobresaliente cuanto más integrado esté el psicópata entre nosotros y más anhele su objetivo, si bien le es también muy útil cuando ha de protegerse de los ataques defensivos de sus víctimas. En este ejemplo, tomado de mi archivo personal, vemos con toda claridad este recurso de simulación. La víctima trabaja en una empresa; el psicópata (Andrés) entra a trabajar con ella hace un año, y…

> Poco a poco empiezo a darme cuenta de que mis jefes dejan de asignarme tareas de responsabilidad, para dárselas a Andrés. Él aprendió todo lo que le enseñé con mucha rapidez, y en teoría su labor era la de ayudarme con el trabajo extra que yo no podía hacer, pero más bien estaba ocurriendo lo contrario: él empezaba a gestionar los clientes principales, y yo me estaba ocupando del resto de la cartera […]. Un día le pregunté a Andrés que me explicara «qué estaba pasando», y me dijo que «era algo normal, que los jefes querían saber hasta donde podía llegar, y que no me preocupase». Pero todo fue a peor, porque poco después, como Andrés no trabajaba de verdad sino que fingía hacerlo, puesto que pasaba la mayor parte del tiempo hablando con unos y con otros y adquiriendo muebles y otras cosas para su despacho, fui requerido ante mi superior para explicar «unas graves carencias en mi trabajo que, según había probado contundentemente Andrés, estaban motivando una disminución ostensible de la productividad en mi departamento». Sólo puedo añadir que me confié plenamente ante Andrés, que se ganó mi amistad, y que simplemente no podía entender lo que estaba haciendo. Una vez empecé a atar cabos me propuse explicar de qué modo fraudulento estaba llevando las cosas, y empecé a relatar algunos hechos que yo consideraba que reflejaban el auténtico carácter de este empleado. Ante mi nueva sorpresa, mis superiores me respondieron algo así como «sí, ya Andrés nos comentó de qué modo ibas a tratar de desprestigiarle; y todo por envidia, porque no soportas tener a alguien brillante a tu lado».

Una vez el psicópata alcanza una posición de poder e influencia, alienta con renovada energía su segunda cualidad esencial, su faceta más brutal y egocéntrica, la faz más primigenia de su razón de vivir, que no es otra que *obtener el dominio y el control de su ambiente*. Es ésta su motivación fundamental, debido a que está privado de sentir —cuando el trastorno se manifiesta en toda su extensión— las emociones humanas básicas relacionales, como el amor, la compasión, la amistad o la solidaridad. *Ya que el psicópata no puede establecer una relación auténticamente humana,*

simula que lo hace, mientras busca controlar y dominar las personas y los sitios en los que él se mueve.

Lo que sea «su ambiente» es algo variable, porque depende de dónde esté la víctima o víctimas, y dónde se sienta él más particularmente fuerte; en efecto, aunque *el psicópata lo es en toda su persona*, *y durante todo el día*, en muchas ocasiones canaliza su ansia de dominio hacia un contexto determinado, y en determinados ambientes nada indica que es un sujeto profundamente peligroso. Por ejemplo, el criminal de guerra Mengele, autor de innumerables asesinatos en sus terribles experimentos genéticos practicados con sadismo entre hombres, mujeres y niños, nunca alentó mal alguno a su familia, y recibió su ayuda para escapar durante cuatro decenios de los buscadores de nazis. Igualmente, Harold Shipman, el llamado «doctor muerte» por asesinar a 215 personas —177 mujeres y 44 hombres, de entre 41 y 93 años— mediante la administración de morfina, en sustitución de lo que debieran ser medicamentos benéficos, jamás dio lugar a ninguna queja entre su familia o amistades (el doctor muerte se suicidó en la cárcel en 2003). Por el contrario, el huido de la justicia Antonio Anglés, responsable de la muerte de las tres niñas de Alcácer (Valencia) en 1992, era un criminal temido por todos, incluyendo a sus novias y a su madre, quien debía soportar su ira y exigencias o atenerse a las consecuencias.

No sabemos por qué ocurre esto, por qué algunos psicópatas son implacables con todo el mundo y otros sólo en ciertos contextos. Muy probablemente depende de cuestiones como su necesidad y ansia de ser violentos, su capacidad de canalizar ese dominio en un ámbito restringido o la intensidad de su psicopatía. Ahora bien, es importante que se entienda aquí que cuando menciono que el psicópata puede ser brutal y despiadado en un lugar o ambiente determinado, ello no implica que sea «normal» en los otros ambientes, ya que sus deficiencias y peculiaridades nunca le abandonan, y éstas existen en todo momento. Sólo quiero señalar que *no ha de ser brutal o especialmente dañino en todos los ambientes donde él se relaciona*. Esto es precisamente lo que le confiere una mayor peligrosidad, puesto que ante mucha gente, y al contrario de quienes le están padeciendo, puede tratarse de alguien ornamentado *en apariencia* con numerosas virtudes. Así, si el psicópata restringe su poder destructivo a su propia casa,

su labor comienza con la seducción y manipulación de su pareja, hasta que la consigue afectivamente y pasa a convivir o casarse con ella, momento en que la somete como mínimo a terribles abusos psicológicos, y muchas veces también a golpes y vejaciones arbitrarios y sin número. Los hijos padecerán igualmente la vida miserable impuesta por el psicópata, mientras que los familiares y amigos de la víctima mostrarán muchas veces una ignorancia absoluta respecto a la auténtica personalidad de aquél. Me escribe María Teresa, y me explica lo que sintió cuando se encontró con mi estudio anterior acerca del psicópata, trabajo que le fue remitido por su propio hijo, porque él encontró reflejado a su padre entre esas páginas:

> He estado casada con una de esas personas que ud. describe en su libro *El psicópata* […]. Me casé y solamente cerrar la puerta de nuestra casa, me encontré con un ser desconocido. Jamás lo comprendí, y mucho menos supe el porqué de sus cosas y sus comportamientos, sin embargo sí supe de su falta de sentimientos, por sufrirlo a diario, pues obraba siempre haciendo daño, sin ningún signo de arrepentimiento. Cuando murió me sentí de golpe libre, fue una sensación que me arrebató y empecé de nuevo a ser alguien feliz […]. A los 10 años de casada estuve encerrada en un sanatorio de enfermedades nerviosas durante cinco semanas…
>
> Quiero decirle que era un hombre muy inteligente, aparentemente muy amable y cariñoso, y admirado y envidiado por los altos cargos [en una comunidad autónoma] que desempeñó […]. Todavía hoy voy a homenajes y me dan medallas en su honor.

En otros casos el psicópata ansía el poder en su propio lugar de trabajo, pero no es un control que nace del deseo de perseverar en la excelencia laboral, sino de su innato apetito por lograr siervos y acólitos entre sus subordinados, pero también entre sus compañeros y colaboradores, ya que su plan de conquista exige siempre ampliar su radio de influencia, a modo de perímetro de protección construido mediante la manipulación y las amenazas. Y cuando los responsables de la empresa son avisados por las víctimas o por observadores perspicaces de la auténtica naturaleza de este sujeto, suele ser una acción tardía, porque aquéllos han sido ya intoxicados y engañados por éste, de forma tal que no sólo el psicópata no es amonestado o despedido, sino que, al contrario, muchas veces resulta premiado con nuevos salarios aumentados y promociones laborales. El ejemplo de Andrés, páginas atrás, refleja bien este cáncer de las empresas, pero hay innumerables ejemplos, como expondré en el capítulo siguiente,

dedicado a mostrar la actuación del psicópata en los diferentes sectores de la sociedad, incluyendo las relaciones afectivas y la política.

No olvido que la gran popularidad de este personaje se debe a su papel relevante en las novelas y películas de misterio que describen a enigmáticos e inteligentes asesinos seriales, así que también me ocuparé, como es lógico, de presentar al psicópata asesino y, más ampliamente, al tipo criminal o antisocial/delincuente. Es cierto que el psicópata, como el delincuente más peligroso y reincidente, es una realidad avalada por una investigación muy sólida en Criminología, y defraudaría a muchos lectores interesados en este ámbito si no me detuviera unas páginas en explorar su mundo y su psicología. Sin embargo, este libro pone el énfasis en las relaciones personales, y si me interesa analizar el crimen en el psicópata es bajo la óptica de demostrar cómo pueden convertirse en asesinos aparentando una normalidad e incluso una felicidad del todo familiar.

Sin embargo, es muy importante recordar que el crimen y la violencia delictiva no es una condición necesaria de este trastorno, sino sólo de una parte muy pequeña de los que lo padecen, aquella que precisa satisfacer la motivación fundamental —el dominio— mediante actos de gran crueldad y violencia, como es el caso de violadores, asesinos en serie, asesinos profesionales o muchos de los atracadores más violentos. No obstante, es mi convicción que una violencia real y muy destructiva, pero muy oculta en los tejidos sociales, como el maltrato a mujeres (y a hombres, aunque en menor número) y a los niños, así como a los ancianos, es producto de psicópatas integrados, de miembros no considerados «delincuentes» o «criminales» de nuestra sociedad.

¿Quién o qué es un psicópata?

La psicopatía es un trastorno gravísimo de las emociones y los sentimientos de un individuo, que afecta también al razonamiento o juicio, en la medida en que éste difícilmente puede ser profundo y sensato si no viene arropado por el aprendizaje emocional que nos acompaña a lo largo de la vida por el mero hecho de acumular experiencias. Descrito en los

primeros tratados psiquiátricos del siglo XIX como «alguien que está loco pero que no delira», o un «loco moral», lo esencial del psicópata ha sido mostrar un comportamiento que no reconoce otra ética que la propia, libre de inhibiciones y frenos que a los demás nos impiden aprovechar nuestra ventaja o fuerza para obtener bienes materiales o una posición de privilegio.

Así es: el psicópata actúa para obtener aquello que le place, sin que los daños que haya de infligir a sus familiares o compañeros de trabajo le incomoden, o en el caso de un criminal, los sufrimientos y lesiones (cuando no la propia muerte) que impone a sus víctimas.

Aquí vemos el significado de la «locura moral»: el psicópata está «loco» en el sentido de que no actúa como hace todo ser humano, sometido a unas normas y principios que se adquieren en el seno de la sociedad, a través de los años de aprendizaje en la familia, la escuela y en compañía de otros niños y adultos, sino que desafía toda ética y se arroga el derecho de inculcar toda ley, porque él está por encima de cualquier cosa que le coarte o le imponga obligaciones. Quizá se objete que todos los delincuentes habituales desdeñan las reglas y quebrantan las leyes, y que por ello habría que considerarlos psicópatas si fuera éste el criterio a considerar; sin embargo, he de hacer notar que los delincuentes no psicópatas sienten amor y compasión ante muchas (o al menos algunas) personas, y han de buscar justificaciones elaboradas para proteger su estima personal de la conciencia que les exige arrepentimiento de sus delitos. A diferencia de éstos, los psicópatas son locos o *estúpidos morales* (en la expresión que luego emplearé) en tanto que no se vinculan a nadie, en tanto que no son capaces de verse afectados por el dolor y la miseria que provocan por sus acciones.

Éste es el meollo de todo este asunto: el psicópata ve la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal, pero no se siente incumbido por ello, a él le da lo mismo, está por encima de las exigencias de respeto y trato humano que se nos impone por el mero hecho de nacer personas y de crecer en una sociedad. Es por esta causa que decimos que el psicópata «no tiene conciencia», es decir, que no se ve asaltado por la comezón de la culpa si transgrede las normas de convivencia que todos asumimos (ser honestos, al menos en los asuntos más importantes; tratar con respeto a las personas; no

agredir salvo en defensa propia o de los allegados; ser compasivos ante el sufrimiento ajeno, etcétera).

¿De dónde viene está falta de conciencia, esta «estupidez moral»? Para explorar esto tenemos que regresar a lo apuntado al inicio: hay una carencia muy importante en la vida afectiva de este sujeto. Simplemente, las emociones que nos sirven a todos para sentirnos miembros de la misma especie o género humano, como el cariño, la piedad o el amor, no se desarrollan, o lo hacen de modo deficiente. El resultado de esto es que el sujeto, a la hora de reflexionar o tomar una decisión, no cuenta con la información emocional que toda persona posee cuando ha de utilizar su razonamiento. Por ejemplo, en marzo de 2003 se supo que el famoso bailaor flamenco Juan Manuel Fernández Montoya, *Farruquito,* había al fin declarado ante la policía que él era en verdad la persona que había atropellado y matado a una persona el año anterior y luego dado a la fuga. Mal aconsejado, dijo en su momento que el que conducía el automóvil era su hermano menor, y no él, pero la policía al fin descubrió la verdad, y procedió a inculparle. Si le damos el beneficio de la duda, el bailaor sevillano vivió un calvario: era culpable de haber matado a alguien, y además no se detuvo, lo que incrementaba la gravedad de su ofensa ante la sociedad. Desde luego, esto no obrará consuelo alguno en la viuda de Benjamín Olalla, el hombre fallecido por el atropello, que con toda la razón exige que caiga el rigor de la ley sobre el conductor que actuó tan temerariamente, pero lo relevante aquí es subrayar que cuando se tiene conciencia se sufre si uno la viola con sus actos.

Este hombre vivió la angustia de haber desafiado a su conciencia, al infringir unas normas que él aprendió de pequeño: «no harás daño a la gente», «no matarás». Este aprendizaje fue posible porque *Farruquito* desarrolló un mundo emocional que asoció a unas normas, a una ética: él se encontraría bien en la medida en que las respetara, porque las aprendió de boca y gestos de gente que le quería y le cuidaba (su familia). Así desarrollamos todos una conciencia, aprendiendo que hay un código de conducta que debemos respetar si no queremos ser alejados de los que amamos, y si —en última instancia— no queremos odiarnos a nosotros mismos.

Psicópatas integrados y criminales

Ha de quedar claro, antes de seguir, que el psicópata puede ser alguien que no tiene por qué ser un criminal, un delincuente; es el caso de la mayoría de ellos: gente integrada que manipula, que no puede relacionarse de modo pleno con la gente, que ha de aprender a moverse sin entender los sentimientos… Algunos (categoria A) pueden llegar a exhibir su psicopatía si la sociedad les reconoce genio o autoridad artística, y entonces pasan por ser trofeos y musas del espectáculo o la industria de la cultura (Andy Warhol; Picasso). Por otra parte, hay psicópatas igualmente integrados que sí son criminales o delincuentes ocultos: son agresores de mujeres, violadores desconocidos, asesinos en serie. Tony King —el presunto todavía asesino de Rocío Wanninkhof y Sonia Carabantes— y Alfredo Galán —el asesino de la baraja— tienen muchas papeletas para representar esta categoría, pero también miles de delincuentes que nunca saldrán a la luz (grupo B). Cada año hay aproximadamente 100 homicidios que no se resuelven; estoy convencido de que una parte importante de ellos son obra de psicópatas: unos, malhechores habituales, enfangados en bandas y en negocios sucios, pero otros son personas que no aparentan ser capaces de actos de esta naturaleza. Un tercer tipo de psicópatas integrados lo constituyen los políticos psicópatas que ostentan el poder y que claman para sí los más altos honores y metas, para verse conducidos más pronto o más tarde al sumidero de los genocidas o los criminales de guerra (Trujillo, Bokassa, Stalin, Milosevic, Husein y sus hijos, en especial Uday, el primogénito), y en algunos casos ante los tribunales de justicia que juzgan crímenes contra la humanidad. Jefes de policía, ministros y otros secuaces que ocupan cargos cuando gobierna el psicópata también entrarían en este grupo C (grupo C).

Por consiguiente, dos tipos de psicópatas integrados pueden dejar de serlo y salir a la luz de la violencia auténtica que albergan, en tales casos pasan a convertirse en psicópatas criminales o delincuentes, e ingresan en la subcultura de la prisión y en el mundo de las personas marcadas por su condena. Éste es el ámbito inicial de los otros psicópatas, de los que han crecido mediante el desafío constante a la autoridad, siendo más astutos y

brutales que los demás. De entre los criminales habituales son los más despiadados y reincidentes, los que abarcan mayor variedad de actividad delictiva, los que ponen en jaque a los responsables de la policía y de las cárceles que los albergan; son los que empezaron a más corta edad y los que terminarán más tarde su carrera criminal. La figura 1.1 ilustra esta clasificación.

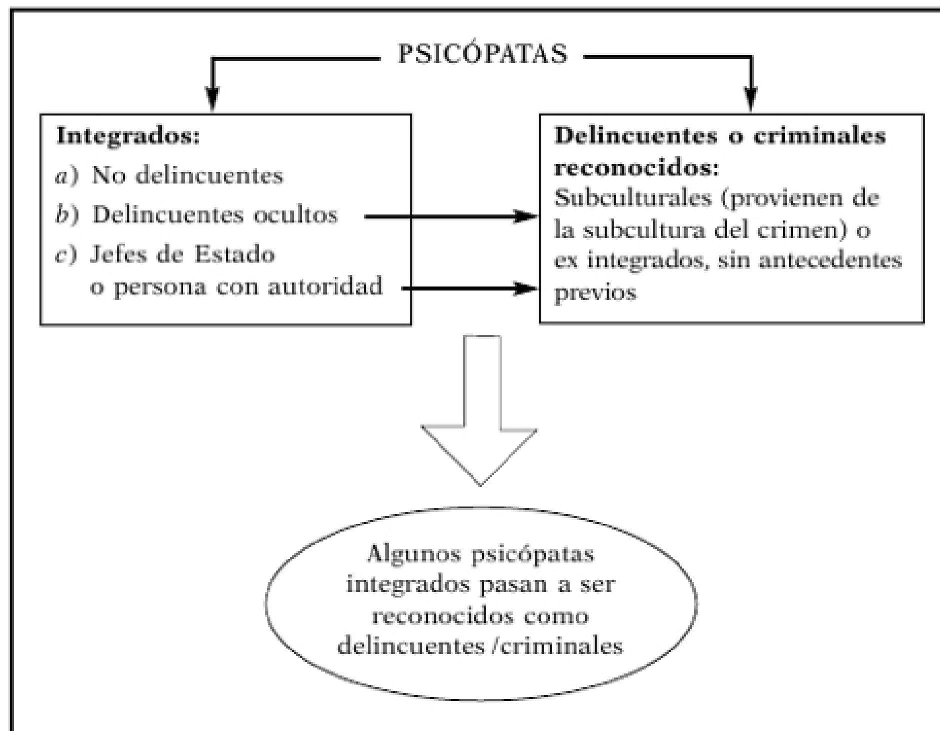


FIG. 1.1. *Clasificación de los psicópatas*.

Un tipo especial de trastorno de personalidad

En psicología el trastorno de personalidad es definido como una perturbación relativa a uno mismo, a los otros y con respecto al ambiente que es crónica, evidente desde la infancia y la adolescencia y persistente durante la edad adulta. Los rasgos de una personalidad trastornada son rígidos e inflexibles, y resultan desajustados en el ambiente del sujeto, es decir, el individuo tiene una tendencia a actuar, a pensar y a sentir que se

mantiene estable a lo largo del tiempo, los lugares y las personas, y que acaba por crearle problemas o sufrimiento.

Lo que diferencia al psicópata de otros trastornos de personalidad es su sintomatología, los rasgos que presenta, y el hecho de que disfruta haciendo lo que hace. Ésta es una gran diferencia. Alguien que evita a la gente, que teme relacionarse con los demás como parte de un trastorno de personalidad no está feliz por actuar así; lo lamenta, aunque acabe adaptándose para sobrevivir. En cambio, el psicópata no ve razón alguna para cambiar: ¿no es acaso él un tipo superior, alguien especial? Y, sí: desde el punto de vista de la relación con los demás, los psicópatas son arrogantes, superficiales, engañosos y manipuladores; en el mundo afectivo, sus emociones son huecas, sin profundidad y volátiles, son incapaces de desarrollar vínculos sólidos con la gente, y carecen de empatía, ansiedad o sentimientos de culpa; y desde el plano de la conducta, son irresponsables, impulsivos, buscadores de sensaciones y predispuestos a la delincuencia.

Mientras que la mayoría de los pacientes psiquiátricos graves sufren de un serio deterioro de las funciones mentales, los psicópatas demuestran que puede existir una perturbación de funciones específicas como la voluntad o la emoción, sin que resulte dañada la capacidad de razonar. Las expresiones «locura sin delirio», «monomanía», «locura moral» y «locura lúcida» fueron empleadas a lo largo de los dos siglos pasados para describir tal condición.

Una visión global de los principales rasgos del psicópata aparece en la figura 1.2, tal y como son medidos por la Escala de Calificación de la Psicopatía (versión reducida) de Robert Hare. A continuación nos acercamos más al psicópata, y describimos sus atributos más reveladores. Para tal fin, dividiremos la exposición en cuatro grandes apartados: la imagen del psicópata y sus relaciones interpersonales, el mundo de los afectos, la conducta impulsiva e insensata, y la actividad antisocial y delictiva.

1. Superficial	7. Impulsivo
2. Grandioso	8. Sin autocontrol
3. Engañoso	9. Sin metas propias
4. Sin remordimientos	10. Irresponsable
5. Sin empatía	11. Conducta antisocial en la adolescencia
6. No acepta la responsabilidad de lo que hace	12. Conducta antisocial en la edad adulta

FIG. 1.2. *Rasgos del psicópata según la Escala de Calificación de Robert Hare (PCL-SV).*

La imagen y relaciones del psicópata

En este apartado nos ocupamos de los tres primeros rasgos: «superficial», «sentido desmesurado de la propia valía» (grandioso) y empleo de mentiras y engaños.

El rasgo «superficial» señala que el psicópata busca encandilar y seducir a la persona que tiene delante; este encanto, sin embargo, es artificioso para un observador precavido. Pero es necesario reconocer que puede causar una buena impresión en los demás, y para ello emplea diferentes estrategias. La primera es simular emociones que no tiene, que no puede sentir (amor, amistad sincera o sentimiento de culpa). La segunda es contando historias que le dejan en buen lugar, aunque sean notablemente falsas o exageradas. La tercera estrategia es hallando excusas fáciles que le pongan al abrigo de reprobaciones o sanciones. La más habitual de todas es, quizás, en casos penales donde la opinión pública ha sido noqueada por la brutalidad del crimen, la de que el autor está enfermo, por ello no es responsable de nada.

El caso de José Rabadán, el chico de 17 años que mató en el año 2000 con una catana a sus dos padres y a su hermana afectada de síndrome de Down, pone de relieve la facilidad con que los autores creen que pueden convencer a los jueces y a la sociedad. Con motivo de una fuga que protagonizó unos años después de ser condenado a seis años de internamiento terapéutico, Rabadán escribió a la jueza responsable de su caso:

> Señora: quiero expresarle mediante esta carta lo que fue un antes y lo que desgraciadamente está llegando a ser un después. Antes de que sucediesen los hechos por los cuales me encuentro aquí recluido era un joven prometedor, digamos… para la sociedad: se me educó desde que nací con buenas costumbres, jamás conocí el mundo de la delincuencia, la droga o la maldad […] Me relacionaba de manera extrovertida en la comunidad en la que vivía y tenía lo que considero más importante de todo lo que he perdido en estos años… una gran familia […] Así fue antes… pero llega el después, y eso es otro mundo: la caída del cielo al infierno, el despertar de una triste existencia, y un nuevo corazón, destrozado, eso sí, por la injusta injusticia de no haber nacido perfecto… *una nueva enfermedad (curable y tratable)* y dos nuevos sentimientos: la soledad y el arrepentimiento (la cursiva es mía).

Rabadán maneja con gran soltura el sentimentalismo fácil, y aprovecha bien el diagnóstico del psiquiatra de la defensa («psicosis epiléptica») para escabullirse de la responsabilidad, y pasar luego a lo que, según mi opinión, es el auténtico motivo de la carta: protestar porque ahora, después de la fuga, ya no le dan permisos; no en balde, su enfermedad es muy grave, sí, pero es «curable y tratable»:

> Yo a esto, señora, le llamo mala vida. No es la clase de vida que mis padres (en paz descansen) hubiesen deseado para mí. No es la clase de vida que he mamado desde la infancia; la vida, esa buena vida con la que crecí en el seno de una buena familia, vida de la que, por desgracia, muy a pesar mío, privé a mi familia y a mí mismo —*a causa de una enfermedad*— en un funesto y trágico día, día que ha marcado mi existencia y soldado la misma a la pérdida y el lamento, a los antidepresivos y a las pastillas para dormir (la cursiva es mía).

Bien, lo cierto es que los periodistas Manuel Marlasca y Luis Rendueles, en su riguroso y revelador libro *Así son, así matan*, explican que Rabadán estaba muy preocupado con la idea de volver a repetir curso por tercera vez, y se hallaba entre la espada y la pared: o hacer el ridículo entre sus compañeros o trabajar de forma extenuante junto a su padre, un camionero que le había consentido la catana y otras armas blancas. Así, en su diario escribió:

> No puedo, no puedo, no puedo, no puedo, una y otra vez me lo repetía para concienciarme de que no debía volver al instituto. Analizando una noche los motivos de mi pensamiento llegué a la conclusión de que no volvería por la vergüenza que pasaría con mis compañeros, serían tres años repitiendo el mismo curso, por Dios, era algo impensable para mí, y es que en realidad sabía que si volvía me hubieran tratado mal. Sí, como ya habréis pensado era verano y claro, a mi padre no le iba a decir que quería dejar el instituto porque me hubiera puesto a

> trabajar con algunos albañiles edificando casas, porque él decía que estaba hecho un cabrón trabajando y que no quería que yo pasara por su misma situación.

La cuestión es que Rabadán quiere escapar de esa trampa. Unas semanas atrás, antes del asesinato múltiple, se había fugado de casa durante unas horas, y había probado lo que era vivir sin ataduras y responsabilidades. Había escrito: «Me entró esa sensación que llamo libertad… y nuevas fuerzas salieron de mi cuerpo diciendo: soy un hombre, soy un macho, la vida es mía». Y cuando la policía lo interrogó poco después de haber matado a su familia —en esas horas cuando los asesinos jóvenes inexpertos son más vulnerables a la verdad, por verse en un ambiente que desconocen— explicó con toda nitidez en qué consistía su «enfermedad»:

> —¿Desde cuándo tenías pensado matar a tu familia?
>
> —Desde una semana y media antes me estaba pensando qué pasaría si mataba a toda mi familia. Le di vueltas a esa idea hasta el viernes, que decidí matarlos.
>
> —¿Por qué lo hiciste?
>
> —Pensé en cómo me iría la vida si no estuvieran mis padres y mi hermana y esa idea la fui madurando hasta que el viernes vi la idea de forma positiva, en el sentido de que sería bueno para mí y mi familia. Para mí, porque cambiarían las circunstancias de mi vida, y para mi familia, porque así terminaría con el sufrimiento cotidiano del trabajo, los disgustos de la familia, mi hermana que padece síndrome de Down…

En otro momento del interrogatorio, comentó que mató a su familia «porque quería estar solo, tener nuevas experiencias, vivir otras cosas». ¿Y por qué no te fuiste sin más?, le preguntó un comisario. «Porque mis padres siempre me hubieran encontrado». Y cuando pensó en matar a sus padres, se lo dijo a un amigo suyo, con el objetivo, según sus palabras, de «obligarme, de ejecutar el plan que tenía decidido». No afirmo que Rabadán sea un psicópata, no lo estudié personalmente, pero fui consultado para el caso y tuve siempre la impresión —que otros profesionales compartieron— de que el trastorno de este chico de Murcia tenía más que ver con la psicopatía que con la psicosis, epiléptica o de otro tipo.

Por otra parte, cuando la seducción y el lamento no dan resultado, no es extraño que en otras ocasiones, si la circunstancia lo requiere, el psicópata pretenda ser alguien muy «duro» y hostil, con el fin de achantar e intimidar

al que cree que no puede seducir o convertir en aliado. ¿Qué sucede si el psicópata es confrontado con sus mentiras o puesto en entredicho por las inconsistencias de sus historias? En tal caso intentará zafarse, cambiar la conversación, interrumpirla o buscará minar la credibilidad de su adversario, insultándole o calumniándole. La víctima de Andrés, el psicópata en la empresa expuesto al comienzo de este capítulo, me señaló este revelador aspecto del proceder de su antiguo colega: «Cuando recurrí a un par de compañeros, a los que creía buenos amigos, me llevé la sorpresa de que me dijeron que, lamentándolo mucho, no podían meterse en algo que nos "concernía a él y a mí". Yo sólo quería que hablaran con los jefes de unas cosas que habían observado en el comportamiento de Andrés, y que hablaban a mi favor, pero se negaron. Luego, meses más tarde, supe que Andrés les había hecho una visita, y les había dado un aviso muy claro: yo era "un caballo perdedor", y si se equivocaban de bando él se encargaría de que sus referencias laborales fueran nefastas, una vez que estuvieran "en la puta calle". Así de claro».

El rasgo de «sentirse superior» a los demás es también muy definitorio de la personalidad psicopática; aquí apreciamos fanfarronería, una cháchara fácil, una seguridad a prueba de bombas y en las conversaciones parece que sabe de todo con total certeza. Si el sujeto está en la cárcel sorprende al interlocutor su gran ego y sensación de éxito, considerando que está entre rejas, pero pronto le explica que tal hecho es algo «transitorio», y que cuando salga tendrá una vida excepcionalmente brillante, tal y como él se merece.

Está claro que alguien que se cree por encima de los demás no va a tener reparos en engañar y manipularlos, para eso son ciudadanos inferiores a él. Este rasgo de «embustero» y «manipulador» se ve facilitado por su capacidad de fingir y adoptar diversas imposturas, como antes indiqué.

Las emociones y la conciencia

Tres rasgos definen también las experiencias afectivas del psicópata. El primero es la ausencia de culpa, razón por la que se designa a este individuo

como alguien «sin conciencia». No es que desconozca que lo que ha hecho es ilegal, dañino o inmoral, es que, sencillamente, ese asunto está más allá de sus intereses. De ahí que, si es sincero, explique que «era lógico» hacer lo que hizo, y que no le preocupa lo que haya sufrido su víctima.

Se entiende que esta ausencia de remordimientos o sentimiento de culpa está anclada en una gran incapacidad para sentir las emociones sociales o humanas fundamentales, aquellas que nos permiten construir una vida comprometida con los sueños y pesares de nuestros familiares, amigos u otras personas de nuestra sociedad y aun de otros países a los que, por nuestros valores, nos sentimos comprometidos. Ésta es la razón por la que los psicópatas son descritos habitualmente como «fríos», porque parecen desconectados de las emociones que, en una situación dada, debería poder sentir.

El caso del pederasta belga Marc Dutroux, que se está viendo en la sala de justicia cuando escribo estas líneas, puso en evidencia esa característica anomalía del psicópata. Dutroux, que se enfrentaba en esos momentos a cadena perpetua por haber raptado y violado a seis niñas y jóvenes entre 1995 y 1996, y haber matado a cuatro de ellas, tuvo que sorprenderse cuando una de las chicas supervivientes que testificaba ante el juez, Sabine Dardenne, le pidió permiso para hacerle una pregunta al acusado. Sabinne, cuando hace esa petición al juez, tiene 20 años, pero cuando Dutroux la secuestró tenía sólo 12, y se dirigía en bicicleta al colegio. Tuvo que soportar durante tres meses las vejaciones sexuales, el frío y el hambre que eran la norma en el *zulo* que Dutroux tenía habilitado para realizar sus deseos insanos; la misma habitación escondida de su casa donde ya habían muerto otras cuatro niñas. Pues bien, esa niña ahora mujer mira de frente al monstruo y le pregunta: «Si yo tenía un carácter tan difícil como dice, ¿por qué no me mató?» Dutroux respondió con voz grave y fría: «No pensaba hacerlo». Y mirando al tribunal: «Reconozco haber abusado de ella, pero no pensaba matarla». Sabinne dijo que no le convenció la respuesta de Dutroux.

Es esta la tragedia del psicópata: sin emociones reales de amor, plenitud o felicidad, empatía (ponerse en el mundo afectivo de otra persona, sentir lo que siente el otro), tristeza y vergüenza y culpa, no es posible vincularse

con nadie de forma cabal y sincera, y no es posible, por consiguiente, sentir remordimientos, porque para sentirlos antes hemos necesitado establecer esos lazos con la gente, tal y como hicimos de niños con nuestros padres.

De este modo se escribe el drama en el que viven todos los que participan de modo importante del círculo de relaciones del psicópata, porque éstos, sin saberlo, han de tratar con alguien que no tiene emociones, que las simula, que finge que las tiene para poder utilizarlos a su antojo («sin empatía»). Es la cosificación: el modo en que el sujeto afectado de psicopatía establece la relación con los demás es buscando siempre su beneficio personal, y puede hacerlo muy fácilmente porque no tiene el freno de la conciencia ni vive el dolor que causa por sus actos. Es inútil, por consiguiente, pedirle responsabilidades por su conducta; él no las acepta —tercer rasgo de este apartado—, y siempre tiene una explicación para lo inexplicable, o bien la mala fortuna o, lo que es peor, la propia conducta del perjudicado, que provocó la misma violencia que sufrió. Porque —nos explica con total seriedad— él es realmente la «auténtica víctima».

La impulsividad y la falta de sentido común

Como tendremos ocasión de ver en este libro, muchos psicópatas actúan sin pensar en las consecuencias, bajo el deseo del momento de lograr algo o de sentirse muy bien, sin otras consideraciones. La impulsividad hace que cambien o pierdan el empleo con frecuencia, que se aburran y que quieran vivir sensaciones «fuertes», aunque ello suponga un riesgo para ellos o los demás, como conducir a gran velocidad o en sentido contrario a la dirección de la vía. Esta necesidad de cambio permanente dificulta que adquieran una formación sólida, y se suma a su pobreza afectiva para malograr las relaciones auténticas con la gente, algo que requiere tiempo, paciencia y tolerancia a la frustración.

Esta impulsividad tiene mucho que ver con la percepción que muchas personas tienen de los psicópatas como gente «sin sentido común o sensatez», es decir, que hacen cosas irresponsables y fuera de lugar. Porque, en efecto, el mejor modo de llevarse un disgusto es confiando en que el

psicópata cumplirá con sus palabras u obligaciones, y así, comprobaremos atónitos que dejan de pagar pronto sus pensiones a los hijos (o las condicionan a que realicemos determinadas concesiones no previstas, de las que ellos salen muy beneficiados), de cumplir en su trabajo (que no hace mucho, según decía, le ilusionaba y le «iba a permitir demostrar quién es») o de hacerse cargo de sus tareas de padre o marido. Si se encargan de la tesorería de un club social o deportivo, pronto habrá irregularidades, y si esperamos que, tal y como quedamos, haga su parte en un trabajo que llevamos a medias, mejor será que busquemos otro modo de que se lleve a cabo…

Finalmente, la ausencia del sentido común brilla también en la ausencia de metas realistas. Simplemente, cuando uno contempla la vida del psicópata con una cierta perspectiva, vemos que no va hacia ningún sitio definido, aunque interrogado acerca del particular pueda dar explicaciones fantásticas sobre las cosas que va a lograr o el lugar que va a ocupar en tal empresa o sociedad. Esta ausencia de metas se asocia muchas veces a un estilo parásito de relación, en el que abusa de los otros para disponer de dinero o facilidades para sus placeres y aficiones. Es como si la noción del «mañana» o del «porvenir» no tuviera sentido real para él, y por ello tal motivo para reflexionar sobre la idoneidad del comportamiento presente (que se concreta en la pregunta: «¿voy a algún sitio con el estilo de vida que llevo?») careciera de interés alguno. El capítulo 3 profundiza en la idea del comportamiento «estúpido» del psicópata, junto al de ciertas víctimas potenciales.

Conducta antisocial y delictiva

Finalmente, existe un cuarto rasgo habitual en el psicópata: su capacidad para la violencia, y para burlar las leyes y cometer delitos. En cuanto a lo primero, otra faceta del poco sentido común la encontramos en la rapidez con que muchos de ellos pierden los estribos, y se meten en peleas o abusan del alcohol o las drogas (esto es, un deficiente autocontrol). Vemos, incrédulos, que maltratan física y/o psíquicamente a sus colegas de

trabajo o pareja, y casi siempre sin que haya una razón vislumbrable (que no justificación) que pudiera explicar esos actos. En ocasiones reaccionan con rabia intensa y súbita, y poco después se olvidan de ello con la misma rapidez con que perdieron la compostura.

Uday, el hijo primogénito de Sadam y muerto en la guerra de Irak, representaba a la perfección esa característica de los psicópatas que pueden hacer ostentación de su poder debido a la tiranía que protege todos sus pasos. Latis Yahia, el «doble» de Uday, cuyo trabajo consistía en arriesgarse para que el consentido primogénito no fuera asesinado, revela que, además de presenciar cómo Uday ordenaba y participaba en múltiples torturas y violaciones, una vez casi fue muerto por su propia mano. A mediados de 1991 Uday le disparó, víctima de un arrebato, en el transcurso de una pelea en el hotel Meliá Mansour de Bagdad. Yahia sólo resultó herido en un hombro, y poco tiempo después aprovechó una oportunidad para huir.

Como señalé en un apartado anterior, los psicópatas pueden no ser delincuentes; muy probablemente harán víctimas de la aflicción a los que conviven o trabajan con él, pero no han de ser criminales. Sin embargo, de entre los delincuentes, los psicópatas son los más dañinos, reincidentes y violentos. Empiezan mucho antes a saltarse las normas, a desafiar a los padres y maestros, y pronto se hacen un nombre entre los profesionales del sistema de justicia juvenil. Hoy en día creemos que la psicopatía se manifiesta ya en edades tempranas, cristalizando progresivamente en las características que, en la edad adulta, definirán una personalidad psicopática consolidada. Ahora bien, para el desasosiego de todos, en los últimos años estamos observando delitos que se ajustan a psicópatas juveniles, o incluso son realizados por niños, y esta presencia tan temprana de los rasgos de la psicopatía debe servir para reflexionar profundamente sobre el tipo de sociedad que queremos tener en el futuro cercano. Los siete jóvenes de Barcelona que en el año 2002 agredían a indigentes y grababan las palizas para luego reírse y disfrutar mientras bebían y comentaban «las secuencias más divertidas» es sólo un caso de tantos que asoman cada día a los medios de comunicación. El juez, indignado de lo que pudo ver en las cintas requisadas, escribió en su resolución de encarcelamiento de tres de los detenidos que se trataba de un comportamiento «degradante», que suponía

un «brutal menosprecio a los seres humanos», y calificó los hechos de «una transgresión de la condición humana». Y sí: el psicópata es perfecto para mancillar la condición humana, ya que no se siente miembro de ella en absoluto. Los jóvenes tenían entre 18 y 20 años, y entre ellos había un estudiante de ingeniería y otro que estudiaba para protésico dental; otros eran bachilleres o trabajaban en diferentes profesiones. Ninguno era un «marginal», un delincuente habitual, alguien del que se espera ese tipo de cosas. Y eso produce mayor inquietud: imaginar a un estudiante de universidad golpear por las noches a un indigente, prender fuego a sus harapos y burlarse cruelmente de él, mientras pregunta a su grupo: «¿Lo estás grabando…?». «¡No te pierdas esto…!».

En resumen, los psicópatas no tienen por qué ser delincuentes (ni, mucho menos, asesinos en serie, como nos muestran las películas), pero es claro que cuando el sujeto no ha crecido en un buen ambiente donde ha aprendido a canalizar sus deseos de control de modo no ilegal, tiene muchas probabilidades de serlo. Por desgracia, la criminología nos muestra que incluso personas que nacen en buenos ambientes pueden sentir un deseo de poder que les lleva al crimen, la extorsión o al robo de grandes dimensiones. Hay veces que la necesidad de explotar a los otros supera cualquier freno, educativo o procedente de unos buenos padres o una clase social acomodada. El joven de familia bien que se ríe con la vejación a la que somete a otro; el psicópata que monopoliza un gran banco y defrauda a miles de accionistas; el que asciende en un gobierno y lo daña de modo grave; el empleado que asesina a mujeres sin que su trabajo se resienta, o el soldado que mata al azar a civiles para sentirse una persona reconocida y con poder, son ejemplos de psicópatas integrados que se deslizaron hacia el delito y el crimen sin que nada en su ambiente pudiera predisponerles gravemente a ello. Simplemente, no sabemos por qué estas personas desarrollaron esa tendencia hacia el mal.

Los impostores y los psicópatas

El diccionario de María Moliner nos da dos acepciones de «impostor». La primera lo considera como alguien «mentiroso», y la segunda lo entiende como un suplantador, es decir, «el que engaña haciéndose pasar por lo que no es o por alguien que no es». Es obvio que la segunda acepción incluye a la primera, puesto que para hacerse pasar por lo que no se es es necesario mentir, engañar, convencer a otros de que aquello que yo aparento es, al mismo tiempo, lo cierto, algo que responde a una realidad.

La impostura no es algo extraordinario en la vida de las personas, sino que más bien todos deseamos ofrecer una imagen que aumente, ante los ojos de quienes nos contemplan, nuestro valor y competencia. Estas pequeñas trampas persiguen que nos podamos mostrar como lo que no somos, y ni siquiera los intelectuales o sesudos profesores de universidad están libres de esta pretensión, tan humana, como nos enseñó el investigador Alan Sokal al poner al descubierto las mentiras y argumentos chapuceros esgrimidos por supuestos grandes hombres de la cultura para consolidar su prestigio.[1]

Y como cualquier otra conducta que provea beneficios, es fácil hallar antecedentes en la historia de los hombres ilustres. Por ejemplo, uno de los más recientes biógrafos del gran filósofo Renée Descartes ha escrito que «Descartes proclamó piadosamente y, sí, religiosamente, que su objetivo en la vida era la busqueda de la verdad; aunque, en la práctica, estaba más que dispuesto a difundir falsedades siempre que fuesen beneficiosas». Sería prolijo —e innecesario— sacar a colación aquí otros antecedentes de falsedad notoria entre los intelectuales, ¡tantos hay! «Los cinco hijos abandonados por el autor del *Émile* [Jean-Jacques Russeau], bellísimo tratado sobre la educación de los hijos, nunca supieron que su padre era un eximio adalid de la mejor pedagogia», escribe con ironía el antropólogo español José Antonio Jáuregui.

Pareciera que la impostura y la psicopatía deberían ir de la mano, según la descripción efectuada de este trastorno páginas atrás. Sin embargo, se hace necesario diferenciar al impostor «profesional», que hace de su vida algo nuevo a través de la impostura, del *psicópata que emplea la impostura* para lograr sus fines. Uno de los casos más espectaculares y sobrecogedores

de crimen múltiple de los últimos años nos servirá para profundizar en esta discusión.

El adversario

El 9 de enero de 1993, Jean-Claude Romand mató a su mujer Florence, a sus dos hijos de corta edad, Antoine y Caroline, y a sus padres, e intentó, aparentemente, darse muerte, sin que llegara a conseguirlo. Él había dejado una nota en su coche en la que se acusaba de los crímenes, asegurando además que todo lo que se creía saber de su carrera y de su actividad profesional era un puro engaño. Durante 18 años dijo que era médico, y que ocupaba un alto cargo en la Organización Mundial de la Salud (OMS) en Suiza, lo que no era verdad en ninguno de los dos casos: nunca llegó a pasar segundo curso en la facultad de medicina, ya que no se presentó a los exámenes.

Como enigmática explicación, el asesino había escrito en esa nota: «Un accidente banal, una injusticia, pueden provocar la locura. Perdón, Corinne, perdón, amigos míos, perdón a la buena gente de la junta escolar de Saint-Vincent que quería romperme la cara». ¿Qué accidente banal e injusticia reclamaba como desencadenante de esa masacre? Parece que se refería al conflicto que Romand tuvo con parte de la junta escolar del colegio de sus hijos, debido al despido de un profesor. Romand se puso de su lado, aun en contra de la mayoría de sus colegas en esa junta. La cuestión es que en eso él estaba apoyado por su mujer, Florence, pero tuvieron una pelea cuando ésta supo que, en un principio, Romand había votado a favor de ese despido, y no en contra, como le había manifestado.

Por otra parte, esa Corinne a la que también pide perdón era su amante, y ambos se habían visto en París para acudir a una cena. Sólo algunas horas antes de verse, «Jean-Claude había matado a su mujer, sus hijos y sus padres. Ella no sospechó nada, por supuesto. Él había intentado matarla también en un recodo aislado del bosque. Ella forcejeó, él desistió y la llevó de vuelta a su casa diciendo que estaba gravemente enfermo y que eso explicaba su arrebato de demencia», escribe Emmanuel Carrère, el literato

francés que plasmó este extraordinario caso de impostura en el libro *El adversario*, que es Satanás en la Biblia. Luego se supo que Corinne le había confiado novecientos mil francos para que él los invirtiera en su nombre en un banco suizo, donde se suponía que Romand podía sacarles un alto rendimiento.

Esa idea de que el falso médico podía lograr que el dinero creciera como el pasto en un banco suizo, donde con el paso del tiempo acumulara una bonita fortuna, no era nada nuevo. De hecho, sus suegros, su tío y sus padres le habían confiado otras importantes sumas de dinero, y gracias a esos depósitos él y su familia pudieron vivir de la nada —puesto que él no trabajaba de ningún modo— durante 18 años. Romand fingió todos esos años que por las mañanas cruzaba la frontera desde la comarca francesa de Gex hasta Ginebra para ir al edificio central de la OMS en esa ciudad, cuando en realidad se dedicaba a leer en cafeterías y pasear por el bosque.

Pero en las fechas previas a los asesinatos el dinero ya se había acabado. Su madre le estaba empezando a pedir explicaciones de unos informes bancarios que había recibido, y él había abusado de los gastos para seducir a su amante en cenas caras y regalos en París.

Además, hay un hecho que añade mayor inquietud a todo el siniestro episodio. Unos años antes, su suegro había muerto —aparentemente— de accidente, al caerse por la escaleras, estando sólo en presencia de su yerno. Según Romand, fue una casualidad que días antes le pidiera que le diera parte del dinero que años atrás le había confiado, porque deseaba darse un capricho y, llegado ya el momento de la jubilación, quería comprarse un Mercedes costoso.

Como antes señalé, Romand, después de matar a su familia, sobrevivió a su intento de suicidio, aunque… ¿fue éste, en verdad, un intento real de morir, o de nuevo una patraña? Veamos. Después de tirotear a su mujer e hijos, y luego también a sus padres, fue a ver a su amante Corinne, y a la vuelta, pasadas otras horas, prendió fuego a varias habitaciones de su casa, ingirió unos 20 barbitúricos con fecha ya caducada…

> […] y luego quiso tumbarse al lado de Florence, quien, bajo el edredón, parecía dormida. Pero veía mal, le picaban los ojos, todavía no había prendido fuego en la alcoba y los bomberos, cuya sirena asegura no haber oído, habían llegado ya. Como no conseguía respirar,

> se arrastró hasta la ventana y la abrió. Los bomberos oyeron crujir el postigo. Desplegaron su escalera para socorrerle. Él perdió el conocimiento.

Pero hubo otras cosas sorprendentes en el proceder del falso empleado de la OMS. El fiscal resumió muy bien el estupor que ocasionó el comportamiento del asesino. Porque no sólo se trató de que al principio lo negara todo, asegurando que un hombre vestido de negro, que había entrado en la casa por la fuerza, había disparado a los niños e incendiado la casa, y de que negara con vehemencia haber matado igualmente a sus padres («uno no mata a su padre y a su madre, es el segundo mandamiento de Dios»). Fue algo más, relacionado con la imperturbabilidad de sus sentimientos y actos después de que hubiera acabado con su mujer e hijos, lo que choca realmente con la conducta *decididamente desesperada* del suicida:

> Tras haber releído, con una voz blanca, el relato insoportable del asesinato de los niños, el ministerio fiscal explotó teatralmente: «¡En fin! ¡Es para volverse loco! ¿Cuál puede ser la reacción de un padre después de esto, si no dirigir el arma contra él? Pero no: la deja donde estaba, sale a comprar los periódicos, la vendedora le encuentra tranquilo y cortés, ¡y hasta el día de hoy Romand se acuerda de que no compró [el periódico deportivo] *L' Équipe!* Y después de matar a su vez a sus padres, ¡no se apresura tampoco a reunirse con ellos en el otro mundo!, sino que sigue esperando […] Se decide finalmente a incendiar la casa, pero a las cuatro de la mañana, la hora exacta en la que pasan los basureros. Aguarda a que lleguen los bomberos para ingerir un puñado de comprimidos caducados desde hace diez años. Y, para acabar, por si los bomberos remoloneaban creyendo que la casa estaba vacía, les señala su presencia abriendo la ventana».

Romand tuvo otros problemas, de nuevo con la sinceridad como elemento esencial de la discusión. Porque una vez estuvo en la cárcel en espera de ser juzgado, mantuvo relaciones amorosas con la que era profesora de su hijo Antoine, a la que enviaba largas cartas, y en una de ellas había destacado este texto de *La caída*, de Albert Camus, como una reflexión que le representaba fielmente: «Ante todo no creas a tus amigos cuando te pidan que seas sincero con ellos. Si te encuentras en ese caso, no lo dudes, promete decir la verdad y miente lo mejor posible». Si bien Romand protestó que eso representaba su forma de pensar antes de haber comprendido que Dios le daba una nueva oportunidad de vivir la vida de forma auténtica y libre —aún en la cárcel—, nunca fue capaz de dar una explicación «racional» de sus actos homicidas, ni a su abogado, ni al

escritor Carrère, con el que se carteó y mantuvo una entrevista en una ocasión.

Esto es lo que más desasosiega de *El adversario*: leemos el caso y no lo entendemos. ¿Por qué matar a su familia? ¿Por qué no intentar antes la huida a —pongamos por caso— Brasil? ¿Por qué no intentó con mayor decisión su suicidio? Sólo a modo de hipótesis se plantea que el origen de todo fue aquel examen de segundo de medicina que Romand no pasó, porque no se presentó. Sin embargo, explicó a sus padres y amigos que sí lo hizo, dando inicio a una bola de nieve (estudiante que pasaba los cursos —aunque se matriculara siempre en segundo—, médico de éxito en la OMS, inversor tocado por la fortuna en Ginebra) que no se detuvo hasta que confesó sus crímenes ante la policía. Cuando Romand tuvo confianza con una visitadora de la cárcel, se avino a explicarle la auténtica razón de por qué no se presentó al examen de segundo año de medicina: según él —contó Marie-France, la visitadora—, la mañana en que salía para presentarse al examen, Jean-Claude encontró una carta en el buzón. Era de una chica que se había enamorado de él y a quien él había rechazado porque amaba a Florence, la chica que luego sería su esposa. Ella le decía que cuando abriese la carta estaría muerta. Se había suicidado. Era por eso, porque se había sentido tremendamente culpable de aquella muerte, por lo que no se presentó al examen. Así empezó todo, según su propio relato de los hechos.

A Carrère aquello le pareció una mentira burda, muy fácil de comprobar, si no fuera porque Romand se negaba a dar su nombre «por consideración a su familia».

Esta nueva mentira, caso de serlo, habría acontecido después de que, según el propio asesino, hubiera decidido seguir viviendo el resto de su vida en la cárcel para expiar así sus horribles pecados, lo que sin duda echaría por tierra su sinceridad y la franqueza de su arrepentimiento, logrado gracias al auxilio de Dios y los religiosos que le visitaron preso.

¿Es Romand un psicópata? ¿Un psicópata impostor, o meramente un impostor con otros problemas que no fueron capaces de definirse durante el juicio? Esta indefinición no es completa, sin embargo, ya que hay apuntes valiosos de aquellas sesiones, tal y como los recoge Carrère.

> Encomendaron a psiquiatras que le examinaran. Les sorprendió la precisión de sus palabras y su afán constante de ofrecer de sí mismo una imagen favorable. Sin duda minimizaba la dificultad de inspirar una opinión favorable de ti mismo cuando acabas de masacrar a tu familia después de haber engañado y estafado a tu entorno durante dieciocho años. Sin duda le costaba asimismo desprenderse del personaje que había interpretado durante todos esos años, porque utilizaba todavía, para granjearse simpatías, las técnicas que habían fraguado el éxito del doctor Romand: calma, mesura, una atención casi obsequiosa a las expectativas del interlocutor.

Aquí creo que debemos buscar la clave de todo: Romand no es capaz de sentir de verdad, esto es, de experimentar como ser humano las emociones que nos identifican como tales: la piedad, la compasión, el sacrificio, el amor en suma, si entendemos por esta palabra la capacidad de orientar buena parte de nuestra conducta hacia la meta expresa de procurar el bien de la persona a la que dirigimos ese sentimiento. Romand ha de «prepararse» previamente para saber cómo ha de actuar o sentir en las nuevas circunstancias, de ahí que, creyendo que actuaba bien, no se percataba de que dejaba estupefactos a los psiquiatras al presentarles una narración perfectamente articulada de su impostura. Cleckley, el investigador que escribió el libro más importante sobre los psicópatas en el siglo XX, ya señaló esto con profunda lucidez:

> No estamos tratando con un hombre sano, sino con alguien que sugiere una máquina refleja sutilmente construida que puede imitar la personalidad humana perfectamente. Este aparato psíquico reproduce constantemente no sólo ejemplos de un buen razonamiento, sino también *simulaciones de emociones humanas normales* en respuesta a muchos y variados estímulos de la vida (la cursiva es mía).

Y así, Romand había sido siempre alguien controlado y amable, y ahora seguía siéndolo, y no fue hasta que comprendió que debía poner en funcionamiento otro «programa» de sentimientos, el correspondiente al «asesino que ha hecho algo monstruoso», que mostró sollozos y signos enfáticos de sufrimiento. Sin embargo, por ello mismo, los psiquiatras «tenían la inquietante sensación de hallarse delante de un robot privado de toda capacidad de sentir, pero programado para analizar estímulos exteriores y adaptar a ellos sus reacciones», escribe Carrère.

Los impostores

Todos los que conocieron y trataron a Romand se preguntaban: ¿cómo hemos podido vivir tanto tiempo al lado de este hombre sin sospechar nada?

Le admiraban por haber prosperado tanto y por seguir siendo, pese a ello, tan sencillo, tan cariñoso con sus ancianos padres. Les telefoneaba todos los días. Sin embargo, el día en que emergió la bestia, el padre había recibido los disparos en la espalda, y la madre en pleno pecho. La verdad es ésta; hablan las obras, no las mentiras. Ese instante en el que se va la vida, en el que se mira de cara a la muerte, había sido provocado por ese hombre que les llamaba todos los días, por su propio hijo. Al actuar así, Romand les había robado el sentimiento de que la muerte finalizaba una vida con sentido, porque era el propio hijo quien la administraba: «Y esta visión que hubiese debido poseer para los ancianos Romand la plenitud de las cosas cumplidas, había sido el triunfo de la mentira y el mal —escribe Carrère—. Deberían haber visto a Dios y en su lugar habían visto, adoptando los rasgos de su hijo bienamado, a aquel a quien la Biblia llama Satán, es decir, *El adversario*».

Ésta es la gran diferencia entre un psicópata impostor y un impostor de «vocación» o «profesional»: éste persigue una ilusión, convertirse en alguien diferente al que se es para escapar de una vida que no le gusta, pero el precio no incluye matar o aniquilar, sólo pasar apuros para lograr finalmente ser respetado y admirado. Tomemos algún caso célebre de impostura y comparemos. ¿Qué tal Ana Anderson, la que dijo ser heredera de los Romanov, nada menos que la princesa Anastasia? Ni aun cuando escribió su autobiografía se retractó de esa afirmación, y muchas personas de su entorno la creyeron, a pesar de que no hablaba ruso, lo que ella justificó por una promesa: fue tanto el horror que vivió en aquellos años de la revolución, que decidió no emplear esa lengua nunca más. Pero lo cierto es que ayudada por su notable parecido físico con la princesa —incluyendo ciertas cicatrices—, y por el interés y credulidad de parientes muy cercanos a la desaparecida Anastasia, durante muchos años fue una seria candidata a ser reconocida como la auténtica princesa de todas las Rusias. En la

actualidad sabemos que fue una impostora, que Anastasia fue ejecutada con sus padres ese infausto día de octubre de 1917.

O uno de los casos más célebres de Estados Unidos, el jefe Búfalo Niño Lanza Larga, uno de los nativos americanos más famosos de su época, por su condición de figura pública, periodista, actor de cine y representante de la recuperación de la dignidad de los indios americanos. Suicidado a la edad aproximada de cuarenta años, Lanza Larga había escrito en su autobiografía que había estudiado en la célebre academia militar de West Point, y que había peleado en la primera guerra mundial, llegando a obtener el grado de capitán y varias condecoraciones de tres gobiernos por su valor en la lucha. Lanza Larga escribió en su autobiografía:

> Lo primero que recuerdo de mi vida es un apasionante combate indio en el norte de Montana. Mi madre gritaba y corría dando saltos conmigo a sus espaldas. Recuerdo la escena como si fuera ayer, aunque apenas tenía un año […]. No recuerdo nada más hasta que cumplí los cuatro. Y luego renací un día en pleno vuelo. Me estaba cayendo de un caballo. No recuerdo cómo montaba a lomos del caballo, pero sí cómo salía por el aire, chocaba contra el suelo y me quedaba tumbado de espaldas, mirando con asombro el vientre moteado del caballo pinto que tenía sobre mí […]. Recuerdo cómo recorríamos las praderas de campamento en campamento. El misterio lo envolvía todo.

Este hombre fue agasajado como un caso de valor y superación personal extraordinario, porque desde las praderas se había instalado en la sociedad blanca logrando éxito y reconocimiento público, y alternó con celebridades de la cultura y de la política, y en su faceta de periodista en verdad se preocupó por sus semejantes de raza, poniendo en conocimiento de la opinión pública las injusticias de las que eran objeto, primero en Canadá, y luego en Estados Unidos.

Parece ser que al final de la vida de Lanza Larga se estaba investigando la veracidad de lo que había escrito, y eso, junto con el abuso de alcohol y la presión de mantener una reputación falsa, había acabado con su resistencia. Porque no estudió en West Point, ni fue condecorado durante la primera guerra mundial. En realidad nunca pasó de sargento. No era un jefe indio, ni siquiera indio nacido en Canadá, sino un mestizo de padre negro y madre blanca. Se llamó en verdad Sylvester Clark Long, y fue un niño que pronto comprendió que los de raza negra eran ciudadanos de tercera categoría en su país, y que una oportunidad para salir de ese mundo tan

deprimente que le esperaba era pasar por un miembro de la raza india, mejor considerada que la negra. Como parte de la tribu primigenia que poblaba Canadá y los Estados Unidos cuando llegaron los colonos blancos, Long podía esperar cierto reconocimiento si era capaz de construir en torno a él una aureola de valor y nobleza, que rescatara ante los ojos de los hombres blancos la imagen mítica del guerrero y noble piel roja.

Dos casos de médicos impostores en España son relevantes en esta discusión, considerando la naturaleza de la impostura del médico francés. El primer caso lo representó José Luis Fernández Rivas, el cual estuvo atendiendo en San Sebastián durante 10 años en calidad de ginecólogo a más de 8.000 mujeres, y llegó incluso a ser jefe de servicio de Obstetricia y Ginecología del Hospital de la Cruz Roja de esa ciudad. Fernández Rivas era en verdad ATS, y empleaba el número de colegiado de un anestesista. En el juicio muchas mujeres dijeron que fueron bien atendidas por él, pero otras atestiguaron que sufrieron menoscabos importantes en su salud o en la de los recién nacidos, y parece cierto que su impostura causó males que hubieran podido ser evitados por un médico en verdad competente. El segundo caso es similar: Juan Miguel Sánchez Romera se quedó a trabajar como médico cuando regresó del servicio militar en el hospital donde había hecho las prácticas (de la Cruz Roja de Hospitalet del Llobregat, en Barcelona) con anterioridad, salvo que… todavía no había aprobado todas las asignaturas. Pero nadie le exigió el título, ni él se ofreció a aclarar su auténtica situación. El resultado fue que se quedó a trabajar de otorrinolaringólogo, y que durante diez años (1979-1989) realizó más de 3.000 operaciones.

El psicópata y el impostor

Hay diferencias notables entre el psicópata y el impostor profesional. Éste quiere vivir una vida ajena a la que le ha tocado (sea por nacimiento como el Jefe Lanza Larga, sea por sus propios actos, como la de fracasar en los estudios de medicina), desea satisfacer un sueño o una meta anhelada (ser una princesa, ser un hombre respetado por su gran valor); su pretensión

puede auparle entre lo mejor de la sociedad y al abrigo de la pobreza o del anonimato. Pero difícilmente en la psicología de los impostores hallamos el deseo de dañar a alguien como fin, siquiera secundario, de la trama urdida. Si ocurre este daño a personas inocentes, éste nace de la soberbia del impostor para reconocer su fracaso, no del deseo del impostor. Esto, sin embargo, no hace más leve su delito, ya que las víctimas sufren igual. Por el contrario, el psicópata, cuando miente y engaña, lo hace para dañar. Y otra diferencia importante hace referencia a la índole de la impostura: en general, el psicópata no finge ser otra cosa de lo que es, sino una persona mejor o más competente de lo que es. Así, el que seduce a una mujer finge que la quiere; el empleado psicópata simula que quiere el bien de la empresa, y que es un hombre cabal y bien preparado que busca la excelencia laboral; el político sin conciencia engaña a su pueblo mientras construye una fortuna fabulosa y un poder omnímodo… Por supuesto, el psicópata miente y engaña, pero con ello no apuntala una persona falsa a la que él representa, no se hace pasar por otro: no finge que es un médico cuando no lo es y vive y trabaja como un médico; no dice que es un jefe indio, valeroso y noble, y vive de acuerdo con ese rol con todas las consecuencias.

Ahora bien, en ocasiones, si el punto de partida del psicópata no le permite jugar con la ventaja que desea desde el inicio —porque no posee un alto estatus o dinero para tal fin—, en tal caso puede fingir que es alguien que no es, que desempeña un rol que no tiene. Sin embargo, a diferencia de los impostores profesionales o vocacionales, que moldean su vida para vivir como si fueran ellos de verdad quienes dicen que son (jefe de una tribu o de un servicio de un hospital), el psicópata adopta la mascarada sólo de un modo accesorio, limitado quizás por un tiempo, o ante una o pocas personas, pero no para el resto de los que trata. No se trata de una transformación esencial, sino temporal o tangencial de su personalidad: no se instala en una nueva realidad y vive de acuerdo con ella, sino que su impostura le sirve para lograr los propósitos que albergaba cuando la tomó.

El ejemplo de Fernando Adalid, 31 años cuando dijo que había matado a su novia, es bien claro. El autor confeso de la muerte de Gloria Sanz, una médico residente de 28 años que trabajaba en Reus, Tarragona, pone de

relieve el uso habitual que el psicópata hace de la impostura. Para él, hacerse pasar por otro es una condición transitoria y parcial, ya que Adalid, en verdad un taxista que circulaba por Barcelona, había dicho únicamente a Gloria y a su familia que él era profesor de inglés, pero para los compañeros y todos los demás, incluyendo claro está a su familia, él era un taxista, como lo había sido su padre.

El engaño tiene más calado, revela más a quien lo hace, cuando descubrimos que Gloria y Fernando se conocían desde pequeños, ya que ambos pasaron numerosos veranos en Vallanca, un pueblo de Valencia, e incluso luego salieron juntos, hasta que Adalid rompió por «enamorarse» de otra chica. Fue precisamente al romper con esta otra que ambos volvieron a salir, y decidieron al fin casarse. Ese matrimonio no se pudo realizar, por dos razones. Primero, porque se desprende de las investigaciones que Gloria rehusaba hacerlo, al descubrir que su novio la había engañado —a ella y a su familia— del modo más pueril y absurdo. Y segundo, porque Fernando Adalid la había asesinado el día 18 de enero de 2003, el mismo día que desapareció. A decir de los forenses, el falso profesor de inglés la golpeó con algo contundente, y luego la estranguló.

La policía sospechó de él. No sólo había incurrido en numerosas contradicciones en su declaración acerca de sus movimientos el día del asesinato, sino que halló restos de sangre de Gloria en el maletero de su taxi. Así las cosas, Adalid emprendió la huida, y después de un viaje frustrado a Estados Unidos recaló en Amsterdam, desde donde envió una carta manuscrita al *Diari de Tarragona* explicando por qué era completamente inocente de ese crimen, y que él realmente amaba mucho a Gloria. Veamos en detalle su carta, que empezaba diciendo:

> Les escribo esta carta para aclarar cosas que ustedes y otros medios de comunicación, tanto escritos como leídos, no son del todo ciertas y se han tergiversado un poco.

Después de explicar, en el punto primero, que la sangre de Gloria que se halló en el maletero de su taxi pertenecía a un corte que ella se había hecho en un dedo transportando unas cosas, manifiesta en el punto 2:

> Reconozco que he echado mentiras, de las cuales me arrepiento profundamente, le dije que era profesor de inglés cuando en realidad he sido taxista siempre; únicamente lo he hecho por miedo cuando la conocí a sentirme rechazado por ella o por la familia, de lo cual me arrepiento profundamente y pido perdón a la familia Sanz Silva.
>
> Mis padres con esto nunca han estado de acuerdo y siempre me lo han recriminado, pero yo no sabía salir de este lío, hasta que se presentó la oportunidad del cierre del Opening [una franquicia de academias de inglés], con lo cual le conté la verdad a Gloria Sanz, pero por favor les pido que por esto no se me incrimine en más cosas de las que no he hecho.

Continúa negando que se llevara mal con Gloria, y que discutieran ambos mucho, y asegura que «no me considero huido de la justicia», porque lo que está haciendo es «investigar por mi cuenta, con todos los medios a mi alcance […] yendo a los sitios que recuerdo que ella me comentó que le gustaría ir». A continuación señala: «Rogaría que a mis padres, no se metieran con ellos, ya que es gente muy honrada, jubilados que bastante sufrimiento tienen con todo lo que está ocurriendo». Y concluye: «Les rogaría que lo que publicasen fuera de fuentes solventes, porque si no se puede hacer mucho daño a la familia de Gloria».

En esta carta apreciamos varias de las características de la psicopatía. Primero, su desprecio por la inteligencia de la gente; piensa que los que lean esa carta le van a creer, porque él es muy inteligente, y los demás unos necios. ¿Cómo entender de lo contrario esa patraña del corte en el dedo? ¿Alguien iba a creer que la novia había sabido desde antes que no era profesor de inglés, cuando su familia lo desconocía hasta los últimos momentos de la vida de Gloria? ¿Y la huida para investigar en los países a los que Gloria le hubiera gustado ir, por si se hallara ahí? Pero lo peor es el sentimentalismo barato de pedir que no se haga daño a sus padres, cuando él había estrangulado a su novia y la había golpeado al tiempo, y luego la había abandonado en el monte para que fuera pasto de las alimañas del bosque. Los sentimientos de compasión de Adalid, la conciencia de la culpa, brillan por su ausencia. En su lugar aparece una nueva manipulación, una nueva vuelta de tuerca a la credulidad.

La policía no tardó en apresar a este hombre burdo en todo: en sus mentiras, en su crimen y en su huida, que dejaba los rastros de sus tarjetas de crédito como si fueran las migas de pan que señalan el camino en un cuento infantil.

Que, según un testigo, la boda prevista con la novia anterior a Gloria, acabara también «como el rosario de la aurora», revela que Adalid ya tenía experiencia en engañar y buscar algo más que un noviazgo con las chicas. Por ello, la noticia que luego se tuvo de que ofreciera en los periódicos sus servicios sexuales a mujeres y parejas, «sin interés económico», no debía ser del todo una sorpresa a un observador avezado, sabedor de que alguien así oculta y se acostumbra a vivir una «doble vida», en expresión querida por los periodistas. Pero no lo es tanto; sus compañeros de taxi, salvo una pequeña estafa a una cliente extranjera, no le recuerdan «un mal gesto»; no hay antecedentes criminales, Adalid no era un psicópata criminal… hasta que lo fue. ¿Por qué mató a Gloria Sanz? Bien, ¿por qué no? En este libro intento explicar que esa pregunta *no es la adecuada* para evaluar a un psicópata, y Fernando Adalid me temo que bien puede serlo.[2] La pregunta no es buena porque parte de la premisa de que el psicópata se mueve por las mismas razones que los demás, y no es así. Probablemente, en aquel momento Adalid se encolerizó al saber que ella le repudiaba, le encaraba con sus mentiras y le iba a decir —eso pensaría él, me apostaría algo— a todo el mundo lo farsante que era. Un psicópata cuida mucho su imagen, así que probablemente decidió acabar con ese problema de modo rápido. Cualquiera que piense que esa es una forma estúpida de solucionar algo está, obviamente, en lo cierto, pero el psicópata es, a todas luces, un estúpido (que no un «idiota», en el sentido de poco inteligente; ver capítulo 3). La carta exculpatoria desde la ciudad de Amsterdam busca seguir con su estrategia de manipulación y ocultamiento; que sea pueril sólo prueba que no todos los psicópatas son genios del crimen.

Cuando el afán de mostrar la superioridad personal se junta con una sobresaliente capacidad de fingir, el psicópata alcanza la perfección y puede constituir un producto de consumo por la televisión. Hemos dicho que la esencia de la impostura en la psicopatía es hacerse pasar por una persona mejor, ¿y qué persona mejor que constituirse en la víctima de un abandono por parte de su mujer, quien además se marcha con un hijo a punto de nacer? El caso de Pedro Nueda es único en la exhibición pública de la psicopatía criminal. A diferencia de otros psicópatas, que pretenden un perfil bajo y seguir con su vida del modo más anónimo posible, Nueda hizo

de su crimen la mayor demostración pública del arte de fingir y manipular de la moderna criminología española. Felizmente, la policía supo desde el principio reconocer el engaño, lo mismo que su suegra, que sabían que detrás de su «vida destrozada» por el sufrimiento se escondía alguien peligroso.

Los periodistas Manuel Marlasca y Luis Rendueles resumen sucintamente los hechos en su estudio de este parricidio, al que titulan con ironía «Cómo matar su propia esposa». En 2001 Pedro Nueda es condenado a veinte años de prisión por los delitos de asesinato de su mujer, Mari Carmen, y aborto de su futuro hijo. Estaba a punto de casarse de nuevo en 1999, cuando fue detenido por esos delitos. Para borrar las huellas de su crimen había descuartizado el cuerpo de su esposa y esparcido los restos por un pantano y un descampado:

> Con gran capacidad de simulación, Nueda había declarado en varias ocasiones ante la policía sobre la presunta fuga de su mujer. Incluso participó en programas de televisión en los que pedía noticias suyas. Casi fue él mismo quien se condenó: en noches de alcohol y cocaína comentó a una de sus novias —tenía mucho éxito con las mujeres— y a varios amigos que se había deshecho de Mari Carmen. También alardeaba de saber cómo matar a una esposa sin que fuese descubierta. Y fue, de nuevo, su vanidad la que desencadenó su detención al acudir a otro programa de televisión, esta vez para anunciar a toda España que volvía a casarse.

En teoría, Nueda había cometido el «crimen perfecto». Pero, como luego le sucedería al asesino de la baraja, ¿de qué sirve ser tan hábil si nadie sabes que lo eres? Pero a diferencia de éste —un joven de pocos recursos personales que canalizó su necesidad de reconocimiento mediante diferentes asesinatos seriales—, Nueda sabía hablar y camelar, y se sentía como pez en el agua en la radio y la televisión. Aquí podemos ver la importancia de las diferencias individuales entre los psicópatas: Nueda halló en la moda de los *reality shows* televisivos un cauce a su necesidad de exhibicionismo narcisista, y dado que él era un manipulador de primera, entendió que, si no podía ser capturado, podía emplear esa habilidad en ganar algún dinero y seducir a otras mujeres, además de lograr satisfacer esa necesidad de loa personal.

Es importante comprender que esta exhibición mediante la impostura sirve a la motivación fundamental de estos sujetos: el obtener poder y

control sobre su ambiente, puesto que cada vez que hacía ostentación de su dolor y explicaba lo íntegro que era obtenía la prueba de que los demás (y en este caso se trataba de millones de espectadores) veían y oían lo que él determinaba que tenían que ver y oír. Tenemos que entender cómo funciona la mente del psicópata para saber la importancia de esto para él. Así, cuando Nueda coge de la mano a su nueva novia, Cris, en el programa de televisión —poco antes de su captura— y le dice: «Nunca podía imaginar cómo el destino me recompensaría poniéndote en mi camino después de tanto sufrimiento», el psicópata siente lo que más adelante comentaré con más detenimiento, que es su forma de alcanzar el máximo placer: el deleite del desprecio. ¿Despreciar, a quién? Despreciar a quien está engañando, a todos los que lo ven, a cualquiera en general por ser tan estúpido —y él, tan listo— de engañarse. Las emociones del psicópata son siempre auto-referentes: su estado de ánimo depende de las cosas que le pasen a él y de cómo él percibe lo que está haciendo a los otros: si domina y recibe obediencia o halagos él está feliz, si no le obedecen o le alaban se enfurece.

La falta de empatía, la cosificación del otro y la ausencia de miedo ante el castigo le permiten los enfrentamientos más duros con sus víctimas. Cuando Nueda tiene una conversación telefónica en directo con su suegra, en otro programa de televisión, el asesino llama para rebatir las sospechas y acusaciones —todavía no explícitas— de su suegra. Él no tenía ninguna necesidad de acudir a esa situación potencialmente peligrosa, que podía dar ideas a una policía muy inquieta con Nueda. Pero para éste su imagen es muy importante, y no puede permitir que le ganen en el juego que ha iniciado: ser un impostor, convertirse en víctima de abandono de una mujer infiel cuando se es un criminal doble, cuando se atacó mortalmente a una mujer a punto de dar a luz y luego se la troceó junto a ese niño ya completamente desarrollado. Por eso, cuando ve que la suegra, llevada por la verdad y su amor incuestionable, le va ganando terreno en el rifirrafe, se revuelve iracundo y le espeta que ella no puede hablar, que una vez arrojó a su hija de casa por ser una puta. Mientras tanto, el presentador de *Quién sabe dónde* observa atónito que «algo no funciona» en Nueda. Y en efecto, absorto en la confrontación, el *showman* descuida mostrar que realmente

tiene sentimientos humanos, y no muestra interés alguno por el bienestar de su hijo que ya debería haber nacido en algún lugar, quién sabe dónde.

El adversario como psicópata impostor

Regresemos ahora a ese peculiar caso de psicopatía e impostura. Ni siquiera cuando está en la cárcel y pide la comprensión de Luc, su amigo desde los días de la universidad, es capaz Romand de poner a sus víctimas por encima de su preocupación personal: «El sufrimiento de haber perdido a toda mi familia y a todos mis amigos es tan grande que tengo la impresión de estar anestesiado moralmente… Gracias por vuestras plegarias. Me ayudarán a conservar la fe y a sobrellevar este duelo y esta inmensa congoja. ¡Os mando besos! ¡Os quiero!… Si encontráis a amigos de Florence o a miembros de su familia, pedidles perdón de mi parte», escribe Romand. Es notable la expresión impersonal empleada en «haber perdido a toda mi familia», como si de un terrible accidente se tratara, ajeno por completo a la voluntad del asesino. Lo más relevante, de acuerdo a estas palabras de Romand, es *el sufrimiento del autor de los crímenes*, es decir, de él mismo, de ahí que se pueda delegar la petición de perdón, tal y como solicita a su amigo: pedidles perdón de mi parte, yo sufro mucho y casi no puedo tener una idea cabal de lo que ha sucedido; ésta es la conclusión de la «anestesia moral» de la que habla.

En todo esto hallamos de nuevo el profundo egocentrismo de estos sujetos; más allá de uno mismo parece que nada se pueda comprender en un sentido total y profundo; la vacuidad de los sentimientos humanos básicos, la estupidez moral es reconocida por el propio autor, sin proponérselo, porque establece la coartada de su profundo sufrimiento. Lo que él quiere decir es que no puede sentir porque el dolor es inmenso, mientras que yo creo que, contrariamente, él pudo matar a toda su familia porque era mucho antes un ser sin esa capacidad de sentir plenamente humana que echamos en falta en todo este relato.

El adversario es un caso excepcional, porque une la psicopatía homicida a la fantasía que persigue el impostor vocacional. A diferencia de los

médicos españoles, resignados a purgar sus deudas ante la justicia una vez han sido descubiertos, a diferencia del falso jefe indio, que decide suicidarse frente a la tragedia de su desenmascaramiento y ante la incapacidad de aceptar que el mundo sepa que es un pobre negro, Romand está lastrado por su psicopatía. Muy probablemente, si hubiera tenido la posibilidad de mantener el engaño por siempre, no habría pasado nunca a la acción criminal, pero cuando el desastre fue inminente, su falta de sentimientos reales le empujó a la solución más definitiva, por absurda que pueda parecer. Quizás, si en verdad él mató a su suegro en un episodio anterior al asesinato de sus padres y de su mujer e hijos, esta experiencia le demostró que no sentía gran cosa al hacerlo…

Capítulo 2

EL MUNDO DEL PSICÓPATA

El mundo del psicópata produce vértigo, porque se extiende desde los delitos y actos de violencia masivos más deleznables (como los cometidos por el doctor Mengele, responsable de los experimentos genéticos en el campo de concentración de Auschwitz; los modernos crímenes en tiempos de paz y de guerra que protagonizaron Husein y su hijo Uday, y los más antiguos pero sin parangón de Stalin), hasta los casos más espectaculares y sensacionales de la criminología cotidiana (el asesino de la baraja, Tony King). Pero junto al vértigo está el desasosiego, el miedo flotante que produce la masa oculta de psicópatas con los que nos casamos, fundamos negocios o acudimos al trabajo. Nos hablan en las universidades, nos atienden en las consultas médicas, nos juzgan en las salas de justicia. Algunos son auténticos violadores y asesinos sin descubrir; otros son maltratadores, golpeadores de niños y mujeres que pasan por padres y esposos ejemplares. La mayoría no delinque, pero lleva el caos y el dolor a los que le rodean.

El mundo del psicópata es especial; en él reina el «todo vale» si vale para él; la confianza plena en sus derechos y el desprecio por todo aquel que se oponga a sus intereses, la burla de las promesas hechas con la mayor seriedad en honor de pretensiones totalmente pueriles y dañinas, como presenciar el despido y humillación de un empleado o verse capaz de engañar a alguien en particular. Éstas son algunas de las preguntas que

reflejan el modo habitual de pensar del psicópata. *No digo que siempre esté maquinando o intentando hacer daño*, pero sí que sus conductas más influyentes en nuestras vidas se relacionan con las decisiones que toman al hilo de estas cuestiones: en esta situación, ¿cómo voy a sentirme más dominador? ¿Cómo voy a castigar a esa persona que me pone trabas o quiere neutralizarme en el despliegue de mi poder? ¿De qué modo puedo atacarla sin que los demás la puedan proteger? ¿Cómo he de actuar para que parezca que estoy sintiendo lo que él o ella piensa que *debería* estar sintiendo? ¿Cómo puedo lograr esto *ahora*, sin que tenga que esperar ni esforzarme para lograrlo?

Pero dado que ellos viven con nosotros, el mundo del psicópata no nos puede ser ajeno. Comprender y detectar la psicopatía es una exigencia de toda persona que se resiste a que el azar imprevisto de la maldad humana más insidiosa entre en su vida. El mundo del psicópata es, definitivamente, nuestro mundo.

¿Es el psicópata un «enfermo mental»?

Dice José Antonio Jáuregui que «… es innegable que existe un sujeto consciente, sintiente, libre e incluso rebelde y creativo, que recibe continuamente presiones emocionales en direcciones opuestas y que todos los días elige un camino, sea el del egoísmo más brutal y el del vicio más sórdido, sea el de la generosidad más ejemplar y el de la senda estrecha de la virtud». La mayoría de las personas estamos en un punto medio: intentamos llevar una vida decente, pero cometemos errores; a veces nos dejamos llevar por impulsos egoístas, en otras ocasiones dejamos de dar el crédito que merecen otras personas, porque las envidiamos o detestamos. Sin embargo, el psicópata, en promedio, está mucho más cerca «del egoísmo más brutal y del vicio más sórdido», que menciona Jáuregui, que cualquier otro individuo. Precisamente, una de sus cualidades esenciales, como ya he señalado, es lograr la satisfacción emocional a costa de la explotación de otro ser humano.

Si entendemos por «enfermo mental» aquella persona que pierde el contacto con la realidad, que —por ejemplo— oye voces que no se pronuncian, ve imágenes que no existen o tiene ideas claramente absurdas, el psicópata no lo es. Justamente es esta sintomatología, entre otras, la que concurre en los psicóticos, por ejemplo los esquizofrénicos, por lo que es muy importante saber separar a los *psicópatas* de los *psicóticos*. La diferencia se observa con toda claridad si comparamos dos casos de homicidas múltiples bien conocidos: Joaquín Ferrándiz, asesino en serie de Castellón, y Noelia Mingo, la que fuera médico residente del Hospital La Concepción de Madrid.

Empecemos por esta última. En un nuevo ejercicio de rigor periodístico, Marlasca y Rendueles presentan este caso en su libro *Mujeres letales*. Noelia trabajaba como residente en el servicio de reumatología del mencionado centro médico, y el 3 de abril de 2003 mató en un ataque de furia homicida a tres personas: una compañera médico, una paciente y un jubilado que estaba de visita. Además, hirió a otras dos doctoras y a cinco enfermeras; finalmente pudo ser reducida por varios celadores. Basta para darnos cuenta de su estado mental este fragmento de una de las entrevistas que tuvo con los psiquiatras que la evaluaron:

> Durante los dos últimos años, me han venido demostrando que han grabado con imagen y sonido toda mi vida (veinticuatro horas al día) desde la infancia, cuando presuntamente me diagnosticaron esquizofrenia (de lo cual no se me había informado hasta ahora), incluyendo por lo tanto las actividades llevadas a cabo en el interior de mi domicilio. Para este registro han debido de utilizar sistemas de seguimiento ultramodernos (no se trata de simples cámaras) desconocidos para la gran mayoría de la población y claramente ilegales… Por si todo esto fuera poco, hace pocas semanas me demostraron que además son capaces de conocer lo que pienso. Fue esto, unido al hecho de que los miembros del servicio de Reumatología, y en general todos los médicos residentes de la Fundación Jiménez Díaz, no eran más que meros actores interpretando un papel, lo que me llevó a un estado de extrema ansiedad.

Está claro: Noelia vive en un mundo irreal, acaso sugerido (esa grabación las 24 horas al día de su vida desde la infancia) por la película *El show de Truman*, donde Jim Carrey protagoniza —sin que él lo sepa— un programa de televisión que consiste en que su vida se programa y prepara desde los estudios de una productora, de modo tal que desde su nacimiento

él se ve rodeado de actores, en un pueblo que no es sino un inmenso plató de televisión. Cuando Noelia ataca, lo hace convencida de que actúa defendiéndose de una amenaza que ella cree real. Se siente perseguida, acosada de modo implacable, teme por su vida. Cuando lee la prensa o ve la televisión, encuentra allí indicios meridianos de que ha de hacer algo, o perecerá. Oye voces inequívocas: «Vamos a entrar en tu casa, imbécil, retrasada; te vamos a tirar por la ventana», o «Aunque te cambies de trabajo, te seguiremos donde vayas».

Por su parte, Joaquín Ferrándiz se confesó culpable de los asesinatos de cinco mujeres cometidos en la provincia de Castellón en un periodo de tiempo comprendido entre julio de 1995 —cuando mata a una profesora de inglés de 25 años, Sonia Rubio— y septiembre de 1996 —cuando mata a Amelia Sandra, una joven de 22—. Entre medio ha asesinado también a tres prostitutas. Esos crímenes fueron cometidos mientras Ferrándiz estaba en libertad condicional de una condena anterior por un delito de violación. Y no fue hasta octubre de 1998 que la policía lo capturó y logró su confesión, cuando contaba 35 años de edad. Un informe de los psiquiatras realizado en 1990, al poco de ingresar Ferrándiz por el delito de violación, lo valoraba como «una persona normal, respetuoso y muy celoso a la hora de cumplir las normas», y en efecto, nadie le había apreciado patología alguna cuando estuvo recluido por vez primera en la cárcel.

Ahora bien, con Ferrándiz se cometió el clásico error de aquellos años: no evaluar la psicopatía, no considerarla como una terrible patología de la personalidad, y por ello Ferrándiz no fue nunca, en aquellos años, diagnosticado como psicópata. Debido a que tuve la satisfacción de formar parte de la investigación policial destinada a capturar al asesino de aquellas mujeres, y que posteriormente intervine como forense en el caso, tuve oportunidad de estudiar en profundidad a Ferrándiz, junto con mi colaboradora de aquellos años, la excelente psicóloga María José Beneyto. Claro está, este asesino en serie no es un psicótico, aparenta, en todos los sentidos, «normalidad». Buen trabajador, cumplidor y responsable, su último empleo lo tenía en una conocida agencia multinacional de seguros. Nunca había tenido otros conflictos con la justicia antes de esa condena por violación, y era una persona bien conocida, vinculada a las Fiestas de La

Magdalena —las más importantes de Castellón—, y con su esfuerzo ayudaba a mantener a su madre (con la que vivía) y a forjarse un futuro. Joaquín es un buen ejemplo de psicópata integrado que, en una etapa de su vida, sin que sepamos la razón —como ocurre con otros casos célebres y muchos más, me temo, que no se conocerán nunca— despierta a una vida oculta, hiperviolenta, y canaliza un deseo exuberante de sentir poder y control a través de crímenes en serie.

La patología del psicópata

Y en efecto, Joaquín Ferrándiz era un hombre muy amable cuando le entrevisté. Miraba directamente a los ojos, con expresiones cuidadas, sin una palabra más alta que otra, siempre dispuesto a conversar y colaborar… aparentemente, porque él era consciente de que había cometido, «a sangre fría», crímenes despiadados, más allá de una motivación que la gente considerara racional. Sabedor de que le esperaba una larga condena, al hallarse pruebas materiales que le vinculaban irrefutablemente con la muerte de Sonia Rubio, no tuvo inconveniente en colaborar conmigo para explorar en qué medida «podía» ser él el autor de las muertes de las otras mujeres. Porque al principio él sólo admitía la autoría de la muerte de la joven profesora de inglés, había cinco mujeres más asesinadas, y en un principio él no «recordaba» si había matado o no a las otras. De tal modo que le propuse un «ejercicio terapéutico»: en el intervalo entre mis visitas, él debería hacer una tarea de memoria asociativa, relacionando los acontecimientos que él recordaba de su vida en los diferentes momentos en que desaparecieron las otras mujeres. De este modo, concluí, si se relajaba y «liberaba su mente», podría aparecer una realidad que él podría haber ocultado a su conciencia, y «descubrir» que era él, en efecto, quien había dado muerte a esas mujeres.

Mediante este sistema acabó admitiendo su responsabilidad en cuatro más de esos homicidios, no así en uno de ellos, que hasta la fecha sigue sin resolverse. Su teoría era que existía «otro yo», que él no podía controlar, quien debió, en diferentes momentos críticos, «apoderarse de él» y actuar

de modo autónomo, sin que el «verdadero Joaquín», el cumplidor agente de seguros, pudiera evitarlo.

Era notable la forma en que Joaquín vivía —comprendía e interpretaba— los diferentes hechos criminales que acabó aceptando, y sus comentarios sobre las diferentes reacciones que tales hechos habían provocado en la opinión pública, reacciones que él seguía mediante la prensa y la televisión.

> —Yo: ¿Qué puedes recordar acerca de los momentos en que cometiste los asesinatos? ¿Qué sentías?
>
> —J. F.: Bueno, supongo que debió haber un deseo sexual, pero no recuerdo que sintiera nada en particular.
>
> —Yo: ¿Qué valoración haces del modo en que la gente está reaccionando contra ti, y todo el enorme revuelo que se ha causado?
>
> —J. F.: Es comprensible, desde luego, debe ser algo tremendo enterarse de que alguien ha hecho algo así…

Aquí vemos la auténtica patología del psicópata: debido a que su mundo afectivo está muy poco desarrollado, sus palabras, aunque bien articuladas en un discurso racional, *carecen en verdad de un sentido pleno*. Les falta esa cualidad emocional que todo juicio sensato incluye como modo de expresar una realidad que es plenamente comprendida por el que habla; al no tener el «color» de la emoción, sus frases parecen artificiales, vacías de un verdadero significado humano. Una vez más, el maestro Cleckley recogió muy bien esa idea, contenida ya, como señalé en el capítulo anterior, en los grandes psiquiatras franceses e ingleses del siglo XIX cuando acuñaron el término «locura moral» para calificar la psicopatía. Escribe Cleckley:

> La acción es lo que delata al psicópata, su total incapacidad para comprender emocionalmente los componentes más relevantes del significado o del sentimiento implícitos en los pensamientos que él expresa o en las experiencias en las que se halla inmerso.
>
> Al no poder experimentar los sentimientos de sufrimiento o de alegría que se derivan de una vida emocional integrada, el psicópata no aprende de sus experiencias, y no puede por consiguiente modificar y dirigir sus actos como lo hacen las personas sanas. Carece de los impulsos motivacionales que son necesarios para impelirnos a lograr diferentes metas […] La opinión que mantenemos es que no puede conocer los estados emocionales y afectivos profundos que constituyen la tragedia y el triunfo de la vida ordinaria.
>
> Mi concepto del funcionamiento del psicópata postula un defecto selectivo que impide integrar determinados componentes esenciales de la experiencia normal, en particular los

componentes afectivos que usualmente se concitan en los asuntos personales y sociales más significativos.

¿Por qué no aprende el psicópata de la experiencia? Porque para aprender de ella, tales experiencias tienen que habernos dejado una huella emocional; cuando recordamos, por ejemplo, un fracaso amoroso que nos dolió mucho, es ese dolor el que, vivo en la memoria, nos orienta a tomar con más preocupación una nueva relación afectiva. Si el psicópata no siente las emociones sociales relevantes (amor, empatía, vergüenza, etc.) los hechos por los que transcurre su vida no están impregnados de esa cualidad emocional que luego se recuerda y que nos aconseja no volver a realizar una determinada conducta (enamorarse, o golpear a alguien, o abandonar de nuevo un empleo).

¿Y por qué dice Cleckley que «la acción es lo que delata al psicópata»? Porque, como buen simulador que es, el psicópata, si se lo propone, puede fingir que siente esas emociones, pero como en verdad no las siente, a la hora de tomar una decisión y actuar, su razonamiento (la facultad que tenemos para interpretar la realidad y seleccionar un curso de acción) se ve privado de un componente importantísimo, que tenemos los mortales comunes: el significado emocional que algo tiene para nosotros. Por eso realiza decisiones absurdas, o dañinas, y por eso la realización de esas conductas le delata. Y debido a que tantas veces esos comportamientos son rechazables desde la ética consensuada entre los hombres, decimos que los psicópatas son «estúpidos morales». Su juicio teórico —lo que ellos dicen que harían si se les pregunta en una situación determinada— está intacto; razonan bien, no como un esquizofrénico. *Es su práctica, el paso a la acción, lo que nos deja conmocionados*: no esperamos que haga eso. No esperamos que Ferrándiz, que habla de modo cuerdo, asesine a cinco mujeres. No esperamos que un ingeniero o un economista se dedique a destruir la reputación de sus compañeros de trabajo. Es mucho más sensato colaborar en un esfuerzo común y obtener los beneficios de un trabajo bien hecho. En vez de eso, ¿por qué engaña, calumnia y roba? Porque, al no tener emociones humanas desarrolladas, al no poder «conocer y comprender los estados emocionales y afectivos profundos que constituyen la tragedia y el triunfo de la vida ordinaria», su motivación fundamental no

es obtener el aprecio y el afecto de las personas que forman su ambiente, no es cumplir con los valores e ideales que aprendió de niño, como hacen los demás, sino *controlar, dominar, sentirse superior*. De este modo, el psicópata nos engaña y manipula, y hace que nos sintamos desesperanzados y amenazados en su *mundo*, con sus reglas, donde él tiene todas las ventajas. El mundo del psicópata.

Es curioso que exista una patología, la afasia, que sea en el sentido de la comprensión de las emociones y las palabras, lo contrario a la psicopatía. La afasia es un trastorno que consiste en que el enfermo no entiende el significado de las palabras. Las oye, pero es incapaz de comprender lo que está oyendo. Cuando leí el conmovedor libro del neurólogo Oliver Saks, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, hallé una experiencia que él vivió con sus pacientes afectados de afasia muy reveladora para mis estudios sobre el psicópata. Estaban todos escuchando un discurso por radio que daba el presidente de los Estados Unidos. Oliver explica que el habla es mucho más que transmitir palabras con un significado; en el modo de hablar, en el tono, en la intensidad, en las pausas, transmitimos sentimientos. Oliver se daba cuenta que los afásicos *sí captaban el sentido último de ese discurso*, al que, sin entenderlo, no le daban veracidad:

> Ésta era la clave de aquella capacidad de entender de los afásicos, aunque no entendiesen en absoluto el sentido de las palabras en cuanto tales. Porque, aunque las palabras, las construcciones verbales, no pudiesen transmitir nada, *per se*, el lenguaje hablado suele estar impregnado de «tono», engastado en una expresividad que excede lo verbal… y es esa expresividad, precisamente, esa expresividad tan diversa, tan compleja, tan sutil, lo que se mantiene intacto en la afasia, aunque desaparezca la capacidad de entender las palabras. Intacto… y a menudo más inexplicablemente potenciado…

De forma opuesta entonces al psicópata, el afásico es capaz de entender los sentimientos que pone el que habla en lo que dice, aunque no entienda lo que dice. Porque el psicópata comprende lo que se le dice, pero es incapaz de comprender plenamente el significado realmente humano, «personal», de lo que está oyendo. Escribe Saks:

> El afásico no es capaz de entender las palabras, y precisamente por eso no se le puede engañar con ellas; ahora bien, él lo que capta lo capta con una precisión infalible, y lo que capta es esa *expresión* que acompaña a las palabras, esa expresividad involuntaria,

espontánea, completa, que nunca se puede deformar o falsear con tanta facilidad como las palabras…

Este atributo del psicópata consistente en no poder entender de modo pleno los sentimientos de las personas se refleja en su modo de hablar en una relación íntima, así como en su expresión o «mirada», y será objeto de una discusión en profundidad más adelante en este libro.

La conclusión de este apartado, a la pregunta de si el psicópata es un «enfermo mental» es sí y no. *Sí* cuando vemos que tiene unas disfunciones en su sistema nervioso (probablemente en la amígdala y en el lóbulo frontal) [3]. Y *no*, si entendemos que ese trastorno le obliga a ser violento y un criminal. Es cierto que lo tienen difícil, *pero su voluntad entra en juego cuando deciden hacer el mal, y ellos conocen la diferencia entre el bien y el mal*. Si aceptáramos su condición de psicópatas como un atenuante o una eximente de su responsabilidad ante la ley (basándonos en su grave problema de ausencia de emociones sociales, plenamente humanas), tendríamos que hacer lo propio con cientos de miles de personas que tuvieron que arrastrar condiciones muy duras en su existencia, y tratarlos así como «enfermos». Así, al violador que fue abusado de niño lo tendríamos que exonerar, y al que creció en medio de la miseria y el fracaso lo tendríamos que exculpar por su mala fortuna y pocas oportunidades para prosperar. El quid de la cuestión es, además, que si el psicópata se viera libre de responsabilidad criminal *acentuaría más su conducta antisocial y cruel*. Otra cosa es que tengamos en cuenta su condición de psicópata para saber cómo tratarlo, fuera y dentro de la cárcel o del hospital psiquiátrico. El psicópata tiene una personalidad especial, anómala, pero no es un enfermo mental.

¿Hay mujeres psicópatas?

Desde luego, pero son menos que los psicópatas varones (proporción al menos de 1 a 7). No obstante, la mujer psicópata es igual de dañina que el varón, aunque su recurso a la violencia más extrema es menor. Por ejemplo,

hay muchas menos mujeres asesinas en serie, pero existen. Y también mujeres psicópatas integradas, como este caso tomado de mis archivos revela.

Eugenio se casa con una chica de Sudamérica, y después de cinco años de vida desastrosa en común se separan. Ella se quedó embarazada de una niña en secreto, puesto que él no sabía que había dejado de tomar la píldora. Cuando regresó a casa un día después de la separación para recoger algunas cosas aprovechó esta visita para apuñalar a Eugenio en el cuello y la espalda. Sobrevivió de milagro… y ella sólo tuvo que cumplir unos pocos meses de condena. Después de que se marchó siguió agrediéndole emocionalmente, esparciendo mentiras entre sus amigos, contando que Eugenio la despidió de su casa estando embarazada, con chantaje emocional y robos en otras situaciones… Al cabo de poco tiempo ella se volvió a casar de nuevo y tuvo otro hijo, lo que es interpretado como un signo de estabilidad por el juez, que cada vez le otorga más derechos de visita sobre la niña. Pero debido a los reiterados incumplimientos del régimen de visitas, Eugenio continúa sufriendo una nueva tortura psicológica, porque ella puede tardar hasta varios días más sobre los estipulados en devolverle a su hija. Él teme que se la lleve a Sudamérica y nunca más la vuelva a ver. Dado que la madre tiene muy poco interés real en su hija, la niña es reacia a ir con ella, y Eugenio tiene que vivir la impotencia de ver sufrir a su hija cada vez que tiene que irse con su madre.

En otras ocasiones, la mujer revela una personalidad psicopática en el mundo del crimen, exhibiendo una enorme dureza emocional hacia las personas, tal y como revela uno de los casos relatados por Carlos Bellver en su estimulante libro *CSI: casos reales españoles*.

Alcira Susana y Roberto Morales se convirtieron en una pareja de asesinos cuando secuestraron en Madrid al joyero Ángel Crespo, y se prestaron de inmediato a matarlo. No importaba que luego pidieran a su hermana una fuerte suma para liberarlo; después de que Crespo acabara de hablar con ella para notificarle que debía pagar el rescate, un fuerte golpe en la cabeza le dejó inconsciente y le ocasionó un infarto de miocardio, del que falleció.

Lo interesante para este libro es que Morales se dedicó luego a trocear perfectamente el cadáver en el baño, mientras «la mujer se retiró a su habitación a dormir», escribe Bellver. ¿Quién era esa mujer con tanto sueño? Como él, ella había nacido en Argentina, y había llegado a Madrid en 1994. Alcira Susana era delgada, morena, atractiva, y tenía una gran pasión por los perros. Con suma inteligencia, esa debilidad fue utilizada por el policía que la interrogó. Como quiera que la pareja había enterrado los restos de Ángel Crespo en el campo, junto a la carretera de Guadarrama, la investigación policial no había podido hallarlo. Así que el interrogador de esta peculiar mujer tuvo la idea de explicarle que iba a matar a sus perros, porque pensaba que los restos del cadáver del joyero habían servido de banquete para los *huskies*, algo que se podía demostrar analizando sus estómagos.

—Pero… Vos no podés hacer eso.
—¿Por qué?
—Porque… porque no tenés derecho. Son dos perros…
—Que se han comido a una persona, a un ser humano…
—¡No!

Alcira se derrumbó y confesó el crimen y el lugar donde lo habían enterrado. El inspector no tuvo dudas de que ella había sido el cerebro de toda la operación. Ella eligió y sedujo a la víctima, llevándola a su casa, con la promesa implícita de acostarse con él. «Es una mujer muy inteligente, capaz de engañar al mejor de los psiquiatras o al mejor de los psicólogos», relató el inspector de este caso.

Los ejemplos de mujeres delincuentes, algunas de ellas psicópatas, se pueden encontrar en dos libros recomendables por diferentes razones: *Asesinas*, escrito por Cinzia Tani, y *Mujeres letales*, de Marlasca y Rendueles. Un caso probablemente cercano para ciertos lectores interesados por historias de crímenes reales es el de Aileen Wuornos, la prostituta que mató a seis hombres en las autopistas de Florida y que espetó al juez que la condenó a la pena capital: «Nos vemos en el infierno». Muy recientemente la actriz Charlize Theron desfiguró su cuerpo perfecto para interpretar en el

cine a la asesina en serie, en la película *Monster*. Tres semanas antes que la protagonista de *Las normas de la casa de la sidra* iniciara el rodaje, la auténtica asesina moría en Florida, víctima de la inyección letal.

El psicópata delincuente

Como vimos en el capítulo anterior, varios rasgos de la psicopatía parecen ejercer un influjo directo e independiente sobre la decisión de transgredir la ley. Recordemos: el «estilo de relación engañoso y arrogante» del psicópata comprende también el sentido grandioso del yo, el creerse superior a cualquiera. Esta pretenciosidad, en los psicópatas, adopta la forma de una dominancia patológica, de una preocupación por buscar y mostrar una posición de importancia, así como el control y la influencia de los otros. Además, ya sabemos que los psicópatas tratan a los demás como objetos, y no como seres humanos con una dignidad intrínseca. Esa necesidad de estatus, de poder y dominio, puede ser cubierta a través del crimen y la violencia; con éstos obtiene control sobre la víctima al tiempo que muestra su desprecio y superioridad sobre otros delincuentes e incluso hacia la policía. El estatus también puede verse fortalecido si, como consecuencia de los delitos, el agresor se apropia de recompensas que le confieren poder económico. Éste es el gran atractivo de la violencia y del dominio para el psicópata.

Ahora bien, todo tiene su coste, y esa preocupación obsesiva con su imagen y poder personal lleva con frecuencia al psicópata a ver propósitos ocultos en la conducta de los que le rodean, y a ser muy sensibles ante los desafíos que se le puedan presentar, resolviéndolos con agresividad.

El síntoma «experiencia afectiva deficiente» comprende características como emociones huecas y volubles; el psicópata no suele vivir estados de ánimo fuertes o persistentes. Desde luego, sienten emociones, pero cambian rápidamente en el tiempo, lo que les lleva ante la posibilidad de responder de modo inapropiado y violento ante pequeñas frustraciones. Otra característica esencial de este síntoma es la falta de empatía, que es la tendencia a no preocuparse por el bienestar del otro, o la tendencia a no

apreciar sus sentimientos, especialmente el impacto de sus actos en él. Esto tiene un gran potencial como facilitador de la violencia, ya que el agresor psicópata no se verá inhibido por las consecuencias de sus actos en la víctima; es decir, su crimen no va a tener coste psicológico alguno para él.

El síntoma «estilo de conducta impulsivo e irresponsable» comprende características tales como búsqueda de sensaciones, una preferencia patológica por divertirse y, por ello mismo, intolerancia a la rutina. La impulsividad es la tendencia a no pensar en las consecuencias antes de actuar. Ambas características suponen que se conduce uno sin mirar más allá de las cosas que se desea, sin apreciar costes y desgracias —para él y los demás— que puedan salirse al paso por acometer su empresa.

En suma, muchas de las cualidades del psicópata lo hacen un candidato ideal a ser un delincuente reincidente, violento, incluso sádico. Que muchos se queden sólo en personas mezquinas e insensibles, sin llegar al crimen, parece un milagro, sólo explicable porque son capaces de hallar en el mundo convencional suficientes alicientes para satisfacer su necesidad básica de dominio. Sea como fuere, la asociación entre conducta criminal y psicopatía es muy sólida, como se ha probado en estudios de América y Europa, con jóvenes y adultos, hombres y mujeres, pacientes de hospitales forenses y civiles. En general podemos decir que estos síntomas de la psicopatía se ven asociados con un inicio precoz de la conducta delictiva, la persistencia y variedad de ésta, y un riesgo aumentado de violencia en la sociedad o en las instituciones donde estén siendo atendidos. Sus crímenes suelen ser de naturaleza oportunista, instrumental o sádica.

Muchas de estas características aparecen de modo sobresaliente en el caso del asesino y psicópata sexual español Ramón Arce. Este caso lo presenté en mi libro de 2003, *Contra la violencia: las semillas del bien y del mal*, en el cual, y citando la excelente investigación periodística de Justin Webster, me detenía en los detalles más sobresalientes de este caso. Aquí vuelvo a reproducir esos pormenores, pero incorporo valoraciones en diferentes momentos que ilustran la psicología del psicópata criminal, de acuerdo a los rasgos presentados en el capítulo anterior y en las líneas escritas más arriba.

Arce es hijo de una familia del barrio El Coto, de Gijón. Su padre regentaba una tienda de comestibles. De niño era problemático, muy poco comunicativo, con pocos amigos. Era alto y bien formado, incluso guapo. De joven demostraba una gran obsesión por la limpieza y se lavaba varias veces al día. Al final de su adolescencia recibió tratamiento por problemas psicológicos y fue excluido del servicio militar por problemas mentales. Cuando creció, los chicos del barrio empezaron a temerle y a llamarle «pervertido». En la mayor parte de psicópatas criminales podemos rastrear antecedentes en la infancia; en el caso de Arce sus compañeros de edad le notan raro, diferente, ven en él algo que les infunde temor, si bien pueden también estigmatizarle y dejarlo a un lado. Pero puede ser peligroso desafiarle.

Los primeros antecedentes penales datan de 1973, cuando tenía 23 años. La asistenta de sus padres le denunció por abusos deshonestos (en la terminología del código penal de la época). Había aparecido detrás de ella mientras limpiaba la escalera; estaba desnudo y se masturbaba. Arce la manoseó, pero esta vez no hubo violación. La asistenta retiró la denuncia, si bien Arce fue arrestado por no comparecer ante el juez, pero sin mayores consecuencias. Es significativo este hecho: en la biografía de muchos psicópatas sexuales hay indicios de que las primeras agresiones resultaron impunes; tales experiencias debieron alentar su sentimiento de arrogancia y permisividad, tan caros a estos sujetos.

En 1980 el asunto fue más serio, relacionado con la segunda gran motivación de Arce: el dinero. El Banco de España en Gijón había alertado a la policía, ya que sus cámaras de vigilancia habían registrado a un sujeto fisgoneando, observando y moviéndose nervioso. El banco creyó que podría tratarse de un atracador que estaba «preparando el terreno» para un futuro golpe. La policía hizo un informe y consideró que era el comportamiento de un sujeto perturbado.

Arce viajaba con frecuencia. En Francia, en una ocasión entró en la habitación de un hotel donde se hospedaba una francesa, la cual llegó a enamorarse de él. Tuvieron incluso un hijo, y al poco se separaron. Después, se sabe que en Alemania fue arrestado por «actos inmorales», y poco más. Se cree que trabajaba de modo esporádico, yendo de un lugar a

otro. La irresponsabilidad es una nota habitual en los psicópatas que no están integrados; no quieren obligaciones, ni familiares ni de otro tipo. Esta «novia» debió serle útil un tiempo; cuando dejó de serlo, acabó su relación.

Pero es evidente que su deseo sexual violento no estaba inactivo. En 1988 la policía alemana de Tubinga contactó con la policía de Gijón para pedirles que buscaran a Arce, acusado de tres violaciones, presumiblemente cometidas entre diciembre de 1985 y abril de 1988. El *modus operandi* consistía en recoger a las chicas que hacían autostop, llevarlas a un campo y violarlas. Se intensifica, pues, el proceso del crimen. Las violaciones se suceden. No lo sabemos, pero es casi seguro que Arce se deja llevar por fantasías sexuales sádicas, y las fantasías siempre superan a la realidad, aunque uno se esfuerce porque los intentos de hacerlas realidad sean «perfectos». Algunos investigadores piensan que los asesinos seriales y los delincuentes sexuales sistemáticos podrían estar bajo los efectos de una adicción, como los jugadores que, constantemente, están intentando repetir una especie de experiencia de «clímax» que quizás vivieron en una ocasión o quizás la soñaron, donde lograban en una mano genial una enorme fortuna. Así, una fantasía homicida, los ensayos mentales de esa fantasía, y luego el paso a la acción, supondría un camino de no retorno, ya que el psicópata buscaría esa experiencia homicida que le diera el sentimiento de poder y control que vive en esa fantasía, pero eso no es posible. Castilla del Pino ha escrito que «los grandes fantaseadores experimentan una tristeza crónica por su constante frustración, por su incapacidad para la posesión real del objeto». Bien podría ser que los asesinos y violadores en serie psicópatas, incapaces de experimentar las emociones auténticamente humanas, buscaran salir de ese mundo gris y pobre mediante la impulsividad, el peligro y la búsqueda desesperada de esa fuente de emoción alternativa, la única capaz realmente de satisfacerles: la que se deriva de la agresión brutal, la que culmina en el asesinato, y que una y otra vez será un intento fallido de emparejarse con la fantasía mil veces imaginada.

Arce fue arrestado en la frontera con Holanda, y cumplió la mitad de una condena de cinco años y seis meses que le impuso el tribunal alemán por violación y otros delitos sexuales (quizás le aplicaron alguna atenuante

por problemas mentales, pero no se sabe con exactitud; lo cierto es que la condena fue muy leve).

A principios de 1992 vivía en Londres, donde había alquilado un pequeño piso. Tenía algo más de cuarenta años, y seguía vistiendo de modo pulcro. Un vecino suyo lo describió como alguien que hacía trampas continuamente, y que amenazaba para salirse con la suya. «Era una persona llena de fuerza y en cierto modo daba miedo», declaró. Típico del psicópata: embustero, intimida cuando no le basta con engañar para salirse con la suya.

Un ejemplo de sus trampas y vida parásita era cómo obtenía dinero realquilando una habitación en el apartamento que obtuvo gracias a un subsidio de paro del gobierno. Ponía anuncios en ambientes estudiantiles dejando claro que sólo aceptaba chicas. Arce se iba de viaje, y regresaba al cabo de una semana, instalándose en su casa, ya alquilada a la estudiante de turno. Él se negaba a devolverle la fianza, y vuelta a empezar. Finalmente, en julio de 1995 fue expulsado de su apartamento por no pagar el alquiler.

Se acercaba 1996, y con ese año su autoría de un asesinato. Pero antes, en 1993, en Francia ya había ocurrido un hecho que pudo tener una importancia decisiva. Arce viajaba con frecuencia a ese país desde la vecina Inglaterra, así como a Escocia. Yves Franquelin, el director de un albergue juvenil, recuerda lo sucedido tres años antes del asesinato de Caroline Dickinson. Un hombre había entrado en el castillo en el que estaba situado el albergue y había pedido de forma amable a una niña de 12 años que saliera con él para ayudarle a aparcar el coche. Ella le siguió, pero cuando vio el coche con el motor encendido sintió el peligro y regresó al albergue. Franquelin avisó a la policía, y volvió a hacerlo al año siguiente cuando uno de sus empleados le dijo que había visto a un extraño merodeando por los dormitorios: el «extraño» se había sentado en la cama de una niña de 13 años, Valery Jacques. Valery se despertó al sentir frío porque aquel hombre le había quitado la manta y la sábana. Ella no estaba sola, ya que tres o cuatro chicas más compartían la habitación. El intruso le dijo a la chica que no gritara, y luego se marchó. A mi modo de ver, Arce se supera en el riesgo, llega a límites de extrema imprudencia, pero al tiempo está

estudiando el terreno, quiere ir más allá en sus delitos, quiere matar y violar en una situación de profunda excitación. *Está ensayando*.

La policía dispuso de un grupo de hombres para que vigilaran el albergue, por si volvía. Y lo hizo. Lo detuvieron al pie de las escaleras. Era Arce. «Estaba tranquilo, extraordinariamente tranquilo», recordó Franquelin. «Lo primero que dijo fue: “Tendrán que soltarme. No tienen cargos contra mí”». Dijo que lo único que hacía era buscar una habitación y no había podido encontrar a nadie que le ayudase.

Franquelin comprendió que Arce sabía cómo tratar a la gente, a sus futuras víctimas. «No molesta, no despierta a nadie. Inspira confianza. Cuando abrimos su maleta no se puede imaginar cuántas tarjetas de socio de albergues internacionales había allí. Cuando tienes 25 años eso está bien, pero cuando tienes 45… Teníamos a alguien con una estrategia establecida, una persona inteligente y de gran fortaleza mental». Franquelin lo denunció por intentar secuestrar a una menor, pero el juez lo soltó a pesar de que comprendió que el sujeto podía ser muy peligroso, pero no tenía nada sólido contra él. Se observa aquí esa falta de reacción emocional tan característica del psicópata, su ausencia de ansiedad o miedo frente al castigo («tendrán que soltarme») y su capacidad de resultar seductor, todas estas cualidades muy importantes para hacer de un delincuente alguien realmente peligroso.

Lo cierto es que Arce ya era un violador convicto, con historial de trastorno mental, pero la conexión internacional no funcionó, y el tribunal francés no llegó a conocer sus antecedentes penales.

Se cree que Arce hizo otras apariciones en albergues juveniles franceses en el verano de 1995. Pero al año siguiente sus andanzas están más claras. Casi con toda seguridad fue él quien se introdujo de nuevo en un albergue juvenil en la localidad bretona de Luniare y agredió a una chica de 14 años de Manchester. Intentó asfixiarla con una bola de algodón, pero la chica se resistió y despertó a sus compañeras, provocando su huida.

La muerte de Caroline Dickinson estaba ya escrita. A unos 40 kilómetros de distancia, en Pleine Fougeres, dormía el grupo de 40 alumnos de un instituto inglés mixto de secundaria. Caroline, de 13 años, había escrito una postal a su padre diciéndole lo contenta que estaba de practicar francés y de conocer Francia. Alrededor de las tres de la madrugada de ese

18 de julio, Arce entró por la puerta del albergue y subió hasta el primer piso, donde dormía Caroline y cuatro amigas más. Arce llevaba consigo una bola de algodón. Cuando las amigas se despertaron a la mañana siguiente, Caroline llevaba ya varias horas muerta. Se halló semen en su cuerpo y en las sábanas. La autopsia reveló que había sido asfixiada con una bola de algodón después de haber sido violada *o al mismo tiempo* de ser agredida sexualmente. ¡Y ello ocurría mientras dormían cinco compañeras a su lado, sin notar nada! Arce juega muy fuerte, como el asesino del *parking*, en Barcelona, el cual mata a dos mujeres muy parecidas en lugares idénticos de un aparcamiento de la zona alta de la ciudad; y les roba y se marcha con su premio, y luego llama al marido de una de las asesinadas para extorsionarle. Sólo que Arce es mucho más duro e inteligente que el presunto asesino del *parking*, humilde residente del barrio de La Mina con ansias de escapar de tanta mediocridad, Juan José P., que espera el momento de ser juzgado, después de ser capturado rápidamente por la policía.

El 22 de agosto de 1997, Arce tuvo un nuevo encuentro con la policía, que todavía no sabía que era el asesino de Caroline, esta vez en Llanes, Asturias. Miguel, un joven empleado de bar, volvía andando a su casa de noche cuando vio a un hombre extraño, que no era de allí, y más abajo a una adolescente que paseaba sola. La chica torció por una calle lateral y el extraño la siguió. Miguel sospechó, y echó a correr; oyó un grito nada más doblar la esquina. Arce había forzado la entrada al portal del edificio en el que la chica acababa de entrar. La tenía sujeta por detrás y pretendía tirarla al suelo. La puerta se cerró en el momento en que llegaba Miguel, que intentó abrirla y gritó al extraño que dejara en paz a esa chica.

Un instante después, Arce abrió la puerta y le espetó a Miguel: «Vete de aquí o te mato». Llevaba un cuchillo en una mano. Miguel declaró: «Lo que más me asustó fueron sus ojos grandes, muy abiertos y rojos, con las venas llenas de sangre; tenía una mirada tranquila, pero al mismo tiempo muy agresiva… Podía haber hecho cualquier cosa». Esta descripción de la «mirada del psicópata» la he hallado en muchas ocasiones cuando entrevisto a víctimas: una especie de «amenaza gélida», un «odio frío», algo que le traspasa a uno hasta la médula. Por ejemplo, Yolanda, una chica que fue víctima de un psicópata sexual, me explicó que «cuando me dijo: no te

resistas, que soy más fuerte que tú, le miré a la cara y supe que estaba perdida». Y todavía fue más explícita María José, quien después de conseguir desembarazarse de su agresor, me pide consejo porque todavía hay algo que la atormenta: «… pero su mirada de odio realmente me preocupa; quisiera poder discernir qué hay en ella […] Te habrás dado cuenta de que me importa mucho esa mirada, de que me preocupa realmente […] ¿Puedes decirme algo al respecto, ayudarme a desentrañar esa mirada?». Algunas páginas más adelante, Paula Zubiaur escribirá del que era su marido torturador: «Pero también era su mirada, sus ojos que se achinaban detrás de los gruesos cristales preludiando un enfado. Cuando esto ocurría, cuando hablaba y miraba así, me quedaba muda».

Pero regresemos a Arce. Gracias a que un policía local estaba muy cerca pudo ser detenido. Fue entregado a la guardia civil, y el juez lo encarceló en la prisión de Villabona, acusado de intento de violación. Estuvo tres meses en prisión preventiva, y salió bajo fianza con la obligación de presentarse regularmente en el juzgado. De nuevo todos los antededentes de su carrera criminal no estaban disponibles, y el juez sólo sabía que había cumplido una condena corta en Alemania, años atrás. El intento de violación podía ser un hecho aislado.

Desde agosto de 1997 hasta finales de 1998 habría sido sencillo localizarlo. Vivía con sus padres en Gijón, y se presentaba en el juzgado. En ese tiempo la policía francesa estaba buscando al asesino de Caroline, y dado que había interrogado a Franquelin —el director del albergue que había denunciado a Arce en 1993—, sabía el nombre y la nacionalidad del primer sospechoso. Sin embargo, no hay constancia en la Policía Nacional o la Guardia Civil de que la policía francesa les pidiera su captura. Hasta 1999, año en que entró en vigor el sistema informático de datos de la policía en toda Europa, pero ya era demasiado tarde.

En 1998 murió el padre de Arce; éste estaba todavía viviendo en casa de sus padres, en libertad provisional. Su madre le denunció cuatro veces a la policía por amenazas, pero —como suele ocurrir tantas veces— no ocurrió nada. En enero de 1999 Arce no compareció en el juzgado. Había huido a Estados Unidos.

El 3 de abril de 2001, un funcionario del servicio de inmigración del aeropuerto, Tommy Ontko, había estado ayudando a la policía canadiense en un asunto que le había tenido alejado de su puesto habitual. «La verdad es que fue cuestión de suerte… Yo volvía de otra terminal y me detuve en el mostrador de la British Airways en el que ponen los periódicos gratis», explicó. «Vi uno de esos periódicos y lo cogí para llevármelo a la oficina y decidí leerlo en el descanso del almuerzo».

El periódico era el *Sunday Times* de hacía dos días, y allí se explicaba el asesinato de Caroline Dickinson. El artículo citaba a un juez francés que mencionaba a Arce en relación con una información que había pedido a la policía británica. Tommy Ontko leyó el reportaje. «Según iba leyendo la noticia me sonó haber leído el mismo informe cinco años antes y estaba asombrado de que aún no hubieran capturado al sospechoso», dijo. Alertado de la facilidad con que cruzaba las fronteras, Ontko se aprestó a comprobar si el sospechoso había entrado en Estados Unidos.

En menos de quince minutos Ontko halló un nombre casi idéntico al del periódico, pero para no acusar a un hombre inocente decidió comprobar también la fecha de nacimiento. Para ello, después de varias llamadas telefónicas (incluyendo al departamento de policía de St. Malo, en la Bretaña, y al consulado inglés), consiguió hablar con los inspectores franceses que llevaban el caso, los cuales en ese momento iban en automóvil hacia Inglaterra. Los inspectores echaron a un lado su vehículo, y mirando sus papeles le dijeron a Ontko la fecha de nacimiento de Arce: ¡coincidía!

Arce había entrado cuatro veces en Estados Unidos, y en esos momentos estaba en la cárcel, en Miami, bajo la etiqueta de «acusado con riesgo de fuga». Cuando los funcionarios de inmigración fueron a investigar comprobaron que se parecía mucho al retrato robot enviado por la policía francesa. Estaba acusado de haber entrado en un albergue juvenil, haber cortado las bragas a una chica irlandesa que estaba dormida y haberse masturbado sobre ella, sin que ésta se despertara. No hubo violencia, pero la chica se puso histérica cuando se despertó por la mañana y se dio cuenta de lo que había sucedido. Arce fue arrestado días más tarde, cuando una

estudiante lo vio de pie junto a la cama de una amiga suya, en el mismo albergue.

Dos días más tarde se comprobó que el ADN del semen hallado en el cuerpo de Caroline Dickinson y la saliva de Arce coincidían al 99 %. El «extraño», el merodeador de los albergues de chicas, ya podía ser extraditado a Francia, donde existe la cadena perpetua.

El psicópata en la empresa

José Antonio Jáuregui, un eminente antropólogo español, escribió en su obra más celebrada *Las reglas del juego: las tribus*, que «la vida del hombre es una especie de juego en el que cada individuo quiere participar y, además, vencer, derrotar, ganar. Cada día, cuando nos levantamos, salimos a la palestra de la vida con ánimo e intención de competir, de aventajar a otros, de llegar más lejos…».

Y sí, hay pocos lugares donde esta lucha y competencia se resuelvan con mayor ferocidad que la empresa moderna, paradigma del mercado libre que impulsa nuestra sociedad, pero al mismo tiempo, por desgracia, el campo de expresión de muchos comportamientos destructivos y dañinos. La moderna bibliografía sobre el *mobbing* y el acoso moral señala los efectos tan nocivos de verse expuesto a una violencia psicológica subterránea la mayor parte de las veces, insidiosa y que atenta contra la integridad psicológica, la salud mental del afectado. No voy a insistir en este punto: es sobradamente conocido cómo la persona atacada ve relegados sus justos ideales de progresar en su trabajo y demostrar la valía de sus aptitudes y del esfuerzo, ante la necesidad de protegerse de agresiones que no comprende ni espera. Si no tiene éxito en detener de forma rápida el acoso, el empleado se verá humillado, desprovisto de sus responsabilidades, aislado de la estima de sus superiores y quizás de los que hace poco eran sus compañeros. Su mundo deja de ser algo sólido, y sus emociones alteradas empiezan a pasarle factura en el plano de su salud física. No sólo cree que puede estar perdiendo su oportunidad de rendir con satisfacción en sus obligaciones, que se está malogrando, sino que empieza a generar ideas

depresivas unas veces, otras de rabia contenida; siente que hay una hostilidad que no controla, y desconfía ya de muchos… El paso lógico siguiente es somatizar, desarrollar problemas físicos de puro estrés y alienación social, con lo que el círculo se cierra: el acoso genera problemas mentales y emocionales, éstos indisponen al cuerpo, y una mala salud física potencia el abandono de la concentración y del rendimiento, y un nuevo avance en el deterioro psicológico…

La importancia de ser un camaleón y el juego sucio

El psicópata en el mundo del trabajo es un buen ejemplo de la existencia de este sujeto en la vida plenamente integrada en la sociedad. Pero, desgraciadamente, este tipo de psicópata no suele estar en la cárcel o en un hospital mental, por lo que no resulta fácil someterlo a estudio. Este psicópata integrado, fuera de esas instituciones, es bien conocido por su capacidad para evitar ser detectado y su tendencia a pasar de una víctima a otra una vez las ha acabado de explotar y utilizar.

Los psicópatas juegan sucio en la arena de los negocios, algo que se conoce desde hace tiempo incluso en pueblos primitivos estudiados por los antropólogos. Murphy estudió a dos culturas: los Yorubas, en la Nigeria rural, y los Inuit, en el noroeste de Alaska. En sus investigaciones encontró que ambos pueblos tenían una palabra para describir la esquizofrenia, pero también tenían otra para definir lo que nosotros, en el mundo «civilizado» de Occidente, conocemos como psicopatía. Así, el pueblo de los Yorubas emplea la expresión *aranakan* para referirse a «una persona que siempre persigue sus intereses, sin que le importe lo que les suceda a los otros, alguien que no coopera con nadie, lleno de malicia y agresivo». Por su parte, los Inuit conocen con la palabra *kunlangeta* a quien «sabe lo que tiene que hacerse, pero no lo hace». Y añadió el antropólogo:

> Éste es un término abstracto que se refiere al hecho de violar numerosas reglas existentes en su sociedad, teniendo el autor una plena conciencia de ello. Por ejemplo, esta palabra podría aplicarse a alguien que miente repetidamente, que engaña y roba cosas y no va a cazar [para alimentar a su pueblo] y, aprovechando que los otros hombres se ausentan para buscar

comida, tiene contactos sexuales con las mujeres de su poblado; alguien que no se preocupa por las sanciones que recibe por su comportamiento, y al que continuamente llevan los otros hombres ante la presencia de los ancianos para que lo castiguen.

En las sociedades modernas todo es un poco más complejo, porque los psicópatas fingen que «van a cazar» —desempeñar su empleo—, pero en verdad se siguen aprovechando del trabajo ajeno para alimentar su ego y su necesidad de control. El psicópata en el trabajo emplea como nadie el engaño y la manipulación, como vimos en el caso de Andrés, en el capítulo 1.

Babiak, un importante psicólogo de la industria (o de las organizaciones, como se conocen modernamente los psicólogos que prestan sus servicios en las empresas), realizó seis estudios que duraron varios años en seis diferentes organizaciones. Si bien al principio el problema aparente tenía que ver con asuntos como la moral de la empresa, baja productividad o adaptación a nuevos cambios, «en cada caso, sin embargo, apareció un tipo de empleado como elemento fundamental de los problemas que asolaba a la organización». Sólo cuando el autor evaluó la personalidad de cada una de esas personas, «la posibilidad de que un psicópata pudiera ser el responsable de los problemas tomó forma como una realidad».

Esos psicópatas mostraban los componentes esenciales de la psicopatía sin mostrar los rasgos antisociales típicos de los psicópatas delincuentes, ya que esto hubiera atraído la atención de todos y hubiera invalidado sus planes últimos [4].

La mayor semejanza que se encontró en las diferentes empresas fue la discrepancia existente entre los individuos que describieron al psicópata en una luz favorable y aquellos que lo vieron de forma negativa. Esta discrepancia cambió con el tiempo. En cada uno de los seis casos, todos los compañeros del psicópata dijeron que al principio le creían. Sin embargo, con el tiempo, algunos empleados empezaron a odiarlo, mientras que otros cada vez lo apreciaban más. Incluso alguno de este grupo se avino a defenderlo de forma activa cuando recibió ataques de otros compañeros; muchos dijeron que eran amigos suyos. Al principio, la evidencia podría sugerir que el psicópata empieza por granjearse la amistad de los que están arriba para poder explotar con impunidad y mayor facilidad a los que están

abajo, pero no está claro que el psicópata actúe siempre así; más bien busca adhesiones en cualquier departamento donde vea que puede instalarse para gozar de la mayor capacidad de maniobra posible.

De hecho, el psicópata puede hallar muy útil subyugar a empleados de bajo nivel en la empresa, en tanto en cuanto éstos posean poder informal —no reconocido en el organigrama de mandos, pero no por ello menos real—, el cual es muy útil porque tales empleados influyen en las actitudes de los otros trabajadores y dominan los sistemas de comunicación y reglas informales de las empresas. Estas personas influyentes son líderes informales, y si el psicópata los tiene de su parte adquirirá un gran poder en la sombra. Babiak comprueba que el esfuerzo que realiza el psicópata en subyugar a un compañero de trabajo está en relación directa con la utilidad que éste tiene para él.

No obstante, no siempre es así. A veces su influencia se deriva del poder que logran obtener en la opinión de sus superiores, no de su ascendencia sobre sus empleados o compañeros, los cuales pueden llegar a temerle y aborrecerle desde el principio. Por ejemplo, en un caso estudiado con una colega, uno de los informes que me remitió decía lo siguiente:

> Ha llegado, no se sabe cómo —porque no tiene ningún título, y dudo siquiera que tenga el COU— a un puesto de gran responsabilidad (director de marketing) en una empresa conocida a nivel europeo; roba de toda transacción que pasa por sus manos y hace la vida imposible a sus subordinados, a los que somete a humillaciones continuas y a algunas empleadas a acoso sexual. Sin embargo, el director de la empresa le defiende frente a todos, aunque algunas veces realice este sujeto actos claramente incomprensibles que pueden perjudicarle. Todos coinciden en que es un ser destructor y nadie se fía de él.
>
> Además de su ineficacia en el trabajo, que realizan otros, no sigue el horario, aparece cuando quiere, si es que aparece. Sin embargo, en las distintas celebraciones de la empresa siempre estará llamando la atención sobre el escenario, rodeado de chicas contratadas para «hacer mono» por la sala. Actualmente está ocupado en la preparación de un nuevo negocio de su empresa, pero su única preocupación es hacer la selección de las chicas que van a trabajar allá con escasa ropa.
>
> Pero podemos ver la parte más oscura de su carácter en el trato con sus subordinados, como antes te indiqué. Llegó a despedir a la persona que le estaba haciendo, por lo bajo, todo su trabajo, temerosa de que pudiera desenmascararle, y en una ocasión se jactó de decir que éste era uno de sus deseos más queridos: echar a esta persona de la empresa. Su secretaria pasa muchos apuros porque no se presenta a muchas de las citas que concierta con diferentes empresarios, y luego ha de escuchar, atónita, que su jefe cuenta ante el propietario que son errores de ella.

Este sujeto es un psicópata poco sofisticado, representa con claridad la parte más nítida del estilo de vida parásito que, incomprensiblemente, logra el respaldo del propietario de la empresa. Ahora bien, incluso en casos donde el psicópata actúa con mucho más sigilo, uno podría preguntarse por qué, con el tiempo, no todos los sujetos se convierten en detractores del psicópata. En opinión de Babiak, en particular las empresas que atraviesan por periodos de cambios dan suficiente oportunidad como para que esto *no* ocurra, lo que permite la victoria final del psicópata: conseguir beneficios personales (poder) y materiales (dinero) logrando infligir humillación y dolor a sus compañeros y graves pérdidas a la empresa.

El plan del psicópata

El psicópata en la empresa, de acuerdo a Babiak, sigue este plan, dividido en las siguientes etapas: ingreso en la organización, evaluación, manipulación, confrontación y ascensión.

Ingreso: el psicópata se aprovecha de que muchos empresarios busquen a alguien con «capacidad de liderazgo», y muchos de los sujetos con este trastorno tienen esta virtud, un elemento sobresaliente dentro de un envoltorio que incluye un perfecto currículum vitae, unas maneras seductoras y una historia personal muy cualificada para lo que el empresario está esperando. Es curiosa la poca capacidad que tienen algunos responsables de selección para detectarlos. Conocí a uno en particular que bien podía haber puesto en el reclamo del periódico: «Se busca psicópata para trabajar en importante empresa del calzado», dada la asiduidad con la que individuos con importantes rasgos de este trastorno formaban parte de sus listas de pre-seleccionados. Escribe Babiak: «Es realmente fácil para el psicópata […] fingir que posee tres de las características más buscadas en el mundo del trabajo: responsabilidad, inteligencia y habilidad para la relación interpersonal».

En la fase de la *evaluación*, el psicópata se apresta con rapidez a identificar los «jugadores clave» de la empresa y a conocer su cultura y las principales relaciones que se establecen entre personas y departamentos. De

modo instintivo, el psicópata cataloga a los diferentes compañeros por la utilidad que tienen para él, generalmente en términos de su habilidad laboral (algo muy útil si va a aprovecharse de su trabajo) y su influencia sobre los demás.

Hay otra tarea de gran importancia en esta etapa: al tiempo que evalúa el terreno de juego, va construyendo una red de fieles seguidores, casi siempre mediante encuentros personales donde tiene mayor libertad para seducir y manipular. Si el psicópata es seleccionado para un puesto de responsabilidad, buscará contactos con las mayores jerarquías de la empresa, aduciendo desconocimiento sobre la cultura del lugar en el que está y pretendiendo que esos errores de inconveniencia son el producto de su entusiasmo por hacerlo todo del mejor modo posible…

En la etapa de la *manipulación* hay que reconocer que el psicópata es todo un espectáculo, ya que emplea todo su potencial seductor para recoger información privilegiada al tiempo que potencia bulos y medias verdades para desacreditar y desorientar a sus enemigos ya previsibles, que son los que primero identificaron su juego. Pero llevan las de perder: el psicópata arruina su reputación, levanta infundios y tiene ya firmes defensores entre los cargos elevados de la empresa. Todo este trabajo de manipulación se hace en reuniones privadas, cara a cara, donde las posibilidades de que alguien le desmienta son pequeñas. Es tremendo el tiempo y energía que el psicópata le dedica a esto, y aun cuando muchos son muy capaces de seguir realizando una parte de su trabajo —la suficiente para que todo el tinglado no se vaya abajo—, el coste para la organización es muy elevado.

Por ejemplo, un modo de interrumpir el flujo de información que pudiera desacreditarle es enemistando a determinadas personas clave en diferentes o el mismo departamento: si el psicópata convence a X de que Y ha dicho tal cosa de él, es muy posible que ambos jueguen soplando viento a sus velas. Todo esto genera graves problemas en el funcionamiento de la empresa, pero el velero del psicópata navega raudo entre las olas…

En la *confrontación* ya no hay bromas: ahora se ve el abuso psíquico, la violencia ejercida mediante el desprecio, la humillación y la degradación dentro de la empresa. El psicópata ataca para vencer a sus enemigos declarados, que son todos aquellos que han amenazado o pueden amenazar

el poder conquistado. A tal fin les acusa de incompetencia y deslealtad, y cuando las víctimas quieren protestar y quejarse, no hallan sino oídos sordos entre sus compañeros y superiores. El psicópata les ha quemado todos los puentes, les ha cerrado todas las puertas. La víctima está sola y acorralada en su puesto de trabajo… En otras ocasiones la desesperación proviene de que la víctima entiende cómo fue utilizado por aquél, generalmente una vez sufre el abandono, y ahora siente la mirada indiferente cuando antes le trataba de un modo especial… El compañero (hombre o mujer) así tratado contempla, incrédulo, que esa persona le ha hecho presa de su propio deseo de ser importante para alguien —algo bonito de sentir en el frío mundo empresarial moderno— y puede buscar venganza, pero ésta la mayor parte de las veces no logra nada en realidad, y el rechazado ha de conformarse con intentar superar la depresión que todo esto le ha provocado.

La *ascensión* supone que el psicópata logra más poder y jerarquía en la organización, mientras que varios de los cargos de la empresa son desacreditados o piden marcharse, nuevas víctimas a añadir a la de los compañeros de trabajo del psicópata, ya neutralizados en las etapas anteriores.

Comenta Babiak la sorprendente reacción que tienen muchas víctimas del psicópata en la empresa cuando, entrevistadas —y refiriéndose a estos sujetos como mentirosos o tramposos, nunca como psicópatas—, reconocen que en la etapa en la que estaban siendo utilizados por aquél «había muchas cosas buenas». Es una mezcla de alivio y añoranza, y no era infrecuente que desearan volver a estar en contacto con él. La fascinación había dejado un veneno de difícil antídoto.

En el estudio de Babiak, sólo uno de los seis psicópatas había perdido su empleo, tras largo disfrutar y manipular en la empresa, y ese despido fue acompañado de una gran suma de dinero… El resto ascendió, obtuvo nuevas responsabilidades y fue considerado alguien «con carisma», todo lo cual le deja en inmejorable posición para repetir sus artimañas en esas nuevas circunstancias, con nuevos empleados.

En otro de los casos en que fui consultado, el psicópata recibió una fuerte indemnización cuando fue detectado y despedido. Pero no fue fácil.

Fue necesario mucho tiempo, muchas mentiras creídas… Lo siguiente es un extracto de una de las entrevistas que mantuve con uno de sus superiores:

> Era increíble su capacidad de presentar las cosas de modo que él saliera bajo una luz favorable, mientras que los que él quería ver hundidos parecían ineficaces y maliciosos […] Me reuní con él muchas veces, y no fue hasta la última ocasión que empecé a sospechar algo, pero era porque me resultaba muy difícil creer en todas las coincidencias que él aducía en su favor, no porque él, personalmente, no fuera tan convincente como siempre lo había sido. En parte era bueno haciendo determinadas cosas, pero al final había cosas que no podía explicar de modo creíble. Sencillamente, no encajaban. Te daré un ejemplo: una de las situaciones que me abrió los ojos fue que nos había comentado que la semana de mayo que pasó en Nueva York la dedicó a tener diferentes entrevistas con clientes potenciales, pero que nada de esto había seguido adelante por incompetencia de dos de sus subordinados, Alcaraz y Segrelles. Al principio le creímos, pero cuando le pedimos que hiciera un informe de esos contactos, y añadiera sus datos y pasos dados, dijo que su secretaria perdió el disket en el que estaba esa información, y que en su ordenador la había borrado. La secretaria dijo que nunca vio ese disket. Fue un pequeño detalle, pero sumado a otros deshizo su imagen de «hombre perfecto».

El psicópata en los malos tratos a mujeres

Desgraciadamente no faltan ejemplos de agresores de mujeres psicópatas, en este libro hay unos cuantos, pero la autobiografía escrita por una superviviente de un psicópata integrado, a petición de sus hijos, es un ejemplo modélico a estudiar muy detenidamente. Haré un breve resumen de los aspectos que más me interesa destacar.

Paula Zubiaur, la autora (un seudónimo), explica cómo, estando viviendo en un colegio mayor en Madrid, con apenas 18 años, conoce al que sería su torturador durante los siguiente dieciséis años. Estamos en 1966, y baja al vestíbulo del colegio saltando los escalones, un modo de exteriorizar su alegría por la independencia recién adquirida, lejos de su casa, en el norte (posiblemente San Sebastián, pero ella no lo aclara): «… salto las escaleras y me doy de morros con un señor bajito y calvo prematuro. Me sujeta un instante y me espeta: “¿Te persiguen los grises?”. Después me mira a través de los gruesos cristales de sus gafas y me dice en tono confidencial: “tengo una foto tuya encima de la cómoda de mi dormitorio”». Paula se queda estupefacta, y luego averigua que «el señor

bajito» la tenía porque la había admirado en una tienda de fotos, donde estaba expuesta, sin que Paula lo supiera.

A partir de ahí los capítulos del libro de Paula, sin perder nunca un punto de ironía agridulce, muestran cómo su futuro marido la persigue, la seduce, hace promesas de amor eterno, y ella, recién iniciada a la vida, se ve sin armas para contrarrestar tanto halago y obsequio caro. «Tantas veces llamó —cuenta—, tantas le di negativas… excepto una. Evidentemente, la última. ¿Por qué cometí ese error?».

Paula empieza a salir con él, con un amigo suyo y su mejor amiga; miente en el colegio, para que la dejen salir —era otra época—, y los días se suceden sin que ella lo pase mal, pero tampoco siente que se enamora de alguien bajito, calvo, de 30 años. Y escribe algo importante:

> Cuando nos despedimos en la puerta, el señor [apodo que emplea Paula para describirlo en la primera parte de su libro] se apartó un tanto conmigo de Macarena y Arturo y comenzó a alabar mi belleza y mi elegancia y a dirigirme otros cumplidos que concluyeron con una especie de declaración de amor, si bien no esperaba respuesta: «Me siento muy bien a tu lado, tengo que hacer todo lo que esté en mis manos, y lo que no esté también, para que seas mía.» […] La frase me disgustaba sobremanera, me vería convertida en un objeto, expuesta en un escaparate. Podía ser joven e inexperta, pero también era intuitiva y pensé que esa expresión sólo la podría decir alguien posesivo.

Pero al día siguiente, en una excursión a El Escorial, esa frase perdió importancia, y ya es sólo una voz de alarma lejana en las semanas siguientes, cuando las salidas se suceden y él empieza a «sincerarse» con Paula, contándole lo dura que fue su infancia, porque su padre era un déspota. No se trataba de una mentira, como ella luego averiguó, sólo que «fueron hechos reales de extrema gravedad que él utilizó haciendo ver que le conmovían, cuando en realidad le traían sin cuidado […]. Su madre había muerto y su padre se había casado con otra mujer a la que apodaba “la zorra” y eso sí que le importaba: afectaba al futuro, a la herencia». Paula reconoce que esas confesiones la hacen sentirse alguien útil, importante, y no sólo una chica con una bonita figura y una cara guapa. «Y fueron una causa importante de que yo mordiera definitivamente el anzuelo. Es maquiavélico, pero hoy estoy convencida de que esas confesiones fueron hechas con toda premeditación y con sentimiento fingido para lograr el objetivo de que fuera suya cuanto antes».

Las cosas se precipitan. Lo que es para Paula una aventura romántica, inocente y emocionante porque le abre el mundo de los adultos a su estrenada juventud —que no mayoría de edad, fijada para las chicas a los 23 años en esos tiempos de televisión en blanco y negro y comienzo del turismo masivo—, concluye un día en una cena lujosa, con una petición de matrimonio, en el momento de los postres: «Todo su poder de convicción de directivo de empresa desplegado sobre aquella tarta. Y yo callada; escuchando u oyendo, más bien, porque en algún momento desconecté y mi cabeza se me fue a otro lado». Ella no sabe qué contestar, él la apremia: «Para mí, un segundo sin saber la respuesta es ya un sufrimiento, así que imagínate lo que me supone esperar semanas». ¿Qué va a contestar Paula? Lo que sigue es de extraordinaria importancia para nuestro libro, porque ilustra perfectamente uno de los procedimientos habituales de nuestra vulnerabilidad frente al psicópata: cometemos un acto contrario a la intuición y a las reglas de la sabiduría cotidiana, el psicópata provoca (manipula) que cometamos una estupidez, y luego la aprovecha para dominarnos (ver capítulo 3):

> Se me mezclaban desordenadamente mis pensamientos y sentimientos, la compasión por los malos tratos [que recibió de niño] con sus ojos achinados, sus innumerables regalos y atenciones con el «para que seas mía», su corbata mal conjuntada con su blanca sonrisa hipnotizadora. Contesta lo que te pida el cuerpo, tu intuición, me decía mi conciencia en vista de que no era capaz de poner orden en el caos de mi cabeza. El cuerpo me pedía salir por la puerta trasera del restaurante y echar a correr, pero no podía hacerlo. Volví a la mesa, intentando sonreír y le dije que sí. ¿Estaba pensando en no cuando dije que sí? Sí o no, no lo sé. Lo que sí sé es que tomé esa decisión como si una fuerza magnética me llevara hacia ella, con la sensación de que estaba cometiendo un error, pero que era inevitable cometerlo.

La cena acaba con un reloj de platino, pero es el comienzo del comportamiento más brutal del futuro marido: el psicópata, al saberse a salvo de personas que puedan defender a la víctima, empieza a mostrar su personalidad real de modo progresivo, y dará lugar a la etapa de sufrimiento de su presa, que durará mientras la posea (esto lo veremos con más detalle en el capítulo 5, «la lucha contra el psicópata»). La familia de Paula se desentiende de ella al insistir en casarse con esa persona, algo que desaprueba por completo su padre. Ella está completamente sola en los momentos en que debería estar más protegida, porque ahora «el señor» —es

el modo en que lo llama— «se sentía libre para empezar a mostrar su cara oculta», lo que implicaba tener que seguir una serie de instrucciones humillantes, que incluía, entre otras cosas las propias de lo que él esperaba de una «mujer 10», que «jamás deberás pasarte de lista dando tu opinión sobre cosas sin que nadie te la haya pedido».

Desde la atalaya que da el tiempo y la madurez del sufrimiento, Paula reflexiona ahora acerca de por qué cometió esa enorme estupidez casándose con un psicópata, y de por qué no buscó ayuda en esos primeros ataques, cuando estaba a tiempo porque no se había casado todavía. Parte de la culpa la pone ella en un bloqueo interior, en el miedo a echarse atrás después del enorme desgaste que sufrió por oponerse a su familia, pero lo fundamental, razona ella ahora desde la calma, radicaba en su comportamiento, tan *especial*: «Ése fue siempre uno de los trucos del señor: el contraste, el pasar de la extrema corrección a la agresión sin transición ni causa para lo uno ni para lo otro, lo que debía producirme algún tipo de cortocircuito psicológico que me paralizaba».

Junto a esto estaba su formidable capacidad de intimidar a la gente: los empleados que tenía le temían, como un camarero que hubiera cometido una torpeza o un taxista que se hubiera equivocado. Hablaba de modo seguro, y lanzaba frases hirientes que dejaban atónito a su interlocutor. «Pero también —escribe— era su mirada, sus ojos que se achinaban detrás de los gruesos cristales preludiando un enfado. Cuando esto ocurría, cuando hablaba y miraba así, me quedaba muda».

La figura 2.1 nos muestra las armas fundamentales de este psicópata:

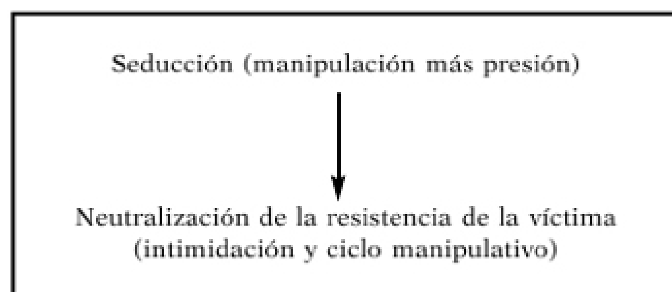


FIG. 2.1. *Las armas fundamentales del psicópata*.

En el capitulo 5 me extenderé sobre el proceso de caza del psicópata, pero basta ahora con ver el modo en que se desenvuelve en la fase de seducción, aprovechando la vulnerabilidad de Paula. La seducción la logra manipulando a la chica, halagándola, deslumbrándola, pero también no dejándola pensar, presionándola para que decida lo que él quiere que haga. Una vez la víctima gravita sobre la órbita del psicópata (la fase de absorción, que es la culminación de la seducción y el inicio de la fase de la explotación y los ataques), toda voluntad o capacidad de respuesta ha de ser neutralizada. El sistema más habitual es mediante la intimidación (amenazas, la «mirada del psicópata») y una forma peculiar de comportamiento que se denomina «ciclo manipulativo», que consiste básicamente en que: *a*) el psicópata realiza un ataque: humilla, golpea, o de cualquier otra forma castiga a su presa; *b*) explica que es algo que no quiere hacer, pero que se obligado para el bien de ella, o por otra razón (que depende mucho de la situación); *c*) ella puede evitar que esto se produzca, si entra en razón y no le desafía (obligándole a que haga lo que él no quiere hacer). La figura 2.2 representa el ciclo de manipulación del psicópata: el resultado es que la víctima se bloquea, quiere que todo vaya bien, pero ha de aprender que eso implica renunciar a su individualidad, a sus derechos. Hasta que lo aprenda tendrá que sufrir ataques sorpresa, que lo serán menos a medida que ella «comprenda qué los provoca».

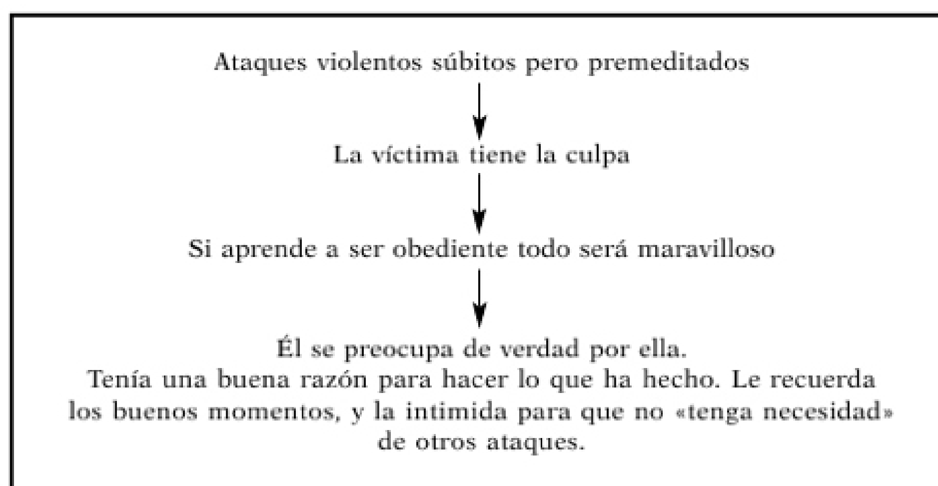


FIG. 2.2. *El ciclo de manipulación del psicópata*.

Pronto se produce el ataque más brutal, ya que él opina que debe averiguar cómo «funciona» ella en la cama antes de casarse, y el coche, después de una cena en un restaurante, puede ser el lugar apropiado para comprobarlo. El psicópata se quita la máscara:

> Era como presenciar la transformación del hombre lobo. Me propone despejar sus dudas en ese lugar y en ese mismo momento. Comienzo a llorar. Las lágrimas no le ablandan y suelta una de sus ácidas frases, no recuerdo cuál. Logro responderle que quiero llegar virgen al matrimonio […] Reacciona agarrándome por los pelos, se pone encima de mí en el asiento, me abre la camisa haciendo saltar los botones y trata de bajarme el pantalón rompiendo la cremallera. Yo me resisto. Lloro desconsoladamente. Suplico que no lo haga. «¡Hoy no!», «¡hoy no!», repito desconsoladamente. El forcejeo cesa. Me suelta despreciativamente. Pega un fortísimo puñetazo en la guantera del coche y la deja totalmente abollada. Vuelve a su asiento, mostrando su mal humor, como si su actitud no fuera reprobable y su intento de violación un derecho indiscutible. Arranca el coche sin más palabras.

Hemos visto las cuatro primeras fases del proceso de caza del psicópata (figura 2.3):

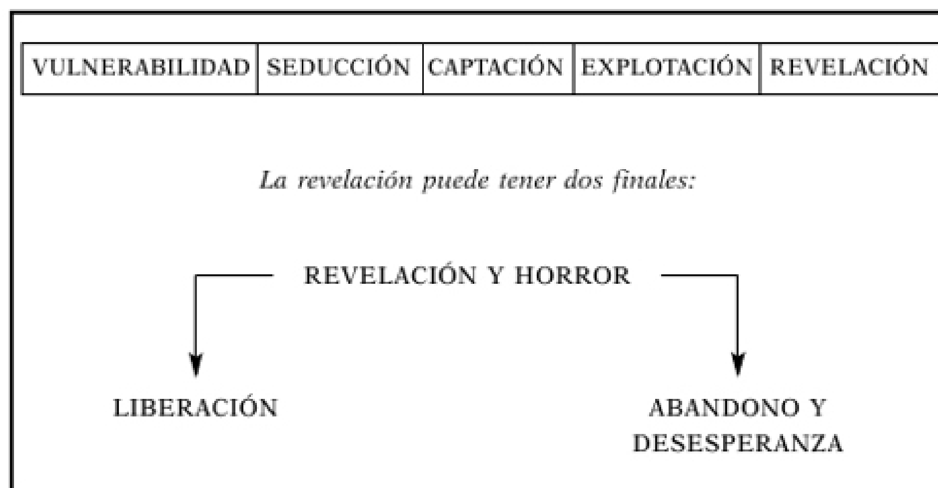


FIG. 2.3. *El proceso de caza de un psicópata*.

Paula acaba de ingresar en el periodo de explotación y ataque, de forma muy rápida, sin casi solución de continuidad con la etapa de seducción y captura, sin duda por la gran diferencia de edad y experiencia que existe entre víctima y verdugo. La etapa de captación es el final de la etapa de seducción: la víctima ya está apresada en la red psicológica que le ha

tendido el psicópata. En el caso de Paula todo ha sido muy rápido: cuando ella accede al matrimonio y se da cuenta de que no puede echar marcha atrás, ya está captada, pero de modo inmediato, como decía, da inicio el ataque. Dejaremos para el capítulo 5 la historia de Paula, cuya continuación aprovecharemos para discutir a fondo cómo hay que enfrentarse a un psicópata, en cada una de esas cinco etapas. Antes de terminar este apartado quisiera introducir ciertas explicaciones más amplias sobre el fenómeno de la violencia contra las mujeres.

Algunos de los agresores homicidas de mujeres son hombres extremadamente violentos, que abusan del alcohol y las drogas, que viven en muchas ocasiones al margen de la ley. Sin embargo, la mayoría de estos asesinos no son delincuentes habituales, son personas corrientes, de clase media-baja o baja, que no están dispuestos a tolerar que su mujer no les haga caso, no se dejen dominar de acuerdo a su voluntad o, peor aún, no accedan a permanecer con ellos de por vida, aunque sea a costa de su desgracia perpetua. Muchos psicólogos describen a los agresores de mujeres como bajos en su estima personal; la violencia sería una acción tendente a compensar ese sentimiento de inferioridad. Sin embargo, la moderna investigación está poniendo en duda que esto sea una norma general; es muy posible que los hombres violentos, por el contrario, tengan una autoestima muy inflada junto a una interpretación de los hechos tendente a ver amenazas donde no las hay. La violencia sería, de este modo, la respuesta de un sujeto que se considera tan «duro» e infalible como para no tolerar que se haga oídos sordos a su expresa voluntad.

Creo que tiene sentido decir que la autoestima de esos agresores es «frágil», pero no «baja», puesto que alguien con una baja autoestima tiene más probabilidades de dejarse avasallar, de deprimirse y de renunciar a la lucha. En este sentido, otros datos revelan que los alumnos de los colegios que hostigan a sus compañeros (el *bullying*) no tienen peor autoestima que los chicos no agresivos, pero sí mayor que la que presentan sus víctimas. Sin embargo, mi impresión es que estos agresores son sujetos dependientes de sus mujeres. Los agresores «dependientes» con autoestima alta o baja —pero en todo caso frágil, la investigación ha de seguir al respecto— tienen, en el control de sus mujeres o novias, la mayor prueba de su validez

personal. Debido a que su integración con el mundo no es la que ellos desean —donde todos les reconocieran como personas muy valiosas e importantes—, su fuente principal de validación personal está en «disponer de» su pareja. Cuando la matan están matando a su posesión más preciosa, y un grupo de estos agresores hallará insoportable esa situación, junto a las consecuencias morales y legales de ese hecho, que sin duda le ocasionarán profundo dolor, de ahí que opten por el suicidio.

Ésta es la noticia-tipo de una agresión y suicidio:

> Un hombre que estaba detenido en la jefatura superior de policía de Palma de Mallorca por apuñalar a su ex mujer, de quien tenía que mantenerse alejado por orden judicial, apareció ayer ahorcado en la celda de la comisaría. Juan G. R., albañil, de unos 40 años, había sido arrestado el jueves en la Policlínica Miramar, donde agredió con arma blanca a su ex mujer y a otra persona, siendo retenido por los pacientes que iban a la consulta […] García ya había sido detenido en otra ocasión, por vulnerar la prescripción judicial de alejamiento del antiguo domicilio conyugal.

Ahora bien, mi convicción es que muchos agresores de mujeres, en especial los que emplean la violencia de modo más sutil —y desde luego, la violencia psíquica más sistemática y aniquiladora—, *son psicópatas integrados*, gente que va a la oficina o a dar clases a la Universidad o al Instituto, que presenta el telediario o va a las ferias de calzado, que representa una firma comercial o se dedica a alguna de las artes. Esos son agresores de clase media o alta, impecables en su estar, encantadores, pero muy peligrosos en sus casas. En ocasiones pueden recurrir a la violencia física, pero la mayor parte de las veces hay una brutal agresión emocional. El relato de Paula Zubiaur es un ejemplo extraordinariamente nítido de un psicópata perversamente inteligente y de clase alta, pero que sirve para demostrar los comportamientos esenciales de todos los psicópatas agresores de mujeres: implacables, crueles, indiferentes al sufrimiento, con una autoestima brutal.

El psicópata como hombre de Estado

No hay duda de que Stalin merece ese calificativo. El que fuera responsable de la esclavitud de diez millones de personas y en matar a otros dos millones en sólo cuatro años, ha sido calificado sin tapujos por el mejor historiador de su persona y obra, Donald Rayfield, como un psicópata, en su aclamado libro *Stalin y los verdugos*. Según Rayfield, «el cataclismo desencadenado por Stalin provocó un sufrimiento que encuentra pocos equivalentes en la historia de la humanidad». Está acreditado que Sadam Husein le admiraba, y no hay por qué sorprenderse de esto, dadas las similitudes existentes entre ambos dictadores.

La importante biografía de Rayfield desvela rasgos inequívocos de psicopatía en Stalin. En relación con uno de los atributos más fundamentales, el fingimiento, cita a uno de sus mejores conocedores (Milovan Djilas), quien aseveró: «Fingía [Stalin] de un modo tan espontáneo que él mismo estaba tan convencido de la verdad y sinceridad de lo que estaba diciendo». Es decir, la mentira era en él una auténtica segunda naturaleza que podía fácilmente pasar a ser la dominante, con la misma naturalidad que hablaba o escribía penas de muerte. El sentido grandioso del yo aparece en la conversación que mantiene en 1928, con uno de sus colaboradores, Bujarin: «Tú y yo somos el Himalaya, el resto, insignificancias». Ese ego desquiciado y brutal centellea cuando escribe «ja, ja, ja», al lado del siguiente texto de Tolstói: «El único e indudable medio de salvación que las personas tienen del mal que sufran consiste en admitir su culpabilidad ante Dios y, por lo tanto, su incapacidad para castigar o corregir a los demás». Y en cuanto a la imposibilidad de mantener vínculos afectivos reales, Rayfield sentencia: «… todo aquel, ya fuera hombre o mujer, que pensara que mantenía con Stalin una relación estrecha no hacía otra cosa que engañarse a sí mismo». Igualmente, su amor como padre brilló por su ausencia. Cuando su hijo Yakov —a quien había dejado en manos de su cuñado con sólo dos meses de edad— intentó suicidarse a los 16 años pegándose un tiro, «Stalin saludó el gesto con un “¡Ja, ja, ja, así que has fallado!”».

Y como ocurre tantas veces, cuando el jefe del Estado es un psicópata, su capacidad de violencia sin límites es capaz de lograr miles de secuaces felices de ayudarle en sus fechorías. Cuando un psicópata es el líder,

muchos psicópatas de bajo perfil, o simplemente personas grises y sin rumbo, se aprestan a formar parte de su corte, y cometen atrocidades sin número. Con razón escribe el autor de *Stalin y sus verdugos*: «Pese a su falta de remordimientos y de principios, pese a su energía y a su paciencia, para hacerse con el poder, Stalin no sólo necesitó el momento preciso, sino los socios apropiados, personas que no sólo estaban dispuestas a morir, sino a matar por él».

Stalin representa al psicópata que es capaz de autocontrol, que no deja escapar su tiempo en tropelías brutales que lo indispongan con otros líderes capaces de aliarse con éxito y derrocarle, o con potencias extranjeras. Forjado en el crisol revolucionario de la conspiración y la profunda crisis de la Europa de principios del siglo XX, Stalin representa en estado puro la mente maquiavélica que mata y tortura, a cientos, a miles, a millones, *a su debido tiempo*. Sólo esa capacidad explica su permanencia en el poder, y la enorme tragedia que tuvo que soportar su pueblo, una capacidad que se torna en argucia sofisticada para «situar su estructura de poder en un perpetuo y oscilante estado de equilibrio y desequilibrio. Su técnica no era otra que fomentar los celos mutuos y las suspicacias entre sus subordinados, amén de imponer un pavoroso temor a su persona».

Exactamente lo mismo que su discípulo, Husein, del que ya me ocupé en mi libro de 2000 *El psicópata*, pero que merece ahora una nueva consideración, dados los acontecimientos ocurridos con la nueva guerra de Irak y la captura del ex dirigente iraquí. Con motivo de la marcha de Inocencio Arias como embajador de España en las Naciones Unidas, en una entrevista donde hacía balance de su estancia en ese cargo, el diplomático expresó al periodista que lo que más le había desconcertado de todo lo sucedido en los preparativos de la guerra de Irak, fue por qué Husein «se había negado a mostrar a la comunidad internacional con claridad que él no disponía de las armas de destrucción masiva».

Es evidente que el paso del tiempo nos ha dejado otras muchas dudas angustiosas en torno a este conflicto: por qué Bush hijo tenía ya esa obsesión por atacar, o cómo se pudo producir un desamparo tan alarmante de la población iraquí tras finalizar la guerra, pero para los propósitos de este libro interesa centrarse en la personalidad de Husein. Esa duda que

quitó el sueño durante tanto tiempo al diplomático español era la misma que había corroído a Bush padre, cuando dispuso delante de Sadam la mayor fuerza de invasión que había visto hasta ese momento la historia, en la primera guerra contra Irak, tras la invasión de Kuwait. ¿Pensaba realmente Sadam ganar esa guerra, que —esa vez sí— contaba además con el respaldo de toda la comunidad internacional? ¿Pensaba de verdad ganar la guerra de 2003, con su ejército diezmado y el pueblo castigado por el hambre y las enfermedades derivadas de las sanciones que existían sobre su régimen? ¿No estaba él cavando su propia fosa, ya que en esa ocasión no iba a tener ninguna oportunidad de conservar el poder una vez concluida la guerra?

Para contestar a esa pregunta uno tiene que comprender la mente de un psicópata, puesto que no hay lógica alguna de guerra o de política internacional que justifique una decisión así. Y en esa tesitura de análisis entre lo psicopático y lo racional se comprende cómo desde la primera óptica todo encaja. En primer lugar, el psicópata tiene un extraño sentido de invulnerabilidad, de omnipotencia, que hace que cometa acciones del todo estúpidas, irracionales, porque suponen su derrota o encarcelamiento al fin (el próximo capítulo incide en la idea del psicópata como alguien estúpido), más tarde o temprano. ¿De verdad pensaba Roldán que iba a poder robar indefinidamente mientras se dedicaba a una vida licenciosa al mando de la guardia civil? ¿Pensaba Harold Shipman, el «doctor muerte», que la suerte y la desidia de los inspectores británicos de salud iban a permitirle seguir matando ancianas hasta que él quisiera? ¿No jugaba a la ruleta rusa Ramón Arce, cada vez que penetraba en un dormitorio de chicas para abusar de ellas? La gran mayoría de los psicópatas que persisten en sus actos violentos lo hacen en parte porque nadie les ha detenido hasta la fecha, pero en parte porque ellos se creen superiores a cualquiera, y con derecho a hacer lo que desean hacer. Enfangados en medio de un duelo, de una contienda, su ego desmesurado puede más que cualquier otra razón, aunque ello suponga —como en el caso de Sadam— convertirse luego en el «señor de los piojos», en afortunada expresión de Vargas Llosa, relatando el modo cobarde e indigno en que se había ocultado de los *marines*, acumulando suciedad y vergüenza en vez de alzarse para pelear. En segundo lugar, lo he escrito ya, el psicópata no aprende de la experiencia, sino que persevera en

su motivación fundamental: el poder y el dominio. Y si uno está en la cúspide del poder, como lo estuvo Husein tantos años, por muchas que sean las desgracias que de su actuar se deriven para su pueblo (la guerra con Irán, el genocidio de los kurdos, la hambruna en un país con incalculables riquezas…), él sigue viviendo estupendamente, así que, ¿por qué preocuparse?

Una tercera razón descansa en la capacidad que tienen para mantenerse en el poder, debido a su poder de fascinar y de atemorizar. Sadam asesinó a sus yernos, su hijo Uday (véase capítulo 1) fue también un psicópata indiscutible que torturaba, asesinaba y violaba, causaba estragos y representaba la auténtica cara del régimen, pero sería injusto no reconocerle que vendía una imagen que era muy valorada por mucha gente. Esto es típico de los dictadores con rasgos psicopáticos. El que fuera arquitecto y luego ministro de Hitler, Albert Speer, le describió muy bien en su personalidad, y puso de relieve la fascinación que ejercía sobre los suyos:[5]

> Hitler podía fascinar debido a su carisma, pero no podía responder al sentimiento de la amistad. Esto era algo que él, instintivamente, repelía. Las simpatías corrientes que los hombres y mujeres normales disfrutan, no significaban nada para él. En el lugar donde debería estar el corazón, Hitler era un hombre hueco […]
>
> Y sin embargo, Hitler era mi destino. En tanto en cuanto él viviera y dominara mi espíritu, yo le seguiría, incluso hasta el final más amargo.

Este carisma del psicópata surge también en la figura de Milosevic, otro psicópata moderno, quien creía poder derrotar a la OTAN y seguir con el genocidio de los bosnios como si nada le fuera a ocurrir a él o a su régimen. Incluso ahora, sentado en la corte que le juzga por crímenes contra la humanidad, sigue siendo «grandioso y petulante», en palabras de Wesley Clark, que fue quien mandaba el ejército que le derrotó. Por eso un periodista en Belgrado, José Comas, escribe frente a la prisión que lo guarda que aunque «Slobodan Milosevic puede constatar, a sus 61 años, la bancarrota de su vida familiar y política […] no obstante, un tercio de electores serbios dieron su voto a candidatos vinculados a su régimen despótico, sin que tampoco se pueda negar que la arrogancia de Milosevic ante el tribunal ejerce una cierta fascinación entre parte de sus compatriotas».

Es, sin duda, uno de los grandes enigmas de la psicopatía: su capacidad de encandilar y lograr lealtad hacia alguien que, paradójicamente, no posee ninguna. Y este rasgo se observa tanto entre ciudadanos de un país llevados a la ruina por el psicópata, como entre las víctimas individuales de éste, por eso tantas personas hablan de la «mirada del psicópata» como algo que les causa un profundo temor al tiempo que les atrae. El escritor Alan Harrington lo puso de relieve en su análisis de la psicopatía en Estados Unidos hace treinta años: «Es cierto que persiste un misterio: la magia potente de la psicopatía. ¿Cómo logra el psicópata —alguien que es frío y destructivo— inspirar esa devoción entre la gente normal […] y llevar a los hombres y mujeres a realizar actos que nunca hubieran imaginado que podrían hacer?».

Desgraciadamente la nómina de los caudillos psicópatas no ha sido escasa, y si en el pasado, además de los ya mencionados, el mundo vio la tiranía del «emperador» Bokassa —quien ejerció también de caníbal además de asesino en la República Centroafricana en los años setenta y ochenta del pasado siglo—, o de Francois Duvalier, quien mediante el terror —creó su gestapo particular— y el vudú asesinó en masa y sumió a Haití en la pobreza en sólo 14 años (desde 1957 hasta 1971, cuando murió), el mundo ahora ha de vérselas con otros sátrapas psicópatas como el presidente de Zimbaue, Robert Mugabe, y probablemente el trágico presidente o emperador de Corea del Norte, que ha hecho de todo su país un cementerio de miseria y tristeza, eso sí, con la bomba atómica.

Capítulo 3

POR QUÉ SOMOS VULNERABLES

Es fácil identificar a un psicópata a toro pasado, cuando ya sabemos que es un criminal o un sujeto muy peligroso. Luc, el mejor amigo de *El adversario*, analizado en el capítulo primero, intentó hacer comprender al juez que le interrogó durante el juicio que era muy fácil calificar a Romand como un monstruo ahora que había pasado todo, y a él y al resto de sus vecinos como «un hatajo de burgueses de provincia ridículamente ingenuos», por no haber notado su peligrosidad. Pero lo cierto es, espetó al juez, que «parece una idiotez decirlo, pero ¿sabe?, era un hombre profundamente amable. No cambia en nada lo que ha hecho, lo hace todavía más terrible, pero era amable». Esa amabilidad también la poseía Joaquín Ferrándiz, el asesino en serie de Castellón, y cuando fue acusado por vez primera en su vida, por una agresión sexual, mucha gente de la ciudad se solidarizó con su declaración de inocencia —que mantuvo durante los seis años que pasó preso por este delito—, ya que alguien que era tan «buena persona» no podía haber atacado a una joven de 17 años. Como escribí en el capítulo anterior, nadie en la cárcel —ni los psiquiatras ni los funcionarios — pensaba que era un delincuente peligroso. Años después, ya encarcelado por los asesinatos de las mujeres, confesó que sí que había sido él quien atacó a la joven (si bien nunca reconoció que consumara la violación).

En efecto, la amabilidad y el encanto superficial del psicópata son uno de los grandes atributos de su capacidad de manipularnos, pero no el único.

Los psicópatas poseen en un grado muy desarrollado algo que tienen otras muchas personas —desgraciadamente cada vez más— en nuestra sociedad: una orientación maquiavélica (del filósofo Nicolás de Maquiavelo) hacia los demás, una capacidad para no dejarnos ver lo que de verdad pretenden.

En este capítulo explico dónde radica la fuente de nuestra debilidad frente a los psicópatas, algo importante de reconocer si tenemos que saber prever su aparición (capítulo 4) y, en caso de que sea necesario, luchar con ellos (capítulo 5). Con tal fin, clasifico tal vulnerabilidad en dos grandes clases. Primero, la que deriva del funcionamiento de las instituciones que conforman nuestra sociedad. Y segundo, la que se desprende del distinto modo en que los psicópatas y los no psicópatas interpretan la realidad y se disponen a relacionarse con sus semejantes.

La vulnerabilidad social

Una primera fuente de vulnerabilidad proviene de la sociedad y las instituciones en las que vivimos. Somos más vulnerables ante los psicópatas porque tenemos, en los puestos de dirección de importantes instituciones sociales, a personas que no se preocupan de lo que puedan hacer aquéllos, ni piensan, por consiguiente, que es necesario establecer mecanismos para detectarlos y ponerlos bajo control.

El síndrome de la autoridad indolente

Es triste reconocerlo, pero un factor que aumenta nuestra vulnerabilidad es la indolencia de las autoridades en proteger a las víctimas. No sólo la persona normal no quiere creer que existen los psicópatas, las autoridades tampoco. ¿Será necesario hacer acopio de pruebas para demostrar esta afirmación? Cuando escribo estas líneas se acaba de producir el homicidio múltiple de Alzira: dos niños pequeños y su madre, Jenny Lara, han sido quemados vivos en su domicilio. Su marido había golpeado, amenazado y acosado en innumerables ocasiones a su mujer; ella sólo quería vivir

tranquila, con sus hijos, fregando suelos día tras día para darles una oportunidad en la vida. Pero él quería mucho más: matarla, matar todo lo suyo, arrojar fuera ese odio destructivo que surge cuando se desafía a una mente psicopática con pocos recursos de autocontrol. La policía pasó un rato antes por casa de la víctima, y le aconsejó que se encerrara bien, que les volviera a llamar si tenía problemas, y luego dieron algunas vueltas para localizarlo, y comprobaron que estaba tranquilo. Mientras tanto, el asesino ultimaba sus planes: provisto de gasolina y la llave del piso de ella (tomada del hijo de 12 años que vivía con él), llegó de madrugada a su antiguo domicilio conyugal, entró, roció de gasolina la casa, y se marchó cerrando con llave. El piso se convirtió en una ratonera, y sólo un milagro impidió que José, un sempiterno ángel de la guarda de la madre, que había acudido ante el miedo cerval que tenía de ser asesinada, muriera allí mismo, igualmente carbonizado.

¿De qué sirvió la tragedia de Mar Herrero, cinco años antes, que se cansó de implorar protección frente a un psicópata llamado Luis Patricio, un ex convicto de intento de asesinato? Ese caso, que motivó que la justicia hiciera acto público de contrición («Hemos tocado fondo. Éste es un fracaso de todo el sistema judicial», dijo el fiscal jefe del Tribunal Superior de Justicia de Madrid), terminó con una joven de 21 años asfixiada y acuchillada en el interior de una furgoneta, cuerpo ya inerte, sin palabras para seguir pidiendo a los jueces que salvaran su vida, como había estado insistiendo los últimos meses de su existencia. ¿De qué sirvieron, finalmente, las 72 mujeres asesinadas de 2003, año récord en este terrible vía crucis de la muerte «por amor»?

Las autoridades, en el caso del maltrato a las mujeres, no quieren creer que existen psicópatas que matarán a cualquier precio, o que extorsionarán a sus parejas de un modo inconcebible. Ya no estamos en la época de Franco, donde la nula sensibilidad social y legal nos hace comprender la desesperante incapacidad de Paula Zubiaur para denunciar a su esposo torturador (capítulos 2 y 5). Ahora vivimos en pleno siglo XXI, y las autoridades ya han visto las esquelas de Mar Herrero, y Ana Orantes antes que ella (quemada viva por su marido, después de que ella dijera por televisión que sabía que él la iba a matar), y entre ambas unas ciento más, y

seguro que después de Jenny Lara otras muchas a la cola. Entonces, ¿qué pasa? ¿Dónde está la imposibilidad para hacer algo efectivo? ¿Cuál es el problema?

En primer lugar, ya lo he dicho, los jueces y los responsables de la policía y guardia civil no creen en los psicópatas (sí las fuerzas de seguridad; me consta). Para ellos está siendo una auténtica sorpresa que un hombre que ha dicho cien veces que va a matar a su mujer, que la ha golpeado y vejado repetidamente… lo haga finalmente. Incluso la jueza que llevó el caso de Alzira pareció no creerlo —si consideramos lo rutinario de su proceder, que dejó sin la debida protección a la víctima—, a pesar de que ¡el propio asesino la había amenazado previamente!

Otro factor que conspira ante la idea de que existen psicópatas peligrosos, en el caso del maltrato a la mujer, es la creencia extendida entre los políticos de que el machismo es el principal responsable de todas estas muertes. Obrando de esta forma, el mensaje de la inmediatez de la respuesta se pierde: todos los hombres somos potencialmente culpables de ser machistas, luego en todos cabe la sospecha. Y si es así, ¿por qué gastar tiempo y energía en proteger a las víctimas en aquellos casos en los que una persona está en peligro ante un psicópata? Si el psicópata no existe, si todos los hombres pueden matar a su mujer, no hay necesidad de desarrollar medidas especiales de protección cuando los expertos dicen que esos hombres —en esos casos definidos— son muy peligrosos. O se protege a todas las posibles víctimas —como a los concejales no nacionalistas en el País Vasco— o a ninguna. Creyendo que se trata sólo de una cuestión de valores y de desigualdad social, se cae en el tremendo error de negar la existencia del psicópata. Yo no digo que todos los agresores lo sean (ya expliqué esto con detenimiento en *Amores que matan*), sólo digo que éstos y otros tipos de personalidad[6] están detrás de los asesinos y golpeadores sistemáticos de sus parejas. Y que los valores de una sociedad machista y discriminatoria contra las mujeres no puede explicar por sí solo este hecho.

Finalmente, otro ejemplo de indolencia de las autoridades surge cuando no existe una mínima política criminal que defienda a los ciudadanos de la aparición de nuevos psicópatas y otros criminales peligrosos para nuestra

sociedad, unos provenientes del extranjero, tras la caída del bloque comunista y la descomposición de esas sociedades, otros españoles, dispuestos a colaborar con los primeros y con las temibles bandas de atracadores y narcotraficantes de Sudamérica. Y así, primero el Partido Socialista, y luego el Partido Popular, los últimos gobiernos de España han permitido que la policía y la guardia civil mermen en sus efectivos de modo inaudito, lo que ahora se intenta remediar a marchas forzadas. Pero para algunas víctimas esta reacción llega tarde, y nadie como las víctimas de Petrus Arcan simbolizaron bien la impotencia de esa mengua de efectivos policiales, y el modo en que España se quedó inerme frente a la nueva criminalidad de los inicios del siglo actual.

Petrus Arcán no operaba en grupo; era un lobo solitario, y había nacido en 1977 en el vivero perfecto de la psicopatía, una zona marcada por el crimen de la República de Moldavia que se independizó con el apoyo de Rusia, y que hacía de la violencia, la extorsión y el lavado de dinero negro el modo de vida de mucha gente. Hijo de una familia de tres hermanos, a los 12 años ya entró en un reformatorio, y sus delitos iban en aumento. «Cuando cumplió los 14 su familia no sabía qué hacer con él. Era un adolescente cruel e insensible. A los 17 se plantó en España», escribe Carlos Bellver.

En España cumplió una condena de dos años antes de los cruentos hechos que iban a hacer de él alguien popular, algo que él no buscaba en absoluto, a diferencia de algunos —no todos, como mucha gente cree erróneamente— asesinos en serie conocidos. En la cárcel trabajó fieramente su cuerpo, con pesas y horas agotadoras en el gimnasio. Cuando la noche del 19 de junio de 2001 llegó al lujoso chalé de la familia del abogado Arturo Castillo, en Pozuelo, estaba preparado para subir un peldaño más en su carrera delictiva, e iba bien pertrechado: una pistola de seis balas y un machete de caza de 21 centímetros de longitud. El ataque a la familia se relató muchas veces en la prensa de aquellos días: cómo Arcan entró en el dormitorio por sorpresa y disparó a Castillo y a su mujer; cómo remató al abogado con su machete; cómo fue en busca de las dos hijas del matrimonio y, golpeándolas, les exigió que le dieran un dinero que no había en la casa… Y la agonía de la madre que, malherida, llamaba varias veces a la

policía sin que ésta acabara de aparecer. El caso de Arcan, huido —disparó contra un agente que casi lo detiene— y capturado esa misma noche, fue la piedra de toque que puso en evidencia la nefasta política de seguridad que había continuado el gobierno del Partido Popular, del cual algún dirigente se atrevió a decir que la policía no podía llegar a todas partes, y que había que contratar más seguridad privada… Arcan fue apresado por dos policías locales de Pozuelo, atentos a la orden de búsqueda emitida por la policía. Cuando vio al policía al que había tiroteado horas antes se arrodilló y dijo: «Perdón», pero luego, en los interrogatorios, negó toda participación en los hechos, lo que no impidió su condena.

Bélgica ha demostrado en los últimos años la terrible amenaza que puede suponer para los ciudadanos el descuidar el control de los psicópatas sexuales. Causante de un terremoto político cuando se supo la increíble pasividad de las autoridades en controlar a este sujeto una vez en libertad, el pederasta belga Marc Dutroux pudo secuestrar, violar y asesinar a niñas de entre ocho y diecinueve años, en parte, porque el estado belga no creyó conveniente investigarle a fondo, a pesar de que ya había sido condenado por violar a otras seis niñas en 1985 (y uno puede indignarse doblemente cuando se pregunta por qué estaba libre tan pronto un agresor sexual múltiple de niñas).

Finalmente, otro ejemplo del pecado de la indolencia tendríamos que atribuirlo a la Iglesia católica, tan reacia a corregir los abusos sexuales en los que incurren sus sacerdotes. En todos estos casos parece pensarse que es mejor permitir la continuación del mal que sufrir un escándalo, y un libro reciente que revisa las sólidas acusaciones de pederastia contra el fundador de los Legionarios de Cristo, el sacerdote mexicano Marcial Maciel, no hace sino poner en evidencia los intentos de la jerarquía de Roma por desacreditar toda investigación tendente a clarificar la verdad. Esto es muy lamentable, porque aunque los fieles pueden separar la palabra de Jesús de los hechos de sus representantes en esta vida, actuaciones como éstas contribuyen al desarrollo del mal y de la psicopatía, y dañan sin duda la labor desinteresada de todos los que creen con honestidad en las virtudes del cristianismo.

Vulnerabilidad por falta de vigilancia para la selección de funcionarios públicos

Por supuesto que no es la norma, pero debería ser una cosa establecida evitar que ningún funcionario público de cierto nivel sea un psicópata, especialmente si tiene responsabilidades cruciales en la vida de la gente, como los jueces y los policías, y también entre sus dirigentes (el caso de Luis Roldán debe bastar para acallar cualquier protesta al respecto). Entre los jueces, la figura de «juez de día y estafador de noche» que encarnó haces unos años Pascual Estivill, quien llegó a ser miembro del Consejo General del Poder Judicial, causó asombro y conmovió a toda la judicatura española, y entre los policías la diabólica pareja formada por los inspectores Manuel Lorenzo y Jesús Vela, que intentaron asesinar a toda una familia en enero de 1994, cosa que lograron en parte, brilla con luz propia entre los asesinos psicópatas incrustados entre las fuerzas de seguridad.

Vulnerabilidad en las empresas

La empresa actual, tan mutable, con cambios rápidos de manos financieras, reconversiones profundas y fusiones, busca con ahínco líderes que sepan cómo moverse en este laberinto de presiones y oportunidades, donde auténticas fortunas pueden ganarse o perderse en cuestión de días. Éstas son empresas muy vulnerables para los psicópatas, porque ofrecen relaciones mutables y reglas de juego no muy claras, y esperan beneficios rápidos. El psicópata, debido a su seguridad altanera y egocentrismo —narcisismo— y capacidad de manipular, es la persona *aparentemente* ideal para lograr estos fines, y cuando se descubre —si llega a descubrirse— que en verdad está destruyendo a la organización, lo único que queda por hacer es tratar de salvar lo más posible, y muchas veces ni siquiera se puede castigar al responsable, que espera cargado de tensión una nueva oportunidad de demostrar lo que vale…

Es obvio que nadie contrata a un psicópata si sabe que lo es. Como digo, esta entrada subrepticia del psicópata es posible, en buena medida,

porque parece que él es sólo un sujeto narcisista, y existe la costumbre de considerar a los sujetos narcisistas líderes capaces de desempeñar su función con gran eficacia, lo que ha facilitado su promoción laboral. «Dado que el narcisismo es un rasgo usualmente valorado como deseable para el trabajo en la empresa, y que el narcisismo agudo es una explicación sencilla para la conducta agresiva y humillante, este escritor cree que los individuos que son realmente psicópatas con frecuencia son tomados por sus compañeros por sujetos narcisistas, y elegidos para ser promocionados dentro de la organización», escribe Paul Babiak. Cuando el sujeto que parecía ser sólo un narcisista se revela como un psicópata, es hora del llanto y crujir de dientes.

También ha de aplicarse aquí lo que escribo sobre el maquiavelismo unas páginas más adelante. Los psicópatas también destacan en este rasgo (que es sinónimo de astucia y manipulación), y los sujetos que son valorados en las empresas porque tienen ese perfil de personalidad pueden ser algo más que «maquiavélicos», pueden ser psicópatas. El empresario, como en el caso anterior del narcisismo, puede abrirles la puerta sin saber en verdad lo que está haciendo.

La vulnerabilidad personal

La naturaleza humana y la mentira del psicópata

Escribe Jáuregui que la naturaleza (los «ingenieros genéticos», en su expresión) «en su infinita astucia y pillería» ha otorgado al ser humano dos tipos de cartas muy distintas: las que se ven y se tocan, las cartas abiertas y públicas del juego, y las que nunca pueden ser vistas ni oídas, éstas son las cartas ocultas y privadas del juego. «El juego de la vida se juega, pues, con dos barajas: una es la baraja de las palabras, de los gestos, de los aplausos, de los gritos, de los besos […] la otra es la baraja oculta de las ideas y de los sentimientos, de las intenciones, de las jugadas o jugarretas de una

estrategia urdida que nadie conoce salvo uno mismo». Entre ambos tipos de cartas hay un código de correspondencia según el cual las cartas ocultas se traslucen por las cartas que se enseñan. Así, si estoy enojado con alguien, yo puedo fruncir el ceño y elevar la voz cuando hablo con esa persona; ése es el modo en que las intenciones y sentimientos se ponen sobre la mesa, mediante las cartas de palabras y gestos.

Ahora bien, el hombre dispone de una tercera baraja: su voluntad, su libertad de respetar el código de las dos barajas, o por el contrario de violar ese código, es decir, de mentir y engañar, de aparentar lo que no se es para obtener ventaja sobre el otro o los otros, ya sean éstos familiares, amigos o compañeros de trabajo; o bien, en niveles de mayor vértigo, accionistas, subordinados, súbditos o los ciudadanos de todo un país.

Pocas burlas pueden ser más crueles que cuando alguien nos abraza, lleno en apariencia de un dolor compartido por la muerte de una persona querida, y él ha sido el que por su propia mano, ha acabado con la vida del que ahora finge honrar a pie de tumba. El asesino añade de este modo infamia a su vileza. Esto es justamente lo que la policía autonómica de Cataluña, los Mossos d'Esquadra, pensó que hizo José Luis R. A., el —todavía— presunto homicida de María Engracia, de 54 años, y de su hija Silvia, de 31. Silvia era su esposa, de la que tenía dos hijos, y María Engracia su suegra, y los cinco vivían en una vivienda unifamiliar en Granollers, cerca de Barcelona. Según la investigación policial, José Luis se llevaba mal con su mujer, y eso quizá explicara el ensañamiento de su asesinato, producido con un cuchillo de trinchar carne, el mismo que sirvió para matar a la otra mujer. Aquí vemos en acción esa tercera baraja de la burla y la mentira, ya que, según las apariencias, José Luis decidió acabar de un plumazo con los problemas que le amargaban la vida. ¿Por qué aguantar a dos personas que le debían impedir llevar la vida que él quería? Como hizo *el adversario* (capítulo primero), se puede buscar una solución más rápida. Junto con el asesinato, hagamos un requiebro a los sentimientos nobles, y pongamos cartas de «palabras y gestos» que no delaten que se es el responsable de ese doble crimen. Y así, como relató el periodista, «el ahora detenido había afirmado que sufrió un fuerte *shock* y asistió muy

compungido al entierro de su mujer y su suegra, rodeado de familiares y amigos».

La creencia de que el maquiavelismo es sinónimo de inteligencia

En el capítulo primero ya estudiamos en qué consiste la impostura del psicópata; se trata de una gran habilidad para ser una persona mejor de la que se es, y no tanto para fingir que se es otra persona o hacerse pasar por otro, que es lo habitual entre los impostores que he llamado vocacionales o profesionales. Pero, además de los psicópatas, hay otros individuos que, sin llegar a tener este trastorno, han aprendido a mentir y manipular a los demás para favorecer su progreso en su trabajo, o sacar ventaja en otros ámbitos. Para estudiar este modo de ser, Christie y Geis desarrollaron un instrumento llamado *La Escala o Cuestionario de Maquiavelismo* (en adelante empleamos M por maquiavelismo). En ella aparecen afirmaciones como las siguientes: «La humildad no sólo es algo inútil, sino también perjudicial», o «Lo más importante en la vida es vencer». De acuerdo con sus autores, los sujetos que obtienen una puntuación elevada en este cuestionario expresan una falta de afecto en las relaciones interpersonales e indiferencia ante las consecuencias éticas que se derivan de sus decisiones. Otros rasgos incluyen una ausencia de psicopatología importante y poco compromiso con ideologías políticas. Se sabe que los niños que puntúan alto en la Escala M muestran una menor empatía que sus compañeros de edad.

Lo que nos interesa de este cuestionario es que está relacionado con la capacidad de engañar que tiene una persona. Así, debido a que los sujetos altos en M están orientados a tener éxito en sus propósitos, más que a preocuparse por la gente que les rodea, ellos son más eficaces a la hora de mentir y manipular en los encuentros cara a cara; es decir, son mejores para hacer creíble lo que dicen, con independencia de que sea verdad o no eso que dicen. Pero es que, además, estas personas altas en M se resisten en mayor medida que los sujetos bajos en M a aceptar que han mentido cuando son interrogados por ello, algo que comparten con los psicópatas, quienes

son más reacios a confesar un delito ante las autoridades. Como escribió el creador de la Escala: «Si tuviera que aislar un componente esencial del maquiavelismo, elegiría sin duda el deseo de manipular a los demás».

Parece lógico considerar a los sujetos altos en M como poseedores de un rasgo que también es muy importante en los psicópatas, especialmente en los integrados: la capacidad de engañar, de mentir, de considerar a los otros como medios para conseguir sus fines. Mientras que éstos adoptan una perspectiva «fría y racional» cuando se enfrentan a las situaciones, buscando siempre la estrategia que mejor salvaguarda sus intereses, las personas bajas en M se dejan llevar por una visión más personal y empática, donde los efectos de sus conductas en los demás es un elemento muy relevante a la hora de llevar a cabo una decisión o abstenerse de ella.

La consecuencia de esto no puede ser más obvia: las personas bajas en manipulación son más vulnerables que las que desean vencer a toda costa. Ésta es una razón muy importante para establecer por qué somos vulnerables frente a los psicópatas: éstos son mucho mejores que nosotros mintiendo y engañando, aun en encuentros íntimos y muy personales. Y lo que es peor: en la medida en que se considere a esta personalidad maquiavélica un rasgo característico de los «triunfadores», seremos más vulnerables frente a los psicópatas, porque la gente tenderá a considerarlos sólo «tiburones» de los negocios o «narcisistas muy ambiciosos», y por ello estará presta a disculparles por sus actos, y no querrán creer las atrocidades que puedan llegar a hacernos.

¿De dónde sale esta mayor capacidad de los psicópatas para hacernos comulgar con ruedas de molino? Muy fácil. En primer lugar, prestan mucha menos atención a los aspectos emocionales de las situaciones, porque su mundo afectivo es muy limitado. Si la víctima sufre o está muy cansada, a él le da igual. Si una decisión suya causa gran irritación entre sus empleados, eso no va a modificar su postura. En segundo lugar, también sabemos que cuando están centrados en una tarea que ansían realizar no se preocupan de otra cosa; les importa poco lo que pasa a su alrededor, o el daño que puedan estar causando. Se obsesionan con alcanzar algo, y no reparan en otra cosa, caiga quien caiga. Ya no se trata sólo de que no perciban las emociones de los demás relevantes a la situación, es que una

vez iniciado un comportamiento para lograr algo que él desea, no presta atención a nada más, su campo de atención está limitado a esa meta, *y por ello tiene muchas dificultades para interrumpir la acción y preguntarse si debería seguir haciendo eso* [7]. En tercer lugar, su ausencia de emociones sociales y de remordimientos les traiciona en muy pocas ocasiones: al no sentir ansiedad frente a la transgresión de las normas, pueden permanecer «fríos» y poner cara de hombre honesto aun en medio de la mayor de las patrañas. De hecho, la principal fuente de satisfacción del psicópata radica en ese proceso de sentirse él superior porque es capaz de manejarnos (véase la noción del «deleite del desprecio» más adelante). La figura 3.1 introduce una síntesis de estas ideas.

Los no psicópatas (permítame el lector que incluya a él y a mí en esta categoría) hacemos bien cuando confiamos en la idea de que la gente, salvo que se demuestre lo contrario, es digna de ser creída. Como escribe Sara Burton. «Lo más chocante en una sociedad que tiende al cinismo es que la mayoría de la gente sea increíblemente confiada. Pese a la impresión de insolidaridad que transmite nuestra cultura, lo cierto es que no esperamos que alguien nos mienta». Creo que hay una razón importante para ello: actuar de acuerdo con los valores de la honestidad y del «juego limpio» nos ayuda a orientarnos en la vida, y a buscar y encontrar otras personas que comparten estos ideales, facilitando así relaciones con un profundo significado emocional. Una vasta literatura psicológica sobre el estilo de vida positivo recalca una y otra vez que las relaciones humanas basadas en la confianza y en la cooperación son imprescindibles para el bienestar físico y mental.

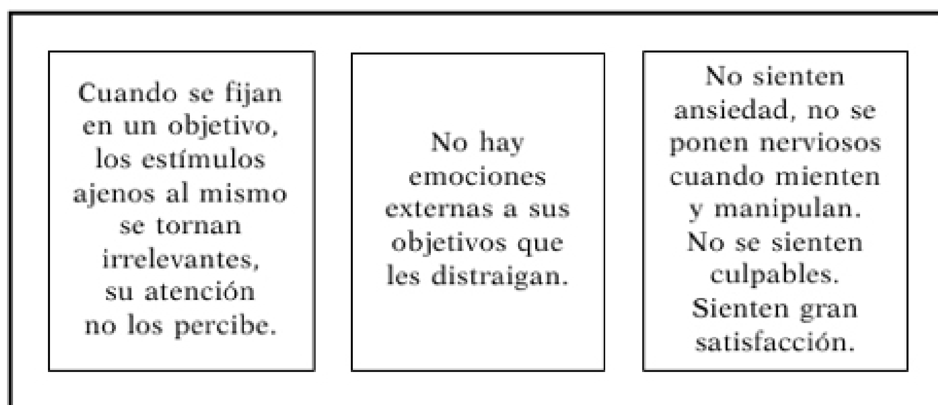


FIG. 3.1. *¿Por qué es más hábil el psicópata para manipularnos*?

Los puntos débiles frente al psicópata

Ahora bien, la contrapartida de esto es que frente a los psicópatas somos muy vulnerables. Ellos juegan con sus propias reglas, pero nosotros lo desconocemos, creemos que son leales porque nos lo dicen y prometen, y cuando comienza el ataque —subrepticio, progresivo, pero en ocasiones sorprendente y brutal— buscamos antes excusas en otras circunstancias que en la voluntad del sujeto que dice que es nuestro amigo o amante.

No nos podemos creer que exista gente así; *no lo queremos creer*, y en el mantenimiento de estas ideas y en nuestra lucha por no aceptar las evidencias ellos van obteniendo cada vez más ventaja; crecen en su poder y deseo de dominio, y nosotros nos debilitamos. El psicópata, además, no tiene escrúpulos en amenazar y calumniar, o en extorsionar a otros que pudieran defendernos, contribuyendo así a aislarnos de aliados y recursos potenciales con los que pelear. La figura 3.2 incluye una relación de los puntos débiles frente al psicópata. El resto del capítulo vamos a dedicarlo a examinar con detenimiento esas vías de acceso por las que el psicópata nos elige primero, nos manipula después, y finalmente nos ataca y explota.

1. No queremos creer que existan personas como los psicópatas.
2. Tenemos una incapacidad manifiesta para desenvolvernos en el terreno del engaño y la violencia. Ellos, por el contrario, son muy capaces en esos escenarios.

3. Tenemos la idea de que podemos cambiar a cualquiera, si de verdad nos empeñamos en ello.
4. Reaccionamos con culpa y depresión a su acoso en vez de reunir energías para la lucha.
5. Tenemos problemas de autoestima; no confiamos en nuestras posibilidades.
6. Tenemos ideas equivocadas acerca del tipo de relación que podemos exigir.
7. Desoímos las alertas de la intuición.
8. Dejamos de lado la sensatez o el actuar guiado por la sabiduría y buen juicio.
9. No prestamos atención a los indicadores de la violencia.

FIG. 3.2. *Los puntos débiles frente al psicópata*.

La cuestión de su gran familiaridad con la violencia y el engaño es muy importante. Somos más vulnerables no sólo porque es más fácil engañarnos, sino *porque pueden hacer un uso de la violencia y de la extorsión que a nosotros nos resulta muy difícil de comprender*. Cuando somos conscientes, finalmente, del tipo de persona que está atacándonos, cuando comprendemos de verdad que esa persona que decía que estaba de nuestra parte (como amigo, marido, novio, compañero de trabajo) nos está destruyendo, mucho de ese mal ya se ha producido, y ahora es cuestión ya de luchar por la propia supervivencia. Una razón para no llegar a percibir antes que somos víctimas de un psicópata es que no entendemos ese tipo de violencia, ya sea psicológica (en el matrimonio, en el trabajo) o incluso física. Pero, como reflexiona el comisario Wallander en la excelente novela de Henning Mankel *La quinta mujer*, «Ninguna violencia carece de sentido. Toda violencia tiene sentido para quien la ejerce». Y lo que sigue es todavía más importante: «Sólo cuando se osara aceptar esa verdad podría abrigarse la esperanza de enderezar el desarrollo en otra dirección».

Hay otra razón poderosa para nuestra debilidad frente al psicópata: la propia capacidad de usar la violencia. No es sólo que él la pueda emplear de modo que no la comprendamos, sino que cuando decide agredir puede ser enormemente destructivo, y eso es algo para lo que no estamos preparados; sencillamente, salvo los casos en donde peligra nuestra vida o de los allegados, o hemos recibido una afrenta muy grave, nuestras actitudes hacia

la violencia la hacen muy improbable como recurso habitual (por supuesto, siempre hay personas más proclives a utilizarla que otras). Nos resulta imposible, en circunstancias no excepcionales, extraer de nuestro interior tanta rabia y ánimo de hacer daño. Esto lo ha reflejado muy bien el escritor Martín Amis:

> Es interesante que, en la vida real, la insensibilización es precisamente la cualidad que da a los violentos su poder: el de soportar la violencia. En los momentos que conducen a la violencia, los no violentos entran en un mundo de situaciones desconocidas para ellos y que provocan su repugnancia. *Los violentos lo saben. Esencialmente, llevan a los no violentos adonde ellos se sienten cómodos*. Hacen que éstos dejen su casa, para así decirlo, para ir a la suya (la cursiva es mía).

Es así, los no violentos jugamos en terreno extraño, tenemos que enfrentarnos a alguien con un potencial desconocido para nosotros, para el que no estamos preparados. En un caso de violencia psicológica en la pareja, Ana me relata el estremecimiento que sintió cuando su novio le empezó a hablar muy mal de sus novias anteriores, ya que «no sólo las despreciaba, sino que se jactaba de lo mal que lo habían pasado por haberlas dejado, e incluso me contó con gran satisfacción cómo una de ellas tuvo que someterse a tratamiento psicológico, porque estaba loca por él y no superaba que ya no estuvieran juntos». Un ejemplo de esa enorme capacidad para la violencia, ahora psicológica y física, me la describió Isabel, en un caso de libro de «enamorado psicópata». Su novio vive muchas veces a costa de ella, y a pesar de ello —o quizás por ello— no duda en avasallarla de todas las maneras:

> Al día siguiente me vino a buscar a la salida del trabajo e insistió en que fuéramos a Sevilla a comprar ropa para mí [con el dinero de Isabel]. Yo estaba hecha polvo y no tenía ganas de nada, así que él me iba escogiendo lo que quería que yo me comprara (unas faldas cortísimas o unos pantalones ajustadísimos). A mí no me va nada ese estilo, y como no quería nada de eso, se enfadó mucho conmigo: me retorció el brazo en pleno Corte Inglés y me escupió en la cara al subir al coche.

Es comprensible por qué queremos negar la realidad de la existencia del psicópata: al no reconocer que esos sujetos son de verdad incapaces de amar y de lealtad, protegemos nuestro mundo racional, el orden de las cosas que hace que la tierra no se tambalee bajo nuestros pies. Por otra parte,

también evitamos con esta negación sentirnos culpables y estúpidos por haber sido engañados de ese modo. Isabel lo explicaba muy bien cuando, reflexionando sobre lo que había padecido (ya alejado el psicópata de su vida), señalaba «el dolor que sientes cuando la verdad te golpea en la cara».

Otra debilidad importante deriva de la creencia de que podemos ayudar siempre a cualquiera, si realmente nos empeñamos en ello. ¡Cuántas mujeres —y algunos hombres— se han visto esclavizadas junto a sus parejas psicópatas por la convicción de que ellas aún no se habían esforzado lo suficiente para que sus «chicos» fueran por fin alguien que las hiciera felices! Por desgracia, esta creencia no coincide con lo que la psicología actual sabe de los psicópatas: éstos pueden volverse menos violentos con el tiempo, pero es casi imposible que cambie su personalidad básica; su egocentrismo y trato vejatorio de los demás, su incapacidad para el amor y la amistad, o su deseo de dominar y controlar a toda costa. Una cosa es que decidamos invertir todas nuestras energías en ayudar a alguien que queremos, sabiendo que él (o ella) es un psicópata (por ejemplo, un hijo), y otra que hagamos ese devastador esfuerzo porque no queremos ver la realidad, porque nos duele aceptar el tipo de persona que es. Pero esto es un error de consecuencias imprevisibles, porque precisamente el psicópata saca su mayor ventaja de esa fe que tenemos en que las cosas, si nos esforzamos, acabarán por mejorar. Por eso es tan hábil en los primeros meses de las relaciones amorosas: causándonos una buena impresión, cautivándonos, el camaleón nos inocula un veneno que le será de gran ayuda en el futuro, porque cada vez que su pareja se desespere, él recurrirá a esos tiempos de felicidad para rogarle que tenga paciencia con él, o que es culpa de ella, porque «ha cambiado», o «se ha vuelto loca». Eva relató lo siguiente en su grupo de autoayuda a mujeres maltratadas:

> ¿En algún momento fue satisfactoria mi relación con él?, creo que sí, en un comienzo, meses, quizá el primer año. La falsa felicidad que viví a su lado duró justo el tiempo en que consiguió convencerme del maravilloso hombre que era, y lo feliz que me haría a su lado, le sobraba cinismo para hacer el papel que se había adjudicado de hombre perfecto, progresista, agradable, cariñoso, honesto, respetuoso con la mujer que ama. El resultado de su perfecta interpretación fue mi matrimonio con él y, una vez conseguido su objetivo, la obra cambió de guión y de protagonista.
>
> Nunca pude entender cómo puede una persona ser tan distinta de ella misma […] Aún después de mi separación, era capaz de llorar delante de mí y hacerme pensar que era yo la

«mala» de la película, que él era la víctima y yo el verdugo. Lograba crear en mí sentimientos de culpa que nunca antes había experimentado y lo peor de todo era que yo volvía una y otra vez a caer en ese engaño mezquino, sólo reaccionaba cuando del exterior, de los amigos y de la familia, me llegaba la verdadera realidad del hombre que se decía traicionado.

Así las cosas, el desconcierto y la culpa pueden poner a una persona en una situación de gran debilidad, porque, huérfana como está de una guía para salir de la pesadilla, puede reaccionar hundiéndose en la depresión: no acaba de dejar de querer a quien dice que la ama, pero se da cuenta de que no sabe qué puede hacer para salvarse. Rosa, una despierta profesional que se despidió de mí diciéndome: «gracias a ti por tu ayuda y gracias a mí porque sigo viva», explica una de esas situaciones límites. El psicópata destroza su vida; va y vuelve a su antojo, y ella es incapaz de salir del laberinto:

Creo que sentía asco de mí misma por haber estado con ese monstruo. Quería olvidar. Empecé a rehacer mi vida, pero a los dos meses ya estaba llamándome otra vez. Le colgaba sin hablar. Yo había terminado en ese empleo, así que él ya no tenía posibilidad de verme. Un día estaba en casa y sonó una llamada con número oculto. Lo cogí. Era él. Mientras le decía por teléfono que me dejase, sonó el timbre de la puerta insistentemente, abrí sin pensar y me encontré con que era él, que estaba llamando al timbre y a la vez desde el móvil. Nada más entrar me tiró a un sillón y empezó a besarme… Yo lloraba a mares y le suplicaba que me dejase. Él no paraba de repetir «lo necesitaba, lo necesitaba…». Luego me dijo que él era tonto, que «buscaba mortadela cuando en casa tenía jamón serrano», y que todo había ocurrido porque era un poco inmaduro, pero que en esos tres meses había «madurado mucho». Finalmente se fue. Creo que nunca había sentido ese asco y ese desprecio que sentía por mí misma. Deseaba morirme. Deseaba matarme.

Así que ahí tenemos un nuevo flanco por donde ataca el psicópata: caemos en la desesperación, nos sumimos en el caos, en vez de reunir las fuerzas para la lucha. Las mujeres que logran librarse del psicópata reconocen, cuando miran hacia atrás, la dureza de esos momentos, y no comprenden cómo cayeron en la trampa. Ésa es la habilidad de estos sujetos (ver capítulo siguiente): tejen la tela de araña y la víctima no sabe cómo llegó allí. Eva cuenta sus impresiones al grupo de autoayuda de aquella época:

¿Cómo permití que llegase ese momento? ¿Cómo permití que me humillara una y otra vez hasta convencerme que era escoria, de que era una inútil, de que todos nuestros problemas, hasta el más mínimo, eran culpa mía? ¿Cómo permití tantas y tantas palabras insultantes,

tanto odio hacia mí? ¿CÓMO? ¿Cómo puede una mujer normal, sin problemas de autoestima ni de valentía hacia la vida, permitir que la lleven a la más deplorable situación de bajeza?

Bien, muchas veces no se trata tanto de problemas de autoestima, pero sí de desconfianza hacia lo que uno mismo puede creer y esperar de la vida, y ese proceso puede crearse en la mente de la víctima de un modo muy sutil, mediante el abuso psicológico, suave y lento al principio, brutal e insistente luego. En otras víctimas, esa falta de autoestima sí está como facilitadora del ataque: la mujer o el empleado —no sólo en casos de violencia conyugal, sino también de violencia en el trabajo— desconfía de sus posibilidades, cree que en verdad no puede aspirar a algo importante en su vida, y se muestra por ello «comprensivo» con el abuso.

Es comprensible que cuando una víctima logra salir de una situación así se queje de lo poco receptivas que han sido otras personas de su entorno, pero muchas veces éstas participan de la misma ilusión que la propia víctima, es decir, que en verdad no existen los psicópatas. Yolanda, una víctima de abuso físico y sexual, reflexiona furiosa: «¿Cómo se puede vivir sabiendo que cualquiera puede ser un violador o un asesino? ¿Y sabiendo además que a nadie le interesa creerlo? ¿Acaso mi dolor no es real?; él dice que yo estoy loca y que me lo invento todo, la gente prefiere creer eso a creer lo que pasó».

Una última creencia que nos debilita frente al psicópata es el desconocimiento: pensamos que determinadas personas tienen derecho a hacer esas cosas, porque son el marido, porque son los jefes o los dueños de algo. Las mujeres que todavía aceptan ese machismo rancio estarían en ese caso, pero también todas aquellas personas que buscan líderes a los que reverenciar: con tal de tener la protección de alguien que parece superior, aceptan cualquier menoscabo. Es el caso de los fieles de las sectas, masacrados repetidamente en episodios de suicidio colectivo (en las Guayanas, o en Waco, Texas) o asesinados impunemente para que el líder les pueda robar sin que haya derecho a la devolución (la secta de la Restauración de los Diez Mandamientos, en África). Y son también los empleados y subalternos de dictadores y reyezuelos, víctimas y, al tiempo, verdugos de otros más débiles.

La importancia de la intuición

Otro error descomunal es acallar uno de los sistemas más poderosos con que la naturaleza nos ha dotado para evitar los peligros: la intuición.

El cerebro emocional y el cerebro racional

En el próximo capítulo mencionaré algunos descubrimientos importantes del científico del cerebro Antonio Damasio, un norteamericano de origen portugués que ha revelado importantes hallazgos del comportamiento en su dependencia del sistema nervioso. Ahora nos basta traer a colación aquí la distinción que plantea entre, por un lado, el cerebro cognitivo y consciente, responsable del pensamiento racional y de nuestra actividad en el mundo, y el cerebro emocional, inconsciente, radar de las reacciones corporales, preocupado por sobrevivir, orientado hacia nuestro interior.

Este segundo cerebro, que está en la parte más profunda del mismo, en el mismo centro, es el que compartimos con todos los mamíferos y, en parte, con los reptiles[8] (la idea de un tercer cerebro, «reptiliano», como propio del psicópata, la retomaré en el capítulo 5). Es la primera capa dispuesta por la evolución, y Paul Broca, un gran científico francés del siglo XIX, le dio el nombre de «cerebro límbico». Su misión es controlar que nuestras funciones vitales (respiración, ritmo cardíaco, el sueño, el sistema inmunitario, las hormonas) estén en equilibrio. Por esta razón, cuando ese equilibrio se ve alterado por acontecimientos externos (una amenaza, una tarea urgente a realizar, por ejemplo) o internos (una fantasía obsesiva, una pesadilla, una enfermedad, hambre intensa), las emociones resultantes implican sobre todo al cerebro límbico, al que podemos llamar por ello igualmente «cerebro emocional» (ver fig. 3.3). El cerebro emocional, entonces, regula las funciones vitales del ser humano y sus reacciones emocionales, y lo hace de un modo en el que resulta difícil intervenir al cerebro lógico o nuevo, el llamado neocórtex, como lo prueba los pobres resultados que obtenemos cuando, llenos de ansiedad frente a una

importante entrevista de empleo, ordenamos a nuestras piernas —por ejemplo— que «se estén quietas». Sencillamente, nuestras emociones «van por libre», y por ello se hacen tan populares las terapias y actividades venidas de Oriente dirigidas al control del cuerpo y las emociones, como el yoga, porque es algo que requiere disciplina y un profundo entrenamiento.

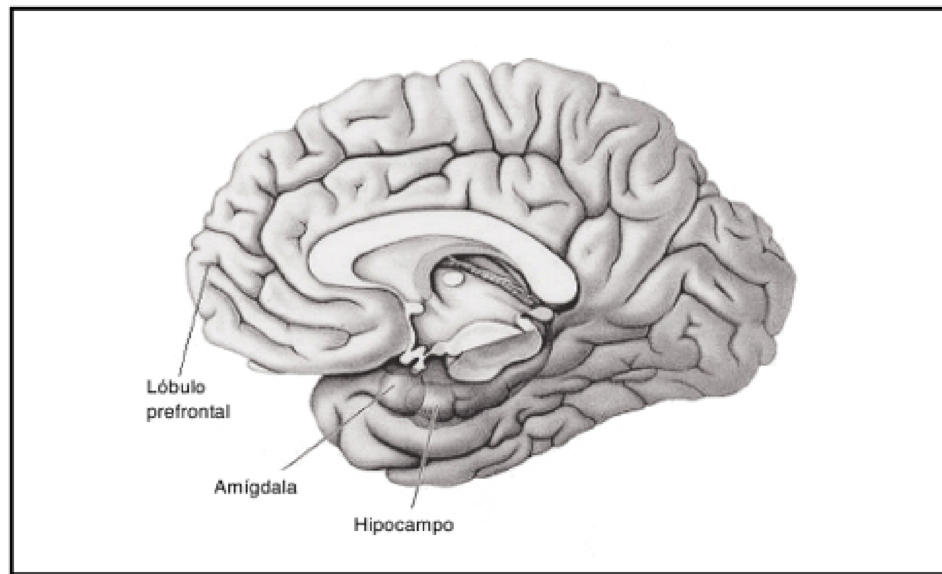


FIG. 3.3. *El cerebro emocional rodeado por la corteza cerebral*.

Al neocórtex le corresponde lidiar con las decisiones racionales diarias; se encarga de la atención, la elaboración de planes, la inhibición de impulsos inadecuados y la toma de decisiones en el marco de unas normas y leyes que regulan nuestra sociedad. Este cerebro nuevo es el propio de los humanos; gracias a él tenemos pensamiento abstracto, planificamos el futuro y componemos gruesos tratados de leyes y procedimientos científicos y técnicos. En particular destaca el córtex en su parte anterior o frontal, justo encima de los ojos. La especie humana se siente orgullosa de este nuevo cerebro; gracias a él ha conquistado el mundo.

Los dos cerebros y la intuición

Este cerebro nuevo o lógico, sin embargo, es lento para aceptar la realidad, ya que busca siempre el juicio y el análisis; es esclavo de reglas y procedimientos que son sin duda muy útiles para organizar la sociedad y para descubrir nuevos procedimientos que nos ayuden a vivir, pero no es suficiente en todos los casos, porque no escucha a las señales internas del organismo, de nuestra intuición. Y en las situaciones de peligro, la intuición es insustituible. En cambio, nuestro cerebro emocional, mucho más antiguo que el «nuevo cerebro», sí escucha la voz interior, sin que le importe la lógica o la corrección política de lo que oye. Porque sólo una cosa importa: proteger del peligro, a uno mismo y a los seres queridos.

La intuición es una voz interior, dada por nuestro cerebro emocional, y que se escucha con diferentes palabras y tonalidades, en forma de sentimientos de autocrítica, pensamientos persistentes, ansiedad, curiosidad, presentimientos o «corazonadas», dudas y vacilaciones, sentimientos «en el estómago», sospecha, aprensión y ansiedad y miedo.

Otra definición es «la percepción directa de la verdad o de un hecho con independencia del proceso de razonamiento», ha escrito el especialista en prevención de la violencia De Becker. Todos nacemos con ella, pero la cultura, con su énfasis en lo que es lógico y «razonable», parece que es capaz de anularla, cuando no es así; sólo hay que despejar nuestro cerebro lógico o «nuevo» de la losa pesada que ha colocado sobre el cerebro emocional.

La naturaleza no tiene piedad ni propósito; es como es, nos guste o no. Y la violencia forma parte ineludible de la naturaleza humana. Por mucho que la odiemos y nos disguste, bajar la guardia ante ella en un ingenuo «no quiero pensar en eso», no ayudará a reducirla.

Sin embargo, preocuparse por la violencia no supone un remedio efectivo si se queda sólo en eso, sin más acción que un confuso sentimiento de ansiedad y la idea de que «algo se tiene que hacer». Desde el punto de vista de los Estados, se requiere de metas bien concretas que se basen en conocimientos acertados de la realidad. Pero desde el plano del individuo también se requiere prestar atención a las cosas que suceden alrededor, y a eso le llamo una *percepción correcta*, base necesaria para la toma de decisiones que puede ayudarnos en momentos muy difíciles. Un ejemplo

muy triste de esa falta de percepción de la realidad se dio en el caso de Jenny Lara, la mujer quemada viva junto con sus hijos pequeños Keit, de ocho años, y María, de cinco, en Alzira (Valencia), en abril de 2004. Según se pudo saber, Jenny había percibido correctamente la situación: sabía que su ex marido no se iba a contentar con marcharse a casa después de que la policía hubiera acudido a su domicilio. A pesar de que el asesino dijo que ya «nada tenía que hacer allí», a las pocas horas volvió, entró en la casa y quemó a su ex mujer y sus hijos. Jenny había llamado a un amigo, José, para que la cuidara esa noche. *Ella entendió perfectamente lo que estaba pasando*, pero por desgracia no fue así en el caso de la policía o de la jueza. Ésta se negó a firmar una orden de detención por el quebrantamiento de la orden de alejamiento que había protagonizado el marido, y la policía se contentó en ir a ver al sujeto, al que aparentemente vieron tranquilo, pero no se quedó junto al piso de Jenny. Se entiende el reproche que hizo Janette Rosario, amiga de Jenny, a la policía: «¡Prometisteis que no la dejaríais sola!».

El primer paso para combatir la violencia es aceptar que existe, no negar la realidad. En España, por desgracia, tenemos mucha experiencia en este campo. Primero negamos que el maltrato a los niños era algo muy frecuente, y que algo debía de hacerse. Luego tuvimos que aceptar que el abuso sexual infantil es una realidad algo más que ocasional, por mucho que nos disgustara hacerlo. Finalmente, estamos ahora en pleno descubrimiento del fenómeno del acoso, tanto en la escuela (lo que se conoce como *bullying*) como en las empresas (*mobbing* o «psicoterror laboral», en expresión de Iñaki Piñuel). Ahora reconocemos la gravedad del maltrato a la mujer, pero seguimos sin comprender que hablar de ello como si fuera algo cósmico e informe no nos conduce a nada; las víctimas de nuestro tiempo no verán ninguna ayuda en reflexiones como la del editorialista de un periódico nacional, el cual, en la consideración del caso de Alzira, puntualizaba: «La cultura machista permanece enquistada en individuos de todas las clases y ambientes y resiste a los cambios políticos y legales favorables a la solución pacífica de los conflictos conyugales».

Ésta es la postura políticamente correcta: todos los hombres pueden matar, todos estamos imbuidos de la cultura machista… Los psicópatas

deben leer esta y otras frases parecidas y morirse de la risa. Mientras se les ignore dentro de la masa informe de los «machistas», ellos se sentirán a salvo. Hay que luchar contra la discriminación y la desigualdad entre sexos porque es una cuestión necesaria en toda sociedad democrática, pero ello no bastará para combatir eficazmente la violencia contra las mujeres. Las chicas y las mujeres han de aprender a identificar y no tolerar los avances de los agresores más peligrosos, entre los que se hallan los psicópatas. Estos actuarán con violencia sin que les importe lo «machista» que sea la sociedad, si bien como es lógico, una sociedad que denigra a las mujeres facilita el que no sean perseguidos ni castigados por sus fechorías.

La intuición y la negación

La intuición es conocer sin saber por qué, conocer incluso cuando no vemos la evidencia. La negación es elegir no saber algo aunque la evidencia sea obvia. Muchas de nuestras medidas para evitar las agresiones a mujeres o el acoso psicopático a los empleados se parece a una situación surrealista, tal y como esta: nos despertamos en nuestra habitación, sofocados, ya que todo está lleno de humo. Entonces, nos levantamos, abrimos la ventana y seguimos durmiendo. Preferimos no ver el fuego mientras podamos abrir la ventana para no ahogarnos y seguir durmiendo.

Por supuesto, uno no puede ir por la vida desconfiando de todos, y en efecto, no lo hacemos. Nuestra intuición permite que muchas personas en muchos momentos del día (en los mercados, en el cine, en los restaurantes, en reuniones de trabajo y de amigos) se nos acerquen sin ninguna dificultad; sólo cuando hay algo que debe ser sometido a una atención extra, la intuición nos avisa. Su mensaje es: «presta mayor atención a esto. No te fíes. Si no estás convencido de verdad, no lo hagas».

Pero la negación opera en contra de la intuición, ya que su función es mantenernos alejados de una realidad que nos hace daño, que nos provoca tensión. En ocasiones la negación es útil para lograr seguir adelante, a modo de terapia de olvido de heridas emocionales sufridas, pero en muchas otras nos impide percibir correctamente la realidad negativa, y por ello tomar

soluciones. Esa negación toma varias formas: racionalizar o justificar algo («debe ser un error, mi compañero de trabajo no puede haber dado ese informe de mí a la dirección»; o «seguro que Juan está muy cansado, de lo contrario jamás me hubiera insultado de este modo»); minimizarlo o quitarle importancia («mi jefe ha hecho una broma muy pesada sobre mí en público, bueno, no ha sido para tanto; siempre hay que aguantar algo»; «hoy tengo miedo de Juan, parece muy nervioso… pero en fin, son sólo unos pocos días los que está así»), o simplemente rehusar el considerar una determinada situación («mi supervisor no me dirige la palabra en toda esta semana… ¡Bueno, no voy a preocuparme por lo que hace todo el mundo!»; «Juan se pone como loco si voy a ver a mi hermana… pero estoy muy atareada para añadirme un problema más»).

Sin embargo, excusar algo es señal de que *hemos visto ese algo*, sólo que decidimos ignorarlo. La intuición se activa, pero preferimos acallar su voz.

La violencia se puede predecir

Otra razón que esgrimimos para no reaccionar a tiempo ante los peligros es decir que «lo que tenga que pasar, pasará». De otro modo: nos preguntamos: ¿Quién puede predecir el futuro?, y nos quedamos más tranquilos, sin pararnos a pensar un solo instante que todos los días predecimos la conducta futura de muchas personas, que no podemos vivir sin predecir. Así, cuando vemos a nuestro hijo pequeño alterado después de que lo visite su primo, sabemos que esa noche le costará dormir. Y cuando caminamos lentamente hacia la estación de trenes y vemos pasar a alguien corriendo, mentalmente podemos tener una clara película de los hechos siguientes, sin que tengamos que presenciarlo: cómo pedirá a los demás que le dejen pasar ante la ventanilla donde expiden los billetes si no lleva el suyo, cómo buscará rápidamente el andén… Cuando visitamos a nuestro hermano o padre tenemos cuidado de no hablar de determinados temas que sabemos que pueden provocar una discusión, y los abogados eligen las

evidencias y las palabras que predicen que van a causar una mayor impresión en los jueces o jurados.

La lista puede ser interminable, pero preferimos hablar de «violencia sin sentido» para calificar crímenes que nos conmueven, como si ello abjurara todo el peligro, cuando más bien ocurre lo contrario: el peligro se hace más real al no reparar en las razones que tuvieron los asesinos, en los factores que lo predecían, y por consiguiente concluimos que no podemos prevenirlos.

La forma correcta de considerar la violencia es como un proceso compuesto de acontecimientos diferentes, unos más evidentes que otros, y con frecuencia muy sutiles, que siempre nos comunica algo. Una señal de tráfico no se pone roja de modo arbitrario: antes viene el ámbar, y antes que éste el color verde. Lo mismo pasa cuando predecimos la violencia: todo acto de violencia viene precedido de señales previas, de indicadores que estaban ahí pero que no pudimos o quisimos ver. Es cierto que hay ocasiones donde la violencia nos estalla sin ninguna posibilidad de previsión: los atentados del 11 de marzo no podían ser predichos por los ocupantes de los vagones que ese día, somnolientos, llenaban en su camino a Atocha. Pero en muchísimas ocasiones esa predicción es posible, así como la toma consiguiente de medidas tendentes a evitar que se produzca la violencia en primer lugar, o al menos que sea menos brutal su impacto. ¿Qué quieren decir si no, esos testigos indignados ante el cadáver de una mujer asesinada, cuando declaran con toda su energía que era «una muerte anunciada»? ¿Por qué negarnos a nosotros la posibilidad de predecir determinadas pautas de comportamiento si éstas suponen una amenaza contra nuestra vida o al menos nuestra felicidad? La figura 3.4 presenta algunos de los predictores más importantes de la violencia interpersonal.

Una madre dijo: estoy determinada a enseñar a mi hija a que no sea amable con todos los hombres simplemente por el hecho de ser mujer. Eso sería lo mismo que decir: «Es mejor que un hombre me haga daño a que piense que no soy lo suficientemente femenina». No creo que tengamos que permitir que nadie nos robe nuestra apertura mental y curiosidad por conocer el mundo, pero la verdadera apertura mental es considerar que el hombre o la mujer que está delante de mí no es quien yo quiero que sea,

sino quien realmente es. En esta actitud vemos combinados dos buenos elementos contra la violencia del psicópata. Primero, rechazamos los estereotipos que nos «obligan» a actuar de un modo determinado; la madre enseña a su hija que «ser mujer» no es poner buena cara a todo el mundo. Y en segundo lugar, que una parte necesaria de la seguridad radica en nuestra capacidad de percibir el peligro, no en negar la realidad. Viviremos tanto más intensamente la vida cuanto más sensatos seamos; no se trata de cobardía. Es sensatez o sabiduría, una manera de resumir lo que hemos visto hasta ahora.

1. Haber cometido anteriormente hechos violentos con una o varias personas.
2. Justificar y aprobar la violencia como modo de solucionar los problemas.
3. Abusar del alcohol y de drogas.
4. Tener cambios bruscos e injustificables del estado de ánimo, con irritación y hostilidad intensos.
5. Conductas de humillación y de abuso verbal.
6. Ser muy posesivo y celoso.
7. Tener dificultad para reconocer que los otros pueden tener razón; creerse en posesión de la verdad y observar las discrepancias como amenazas personales.
8. Tolerar muy mal la frustración, a la que se responde con ira.
9. Tener ideas delirantes de persecución o amenaza (en una esquizofrenia, por jemplo).
10. Despreocupación por los intereses y necesidades de los demás, junto a actitudes negativas y hostiles hacia ellos.
11. Aislar y separar de amigos y familiares a la persona diana.
12. Acosar, perseguir, amenazar, espiar.

FIG. 3.4. *Algunos de los indicadores más sobresalientes de la violencia interpersonal*.

La importancia del actuar sensato y de la sabiduría cotidiana

La inteligencia tradicional, la que se entiende habitualmente cuando se tilda a alguien de «inteligente», se refiere en lo fundamental a capacidades

como la memoria y el análisis lógico y abstracto. Esto es muy importante para el éxito en la escuela y en la vida, pero no suficiente. La causa es que la sabiduría, en el sentido de sensatez, es quizás aún más importante que la inteligencia: la gente puede ser inteligente sin ser sabia o sensata.

La idea central de este apartado es que un modo muy importante por el que somos vulnerables frente a los psicópatas es cuando actuamos de modo contrario a la sensatez y sabiduría. ¿Qué es la sabiduría? En palabras de un eminente filósofo actual:

> La sabiduría es, fundamentalmente, cierta relación con la verdad y la acción, una lucidez que impulsa a la acción, un conocimiento en acto, y activo. Ver las cosas tal como son; saber lo que se quiere. No engañarse a uno mismo. No fingir. […]. Conocer y aceptar. Comprender y transformar. Pues nadie puede afrontar más que aquello cuya existencia ha aceptado primero […]. La realidad hay que tomarla o dejarla, y nadie puede transformarla si primero no la toma.

Así pues, en la sabiduría hay tanto un conocimiento como una actitud, o mejor, distintas actitudes. El conocimiento, en primer lugar, es activo, lo que significa que está muy unido a la experiencia, se nutre de la percepción exacta de las cosas, de la realidad. Al mismo tiempo, ese conocimiento acertado, sin engaños de la realidad, ilumina la acción, la prepara, es «la lucidez que impulsa a la acción». Pero, en segundo lugar, para que el conocimiento guíe correctamente a una buena solución ante los problemas ha de existir la actitud expresa en el sujeto de querer conocer la realidad como es, sin «engañarse a uno mismo». Y además de no querer disfrazar la realidad, está la voluntad de aceptarla, de asumirla como parte de las cosas que va a tener que cambiar, ya que «nadie puede transformarla si primero no la toma».

Todo esto guarda una gran relación con la vulnerabilidad frente a la psicopatía. Muchas víctimas se niegan a reconocer que el psicópata suponga una amenaza real a sus vidas, o no aceptan que están siendo arrastradas al caos por alguien en particular, porque tienen miedo a comprender que han sido burladas, o temen perder una relación de la que dependen, aunque sea al precio de su destrucción. De este modo, niegan de plano el concepto de sabiduría, porque se engañan primero, disfrazan la realidad para no aceptarla, y de este modo están condenadas a que persista su caos, porque

«nadie puede afrontar más que aquello cuya existencia ha aceptado primero».

Ahora bien, entrando más en detalle, desde el punto de vista de la psicología del ser humano, ¿cómo se construye ese conocimiento, y cómo podemos saber qué valores hemos de seguir para actuar sabiamente?

El psicólogo de la universidad de Yale, Robert Sternberg, define la sabiduría como «la aplicación del conocimiento tácito en tanto que orientado por los valores del bien común, a través de un equilibrio entre los intereses *a*) intrapersonales, *b*) interpersonales y *c*) extrapersonales, a corto y a largo plazo»[9].

La estupidez como desequilibrio entre los intereses

Vamos a concentrarnos en primer lugar en la segunda parte de la definición, la que hace referencia a los valores y al equilibrio entre los diferentes intereses que aparecen en la definición de Sternberg. Esta cuestión es importante, porque en la cita del filósofo se hablaba de que la sabiduría era «una cierta relación con la verdad y la acción». ¿Qué verdad es esta? La verdad de los hechos con los que nos enfrentamos, pero también de los valores que consideramos como «verdaderos», que los seres humanos hemos construido para dar un sentido a nuestra vida. Y esos valores exigen un equilibrio entre diferentes intereses. ¿Entre cuáles? Los míos (*intra*), los de los demás (*inter*) y los de la comunidad en los que estoy inmerso (*extra*).

Así pues, los *intereses personales* incluyen metas tales como obtener dinero, poder, popularidad, salud espiritual, y otras muchas cosas que el ser humano ambiciona para sí. Los *intereses interpersonales* son semejantes, pero esta vez se aplican a los demás, esto es, se quiere para los demás salud, poder, etcétera. Finalmente, los *intereses extrapersonales* podrían incluir metas como ayudar a la propia comunidad o asociación a la que pertenecemos, servir a Dios, etcétera. Las personas equilibran esos intereses de forma diferente. En un extremo, un tirano es capaz de sacrificar el bienestar de sus ciudadanos para su propio provecho, mientras que en el otro extremo un hombre piadoso puede sacrificar todo por los demás. Por

consiguiente, como explico más en detalle a continuación, *nunca un tirano podría ser alguien sabio, sino un estúpido*. Puede que no sea un «idiota» (en el sentido de poco inteligente), pero sí un «estúpido» desde el punto de vista de la moral, y por ello en el sentido de que actúa de modo contrario a la sabiduría.[10]

Es evidente en esta definición que los valores son una parte crucial, pero aun sabiendo que hay diferencias importantes entre las culturas, puede resultar útil que el «bien común» de la sabiduría descanse en ciertos valores universales, tales como respeto por la vida humana, honestidad, sinceridad, justicia y ayuda a los demás para que se desarrollen como plenos seres humanos. Cualquiera estaría de acuerdo, sobre la base de esta definición, que líderes como Hitler o Stalin estarían muy lejos de ser hombres sabios, dado que pisotearon de forma atroz los derechos básicos de los semejantes a vivir y ser tratados con dignidad. Más cerca en el tiempo, otros líderes como Marcos en Filipinas, Suharto en Indonesia, Mobutu en Zaire o Husein en Irak han robado y matado para conservar su poder y beneficiar como mucho a su familia, acólitos o su partido, y en modo alguno se puede decir que persiguieran el bien común.

Por lo tanto, la sensatez o sabiduría no consiste en maximizar el interés personal de uno, sino en equilibrar los intereses personales con los de los demás y con los del lugar en el que vive (ya sea el barrio, la ciudad, el país o una causa social o religiosa).

La estupidez y el conocimiento tácito

Así pues, existen dos formas de actuar estúpidamente. Primero, eligiendo metas que vulneran los derechos de los demás, siendo un tipo egocéntrico y cruel, en suma viviendo en contra de los valores como la justicia o la compasión. Ahora sabemos, por consiguiente, que no sólo los tiranos son estúpidos, sino también los psicópatas, por eso me he referido varias veces a ellos como «estúpidos morales»; su comportamiento es el contrario al que dicta la sabiduría: no persiguen actuar siguiendo un equilibrio entre lo que yo deseo y los demás desean, sino que su meta es, al

contrario, anular a los otros para sentirse bien ellos. (Las víctimas, como luego comentaré, no están libres de cometer ese primer tipo de estupidez —el referido al desequilibrio de intereses— cuando hacen lo contrario del psicópata y sacrifican su bienestar por el de él).

Pero hay otra forma de ser estúpido, y tiene que ver con el conocimiento y la actitud relacionada con ese conocimiento. Como indiqué en el comentario a la cita del filósofo, una persona puede actuar de modo contrario a la sensatez si no percibe correctamente la realidad. Ese conocer para actuar con lucidez (o sabiduría) es lo que Sternberg llama conocimiento tácito. «Tácito» significa «implícito», que «viene como dado», y es empleado en la definición de la sabiduría porque es el conocimiento que se aprende por la acción, por la experiencia que se adquiere en un lugar, por aplicar nuestra percepción a las cosas. Por ejemplo, estoy con alguien que ha sido violento conmigo; acaba de golpearme, estoy humillado, me siento mal, pero a pesar de ello salgo del piso diciéndole que «le voy a denunciar a la policía». Si las experiencias compartidas antes con esa persona me han informado de que decir eso puede ponerme en un grave peligro, esa es una situación en la que no he empleado el conocimiento tácito que yo tengo, o no he llegado a adquirirlo, porque de la experiencia y de mi percepción de las cosas debo deducir que amenazarle de modo tan directo puede propiciar una agresión importante, y por ello puede peligrar mi vida.

Así, la estupidez puede comenzar por un defecto en el conocimiento tácito, al consistir también en un defecto en la adquisición o utilización de ese conocimiento. Es importante señalar que el conocimiento tácito se aprende de la experiencia, sin ayuda directa de la gente, y es importante porque me ayuda a conseguir mis fines. La sensatez no se enseña, sino que se adquiere de manera indirecta, de la misma manera que la estupidez no se aprende de modo formal, sino que surge de un fallo en la interpretación de las pistas que nos ofrece el entorno. *Como parte de ese conocimiento se halla la intuición*, ya que ésta es muy importante para orientarnos sobre las situaciones de peligro, y como modo de percibir por debajo del umbral de la consciencia.

Mucha gente comete un error crucial: pensar que porque domina el conocimiento tácito en un campo, los domina en todos en los que se desenvuelve. Y esto puede ser un error fatal si tropieza con un psicópata, ya que al plantear un escenario completamente nuevo para su víctima, la lleva a su terreno con sus capacidades de manipulación e intimidación. El psicópata se maneja con sus reglas, que las oculta en su relación con el otro, y esto le da una gran ventaja. Por ejemplo, una mujer eficaz en los negocios, con mucha sabiduría para llevarlos, puede cometer errores de bulto en su relación amorosa si su conocimiento tácito en ese ámbito es muy pobre.

Sternberg mantiene que las personas inteligentes son especialmente susceptibles de cometer ciertos errores de pensamiento, como son: *a*) el egocentrismo —pensar que todo el mundo gira en torno a uno—; *b*) la omnisciencia —creer que uno sabe todo—, y *c*) la invulnerabilidad, o pensar que nada puede con nuestra fuerza o capacidad. A esa opinión habría que añadir que los psicópatas también son propensos a tales errores, y no porque necesariamente hayan de ser inteligentes —sin que sean idiotas—, sino porque son claramente estúpidos debido a su pobreza afectiva y a los rasgos de personalidad que hemos comentado repetidamente. No cabe duda que el lector ha de encontrar esos tres errores ciertamente familiares en el caso de los sujetos que analizamos en este libro. ¿Qué es sino el narcisismo, el grandioso sentido del yo, el creerse más allá del bien y del mal, de toda norma, que es tan distintivo en el carácter del psicópata?

Estupidez en psicópatas y en las víctimas

La sensatez es diferente a la inteligencia práctica, pues ésta permite perseguir de modo eficaz metas personales que pueden ser dañinas para otros, cosa que no hace el hombre sensato. Los psicópatas pueden tener una buena inteligencia práctica para conseguir sus metas, si es habilidoso en su lectura de las conductas de los otros, y si tiene afiladas sus habilidades de manipulación, pero al ser sus metas alejadas de los valores del respeto a unas normas de convivencia y una moral social, tal saber práctico está muy

alejado de la sensatez o sabiduría en el sentido empleado aquí. Sternberg concluye: «Una persona funesta no puede ser sensata». El psicópata persigue sus propios intereses a costa del bienestar de sus familiares o de otra gente, lo que supone un claro desequilibrio y, por ello, un acto netamente estúpido. Por otra parte, el psicópata también suele ser estúpido en el sentido de no emplear adecuadamente el conocimiento tácito de una situación, dado que tienen muchos problemas para percibir la realidad y las emociones vinculadas con ellas; ¡no se puede conocer bien a partir de la experiencia si uno no aprende de la experiencia, como le pasa a los psicópatas!

Un corolario importante para las víctimas es que pueden estar cometiendo un claro comportamiento estúpido —en el sentido de contrario al actuar sabio o sensato— cuando lo sacrifican todo por un individuo —incluso su dignidad— y resultan muy dañadas por su ingratitud y traición. Si la persona a la que sacrifican buena parte de sus esperanzas, dinero y energías es un psicópata, el sujeto que se ubica así en una situación de gran vulnerabilidad puede haber actuado de modo contrario al sentido común y a la sabiduría si no tuvo las mínimas precauciones exigibles, o si se empeñó en no querer ver la realidad.

Los dos caminos de la estupidez

Muchas veces la insensatez es el resultado de una adquisición de conocimiento que ha fracasado o que se ha utilizado mal; Hitler no parecía darse cuenta que todo su proyecto se estaba yendo a pique ya en 1942, tres años antes de acabar la guerra. Sin embargo, normalmente, la información está a nuestro alcance para ser utilizada. Moldoveanu y Langer califican de *inconsciente* a la persona que evita buscar o procesar por completo la información que puede encontrarse con facilidad. Otros ejemplos de actuar insensato, que ponen en situación de vulnerabilidad a las víctimas son no querer informarnos para conocer mejor la realidad, mantener unas creencias claramente falsas o apresurarnos a tomar una decisión sin haber

reflexionado previamente sobre las cosas que realmente son importantes para nosotros, nuestros valores o principios esenciales.

En la fig. 3.5 muestro, a modo de resumen de lo dicho, los dos caminos que llevan a la estupidez. En el camino A, los psicópatas, debido a que suelen ser impulsivos, se creen superiores a los demás, etcétera, tienen muchas probabilidades de hacer un uso pésimo del conocimiento tácito, e incluso de ni siquiera aprenderlo. Pero las víctimas también pueden fracasar si comparten alguno de esos rasgos; por ejemplo, si es muy impulsiva, o si se cree que lo sabe todo y es muy capaz, pero en ciertos ámbitos es una ingenua. La conclusión del mal conocimiento tácito es el fracaso en la resolución de los problemas; sencillamente, nuestro conocimiento orientado a la acción es erróneo, y así es muy difícil salir de un atolladero.

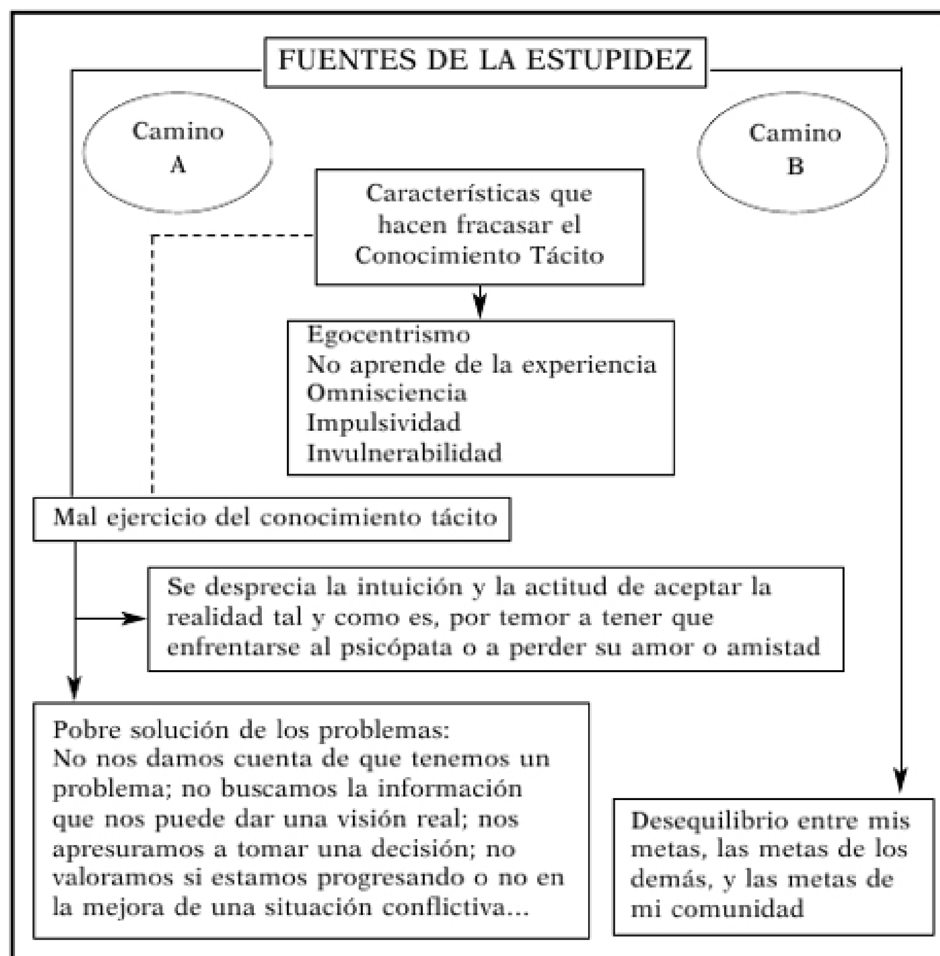


FIG. 3.5. *Fuentes de la estupidez.*

El camino B puede ser también un fracaso para la víctima, y no sólo para el psicópata. Esto ocurre cuando alguien sacrifica todo, su felicidad y dinero, por estar con alguien que lo desprecia y maltrata. Muchas víctimas de malos tratos actúan de modo contrario a la sabiduría según este segundo camino.

En conclusión entonces, hemos de deducir que muchas personas se tornan vulnerables frente a los psicópatas porque mantienen actitudes y creencias equivocadas, porque niegan su intuición, porque no son capaces de percibir correctamente determinados indicadores significativos que predicen la violencia futura. Todo esto se puede resumir diciendo que actúan de modo contrario a la sabiduría. «El mal más contrario a la sabiduría es la estupidez», escribió el filósofo Alain. En efecto, la sabiduría es lo contrario de la angustia, de la locura, de la desdicha. Cuando la fuente de esa angustia, locura o desdicha es un psicópata, todo se vuelve más complicado. Por eso es tan importante no ser captado por él, detectarlo y evitar su influencia.

CAPÍTULO 4

LA DETECCIÓN DEL PSICÓPATA

Los estudios que se han realizado con psicópatas son, en su inmensa mayoría, con delincuentes encarcelados, ya que ellos colaboran en actividades científicas con agrado, deseosos como están de romper su monotonía, y acaso de ganarse algún dinero que siempre es bien recibido en situación de cautiverio. Entre estos estudios destacan, para el contenido de este capítulo, los orientados a comprobar la habilidad de los psicópatas para fingir que son enfermos mentales en el sentido tradicional, es decir, psicóticos, como esquizofrénicos u otros cuadros que revelan gran desajuste en la comprensión y percepción de la realidad. Hasta la fecha se observa que el psicópata apunta a una mayor habilidad para «hacerse pasar por loco», pero no parece fácil que logre engañar a los forenses que lo evalúan acerca de este punto. Ahora bien, los resultados sobre el potencial general para el engaño son más inquietantes. Es cierto que la mayoría de los delincuentes suelen mentir acerca de muchas cosas con objeto de lograr privilegios o evitar sanciones, pero un reciente estudio que comparó a 115 delincuentes psicópatas con 137 delincuentes no psicópatas encontró que los psicópatas tenían una probabilidad tres veces mayor de emplear los siguientes tres tipos de engaños: dar de sí una imagen no plausible, empleando expresiones o emociones que no se corresponderían con la conducta habitual del sujeto; negar la responsabilidad en el delito, y por

último destacaban en conductas de manipulación para lograr sus metas a costa de mentir y predisponer a otras personas.

Los dos primeros requisitos: creencias e intuición

Por razones obvias, los psicópatas que suelen colaborar con los investigadores están en la cárcel. En su mayoría son psicópatas subculturales, provenientes del ambiente del crimen; mucho menos son psicópatas integrados que se revelaron, ante la sorpresa de todos, como delincuentes. Los casos como Joaquín Ferrándiz son una excepción, y si entran en la cárcel por motivos de corrupción política o económica difícilmente son valorados como psicópatas y, consecuentemente, rara vez son estudiados. Mi impresión es que los psicópatas integrados mienten y fingen mucho mejor; primero, porque caso de haber delinquido, han evitado hasta la fecha la detección, lo que es señal de capacidad de ocultamiento, y segundo, si han prosperado entre sus conocidos y negocios habrán tenido un gran entrenamiento con el que afilar esas habilidades, haciendo más difícil su identificación con el paso del tiempo.

Señalo esto porque soy consciente de que reconocer a un psicópata no es una empresa fácil. Ahora bien, se trata de algo posible, porque lo demuestra la evidencia de víctimas potenciales que han escapado a tiempo de sus actos ignominiosos (y que iré relatando en este capítulo y el siguiente), y la existencia de aspectos que le distinguen en su manera de expresarse y conducirse que han sacado a la luz investigaciones y consideraciones de índole científica. Mi propósito es facilitar este proceso para el lector; es decir, quiero que, al hacer públicos los conocimientos de que disponemos en estos momentos sobre el psicópata, la persona que entra en su círculo de influencia disponga de mayores oportunidades para evitar daños ulteriores, escapando y neutralizando cuanto antes esa influencia.

Las dos primeras condiciones para detectar a un psicópata ya han sido expuestas en el capítulo anterior, pero no está de más insistir aquí, porque ellas no bastan, pero sin ellas tal labor no es posible. Con respecto al primer requisito, las creencias, es sustancial que la persona afectada por una

relación con un psicópata tenga muy sólidas estas tres: *a*) que los psicópatas existen; que no es necesario que sean monstruos de ficción o asesinos en serie, sino que el término de «psicópata» representa una patología real, conocida por la ciencia, y descrita en los términos ya señalados en este libro; *b*) que la mayoría de los psicópatas no son criminales, sino que están integrados, y aun cuando un porcentaje de ellos sí son delincuentes ocultos —maltratadores, acosadores, estafadores, políticos y profesionales corruptos, etc.—, la mayoría cuenta con una buena imagen social, y en principio tales sujetos se ven favorecidos por el anonimato de sus propósitos reales; y *c*) que estos individuos gozan de una serie de ventajas para la coacción y el abuso que la persona afectada no posee, como son una gran *capacidad* de violencia (física o psicológica) y una *incapacidad* notable para sentir el daño que causan o la culpa derivada de sus actos. Que nosotros no seamos capaces de hacer determinadas cosas no significa que ellos no sean capaces de llevarlas a cabo: no podemos juzgar lo que hacen de acuerdo a los criterios que utilizamos nosotros. Lo que ha de concluirse de esto es que siempre debe haber una credulidad *a priori* ante sus actos: la expresión «no es posible que X esté haciendo eso» debe comprobarse, y nunca descartarse en el caso de que un psicópata esté implicado en esa situación, sea la que fuere.

Hay otra creencia que es necesario tener muy clara, porque de lo contrario la víctima potencial difícilmente captará con precisión la situación, y es la siguiente: cuando la vida de uno empieza a ser un caos y hay una asociación muy estrecha en el tiempo entre esta poderosa perturbación vital y el inicio de una relación habitual —de trabajo o afectiva— con alguien en particular es necesario seguir confiando en la propia salud mental, y prestar mucha atención a esa nueva relación. Si esta creencia no se mantiene tenderemos a quitarnos, nosotros mismos, toda credibilidad, y la detección del psicópata se hará imposible.

La figura 4.1 resume estas cuatro creencias básicas para la detección del psicópata.

a. El psicópata es una persona real, y no un personaje de ficción de películas o novelas de misterio.

b. La mayoría de los psicópatas está perfectamente integrada en nuestra sociedad, y goza de buena imagen.
c. El psicópata cuenta con unas capacidades que le dan ventaja sobre nosotros en el plano de la coacción y el abuso.
d. Uno no debe renunciar a confiar en su salud mental porque las cosas empiecen a ser un caos.

FIG. 4.1. *Las 4 creencias básicas para la detección del psicópata*.

El segundo paso para la detección del psicópata es —ya lo sabemos— la intuición. «Intuir algo» es prestar atención a sensaciones que provienen de fuera de nuestra consciencia racional, que nos avisan de que algo no va bien, de que debemos de esmerar nuestra atención con relación a determinada persona en determinadas situaciones. No se trata de nada mágico, ni mucho menos «paranormal», sino de un proceso de recepción de información que se produce sin que seamos conscientes de ella. El gran neurocientífico portugués Antonio Damasio explica en su última obra, *En busca de Spinoza*, diversos estudios que prueban la posibilidad de percibir estímulos del exterior sin que seamos conscientes de haber «visto algo» o a alguien. En uno de ellos, los sujetos que participaban en un experimento eran capaces de detectar *emocionalmente* la presencia de determinadas caras que expresaban amenaza, si bien no eran conscientes que su cerebro emocional hubiera reconocido esa información. Es decir, si se les preguntaba a ellos si habían visto alguna cara (que había aparecido antes asociada a un hecho desagradable), contestaban que no; sin embargo, su amígdala había lanzado esa información, por lo que ellos *la intuyeron*, aunque sin verla.

Esa intuición es posible porque se nutre de toda nuestra memoria emocional, la cual está compuesta por todos los recuerdos valiosos para nuestra supervivencia donde las situaciones que vivimos como dañinas o placenteras para nosotros produjeron determinadas emociones en nuestra vida (ira, miedo, alegría, etc.). Cuando de pequeños, por ejemplo, vimos que determinados adultos que se ocupaban de nosotros nos golpeaban y se burlaban después de habernos mirado y hablado de un modo determinado, es natural que tengamos emociones súbitas e inconscientes de amenaza si,

ya de adultos, tropezamos con personas que adoptan ese tono de charla o esa forma de mirar. En esos casos, no sabemos por qué, pero nuestra intuición nos recuerda: «¡Ojo! No te fíes de esta gente», y de ese modo nos vemos obligados, por un sentimiento íntimo de repulsión, a escudriñar más esa relación. Muchas sensaciones serán «falsas», es decir, no habrá un peligro físico real, pero al señalar que debemos mirar con detenimiento a alguien o a una situación, no estamos sino respondiendo a necesidades psicológicas que tenemos. Y salvo que tengamos una fobia u otro trastorno (miedo a las multitudes; a hablar en público, etc.), en cuyo caso es obvio que la emoción de desagrado se manifiesta en toda su claridad y no de modo sutil e inconsciente (como lo hace la intuición), haríamos bien preguntándonos «qué esta pasando aquí».

Esta señal emocional logra cosas importantes: focaliza la atención, lo que facilita el razonamiento sobre el asunto, y nos señala que una determinada situación no debe responderse mediante actos que en el pasado han demostrado que llevan a resultados negativos, es decir, estamos hablando de un sentimiento instintivo o visceral que te está diciendo: «no hagas eso», y que en otras ocasiones también sirve para significar lo contrario: urgir a que hagamos algo que siempre nos ha llevado a buen puerto, dándonos sentimientos de bienestar[11].

En ocasiones la señal emocional puede ser muy fuerte, y lleva a la activación de emociones poderosas como miedo o felicidad. Pero lo normal es que la señal emocional opere de modo más sutil, y muchas veces de modo inconsciente («bajo el radar de la consciencia», dice Damasio), y ése es el dominio de la intuición. Escribe el neurólogo portugués:

> Dicha señal puede producir una alteración en la memoria de trabajo, en la atención y en el razonamiento, de tal forma que el proceso de la toma de decisión se oriente a seleccionar la opción más probable que termine con un resultado positivo, dada nuestra experiencia anterior. El sujeto puede que no tenga idea de toda esa operación interna. En esas condiciones lo que hacemos es *intuir una decisión* y llevarla a cabo…
>
> El lenguaje coloquial emplea las expresiones «hacer por instinto», «intuir», «seguir el corazón» o «tener un pálpito» para designar un presentimiento [obsérvese la sabiduría de esta palabra: pre-sentir, literalmente «sentir con antelación»].

Así pues, debemos ser capaces de escuchar a nuestro cerebro emocional, que es el que nos envía toda esa información. Cuando un psicópata entra en nuestro mundo relacional y actúa creando confusión y caos, o bien induciéndonos a actuar de modo que no habíamos previsto, es muy posible que «sintamos algo», y esa sensación tendrá el propósito de que recabemos mayor información para tomar una decisión que mejor provea para nuestra supervivencia[12]. Aunque tal persona objetivamente nos guste o nos atraiga, ése es un buen momento para mirar esa relación con detenimiento. ¿Y a dónde hay que mirar? ¿A qué debemos prestar particular atención? Es el momento de pasar a la etapa tercera: escrutinio del mundo emocional del psicópata.

El tercer requisito: descrutinio de las emociones del psicópata

El tercer paso o requisito para detectar a un psicópata es conocer cómo funcionan las emociones de este personaje. Y una cuestión previa muy importante: estoy hablando de aprender a identificar las emociones del psicópata, no sus sentimientos. Porque, tal y como señala Antonio Damasio, las emociones se pueden ver, se pueden percibir, si uno está preparado y atento para ello, pero no los sentimientos, que es la imagen mental que alguien tiene, lo que uno interpreta de las emociones que siente. Por ejemplo, si alguien tiene una conversación con una persona y aparenta calma, porque sus emociones las controla y no es fácil verlas, quizá su interlocutor no sea capaz de deducir que éste se ha ofendido: la interpretación de la situación como una ofensa es un sentimiento, y esto es una imagen, una idea, algo que no es visible desde fuera. Sólo son visibles las emociones, que es lo que el cuerpo revela: si se aprietan los labios, si se cierran los puños, si la respiración se hace pesada… En palabras de Damasio: «las emociones son acciones o movimientos, muchos de ellos públicos, visibles para los demás en cuanto se manifiestan en el rostro, en la voz o en conductas específicas […] Los sentimientos, por su parte, están siempre ocultos, como les ocurre a todas las imágenes mentales, invisibles

para cualquiera excepto para el que los alberga […] Las emociones se expresan en el teatro del cuerpo, los sentimientos en la mente».

Esta distinción es importante porque la detección del psicópata en modo alguno puede decidirse sobre la idea de que es posible descubrir sus sentimientos, es más, es una tarea inútil dado que, como sabemos, él es un maestro en el arte del fingimiento, y por ello en estas personas se invalida el camino principal que tenemos para conocer lo que siente en verdad alguien, que es la conversación, la comunicación a través de las palabras. Entonces, he aquí una regla fundamental: en el conocimiento del mundo emocional del psicópata, pondremos nuestra atención en las expresiones corporales de las emociones, no en cómo él dice que se siente, porque sus sentimientos (las emociones en cuanto vividas por él, sus ideas sobre una situación emocional) no son creíbles en ningún modo. Así, si un psicópata dice que «está destrozado» porque ha fallecido alguien al que se presume que debe querer, pero su cara no refleja ese sufrimiento, y luego lo vemos con una sonrisa en los labios hablando con unos y con otros, de la contemplación de esas emociones hemos de concluir que no «siente» pena o tristeza, que sus sentimientos (lo que él dice que siente) no son de «estar destrozado». Es lo que muestra lo más importante, no lo que dice que piensa o que siente. De una persona así diremos que sus sentimientos no son creíbles.

Pero ¿tienen emociones los psicópatas? ¿No se ha dicho habitualmente que el psicópata es «frío», y «sin emoción»? Y si las tienen finalmente, ¿qué tipo de emociones son éstas? Para el gran maestro de los científicos que estudian la psicopatía, Hervey Cleckley, el mundo emocional del afectado por este trastorno es muy pobre, ya que aquél comenta que sus emociones no son sino «manifestaciones teatrales», sin que haya afecto verdadero detrás. Así, las reacciones emocionales profundas y persistentes están ausentes, si bien el psicópata puede experimentar, en su opinión, «irritación, rencor, centelleos rápidos e inestables de afectos, resentimiento, una auto-compasión superficial, pueriles actitudes de vanidad y una pose de indignación absurda y pretenciosa».

Además, Cleckley propuso —como ya sabemos— que la ausencia de una experiencia emocional genuina es el déficit fundamental, del que derivan los otros síntomas del trastorno, porque ello le impide orientar su

conducta de una forma apropiada. En esencia: «Al psicópata no se le puede enseñar la conciencia del significado de lo que no puede sentir», escribió.

Esa falta de emociones también se ve apoyada por la definición del psicópata como alguien sin sentimiento de culpa o «sin conciencia», y muchas de sus conductas en la relación interpersonal tienen un reflejo en esa ausencia de remordimientos, como la manipulación o la falta de empatía[13].

En resumen: hay muchas consideraciones científicas que desconfían de la profundidad de las emociones de los psicópatas, pero es una cuestión en la que vamos a profundizar más. Aquí vamos a revisar las cinco emociones fundamentales de lo que podemos calificar como emociones sociales, imprescindibles para crear relaciones auténticas con los demás y para tener una vida con un propósito: miedo y ansiedad, ira o cólera, tristeza y depresión, amor y felicidad, y finalmente empatía y compasión.

Miedo y ansiedad

Este miedo deficiente se ha propuesto como mecanismo explicativo del fracaso del psicópata para modificar su conducta en situaciones que la gente halla desagradables o dolorosas: el psicópata no se siente intimidado por la amenaza de un castigo, porque tiene una menor capacidad para sentir el miedo, para anticiparlo en su mente[14]. Como resultado de ello, no aprenderá de la experiencia: aunque haya sido castigado por algo, reincidirá. Su cuerpo no se verá estremecido por la imagen temida de una situación desagradable (encarcelamiento, despido de un empleo, etcétera) que ya hubiera experimentado en el pasado. El sujeto no está tampoco ansioso por lo que pueda suceder de negativo cuando se embarca en una conducta temeraria que ofrece muchas posibilidades para que haya un percance, por ejemplo.

¿Qué dice la investigación? Diferentes estudios señalan, en efecto, que el psicópata muestra una actividad emocional que revela una menor capacidad para el miedo cuando sabe que se le va a proporcionar un estímulo doloroso, pero si no lo sabe parece que es capaz de sentir ese dolor

como cualquiera. La conclusión es que el psicópata emplea un estilo de afrontamiento que le protege de los efectos negativos del dolor, es decir, *el psicópata se prepara mentalmente para anestesiar el dolor que se le avecina*, en la medida en que él lo puede anticipar. Pero el asunto es diferente si el dolor es inesperado: en estos casos parece que puede ser tan vulnerable como el no psicópata. Dado que muchos comportamientos violentos o irresponsables son llevados a cabo por el psicópata de modo repetido en el tiempo, es más que probable que disponga de esa concentración mental particular que le permita anestesiarse para reducir la ansiedad por el posible dolor futuro y la vivencia de ese mismo dolor. Y no digamos cuando se trata del castigo que ofrece la ley: debido a que el sistema de justicia ha de seguir un procedimiento lento y oneroso, la multa económica, la pérdida de ciertos derechos o la cárcel puede venir —en el mejor de los casos— mucho tiempo después de consumados los actos por los que se imponen esas penas, razón por la cual el psicópata se habrá preparado con mucha antelación para adaptarse a las mismas.

Ira o cólera

Es la emoción que surge sobre todo de las relaciones con los demás, cuando se frustran nuestros deseos. Para Cleckley, la cólera genuina está ausente en el psicópata, sólo siente irritación y perturbaciones menores. Sus reacciones visibles son actuaciones para los demás, no expresiones genuinas de ira. En cambio, dos psiquiatras forenses, Yochelson y Samenow, opinan que el psicópata sufre una cólera extrema y persistente que dirige a los demás; cuando se encoleriza, el psicópata —escriben— «intenta reafirmar el valor de su entero ser», generalmente mediante el crimen y la violencia.

Otros autores señalan que el psicópata *sí experimenta* una ira genuina, bien sea como forma habitual de responder ante la incapacidad de solucionar las frustraciones diarias, o bien porque es alguien hipersensible ante la crítica o la amenaza, que se enfrenta ante cualquiera que desafíe su

idea de que él es alguien especial y con privilegios que sólo le pertenecen a él.

Por desgracia la investigación es muy escasa, y se apoya mucho en autoinformes (el sujeto estudiado dice cómo se siente ante determinadas situaciones producidas en un laboratorio), donde sí aparece que el psicópata muestra más ira que el no psicópata. No obstante, determinada investigación señala que el psicópata experimenta la misma ira que el no psicópata, pero tiene una mayor capacidad para ocultarla en su rostro, es decir, *una expresión facial reducida de la ira*. Ahora bien, si el psicópata tiene, al menos, una ira igual a la que exhibe el no psicópata, es muy posible que los efectos de esta misma energía de cólera sean más devastadores en su caso, debido a que él no se encuentra limitado por la conciencia del daño que comete o los efectos de su acción en las víctimas, al no disponer de empatía. En general, creo que es una buena idea concluir al menos un grave riesgo de psicopatía en la persona del autor, cuando la acción que estamos estudiando demuestra una ira descomunal ante una posible afrenta recibida o ante la frustración de una meta anhelada.

Esta conclusión resulta del todo creíble en el caso del delincuente sexual y homicida frustrado Fernando Sanz. El periodista Gregorio Morán escribió para *La Vanguardia* un conmovedor relato:

> Cristina Fanjul tenía veintidós años, era peluquera y vivía en La Felguera, una población asturiana con tradición minera hoy muy venida a menos […] En la madrugada de un domingo se le presentó el destino en forma de un conocido de Avilés, Fernando Sanz, un año mayor que ella y soldado profesional. Estuvieron bailando con otros compañeros hasta las seis de la mañana y él la acompañó a la estación —un apeadero— porque ella creía que ya era hora de volver a casa. Allí intentó violarla tres veces y la medio desnudó, pero como no avanzaba en sus intenciones, Fernando pronunció la única frase que quedó como fondo de la tragedia que se iba a desarrollar: «¡No me puedes dejar así!».

Y ahí empezó una paliza indescriptible en la que se incluyó, además del intento de aplastarle la cabeza con una piedra de gran tamaño, algo absolutamente insólito en nuestra cultura de la violencia desde hace siglos. Le sacó los ojos con una mano y los tiró. Tan es así que uno lo encontraron en seguida, pero el otro hubo de ser advertida la UVI móvil para que lo buscara hasta que dieron con él en una zarza.

Excuso decir todo lo demás: los gritos espantosos de la chica, que fueron lo que con toda probabilidad le salvaron la vida, porque se acercó un guardia de la estación —momento que aprovechó el agresor para huir—, la angustiosa perplejidad de unos enfermeros buscando un ojo en la oscuridad de la madrugada y, sobre todo, el rostro de esa mujer, algo tan espeluznante que el propio guarda solicitó la baja a partir de ese momento, y ninguna de las personas que la atendieron, ya fuera en el hospital o fruto de la investigación policial, recuerdan algo similar en su vida.

La policía lo encontró muy rápidamente, durmiendo en casa de sus padres. Nadie tenía hasta ese momento nada que reprocharle pues fue un alumno modelo mientras estudió, un hijo comprensivo y sin estridencias, para sus padres; sus amigos no daban crédito y sólo podían entenderlo a partir de un «colocón» o algo parecido. Los análisis demostraron que ni había bebido ni consumido droga alguna. Incluso la víctima llegaría a decir que mientras le conoció y hasta aquella maldita madrugada «era un chico muy reservado y muy tímido».

[…]

Pero ahí queda Cristina Fanjul, hoy ya con 25 años y una ceguera absoluta que lleva con una dignidad abrumadora. […]. Si esta tragedia tiene un atisbo de grandeza está en la figura de la víctima, esa mujer de la foto, con la cabeza alzada y unas gafas grandes, que afronta la vida con sinceridad apabullante: «Prefiero estar así a que mi madre me lleve flores al cementerio».

Es llamativo el contraste entre esta mujer con ese gesto de dignidad, que intimida en su sencillez, y el hecho de que no haya sido posible exhibir ni una foto del criminal; su obsesión durante las entradas y salidas del juicio fue que no fotografiaran su rostro. A veces pienso si no debería formar parte de la condena el exigir al reo que exhiba su cara ante la sociedad. Por una razón: todo criminal tiene sus derechos, salvo uno, el del anonimato. Por eso me ha impresionado especialmente la respuesta de ella, la víctima, cuando alguien le preguntó si no creía en el viejo lema de nuestra tradición, el bíblico ojo por ojo, y poder disfrutar de la vista que disfruta quien le quitó el derecho a ver. «No quisiera ver el mundo con los ojos de quien ha sido capaz de hacer esto», dijo. Y está todo dicho.

«¡No puedes dejarme así!», es el grito de ira que explica este ultraje, la antesala a la cólera que sigue a una frustración que no se apiada, en su venganza, ante nada ni nadie, si el perpetrador es un psicópata. Y lo mismo podemos decir en el doble asesinato cometido —supuestamente por ahora, en espera del juicio— por José Luis R. A., el *mosso d'esquadra* acusado de matar a su mujer y a su suegra. La policía autonómica catalana sospechó de él por el enseñamiento que había en los cuerpos de las dos mujeres, en especial en el de su mujer. Ese ensañamiento debió estar precedido por una enorme ira, una energía brutal destinada a asegurar el resultado, sin una mínima piedad que derivara de la empatía hacia las víctimas.

Tristeza y depresión

De nuevo Cleckley fue escéptico: en el psicópata «se halla ausente el dolor y la desesperación genuinos». Otro gran estudioso de la psicopatía, J. Reid Meloy, está de acuerdo: el psicópata puede sentir episodios de disforia (ánimo abatido), pero no una tristeza o depresión sostenidos.

Basado en esto, Meloy dijo que la psicología del psicópata no permite la depresión, porque en este individuo no existe el dolor o lamento genuinos por pérdidas de personas o de proyectos, ni tampoco una discrepancia entre el yo real y el ideal, es decir, no se siente contrariado ni desesperanzado porque no es capaz de lograr lo que anhela, algo que es muy habitual entre los no psicópatas: lamentar que nuestros sueños (el «yo ideal», la imagen de nosotros vista por las fantasías que hemos ido albergando desde jóvenes) no se llegaran a cumplir nunca. ¿Cuál es la razón de que el psicópata no eche en falta esa discrepancia entre sus sueños y su realidad? La razón está en el modo en que ha construido su autoconcepto: él se cree un ser superior y excepcional, y en tal caso, ¿qué hay en realidad que echar de menos? Cuando alguien es tan narcisista como un psicópata, y con tan escasa capacidad para verse afectado por el dolor o los sentimientos de los demás, es difícil realmente que uno se deprima de veras.[15]

Desgraciadamente, no hay estudios fiables experimentales acerca de la capacidad de los psicópatas para la tristeza genuina o la depresión. Hay ciertos trabajos desarrollados en laboratorio donde se inducen estados emocionales mediante pequeñas películas o «clips»; una vez vistas estas imágenes, los sujetos han de contestar mediante un cuestionario qué emociones sintieron. En estas circunstancias, los resultados de tales experimentos han mostrado ausencia de diferencias en medidas inductoras de tristeza, pero esto no evalúa la tristeza prolongada y significativa —lo que estamos debatiendo aquí— sino sólo el estado de ánimo de tristeza o pesar leve y transitorio, lo que se ha dicho que *sí* experimentan los psicópatas.

En todo caso, la evidencia clínica recogida hasta la fecha indica que la depresión no suele estar unida a los sujetos que muestran rasgos puros de psicopatía.

Amor y felicidad

¿Siente felicidad el psicópata? Debido a lo difícil que resulta definir de modo específico lo que sea la felicidad, aquí lo empleamos como sinónimo de placer generalizado, «un estado emocional que deriva de obtener y tener lo que deseamos y de sentirnos bien», como escribieron dos investigadores.

Cleckley no creyó en ese sentimiento para el psicópata, vivido de modo genuino y pleno, pero otros autores sí lo creen, aunque lo describen como algo transitorio. En particular cuando nos referimos a la tendencia intensa que tiene el psicópata de buscar su meta o recompensa, o la experiencia de placer de la toma de riesgos.

Meloy, en cambio, entiende que la ausencia de empatía que sufre el psicópata le impide sentir placer mediante la observación de la felicidad en los demás. El placer de los otros sólo le provoca envidia y codicia. Su alegría o posibilidad de sentir placer estaría severamente limitada, además, por su habitual estado de buscar señales del entorno que revelen amenaza u oportunidad para sacar ventaja con miras a algo; diríamos que el psicópata carece de ese estado de introspección y contemplación que hace que la persona pueda sentir una satisfacción real.

¿Cómo siente entonces alegría el psicópata? Meloy sugiere que es a través del dominio y control de los demás, de su engaño; no es en realidad placer genuino humano y sano el que siente, sino una invasión de excitación placentera *(«a feeling of exhilaration»)*. Habla de un hecho definitorio de la condición del psicópata, en el que estoy completamente de acuerdo. Y así, escribe que, para el psicópata, «el placer del desprecio del otro sirve el propósito fundamental de restaurar su orgullo».[16]

Esta incapacidad para sentir auténtica felicidad estaría asociada con la dificultad de amar señalada por Cleckley, y para establecer vínculos genuinos con los demás. Desgraciadamente, los estudios actuales no han cubierto esta dimensión de la vida emocional de los psicópatas, y no podemos pasar de la evidencia que se deriva de los historiales clínicos.

Empatía

Se ha escrito ya varias veces: los psicópatas no tienen empatía, pero no siempre se entiende bien lo que implica este término, porque la empatía puede ser cognitiva o emocional. La primera también se llama capacidad de perspectiva social, y significa que alguien es capaz de comprender, intelectualmente, lo que una persona está pensando o sintiendo. Esta capacidad es necesaria para compadecerse del otro, pero no es suficiente. Para ello se precisa del segundo tipo de empatía, la profunda o emocional, que implica que yo me siento como lo hace el otro; es decir, me pongo en la sintonía afectiva de la persona con la que me estoy comunicando y, al igual que ella, me entristezco por su tristeza y me felicito de su alegría. Es esta empatía la que realmente actúa de freno de la violencia, y aunque ella no sea posible sin la capacidad de perspectiva social o empatía cognitiva, se puede tener la primera y quedarse allí, sin llegar nunca a la segunda.

Es justamente lo que le pasa a los psicópatas. Algunos investigadores han creído que los psicópatas se ven imposibilitados de entender lo que otras personas piensan o sienten, es decir, que carecen de perspectiva social. Pero hoy sabemos que no es así, como lo demuestra el test de «leer la mente a través de los ojos». Esta prueba exige que un individuo contemple diversas fotografías de la zona de los ojos y, a partir sólo de esta información, ha de atribuir un «estado mental» a la persona cuyos ojos se ven. Atribuir un «estado mental» significa que hacemos una inferencia acerca de lo que está pensando o sintiendo una persona. (La figura 4.1 presenta una imagen sólo de los ojos. ¿Se atreve el lector a formular una hipótesis sobre el estado mental que hay detrás?).

Pero los resultados de la investigación señalan que los psicópatas sí pueden atribuir estados mentales a la gente; es más, si no tuvieran esa capacidad sería difícil que pudieran ser tan buenos manipulando, porque la capacidad de engañar y mover a alguien como un pelele sin que se dé cuenta implica que puedo imaginar cómo va a sentirse en ciertas circunstancias, así como qué va a pensar si hago o dejo de hacer determinados actos. En el caso de que sea cierto que los psicópatas tienen más problemas a la hora de identificar emociones faciales, en particular el miedo y la tristeza, se trata de una dificultad que no impide que, en general, el psicópata se «haga una idea» del estado emocional general de la víctima,

al menos con la suficiente precisión como implementar sus planes ocultos y ejecutar todo su proceso de manipulación. O quizás ocurra que algunos psicópatas sí tengan esa deficiencia de comprensión de las emociones, pero que otros —los que son realmente buenos manipulando— no la tengan, hablando siempre de comprensión intelectual o perspectiva social, no de empatía profunda.



FIG. 4.1. *¿Son estos los ojos de un psicópata*?

Ahora bien, en jóvenes psicópatas sí parece existir esta deficiencia de perspectiva social. Su valoración de las expresiones faciales, de las emociones que el rostro transmite, es peor que la que muestran los jóvenes sin este trastorno, lo que ayuda a entender la mayor violencia directa y la menor sutilidad de la agresión en esta edad, comparada con la capacidad mayor de subterfugio que tiene el psicópata adulto.

Resumen de las emociones: la mirada del psicópata como acto de comunicación

En el capítulo 2 mencioné la preocupación que manifestaron muchas víctimas acerca de la «mirada del psicópata». Recordemos las palabras de María José: «Te habrás dado cuenta de que me importa mucho esa mirada, de que me preocupa realmente […] ¿Puedes decirme algo al respecto, ayudarme a desentrañar esa mirada?».

No creo que podamos detectar a un psicópata fijándonos en su mirada, en sus ojos. Pero en cambio creo que si entendemos por «mirada» algo más amplio, un acto de comunicación que incluye sus gestos, sus palabras, la forma global en que se presta a conversar con alguien, entonces sí es adecuada la expresión «la mirada del psicópata», porque esa mirada refleja incapacidad de comprender el mundo complejo que significa cada persona. En esa mirada podemos ver odio, indiferencia o sarcasmo, pero la sensación final, el residuo que nos deja cuando terminamos de estar con él es el de que *la comunicación real entre dos seres humanos ha fracasado*. La figura 4.2 resume las emociones de los psicópatas. Para un observador atento, que está abierto a percibir la realidad, que pone sus sentidos en atender de verdad a la comunicación, la mirada así entendida le revela que el psicópata no lo está considerando como un ser humano con necesidades, dudas y deseos que quiere compartir y transmitir, sino como alguien con el que hay que mantener una mascarada —en el mejor de los casos— o al que hay que anular y luego someter o destruir, en el peor. En el capítulo siguiente volveré sobre esta mirada.

1. No muestran el miedo y la ansiedad que normalmente sentirían otras personas. Al contrario, disfrutan de provocar situaciones de riesgo y tensión.
2. La ira puede manifestarse de modo explosivo o controlado, pero parece injustificada, muchas veces arbitraria, sin una base real, por pequeñas frustraciones.
3. No sienten una tristeza real o profunda, menos una depresión. Pueden parecer abatidos, pero es algo transitorio y ligero.
4. Su capacidad para el amor es superficial, puede haber atracción o deseo de posesión, pero no amor. La felicidad se refiere al logro de sus objetivos, del control.
5. El psicópata puede comprender el punto de vista de otro, incluso —aunque no siempre— lo que está sintiendo, pero no ajusta su estado afectivo al de otra persona.

La «mirada del psicópata» revela el fracaso de la comunicación plena humana. La persona que se comunica con él percibe que hay un nivel que no puede traspasar, que el psicópata *no está realmente* interesado en ella. Siente amenaza y angustia.

FIG. 4.2. *Las emociones de los psicópatas*.

El cuarto requisito: las conductas características del psicópata

He señalado en alguna ocasión a lo largo de este libro que los psicópatas constituyen un grupo heterogéneo de sujetos que comparten unos rasgos esenciales, pero que según sus estudios y nivel económico, inclinación a la violencia e integración social pueden variar de modo importante en la naturaleza y tipos de comportamientos que manifiestan. Sin embargo, dado que mi propósito en esta obra es facilitar la identificación temprana de aquellos que son más peligrosos en la vida cotidiana, me atendré en este apartado a subrayar las conductas que con mayor probabilidad exhiben estos individuos que tienden a acosar, maltratar y amenazar a sus mujeres o novias, compañeros de trabajo, y los que son proclives a la violencia en cualquiera de los ambientes en que se desenvuelvan. Pero el lector hará bien en recordar que hay psicópatas poco violentos, donde lo esencial radica en su falta de comprensión del mundo emocional, en su muchas veces sorprendente desatención a las necesidades de los suyos, en suma en un comportamiento claramente insensato, sin que medie necesariamente conductas obvias de agresión física o psicológica. El siguiente caso, tomado de mis archivos personales, ilustra la modalidad de psicópata no violento, aunque siempre difícil para convivir.

Juan, un hombre casado de 34 años, con dos hijos, dirige un negocio familiar de alimentación desde hace cinco años, cuando murió el padre de él y de su hermano, Agustín. Éste busca mi consejo porque desde que Antonio tiene una responsabilidad importante se han acentuado conductas que siempre le han sorprendido de su hermano. Juan había sido siempre un quebradero de cabeza para sus padres, en particular para su padre cuando murió la madre, ya que ella era la que cargaba con todos los estropicios que Juan llevaba a cabo. Tuvo que ser cambiado tres veces de escuela, y a los 14 años ya era un fumador empedernido de

marihuana. A los 16 se escapó de casa y permaneció fuera una semana, sin que nunca se supiera en realidad dónde había estado todo ese tiempo. Cursó sin terminar varias especialidades de formación profesional, sin demostrar provecho alguno en ellas, ni inclinación particular hacia ningún trabajo. Cuando cumplió los 18 años murió su madre, y su padre decidió que estaría más vigilado trabajando en la tienda de alimentación que tenía la familia. Su hermano Agustín estudiaba veterinaria, y en varias ocasiones tuvo serias disputas con él porque le había robado dinero y había dejado sin pagar facturas que su padre le había encargado abonar, quedándose el dinero para gastarlo en una moto que tenía o yendo a divertirse.

Cuando murió su padre, Agustín trabajaba de veterinario, con lo que Juan pasó a dirigir la tienda de su padre. Desde que esto ocurriera no había mes que no hubiera problemas, desde broncas con clientes hasta impagos a proveedores. Muchas veces Juan cerraba la tienda cuando le apetecía, y no llegaba a casa hasta muy de madrugada. Su mujer se había separado y estaba intentando negociar una pensión y un acuerdo de visitas juicioso, pero Juan no acudía a las citas con los abogados, y en otras ocasiones amenazaba veladamente a su mujer para que no exigiera su parte de los bienes comunes. «Te he hecho dos hijos y he cargado contigo —le dijo una vez—, ¡no te atrevas ahora a exprimirme!».

Juan no mostró nunca interés por sus hijos, como tampoco había demostrado afecto real hacia sus padres o hermano. Cuando le entrevisté se escudaba en la muerte de su madre que, según él, le había afectado de modo extraordinario, y siempre tenía otras muchas razones —algunas realmente ingeniosas o divertidas— para «explicar» sus desmanes y actos irresponsables. Juan es un ejemplo de una vida errática, y no digo que no tenga efectos dañinos, en particular para su familia, pero no es probable que sea violento, al menos de una cierta gravedad. En todo caso, estoy muy de acuerdo con cualquiera que afirme que es mejor no relacionarse con personas que exhiben tan escaso sentido común.

Vayamos ahora a revisar esas conductas características de los psicópatas que se dedican a la violencia física o psicológica, la extorsión y el chantaje, la amenaza y la coacción. Para entenderlas bien hemos de recordar algunas ideas en las que he ido insistiendo en estas páginas, y que constituyen el marco motivacional en el que poder encuadrar esas conductas. La fig. 4.3 representa dicho marco.

Todo psicópata, integrado o subcultural, busca el control; es su motivo central, huérfano como está de otras emociones relevantes, como he señalado anteriormente. Su gran recompensa por obtener ese dominio es el verse superior, alguien «esencial» en su mundo, grande o pequeño, y poder considerarse muy por encima de los otros, a los que al manipular y sojuzgar

ve de forma despreciable. Y como estrategia global de relacionarse con el mundo, el psicópata actúa como un camaleón, es el gran manipulador, el gran prestidigitador, no de la impostura entendida como hacerse pasar por otro, sino de la mascarada consistente en representar a alguien mejor, que tiene motivos y sentimientos radicalmente humanos, cosa que no tiene.

Actitudes y conductas inestables e inexplicables hacia los demás

Debido a que el psicópata se toma muy en serio a sí mismo, a que está tan a gusto con su ego, tiene siempre dispuesta su atención hacia gestos que puede interpretar como «faltas de respeto» o incluso amenazas. Es curioso esto: su narcisismo le hace estar hiperalerta ante posibles valoraciones o críticas negativas que interpreta que se le realizan. Como consecuencia, su modo de relación con los demás mostrará grandes fluctuaciones, y será apreciable actitudes extremas, según se sienta él de contento o enojado, o si las cosas no le salen como le apetece. En definitiva, su estado de ánimo y las circunstancias más inmediatas pueden determinar en buena medida cómo va a responder ante una frase o un acto de cualquiera. El resultado para la víctima potencial es de una gran incertidumbre, porque no es capaz de establecer un marco predecible de relación con esa persona.

Motivación básica: dominar y controlar su ambiente.

Placer fundamental que busca: el «deleite del desprecio» a su víctima, al sentirse superior y en control.

Estrategia general de comportamiento: la manipulación, el engaño, la mentira, la simulación.

Conductas específicas: relación extrema e inexplicable con los otros, devaluar a los demás, proyectarles su propia agresividad, emplear el ciclo de la manipulación, relaciones afectivas superficiales (sin amigos).

FIG. 4.3. *Marco motivacional y conductas específicas de los psicópatas*.

Devaluación

El psicópata devalúa a los demás para que él pueda sentirse un ser único y especial, y de este modo no tiene que sufrir el sentimiento de la envidia: si a él le está todo permitido por ser alguien único, ¿por qué habría de envidiar a nadie? Este proceder aparece muy bien reflejado en esta cita del *Paraíso perdido* de Milton: «Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo».

Proyección de hostilidad

En psicología hablamos de proyección cuando una persona atribuye («proyecta») a otra cualidades o actitudes que él tiene; *la persona que recibe esa proyección no es de verdad así*, pero el que la realiza la percibe como si de verdad fuera de ese modo. Muchos psicópatas consideran ruines y desprovistos de valor a sus víctimas potenciales, y explican sus desmanes porque esas víctimas, si pudieran, harían cosas mucho peores, o quizá incluso las hacen pero nadie las descubre. Así, el psicópata considera a esas personas seres despreciables, porque proyecta sobre ellos lo que en verdad no son sino sus propios atributos. Lo peculiar del psicópata —como ya sabemos— es que puede considerar así a alguien con el que se está relacionando mientras que finge tener sentimientos positivos y preocuparse de su bienestar.

En ocasiones, si esa hostilidad proyectada es muy acusada, y el psicópata considera que alguien es su enemigo declarado, entonces puede resolver atacar de un modo sorprendente. En mi opinión, esta hipótesis podría ser valiosa para explicar lo sucedido en Bornos, Cádiz, cuando un policía local, Joaquín Parra Sánchez, de 56 años, casado y con cuatro hijos, fue asesinado el lunes 7 de abril de 2003. En esa fecha, un individuo arremetió con su coche contra el ciclomotor que conducía Joaquín, que estaba fuera de servicio. Según testigos presenciales, después de arrollarle, el agresor bajó de su vehículo y le propinó varios impactos mortales en la cabeza, con una barra de hierro. Una hora después fue apresado por la Guardia Civil, a la que confesó que el crimen lo había premeditado. «Iba a por él», declaró. Minutos antes del asesinato, el agresor había amenazado durante el transcurso del pleno del ayuntamiento a la alcaldesa de Bornos

por la negativa del municipio a concederle una vivienda social que había solicitado. Este hombre tan lleno de ira tenía antecedentes penales por otros altercados violentos, y había estado una vez ingresado en prisión. El secretario general de la unión de Policía Local y Bomberos de Andalucía, Mario Núñez, dijo que el agresor tenía amenazada a mucha gente, y que el móvil había sido el informe escrito por el policía asesinado en el que desaconsejaba la concesión de la vivienda que solicitaba el presunto asesino, debido a que éste contaba con medios económicos suficientes para no requerir la ayuda municipal.

Así pues, para este individuo había mucha gente interesada en hundirle, en hacerle daño. ¡Él se encargaría de darles una buena lección!, seguro que se repetía sin cesar. En su profundo egocentrismo, el psicópata desprecia y calumnia a quienes serán sus víctimas, y los convierte en seres malévolos y mezquinos.

El ciclo de la manipulación

Cuando al psicópata se le confronta con la verdad, señalando por ejemplo las inconsistencias en las que incurre, puede emplear para contraatacar el ciclo de la manipulación, que consiste en un intento nuevo de engañar y la devaluación de la persona que se le enfrenta, seguido del sentimiento del «deleite del desprecio», si ve logrado su propósito. Esto le permite al psicópata seguir manteniendo el control de la situación, ya que el sujeto engañado sigue en una posición de inferioridad al desconocer la verdad. Este ciclo le permite al manipulador mantener la imagen que tiene de sí mismo (la de alguien más listo que nadie, definitivamente un «tipo especial»), mientras que la víctima ha de bregar otra vez con la experiencia de ser maltratada o burlada cuando finalmente descubre el nuevo engaño del que ha sido objeto. En épocas en las que este personaje no logra sentirse aclamado o valorado muy positivamente se sentirá deseoso de sentir ese placer del desprecio, y puede por ello incrementarse su tensión de engañar y sojuzgar, haciendo más probable su violencia.

Un ejemplo del ciclo de la violencia me lo relata una de «mis» víctimas, Susana, quien padeció el acoso sexual, el abuso psicológico y las amenazas de un tipo muy peculiar. Después de describirlo como alguien «que no tiene vergüenza de nada […], que se cree maravilloso, encantador…», comenta lo siguiente:

> […] nunca sé cuando dice la verdad o no, cuando me habla en serio o no. De repente, cuando le contrarío, me dice cosas muy fuertes y luego termina diciendo que no era verdad, que lo había dicho para llamar mi atención o hacerme daño. En el fondo creo que, cuando me humilla, es cuando realmente dice lo que pasa por su cabeza, mientras que cuando es encantador lo hace para conseguir lo que quiere realmente: sexo. La última vez que le he contrariado (porque ya no quiero nada con él y se lo he dicho una y otra vez) me dice cosas tan fuertes como que necesito ir al psiquiatra porque estoy como una cabra, desprecia mi físico, me comenta cosas terribles que, según él, los demás dicen de mí, etcétera. Después de decirme esas barbaridades me cuenta que no haga caso, que lo hace para que le atienda, y que quiere que hagamos las paces y seguir conmigo.

La figura 4.4 ilustra el ciclo de manipulación del psicópata. No siempre es exactamente igual, pero la idea básica es que la víctima se mantiene en estado de incertidumbre, y para preservar su salud mental prefiere ceñirse a las instrucciones que le da el psicópata en su explicación: no debe meterse en sus asuntos, no debe contrariarle, no debe decir eso en público, no… La secuencia es: ataque / explicación devaluadora de la víctima / demostrar generosidad y quitar importancia / la víctima es nuevamente apreciada. Si la víctima quiere permanecer a su lado —o no puede, por las razones que sea, marcharse— ha de aprender a respetar lo que él quiere lograr.

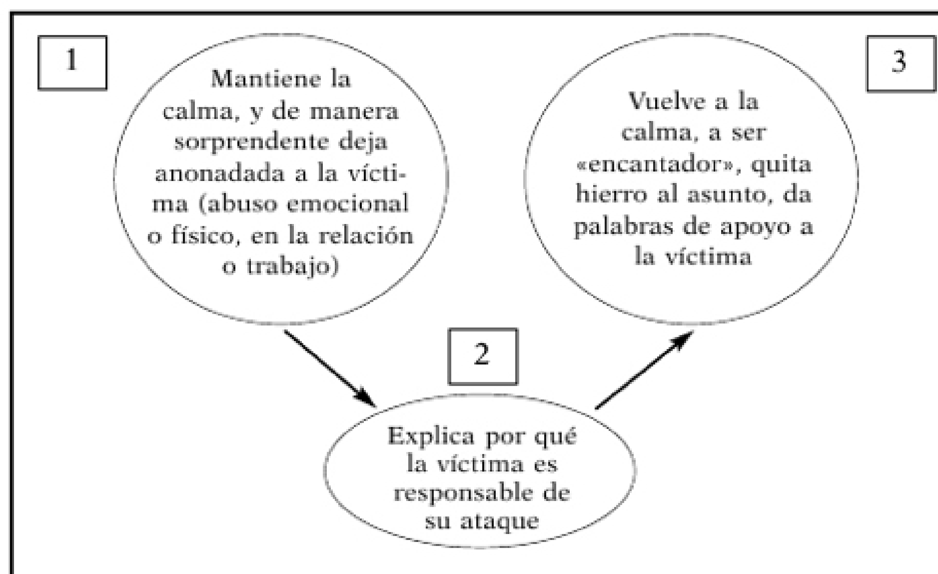


FIG. 4.4. *El ciclo de manipulación del psicópata*.

Relaciones afectivas superficiales (incapacidad de hacer amigos)

Un psicópata no tiene nunca amigos, tiene súbditos, conocidos o esclavos. Alguien que conozca bien a un individuo así verá que está radicalmente solo, en el sentido más cabal de esa expresión, y que contiene la idea de que nadie en verdad comparte su mundo en condiciones de intimidad y de igualdad, dos nociones absolutamente negadas en la realidad de las vivencias de un psicópata. De este modo, cuando las cosas vienen mal dadas y el psicópata pierde su poder, pronto desaparecen sus «amigos», cuando no surgen como por encanto antiguos agraviados que protestan ahora en voz alta y buscan al menos «ventilar» su ira contenida por el desprecio que sufrieron en sus manos.

El arrepentimiento, si se produce, no tendrá ninguna consecuencia práctica duradera

Cuando un psicópata dice que lamenta profundamente algo, simplemente sigue engañando para ganar tiempo o como estrategia de

chantaje emocional que puede utilizar con su víctima. Un arrepentimiento sincero supone que hay cambios reales, y que estos cambios permanecen en el tiempo, o al menos se puede apreciar que el sujeto hace un gran esfuerzo para cumplir con su promesa. Nada de esto se observa en un psicópata.

Resumen: las herramientas para la detección

Es hora ya de resumir todo este capítulo atreviéndome a proponer un conjunto de recomendaciones que pueden resultar útiles en la detección de un psicópata. Sé que algunos puristas pondrán el grito en el cielo, reclamando que «a un psicópata sólo puede diagnosticarlo un especialista», pero no escribo este libro para ellos, sino para todo aquel lector interesado en prevenir el mal de la psicopatía en sus vidas. Por otro lado, como es de sentido común, no planteo estos útiles de detección como un diagnóstico psicológico o psiquiátrico, sino como un procedimiento de protección ante un trastorno que lleva puesto la máscara de la cordura y la honestidad. La fig. 4.5 resume estas ideas.

En este resumen, es de vital importancia que se recuerde que *la regla de oro en la detección de un psicópata es aprender a observar con objetividad*; hay que fijarse en lo que el psicópata hace, no en lo que dice que hace; en las emociones que se pueden reconocer, no en los sentimientos que él dice que tiene. Si es un psicópata, introducirá la destrucción y la crueldad en la vida de los que le rodean, o al menos el caos y la confusión intensa. Para Herchel Prins, un prestigioso estudioso de las patologías forenses, «es la capacidad de causar caos —a la familia, amigos y compañeros de trabajo— lo que deviene en el distintivo esencial del auténtico psicópata».

PASO 1. Asegúrate de que tus creencias son claras: sabes que un psicópata integrado parece un tipo honesto y normal, y que puedes confiar en lo que ves y oyes con objetividad.

PASO 2. Sé receptivo ante la intuición, ante tus emociones que te avisan de que prestes más atención ante determinadas situaciones o personas.

PASO 3. Afila tus capacidades perceptivas; fíjate en las emociones que manifiesta el sujeto, no en los sentimientos que dice tener. Sus emociones de tristeza y amor/felicidad y

miedo/ansiedad serán breves y poco profundas. Su ira puede ser caprichosa e intensa. Su empatía profunda brillará por su ausencia.

PASO 4. Presta atención, escucha de modo profundo si realmente te puedes comunicar con él cara a cara («la mirada del psicópata»).

PASO 5. Observa sus conductas en las relaciones. Observa sus cambios de ánimo y de actitud hacia la gente, que son extremos e inexplicables; cómo tiende a devaluar a los otros; a atribuirles una hostilidad que en realidad es él quien la tiene; cómo emplea el ciclo de la manipulación; la ausencia de amigos auténticos en su vida; cómo su arrepentimiento no conduce a ningún sitio.

Puntos esenciales a recordar:

1. La motivación básica del psicópata es el control.
2. La recompensa que más aprecia es el verse superior y despreciar a las víctimas.
3. Su estrategia general de vida se basa en la manipulación y el ocultamiento.
4. Sus efectos en los demás son la violencia y el caos.

Regla de oro para la detección: observa lo que hace este individuo, los efectos de su modo de conducirse en tu vida y en la de los demás. No creas más lo que dice que hace y siente que lo que ven tus ojos y entendimiento.

FIG. 4.5. *La detección de un psicópata: el procedimiento*.

Capítulo 5

LA LUCHA CONTRA EL PSICÓPATA

Los daños del psicópata integrado, aunque no ataque de modo físicamente violento, son muy considerables, al introducir el caos y el estrés crónico en las vidas de sus víctimas. Esa tensión intensa y permanente provoca ansiedad y depresión, y otras secuelas graves en nuestro cuerpo, como insomnio, dermatitis, hipertensión, dolores de espalda y cervicales, problemas digestivos y otros. Lo anterior, como es lógico, repercute de forma notable en las relaciones sociales y en el rendimiento laboral de los afectados. Recordemos las palabras de Rosa, en el capítulo 3, que vivió un tiempo una relación con un amante psicópata: «Quería morir. Quería matarme». En suma, si, como indica la investigación, son las emociones negativas las que «siembran el caos en nuestra fisiología», en palabras de un investigador, no cabe duda que una parte muy relevante de este proceso destructivo se lo debemos a los psicópatas. Un poco más adelante estudiaremos que ese «caos en nuestra fisiología» no es sino el síntoma más evidente de que el psicópata nos ataca justamente en nuestra línea de flotación, en lo que nos permite reconocernos como personas únicas y valiosas: literalmente, nos va anulando como seres con voluntad y libertad, nos «desmoraliza», nos priva de nuestro ser.

Ahora bien, en mi ánimo no está la idea de darles las gracias por ello, y escribo este libro más bien para lo contrario: para desenmascararlos y hacerles frente. Prepárense para luchar contra el psicópata.

El cerebro reptiliano de los psicópatas

En el capítulo 4 hemos estudiado la vida emocional de los psicópatas, y vimos que era realmente pobre. Dado que las emociones se canalizan a través del sistema límbico o «cerebro emocional» (capítulo 3), entonces concluimos que debían de existir problemas de funcionamiento en el mismo en el caso de los psicópatas, particularmente en la amígdala, junto a otros problemas en el neocórtex o «nuevo cerebro», particularmente en el lóbulo prefrontal, que es donde se valoran las situaciones y se toman decisiones, algo en lo que también sabemos que los psicópatas son particularmente deficientes.

Ahora bien, si los psicópatas presentan tanto dificultades en el cerebro nuevo o lógico (en el lóbulo prefrontal) como en el emocional o límbico (en la amígdala), ¿qué parte del cerebro queda intacta en su funcionamiento en estos sujetos? La respuesta está en acudir a la teoría de Paul MacLean, quien ha argumentado que el cerebro humano está formado por tres cerebros subdiferenciados, y que cada uno de ellos es producto de una era distinta de la historia evolutiva. El trío se entremezcla y comunica, por eso habla de un cerebro tres en uno, o trino, pero no dejan de estar compuestos por estructuras anatómicas distintas. El «tercer cerebro» sí que funciona en los psicópatas: es el cerebro reptiliano.

Es el cerebro más antiguo, y supone una elaboración bulbosa de la médula espinal. Contiene centros vitales de control, neuronas que provocan la respiración o el latido del corazón y un centro de alarma ante ruidos o movimientos que puedan denotar peligro. Éste es el cerebro que sigue funcionando en las personas que están clínicamente muertas. Y de modo consecuente, su participación en la vida emocional de las personas es muy escasa: los reptiles no tienen vida emocional, sino interacciones rudimentarias, vinculadas con asuntos como el cortejo o la defensa del territorio. Son conductas que están en la historia evolutiva de los vertebrados terrestres, como podemos apreciar cuando grupos de jóvenes se enfrentan por defender un territorio compuesto de determinadas calles, o por responder a desafíos que van en contra de las rígidas reglas de esa comunidad.

J. R. Meloy, un importante investigador norteamericano de la psicopatía, emplea la analogía del reptil para describir cómo funcionan las emociones de los psicópatas. Su fundamento es la división de los cerebros planteada por MacLean: los mamíferos, a través del sistema límbico, tienen la capacidad de relacionarse entre sí de manera significativa e intensa, y hacen de la vida consciente emocional o afectiva un elemento esencial de sus pautas de crianza e interacción diarias. Sin embargo, los reptiles, a diferencia de los mamíferos, no cuentan con ese generador emocional o sistema límbico; en su cerebro no existe la respuesta emotiva hacia sus crías, ni tampoco se da la conducta social de apoyo y juego que vemos, por ejemplo, en leones o perros. Tampoco almacenan alimentos para hacer frente a periodos de escasez.

¿Qué se puede concluir de esto? En primer lugar, el acumular alimentos supone la capacidad de proyectar hacia el futuro, anticipando la llegada de malos tiempos. Pero como ya hemos descrito, los psicópatas no muestran ansiedad o preocupación por las dificultades que pueden surgir, ya que están muy orientados en lo que desean *ahora*, y además, no aprenden bien de la experiencia, por lo que difícilmente periodos difíciles del pasado les sirven para cambiar las cosas en el futuro. En segundo lugar, esa ausencia de interés hacia las crías de los reptiles nos recuerda el desinterés de los psicópatas con respecto a sus hijos, así como la historia de abuso sufrido en muchas de sus biografías. Finalmente, «los psicópatas —escribe Meloy— comparten con los reptiles la incapacidad para tener relaciones sociales genuinas, con una sentida expresión emocional», haciendo hincapié en la proverbial ausencia de empatía y de vínculos afectivos de aquellos individuos.

Haciendo gala de su experiencia clínica, Meloy retoma la idea de «la mirada del psicópata», ya comentada en el capítulo anterior, y encuentra en ella otro apoyo a su hipótesis de que la mente del psicópata guarda mucha relación con la de los reptiles. Y así, constata la «ausencia de emoción percibida en sus ojos», una mirada que provoca en quien la observa «una respuesta primitiva, fisiológica, temerosa frente a un depredador». Y en efecto, los ojos reptilianos, son en cierto sentido, «la antítesis del reflejo afectuoso del niño en los ojos de la madre […] la mirada fija del psicópata

es el preludio de la gratificación instintiva, en vez de una relación basada en la empatía».[17]

Ese estado mental de reptil nos ayuda a entender la violencia del psicópata que, a diferencia de la que explota frente a una provocación o amenaza, se convierte en un acto mucho más planificado, instrumental y por ello mucho más temible. En suma, en los actos del psicópata descubrimos con nitidez que son el resultado de un intento malévolo, intencionado, porque la personalidad del psicópata se mantiene en su capacidad de controlar y destruir a su víctima. Su esencia es, justamente, conseguir el control y sumisión de los demás, que nunca son amigos, sino siempre objetos a los que utilizar, unos como secuaces, otros como dianas de su ambición.

El propio Meloy explica que todavía no se sabe por qué opera en los psicópatas esa parte ancestral de nuestro cerebro —la que tenemos en común con el reptil— en detrimento del cerebro emocional y más evolucionado de los mamíferos, se trata de una cuestión complicada, que supera los límites de este libro. Sea como fuere, el psicópata actúa de este modo, y esta es la realidad que nos importa. Porque el triunfo de sus planes es nuestra derrota.

La etapa de revelación y horror

Recordemos las etapas por las que se rige el proceso típico de depredación del psicópata. Las vimos a propósito del caso relatado por Paula Zubiaur, en el capítulo 2:

VULNERABILIDAD	**SEDUCCIÓN**	**CAPTACIÓN**	**EXPLOTACIÓN**	**REVELACIÓN**

En ese capítulo vimos que Paula, vulnerable por su juventud y por el escaso apoyo que encuentra en su familia, es rápidamente seducida, captada (se promete en matrimonio y no se atreve a romper el compromiso) y poco antes de la ceremonia empieza incluso la etapa de explotación o ataque, con el intento de violación en el coche. De modo igualmente vertiginoso, y a

diferencia de otros casos en los que el psicópata es más moderado en sus ataques y permite con ello que la víctima se engañe durante más tiempo, va a dar comienzo a la etapa de revelación y horror. Sigamos el relato de Paula.

Paula anuncia a su padre su intención de no casarse, pero al no atreverse a relatarle el intento de violación, éste le dice que ahora ya no es posible, que por un capricho de niña tonta no va a deshacer todos los preparativos ya realizados.

Bien; poco importan las razones, lo cierto es que «el señor» (el apodo con lo que lo designaba en la primera parte de su autobiografía) no aludió más a aquello, envió unas flores y se dio por perdonado. Ahora, Paula va a cometer un nuevo error trágico: decide no pelear por su destino, se va a dejar en manos de su opresor desde el comienzo. Esta estrategia de Paula se anuncia el mismo día de la boda, cuando él, irritado por un baile de la novia demasiado «moderno», le clava las uñas en el brazo y le susurra al oído con rabia contenida: «Haré de ti una mujer diez: odio las imperfecciones y a las personas que son imperfectas».

La noche de bodas cierra y resume en un solo día lo que serán los próximos años. El señor, en la habitación del hotel, dice que le quiere hacer una serie de preguntas, y la primera es por qué ella, unilateralmente, decidió cambiar la olla exprés que les regaló la mujer de su padre (de él). Le da «quince minutos para justificarse». Paula le explica que la razón es que la chica de servicio de casa de sus padres le había regalado la misma. Ahora bien, ¿por qué entonces no devolvió esta, en vez de la de su madrastra? Él tensa la situación con habilidad sádica; pide champán.

> Mientras abre la botella comenta que espera que sea suficiente porque la noche puede ser muy larga. Sé que lo dice para hacer quebrar mis nervios y pienso para protegerme: todo lo larga que quieras; no tengo sueño ni ninguna gana de compartir la cama contigo. Como si me hubiera leído el pensamiento, el señor se acerca a mí, me agarra del cuello, me levanta de la silla y me lleva contra la pared, golpeando mi espalda y mi cabeza contra ella. «¿Qué hago contigo, eh?, ¿qué hago contigo?», exclama una y otra vez mientras me pega. Puñetazos, bofetadas, patadas. Sangro por la nariz. Siento pánico o algo peor que el pánico: pierdo el conocimiento. No sé si debido a alguno de los golpes o porque sufro un colapso mental al no ser capaz de asumir que mi marido me está propinando una brutal paliza el día de la noche de bodas. ¿Quién puede asumir eso?

Cuando se despierta, el señor le está susurrando que lo perdone, que no se preocupe, que está seguro que ella iba al fin ser «una mujer diez». En estas palabras de Paula vemos su comprensión de lo que espera; *es ahora la etapa de la revelación y el horror*: «Sentía un enorme vacío, una sensación de derrota total, una falta de voluntad, una incapacidad para razonar. Estaba convertida en cosa». Ha comprendido que ella no puede seguir existiendo como un ser con voluntad propia si ha de sobrevivir, por eso incluso le pide permiso para ducharse antes de desayunar: «No me habría atrevido a tomar la decisión sin consultárselo».

Sigue el viaje de bodas de acuerdo con un itinerario trazado por él, que ella ni siquiera conoce, a lo largo del cual Paula va aprendiendo a adaptarse a esa vida de pesadilla, y una parte importante es espabilarse para no morir por las palizas, así que aprende a predecir cuándo va a golpearla. Sí, el aprendizaje tiene que ser rápido, pero eso exige cometer errores, como preferir un collar diferente al que él ha elegido para ella. Están en Mallorca, y él contesta con mucha delicadeza cuando ella le explica por qué se inclina por otro collar. Pero por la noche vendrá la primera lección: una señal de que la paliza se acerca es el exceso de amabilidad: decirle cosas bonitas o hacerle regalos lujosos. En el hotel el señor le explica que no es suficiente con que pida perdón al «desairar su regalo en presencia de terceros», que ha de enseñarle a ser una mujer perfecta, y que todo eso lo hace por su bien, porque gracias a la educación que ha recibido de niño es ahora «un hombre perfecto». Demorando la nueva agresión, pide al servicio de habitaciones un *gin-tonic* y tabaco, y poco después, mientras le dice que tienen entrada para una cena-espectáculo por la noche, sale del cuarto de baño con una toalla mojada, «y empieza a golpearme con ella. Son golpes tan fuertes que parecen latigazos […]. Me pide que repita una y otra vez que seré la mujer diez que él desea. Así lo hago, aunque al insoportable dolor se suma una insoportable vergüenza. Le imploro que pare, pero a cada súplica los golpes se intensifican. Ya sólo recuerdo estar tumbada en el suelo sin poder respirar porque sus manos aprietan mi garganta, y también recuerdo una frase antes de soltarme: “Así se pagan y se subsanan los errores”».

El proceso de adaptación al horror ha de continuar; Paula ha de sacar conclusiones rápido si quiere subsistir. Y son dos las más importantes

después de ese nuevo episodio de violencia. Primero, las palizas no van a acabarse, van a ser algo permanente, para siempre. Y dos: empezaba a desarrollar un sentimiento de culpabilidad. Puesto —escribe— que aceptaba que su marido la pegara, «y una vez resignada a mi falta de valor para escaparme», debía de ser más lista y aprender a no provocarle.

Es ocioso seguir relatando muchos de los episodios posteriores de esa vida que inició Paula junto a un marido psicópata. Cambia el apodo de su esposo al escribir sus memorias; de «señor» (ver capítulo 2) pasa a ser «Don Perfecto», pero no cambian otras cosas de su historia, por desgracia para ella. Se instalan en Madrid, y Paula se dedica a su casa, a esperar y sufrir nuevas palizas por asuntos nimios y ridículos. Después de cada nueva agresión, Don Perfecto explica que sí, que quizás ha sido duro, pero que ella debe colaborar, debe aprender a hacer las cosas mejor… Es el ciclo de manipulación comentado en el capítulo 2, pero con el conocimiento mutuo que da la convivencia Paula va, en efecto, aprendiendo a no esperar racionalidad o arrepentimiento, porque ciertos periodos en que es amable siempre terminan con la brutalidad más abyecta. Y como no puede ser menos, Paula se asombra de la capacidad de fingimiento del psicópata: «El hecho de que Don Perfecto mostrara delante de terceros una forma de ser tan admirable me provocaba una terrible pesadumbre y una frustración que completaba los sufrimientos que me infligía en privado».

Víctima y verdugo se aclimatan a una rutina patética. Por ejemplo, Don Perfecto llega a casa y registra la basura para ver si ella ha «cometido el error» de no saber cocinar y desperdiciar comida; ella entonces toma la costumbre de tirar por el retrete «cualquier prueba que pudiera delatarme como mala cocinera».

Los años se van sucediendo sin sorpresas: un psicópata no cambia en su personalidad, así que hay innumerables ocasiones donde aparece su ego grandioso (desacredita al ginecólogo cuando asegura que su mujer corría riesgo en el nacimiento de Carolina, su primera hija), y su increíble capacidad de control, de perseverancia en el logro de sus objetivos de poder, prestigio y más poder. Así que no puede extrañar a nadie que, en su «mentalidad reptiliana», pida a Paula que… ceda a su propia hija, Carolina, recién nacida, a la mujer de su padre, porque ella no puede tener hijos.

Paula se niega; está anulada pero su instinto de madre no cede, y repite ese no rotundo cuando es el propio padre de Don Perfecto y su mujer quienes reiteran la oferta.

La salida del túnel empieza a atisbarse cuando Paula comienza a trabajar para apoyar una economía no tan boyante como parece, debido a las letras que alegremente firma su marido para la compra de un gran piso. La capacidad de Paula para ganar dinero no molesta a Don Perfecto, y eso le da una gran libertad para tener una vida fuera donde respirar. Pero siguen los maltratos y, peor todavía, ahora alcanzan a la niña. Pasan los años, se trasladan a vivir al norte de España; un nuevo embarazo trae consigo dos gemelos —Ignacio y Miguel—, y el hombre-reptil se revela todavía con mayor naturalidad en su ser. Una noche que los lloros le desvelan, él la amenaza:

> Por tu culpa me he despertado y mañana trabajo […]. Te advierto que si esto sigue así, os tiraré a los cuatro por la azotea. De verdad, Paula, no sé qué piensas de la vida: primero traes al mundo a una niña insoportable y ahora te descuelgas con estos dos monos de feria.

Las palizas se suceden con una monotonía y rutina naturales, lo mismo que las flores posteriores y una solicitud de perdón. («Todo parecía ya un estúpido ritual que ofendía a mi inteligencia»). Por vez primera cuenta que sufre malos tratos a un médico, algo que, aunque sólo por una noche, es capaz de revelarle que puede haber una salida. Sin embargo, tendrán que pasar muchos años todavía de asombro por la capacidad camaleónica de su marido para fingir y simular delante de extraños y de conocidos, no sólo emociones que no tiene, sino una devoción religiosa que está lejos de invadir su espíritu, pero que se le antoja necesaria para escalar en el Opus Dei y acceder a prebendas y puestos de poder social. Recuerda Paula cómo su marido no tiene amigos, y ni siquiera a los que engaña fingiendo amistad puede dedicar unas palabras amables en la intimidad del matrimonio. Así, hablando de uno de los mejores amigos de la pareja, Pedro, comenta: «A este le quedan dos telediarios en su puesto […] en realidad es un lastre del que me voy a tener que desprender».

Don Perfecto es un buen ejemplo de psicópata las 24 horas al día, en casa y en el trabajo. Inicia un proceso brutal de acoso hacia Pedro, le

mantiene relegado, nunca le convoca a una reunión —a pesar de ser director de producción en funciones— y le traslada de su flamante despacho a un cubículo en la planta baja que antes ocupaba el vigilante de la empresa.

Quizá Dios intercediera al fin por Paula, porque con la pantomima de fingir devoción ante la Orden (rezaba el rosario viendo la serie *Bonanza* y comiendo pipas), se le olvidaba pegarla. Con el tiempo Paula logra un poco más de terreno estudiando Derecho, tiene un nuevo hijo y gana profundidad en el análisis de la personalidad de su marido. Se ve claramente en su apreciación la violencia instrumental, premeditada, orientada hacia el fin de explotar sin piedad a la víctima. Meloy, el autor que compara al psicópata con la mentalidad del reptil, no podría buscar un ejemplo mejor:

> Era un pragmático sin matices: su mujer no era más que una pieza de la maquinaria de representación que le llevaría a realizar sus desmedidas ambiciones, un cuerpo con el que saciar su apetito sexual, una secretaria que le organizara su hogar […]. Tuve la mala fortuna de que me eligiera a mí, pero le podía haber valido cualquier otra.

La nueva niña, Alba, parece protegida de las palizas que «San Per» (así lo designa ahora, debido a su ingreso en la Orden) sí da a los otros hijos, pero todo sigue igual en casa. Por las mañanas la insulta, le lanza algo, revisa los botones de las camisas para ver si falta alguno (y entonces arrancarlos todos y dejarlos en un cenicero) y se va haciendo más descuidado en sus golpes, espera con tranquilidad que su mujer dé una buena excusa que convenza a todos. «Con el tiempo —escribe Paula—, San Per iba degenerándose cada vez más. Su maldad y perversión habían sido patentes desde el principio, pero ahora se había convertido en su propia caricatura». Y así, el que era considerado «un marido ejemplar», bebía cada vez más, y demostraba una crueldad que progresivamente era más difícil de ocultar: en una ocasión hace poner de rodillas a un subalterno suyo delante de su mujer, y en otra arroja a Paula por un balcón desde un primer piso, pero de altura considerable.

Finalmente, Paula cuenta a un amigo que es maltratada, sus hijos lo averiguan también, y ella se atreve a dar el paso, aunque él reacciona con extrema violencia. Pero Paula le denuncia; es el principio de su liberación definitiva, que se concreta cuando poco después él muere en un accidente

de tráfico. «No creo que nadie le haya echado de menos», termina Paula su tremendo relato. Habían pasado dieciséis años desde que se casaron.

Las etapas de la lucha

Hemos empleado un ejemplo de maltrato a la mujer como modo de mostrar las diferentes fases que sigue un psicópata para llegar a dominar a su víctima. Esas etapas, sin embargo, son las mismas en cualquier relación individual que exija tiempo y simulación para alcanzar el poder. Un psicópata criminal, un asesino o violador, como es lógico, actúa de modo directo muchas veces, si bien en ocasiones también emplea tiempo para seducir y captar a la víctima. En otras ocasiones, como Fernando Adalid en Tarragona, la muerte de la víctima es el resultado de una respuesta de rabia del psicópata ante el intento de liberarse del yugo de la mentira y explotación a la que la somete. Pero los psicópatas integrados, en la familia, en la empresa o en la política, utilizan en lo fundamental este mismo proceso, si bien existirán variaciones dependientes del lugar en el que actúe. Por ejemplo, recordemos las etapas descritas por Paul Babiak en la estrategia del psicópata en las empresas u organizaciones, y comparémoslas con las etapas en la relación individual que planteo (fig. 5.1).

Estrategia en la empresa	Relación individual
ingreso	vulnerabilidad
evaluación	seducción
manipulación	captación
confrontación	explotación y ataque
ascensión	revelación y horror

FIG. 5.1. *Las estrategias del psicópata en la empresa y en la relación individual*.

Cuando un psicópata logra ingresar en una organización (una empresa, pero también un partido político o un sindicato) es porque ésta es vulnerable. Le permiten entrar porque *parece* alguien diferente, del mismo

modo que una chica le permite conquistar su afecto porque parece alguien muy distinto a como es en verdad. Una vez dentro, el psicópata evalúa a las personas que están allí, los clasifica por su utilidad; observa quién va a ser alguien fácil de controlar, quién, no, etcétera. En la relación individual el psicópata empieza a seducir o manipular a alguien que es considerado «útil» o «una buena oportunidad». El psicópata de mujeres también evalúa antes de seducir; si percibe que la mujer no va a responder como él quiere, quizás no lo intente. Cuando el psicópata se siente seguro en el poder logrado en la empresa, entonces ataca y confronta a la gente que se le opone; devalúa o desacredita, despide o acosa. Puro terror psicológico. Igual pasa en la relación individual: el psicópata demuestra que manda él, ataca y explota a su víctima. Finalmente, cuando este sujeto ha logrado neutralizar la resistencia de los que se le oponen en la empresa, entonces asciende, consolida su poder. Ello se corresponde con la etapa de revelación en la relación individual: la víctima se da cuenta que está a su merced, que él ha logrado esclavizarla, por eso se horroriza.

Cuando la empresa expulsa al psicópata se produce su salida, con seguridad llevándose dinero y la moral de muchos de sus empleados; igualmente, cuando la víctima logra escapar se libera de su verdugo, pero quizás éste vaya en busca de una nueva víctima…

Repasemos ahora las principales estrategias del psicópata en cada una de las etapas, así como las respuestas de las víctimas más adecuadas en cada una de ellas (fig. 5.2).

Vulnerabilidad

Propiamente hablando, en la etapa de la vulnerabilidad no hay una reacción organizada con el fin de tomar posiciones defensivas y empezar la manipulación, como ocurre ya en la de seducción. Aquí el psicópata está oteando el horizonte, estudia el escenario, busca a las personas que puede emplear para sus propósitos, y las clasifica según el propósito para el que las destine. Es decir, la víctima todavía no lo es, está en la agenda de aquél, y por ello puede recibir algún mensaje o contacto. La vulnerabilidad puede

derivar de muchas fuentes: agotamiento, pérdidas personales, sentimiento de fracaso o de poca valía (por ejemplo: «nadie me considera en lo que valgo o una persona atractiva»), una ruptura… María, una chica a la que le diagnosticaron estrés postraumático después de convivir con un psicópata me contó:

> Siempre me he sentido sola. Desde que murió mi madre vivo en Córdoba con mis tíos, que son mi familia actual. Me han educado muy bien pero con normas muy estrictas (mi abuelo es militar) y en la que las muestras de afecto y cariño existen pero no se demuestran. Nos queremos pero no somos una familia cariñosa.

Otra de las mujeres a las que atendí, que vivió con un psicópata que la golpeaba y que también hizo objeto de sus abusos a su hija, me relató lo siguiente:

> Lo conocí en un momento de mi vida muy vulnerable, apenas hacia un año que estaba separada y me encontraba deprimida. Él se presentó como un hombre encantador, con mucha labia, cariñoso al extremo, que me enviaba ramos de flores y me cortejaba de una forma subyugadora. En menos de una semana se instaló en mi casa, con el pretexto de que vivía en casa de su padre y no estaba bien. Yo cometí la imprudencia fatal de mi vida.

Etapas	*Qué hace el psicópata*	*Qué puede hacer la víctima*
Vulnerabilidad	Estudia el escenario Detecta a personas asequibles Las clasifica según su utilidad	Es precavida Emplea la intuición Busca apoyos externos
Seducción / captación	Manipula y miente Finge lo que no es Imita sentimientos	Es muy receptiva a la intuición Mantiene las creencias básicas Se esfuerza por percibir la realidad Se fija y se interroga por lo que hace el psicópata Tiene claro el proceso de la violencia Escapa y se protege Hace lo posible por desenmascararlo
Explotación / ataque	Arremete física y/o psíquicamente Emplea el ciclo de la manipulación Le atribuye la culpa de lo que pasa La aísla de sus apoyos La devalúa Oculta o justifica los ataques a los demás	Mantiene la conciencia clara Busca minimizar la agresión Elimina los automatismos que la perjudican Se refugia en sus apoyos Evita la desesperación Rompe la relación; recurre a la justicia u otras instituciones de ayuda a las víctimas
Revelación y horror	Se consolida la explotación Proyecta su hostilidad y alimenta su ego: se complace en el «deleite del desprecio»	Reconoce su condición de víctima de un psicópata Evalúa sus opciones Emplea los «8 puntos de la lucha»
Liberación	Aumenta la agresión y/o las amenazas Aumenta el control	Pone en práctica su plan No se desmoraliza Protege su integridad y la de los suyos
Abandono/ desmoralización	El psicópata vence Utiliza a la víctima para siempre o hasta que le sea útil	La víctima está desmoralizada; vive en estado de desesperanza aprendida

FIG 5.2. Las etapas de la caza del psicópata y las respuestas de lucha de las víctimas.

Los ejemplos pueden multiplicarse. El común denominador es que en la etapa de vulnerabilidad la víctima tiene muchas más posibilidades de actuar de modo contrario a la sabiduría, es decir, de modo «insensato», esto es justamente lo que está valorando el psicópata, la incapacidad de la presa para adoptar decisiones que consideren los riesgos inherentes a las mismas.

Por ello lo relevante para la víctima es dar a entender al futuro manipulador que ella no va a ser una presa fácil. La precaución es la palabra clave, y no permitir la intimidad excesiva el mejor resultado. Si nos sentimos solos o poco comprendidos busquemos compañías fiables, no nos echemos en brazos de esa persona que parece que nos va a resolver el mundo. Es también un momento para la intuición: *abramos nuestra sensibilidad, seamos conscientes de que no estamos en situación de encontrar salvadores milagrosos*. Paula escribió ella misma (ver capítulo 2) esos avisos de la intuición que desoyó: «Contesta lo que te pida el cuerpo, tu intuición, me decía mi conciencia en vista de que no era capaz de poner orden en el caos de mi cabeza. El cuerpo me pedía salir por la puerta trasera del restaurante y echar a correr, pero no podía hacerlo». Y ya antes la intuición la había avisado por vez primera: «Me siento muy bien a tu lado, tengo que hacer todo lo que esté en mis manos, y lo que no esté también, *para que seas mía*», le había dicho Don Perfecto, cuando sólo era «el señor» que la recogía y la llevaba a restaurantes de moda.

Sin embargo he de concluir este apartado señalando algo que también he encontrado en determinadas personas: en ocasiones es difícil considerar que una víctima estaba en una situación de vulnerabilidad. Más justo sería concluir que todo el «mérito» habría que atribuirlo en esos casos al seductor, como revela este caso. Joaquín es un próspero hombre de negocios de cerca de 50 años, que se acerca un día después de que diera una conferencia, y me relata lo siguiente. Hacía un par de años estaba buscando clientes que tuvieran interés en disponer sus tiendas para una franquicia que él representaba, del ramo de los electrodomésticos. Como hacía siempre, antes de proceder a visitar una región para el contacto con posibles clientes, puso un anuncio en el periódico con su oferta. De entre todos los clientes, recibió una carta, que conservaba todavía, en la que le comunicaba su disposición a contratar esa franquicia. Después de un encuentro en Madrid y otro en esa región, donde el empresario vio los locales que él disponía para las franquicias, firmó un contrato donde estipulaba las condiciones de la misma y quedaron en verse de nuevo en seis meses, cuando ya estuvieran muy adelantados los cambios que tenían que realizarse en los locales seleccionados.

Cuando pasó el tiempo y aquel hombre no llamó, Joaquín decidió ir a visitarle a una de sus tiendas aprovechando que tenía que ir a esa ciudad por otros motivos. En resumen, allí se enteró que las tres tiendas que le había enseñado no eran suyas, sino que sólo tenía una parte por herencia de su abuelo, que había engañado al resto de la familia diciendo que el empresario era un representante muy cualificado del Ministerio de Industria, que estaba de visita por la ciudad (*sic*), y que tal familia nunca había sabido nada de la franquicia, ni tenía interés alguno en ella. Dijeron que hacía un mes que a tal persona no la veían, pero que creían que estaba de viaje de estudios (estaba acabando Económicas). Joaquín se marchó, desconcertado, sin entender nada. Poco después averiguó que el supuesto empresario había esgrimido el contrato donde constaba la reconversión de las empresas en franquicias para obtener del banco una suma de 100 millones de pesetas, necesaria según él para la «reconversión» de las tiendas. En la conversación que tuvo con un miembro de su familia, Joaquín averiguó que esta persona había sido siempre realmente peculiar, y lo describieron como «alguien del que nunca se sabe lo que piensa», del que nunca se pudieron fiar.

En este caso el ejemplo no implicaba tratar de penetrar en una empresa, pero muchas veces el psicópata halla organizaciones vulnerables por donde progresar. La mejor protección que puede tener una empresa contra el psicópata es disponer de un buen sistema de selección de personal. Este sistema debe emplear información objetiva y contrastada para valorar a los candidatos, y no debe ser objeto de la manipulación típica del camaleón lograda mediante la seducción y encanto desplegados en las entrevistas. No es una buena idea que el responsable de la selección confíe únicamente en su experiencia y habilidades en las entrevistas; en este terreno pierde con el psicópata. Los inventarios de personalidad tampoco resultan útiles; por su naturaleza de auto-informe (se basan en lo que dice el sujeto al contestar las preguntas) no sirven para detectar psicópatas de modo fiable.[18]

Otra estrategia importante es abrir la empresa a una comunicación fluida y contrastada. Escribe Babiak: «El secreto y el caos son los mejores aliados del psicópata, porque la conducta manipuladora y engañosa no puede ocultarse durante mucho tiempo en un ambiente donde se comparte

la información de modo abierto». En otras palabras, si la empresa cuenta con mecanismos ya sólidos de información de arriba hacia abajo y viceversa, así como en los niveles horizontales, de modo tal que resulte difícil ocultar en compartimentos estancos ciertas decisiones críticas o actitudes insidiosas, el juego del psicópata no puede menos que descubrirse, y su influencia neutralizada. Esta información compartida no debería menoscabarse en tiempos de cambios y de crisis, sino al contrario debería identificarse, ya que, como se comentó, es en esos momentos en los que la empresa está más vulnerable ante estos sujetos.

La seducción y captación

Propiamente hablando, la lucha con el psicópata se inicia cuando está ya seduciéndonos, porque quiere que secundemos su visión de las cosas y que no seamos un estorbo para sus planes. En esa etapa aún no sentimos amenaza alguna si no lo hemos detectado, porque más bien parece que las cosas nos van a ir mejor en el amor o los negocios. Si no despertamos, si la intuición y nuestro conocimiento tácito no nos salva, asistiremos asombrados a sus primeros golpes en la etapa de la explotación y del ataque. Esto es así porque cualquier desobediencia será registrada por él como una amenaza a su ser, a lo que pretende, que es dominar y sentirse superior. Cuando no lo hace es porque decide esperar el momento propicio o no puede hacerlo. Pero si no hay nada a lo que temer, las agresiones se sucederán al ritmo que él desee o esté preparado para ejecutar. Un ejemplo de fracaso no sólo de la intuición sino del conocimiento, donde se desatiende todo lo que podría salvarnos por la seducción que ejerce, es el de Verónica. Es digno de observar cómo se produce el angostamiento progresivo de la vida de la víctima, sin que ésta se plantee que tiene que salir de allí como sea:

> Todo empezó el verano de 1985. Nos conocimos siendo jóvenes, 17 y 18 años, y yo quedé automáticamente cautivada por sus encantos. Era el ser más maravilloso de la creación, todo eran atenciones hacia mí, vivía pendiente de mí, su interés constante me hacía sentir halagada. Poco a poco me fui separando de mis amigas, no le gustaba ninguna, por no hablar de mis

amigos, según él eran todos unos cerdos que querían separarme de él. Dejé de salir con mi grupo de amigos, sólo salía con él, me llamaba constantemente, empezó a modificar mi vestuario, no quería que llevase minifaldas, ni ropa ceñida, ni escotes, incluso el uniforme del colegio le parecía demasiado corto.

Después de salir juntos durante casi un año, mantuvimos relaciones sexuales por primera vez, y aunque piensas que eso nunca te va a ocurrir a ti, me quedé embarazada. No me dejó decir nada en casa, y mi embarazo se descubrió a principios de febrero de 1987, cuando ya estaba en la recta final del embarazo. Por entonces ya le tenía miedo, por eso no dije nada en casa y viví el embarazo en silencio y con mucho riesgo para mi salud y la de mi hija. Cuando nos casamos, dos meses después de nacer mi hija, me dijo que «habíamos hecho bien en casarnos después de que naciera la niña, porque si hubiera nacido muerta él no iba a hipotecar su vida para nada». La primera agresión física se produjo cinco meses después de casados.

Las agresiones no tienen por qué ser espectaculares. Puede bastar el saber manejar la situación desde una posición de ventaja, y someter a abuso emocional a su víctima, siquiera de modo soterrado y difícilmente verificable. Pero en otras ocasiones, como en el caso del falso profesor de inglés Fernando Adalid o de Romand, el falso médico de la OMS, la violencia es devastadora y asesina, porque una vez terminada la seducción y manipulación de esa etapa la víctima va a revelar todo lo que sabe, ella «despierta» o va a hacerlo de modo inexorable, y con el fin de sus mentiras se va a saber toda la verdad. Ni Adalid ni Romand podían permitirlo.

En la etapa de la seducción, como en la de vulnerabilidad, hay que recurrir a nuestra intuición, y escucharla. Debemos interpretar lo que siente nuestro cuerpo. ¿Qué ocurre con esta persona que no me acabo de sentir cómodo/a? ¿Por qué presiento que hay algo falso en sus palabras? La intuición enciende la alarma para que extrememos nuestra percepción de la realidad, con la ayuda del conocimiento que vamos adquiriendo por nuestra experiencia, el que hemos denominado conocimiento tácito. Esta reflexión sobre lo que vemos puede llevarnos a realizar determinadas preguntas que pueden ser muy útiles en esta etapa. Por ejemplo, en el mundo de la empresa: ¿Es normal que alguien nuevo intente caer tan bien a todo el mundo? ¿Por qué siempre anda coincidiendo con ciertos jefes? ¿Por qué no quiere hablar exactamente de lo que hacía antes de venir aquí? ¿Por qué me presiona para «salir a tomar un copa juntos y hablar sin que nos vean»? ¿Por qué me cuenta cosas de determinadas personas que la discreción aconsejaría no decir? Realmente, ¿funcionan las cosas mejor desde que él está?

Y en el ámbito de las relaciones amorosas: ¿Por qué me presiona para que salgamos? ¿Por qué no le gusta que salgamos con mis amigos? ¿Por qué los amigos que tiene no parece que le estimen de modo sincero? ¿Qué quiso decir *realmente* cuando se expresó en términos muy duros acerca de una relación anterior que tuve? En realidad, ¿qué es lo que realmente sé acerca de él? ¿Me gusta de verdad que siempre quiera saber donde estoy? ¿Qué significa que hable tan mal de sus novias anteriores? ¿Por qué *siento* que hay algo que no me gusta en él aunque me atraiga?

En ambos casos es muy necesario que la víctima haga un esfuerzo por tener claros sus principios y valores esenciales. Como luego explicaré, la esencia de la lucha contra el psicópata se da en el escenario de la perseverancia, de la insistencia en no querer renunciar a lo que se es. Si aceptamos tener relaciones con un hombre que manifiesta actitudes que son contrarias a nuestros valores esenciales, ése es un claro indicador de que no tenemos que unirnos a él.

Luz, una chica de Alicante, violó esa regla fundamental cuando me cuenta lo que le sucedió a partir de los 19 años, cuando conoció a su «amor» de 26. Luz tiene aprobado Puericultura en Formación profesional, e Ignacio le pide que atienda a su hijo pequeño, que tiene una enfermedad que le va a impedir durante un tiempo caminar. Él vivía con su compañera (aunque no era la madre del niño), y entre ambos le iban a pagar el sueldo. Aunque claro:

> La otra mitad que me tenía que pagar él nunca la cobré, porque «como éramos amigos…». Me explicó que cuando tenía 17 años dejó embarazada a una chica, de la que tuvo otra hija, Isabel, pero como él no se quería casar con la madre (porque no consideraba que fuera a ser una buena madre y esposa), no le dejaban ver a la niña, y además tenía una sentencia por la cual no podía acercarse ni a la madre ni a la niña (ni siquiera pisar el pueblo donde vivían), porque debido a la angustia que padecía por no ver a su hija había propinado varias palizas a la madre de la niña, al padre de ésta y no sé a quién más. «¡Pobrecito, cuánto sufre!», pensé yo.

No podemos ponerles las cosas tan fáciles, porque hay veces que el psicópata actúa con un descaro sobrecogedor, tanto más cuando más fácilmente sea «encantada» la víctima. Enamorarse de alguien que tiene esos antecedentes de violencia es meterse sin más excusas en la boca del lobo.

Pero en otros casos en los que el seductor se muestra más precavido en enseñar sus auténticas cartas, es muy importante la tarea de querer ver detrás de las apariencias. Avalada por su intuición y por el hecho de que percibe que determinados comportamientos de él chocan con sus actitudes y creencias, la candidata a víctima toma la precaución de no ceder por completo, aunque se sienta atraída. Un apoyo más para salir de esta fase es reconocer lo que son indicadores de violencia, porque sabe que ésta es un proceso que va precedido de señales previas, aunque no sean muy visibles. En el caso de Paula, lo mismo que en el de Luz, esas señales eran visibles incluso para los ciegos: unirse en matrimonio con alguien que te ha intentado violar es invitar al diablo a tu casa.

Si lo que percibes y lo que sientes te avisa del peligro, entonces debes de liberarte de esa seducción y fascinación. Busca apoyo en tus amigos o familia (y sé que este punto fue algo que Paula no tuvo, con esos padres despegados emocionalmente) y di a esas personas por qué no quieres seguir con él. Es posible que ellos te digan que es estupendo, y que estás paranoico o histérica, pero entonces debes recordar que esas personas *no han visto y sentido lo que tú has percibido*, y eso tiene prioridad sobre lo que las otras personas pueden decir. No renuncies a tu sabiduría, ese conocimiento derivado de tu experiencia que nadie más que tú puede tener en esa situación.

Sé que no es fácil hacer esto; nada es sencillo tratándose de los psicópatas. Pero yo sólo puedo escribir lo que sé que es mejor para la víctima, no puedo hacer por ella lo que ella tiene que hacer. *Nadie puede hacer lo que ella tiene que hacer*. (Paula cuenta que, a raíz de que su marido le pidiera que donara a su hija a su padre y su mujer, ella le contó a su hermano, que fue a visitarla, lo que había pasado; su hermano cogió de la solapa al psicópata y le amenazó con matarle si tocaba a Paula. Pero como ella no dijo nada, como ella no hizo lo que sólo ella podía hacer, Don Perfecto la siguió maltratando durante años).

Explotación y ataque

Se han acabado las sutilezas: el psicópata se dedica a la agresión, abierta o encubierta, de la víctima. Debido a que generalmente la víctima no esperaba nada de esto, es comprensible que pase por una etapa de *shock*, de asombro, de «no entender nada», pero es muy importante que la víctima mantenga la conciencia clara. Algunas veces ésta es capaz de romper de inmediato cuando comprueba que todo ha sido un engaño, pero otras muchas veces, porque está unida ya sentimentalmente con él, o porque ha conquistado posiciones de poder, escapar se hace más difícil. En estos casos, mientras —por las razones que sean— la víctima no tenga claro que ha de escapar o cómo ha de hacerlo (esto último sin duda es un progreso sustancial con respecto a no saber si se quiere acabar la relación), lo fundamental es minimizar la agresión, protegerse, parecer que sabes cómo tienes que hacer para que él no te castigue. Elimina los automatismos, es decir, aquellas conductas tuyas que parece que te ponen más en peligro, no para que aprendas a vivir con las agresiones y te adaptes a ellas, sino para que no te pueda hacer más daño que el imprescindible.

Eso te dará tiempo. Y no te desesperes. Si te desesperas le das ventaja, porque él toma fuerza de tu debilidad. Utiliza personas que quieran y puedan escucharte. Di lo que te pasa. Si ocultas su explotación a todo el mundo contribuyes a que él se sienta cada día más poderoso porque menos gente te creerá cuando lo digas, y tendrás más tiempo para sentirte culpable, puesto que aguantas esa relación. Te acostumbrarás a esa rutina que Paula repudiaba con todas sus fuerzas: «Todo parecía ya un estúpido ritual que ofendía a mi inteligencia», escribió.

Revelación y horror

Técnicamente, la etapa de revelación es aquella en la que la víctima comprende, al fin, que quedarse donde está, sin oponer resistencia efectiva, es un suicidio. Cuando esto ocurre se termina la etapa de explotación o ataque, que se caracteriza porque el psicópata lleva la iniciativa; la víctima emplea su energía en orientarse, en superar el asombro. La revelación exige el horrorizarse de tener a un psicópata por jefe, novio o lo que sea, porque

ese horror es la comprensión cabal de que a menos que ella haga algo, a menos de que luche, va a morir en vida, si no a morir del todo. Varias víctimas a las que atendí me explicaron de modo muy sentido lo que implica esta etapa, lo duro que es «despertarse». Por ejemplo, Elena, que convivió con un psicópata instrumental, al que aupó económicamente para luego verse burlada, me relató que:

> Es muy difícil asimilar de la noche a la mañana que una relación tan larga, en la que había puesto tantas esperanzas y por la que he luchado tanto, que parecía que iba a durar toda la vida, se ha convertido en una pesadilla y me ha dejado totalmente trastocada. Y me ha dejado así porque no puedo comprender qué puede impulsar a una persona a jugar con los sentimientos, el dinero, la dignidad y si me apuras hasta la vida de otra, que lo único que hace es quererle, preocuparse por ella como no lo ha hecho nadie, ni siquiera su madre.

Pero pesar de esa sacudida de terror por la comprensión de los hechos, la revelación —y precisamente por ello— es la última y gran oportunidad para la lucha. Ahora las cosas están claras. Paula tiene que decidir desde muy pronto (desde la noche de bodas) cómo va actuar en el futuro. Por desgracia, la fase de revelación no se concretó desde un inicio en luchar para la liberación, sino que vimos que le costó dieciséis años en romper ese yugo; en todo caso no podemos criticarla por eso, sino admirar cómo pudo proteger a sus hijos y demostrar en su trabajo que era una persona capaz conviviendo con alguien tan imposible de parecerse a un ser humano.

Luz escribe cómo vivió esa revelación, cómo el horror le dio, paradójicamente, fuerzas para salir de su relación. Llega un momento en que él incluso lleva a sus novias a su casa, donde vive con Luz y su hijo al que conoció como puericultora. Luz se encuentra haciendo cenas para los cuatro. Su límite está a punto de saltar; han pasado varios años desde el inicio; en medio de continuas agresiones emocionales:

> Aquel día, algo se murió realmente dentro de mí.
>
> Murió la inocencia, la ilusión, la ingenuidad, la esperanza.
>
> Sentía su muerte como algo real, como si fuera la pérdida de una persona, de una niña que había sido cándida y risueña. Sentía su pérdida como la consecución de un crimen.
>
> Y dentro de mí se desarrollaba otra persona, que crecía con rabia, que no tenía miedo, que quería presentar batalla, que se sentía libre y no aceptaba ser dominada.
>
> Fue un proceso lento, pero imparable.
>
> Los recuerdos de esta época están como en una nebulosa, como si estuviera aprendiendo a ver y a sentir, y no pudiera captar bien las cosas. Sin embargo empezaron las pesadillas, claras

y fuertes, era como tener un «tercer ojo», y aquello que no percibían los sentidos lo percibía otra parte de la conciencia y se me mostraba con crudeza aterradora en los sueños.

Continuaba deprimida, pero sin embargo cada vez tenía más fuerza y podía pensar con mayor claridad.

Él debió de notar también el cambio porque empezó el maltrato físico. La verdad es que el maltrato físico no era tan exagerado conmigo como con su ex, a mí sólo me abofeteaba, me tiraba objetos, me estrangulaba y me sacaba la mitad del cuerpo por la ventana (su madre ha estado cinco veces ingresada por sus palizas, eso después de estar ya nosotros separados).

Pero lo peor ya había pasado, ya no tenía poder para seguir haciéndome daño.

Ahora había que planificar cómo salir de esa casa.

En efecto: es el momento de emplear una estrategia para acabar con esto, si es tu decisión. Miriam, otra víctima, me cuenta: «*Me levanté una mañana y me dije: ¡es mi vida o la suya! Y empecé a mirar en otra dirección. No tengo claro que esté completamente a salvo… ¿pero alguien lo está?*». Sí, ésta es la actitud correcta. La figura 5.3 ofrece una orientación basada en 8 puntos para la lucha, que es el resultado de aplicar la psicología de solución de problemas y de manejo del riesgo de sujetos violentos.

Lo que propongo aquí es una disciplina personal; no se puede pretender, en esta etapa tan avanzada de relación con un psicópata, salir de ella con sólo buena voluntad y decisión; al menos, hay que considerar los costes que ello puede implicar y hacer lo posible para minimizarlos.

En primer lugar, recuerda cuál es tu meta fundamental (mantener tu integridad física y tu dignidad como ser humano; proteger a los tuyos) y la de él: controlar, dominar, sojuzgar. El punto siguiente, la esencia de la lucha contra el psicópata, profundiza en esta idea. Es vital tener esto claro. Si sigues con el síndrome de querer redimir a alguien, si crees que puedes cambiar al psicópata, estarás ciertamente perdida. *Nada puedes hacer si esas creencias no son rocas firmes en las que apoyarte e iniciar tu liberación*; esto no lo puedes olvidar.

1. La víctima ha de recordar cuál es la meta fundamental del psicópata y cuál es la suya.
2. Ha de analizar la motivación específica que pretende lograr el psicópata mediante su explotación.
3. Ha de valorar si se trata de un psicópata instrumental, posesivo o mixto. Si es de esta última categoría, deberá ver qué patrón de comportamiento es el que predomina.

4. La víctima hace una relación de los modos en que podría perjudicarle, a ella o a los suyos.
5. Establece una secuencia de los ataques, así como su probabilidad.
6. Estudia los modos en que podría neutralizarlos, con sus recursos.
7. Estudia qué otros recursos de la sociedad (la justicia, servicios de ayuda, sindicatos, etcétera) podría emplear para ese mismo fin.
8. Elabora un plan de actuación.

FIG. 5.3. *Los «8 puntos de la lucha».*

En segundo lugar, interrógate sobre la motivación específica que puede tener. En particular, analiza para qué te necesita en concreto: ¿sexo, dinero, respetabilidad e imagen social, una esclava del hogar, una trabajadora que le mantenga…? Esto te permitirá descubrir si él tiene otras opciones de lograr lo que tiene en ti, por tu sumisión. Cuando «San Per» se vio expulsado de la vida de Paula enseguida se relacionó con otra a la que controlar y gozar. Hay psicópatas instrumentales (esta es la tercera pauta de la lista) y posesivos; los primeros te necesitan para exprimirte, no obtienen su mayor placer en tu control o posesión; se trata más bien de las comodidades que les ofreces. En cambio, los posesivos pueden tener dinero y poder, buscan el deleite de saberse tu amo; es la humillación que sufres lo que les alimenta. «San Per» empezó actuando de modo posesivo, pero luego también actuó de modo instrumental, cuando Paula empezó a ganar dinero. Pero era desde el principio un psicópata mixto (es decir, se combinan tanto motivos de posesión como de utilización para conseguir otras metas), porque Paula, aun sin trabajar, le daba la imagen de hombre de mundo y serio, el cual necesita a su lado a una mujer hermosa para configurar su imagen pública. Con los puntos dos y tres acabas de situarte, puedes comprender lo que obtiene de ti, y en qué medida ya ha logrado esas cosas. Es más peligroso un psicópata que aún no ha logrado sus propósitos; peleará más por abatirte. Sea como fuere, este conocimiento te será útil más adelante.

En cuarto lugar, pregúntate: ¿Cómo puede dañarte, a ti y a los tuyos, si lo abandonas? Y si hablamos del mundo del trabajo, ¿qué represalias puede obtener si inicias la denuncia de este personaje? En quinto lugar, esta

información puede ordenarse de acuerdo con una secuencia y una probabilidad. La razón de estos dos pasos es obvia: debes disminuir los daños, prever sus reacciones y neutralizarlas. Mira qué puedes hacer con tus recursos personales, contigo misma (sexto punto), y en qué medida necesitas de otros recursos institucionales, como el sindicato, la oficina de ayuda a las víctimas, o la justicia.

Mi consejo es que no dejes a otros lo que puedas hacer tú. Piensa que, por mucho que alguien te quiera o te quiera comprender, tu experiencia con el psicópata es única. Muchas veces se pueden lograr cosas actuando con prudencia y también astucia. El psicópata está mucho más preparado para destruir que tú, pero eso no significa que tú seas una víctima propiciatoria, a la que hay que sacrificar en el altar de su ego. Despierta. *Piensa*. Lo puedes hacer con la misma intensidad que él, y además tu aparente desventaja es tu fuerza: *la estupidez moral del psicópata es, a la postre, su perdición, si tú sabes hacer de tu integridad moral tu fuerza*. Vamos a verlo ahora mismo.

La esencia de la lucha contra el psicópata

Escribe el insigne filósofo Spinoza que los organismos se esfuerzan, necesariamente, en perseverar en su propio ser; tal esfuerzo necesario constituye su esencia real, y como producto de alcanzar una mayor perfección en su ser sienten la alegría[19].

Esta misma idea de que todo organismo busca profundizar en lo que constituye su esencia, es la misma que plantea Ortega y Gasset cuando emplea la expresión «moral» aplicada a las personas. Ortega nos pide que nos olvidemos del sentido habitual de moral, consistente en el conjunto de normas que han de ser compartidas en una sociedad para lograr una convivencia regulada y feliz. Para Ortega, la moral es «el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y eficacia vital. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad, y por ello no vive su vida y por ello no crea, ni fecunda, ni fomenta su destino».

Por ello, el doctor González de Rivera señala que la función del acosador es «privar a la víctima de la posesión de sí mismo», y que desmoralizar es «sacar a alguien de su línea de vida, interferir en sus más esenciales dinámicas psicológicas, apartarle de su destino». Y cita al terapeuta Jerome Frank, en ese mismo sentido: «La persona desmoralizada se siente, en grado variable, desesperanzada, indefensa y aislada. No puede hacer frente a algunos aspectos de su vida, y se culpa a sí misma por su fracaso. Se siente alienada de los demás, incierta sobre su futuro, desanimada…». De ahí que González de Rivera entienda la moral como «la capacidad consistente y permanente de persistir en un propósito».

Ahora bien, el psicópata puede tener la obsesión de su meta; hemos visto que cuando se afana en algo no repara en los medios, *cosifica* a las personas, impaciente por lograr el poder. Eso es lo que trasluce *la mirada del psicópata*: odio, obsesión o fría determinación: esa mirada nos produce temor porque no podemos ver reflejada en ella nuestra humanidad, está «vacía» de sentimientos. No es simplemente la mirada de furia de alguien que, obcecado, quiere agredirnos. La auténtica mirada del psicópata puro puede mostrar frivolidad o un aire casual al tiempo que sentimos miedo. Porque lo que más tememos no es ese arrebato, sino su imposibilidad para la piedad, el saber que no va a afligirse por penoso que sea el resultado para nosotros. Su mirada nos aterra porque intuimos que en ella estamos perdidos, porque nos desmoraliza, nos quita el ánimo para vivir, para ser plenamente humanos en nuestros errores y aciertos.

Ahí radica la auténtica esencia de la lucha que establecemos con el psicópata, si antes no hemos sabido o podido evitarle: *está en el ser del psicópata, en su naturaleza, el vivir a costa de anular al otro*. Su propósito no puede lograrse sin menoscabar la humanidad del que le padece, porque él sólo se siente pleno en tanto en cuanto nos sojuzga y utiliza. Sólo así podemos entender la impaciencia del «señor» cuando urge a Paula al matrimonio y, poco después, intenta forzarla en el automóvil. Está deseoso de empezar a sentir de verdad, y eso implica maltratar a Paula, anularla, ver cada día cómo le ha quitado a ella su «moral», es decir, su ser auténtico, «y por ello —citando de nuevo a Ortega— no vive su vida y por ello no crea, ni fecunda, ni fomenta su destino».

¿Qué es, en resumen, lo que se opone entre un psicópata y su víctima? Se trata de dos voluntades contrapuestas. La del psicópata, por capturar la propia voluntad de su presa primero, luego por explotarla y atacarla, y finalmente por disfrutar el gozo del «deleite del desprecio»: su yo consiste en demostrar que es superior a su víctima, su gran emoción es la sensación de que te adueñas del otro. Ésta es la esencia del ser del psicópata. La otra voluntad es la de la víctima, que se opone a perder su «esencia», esto es, la libertad de vivir de acuerdo con unos valores que incluyen la honestidad, el respeto a los otros y la libertad.

La libertad es el bastión en el que se sostiene todo el proyecto de la persona, por eso el psicópata es lo primero que ataca, en la etapa de seducción, y luego intenta mantener marchitada a través de la explotación. Si la libertad es la capacidad de actuar de acuerdo con la voluntad propia, como decía Voltaire, ¿qué hay menos libre que un individuo constantemente asustado y amenazado?

Así pues, el ser del psicópata, su «moral» en el sentido orteguiano, es acabar con la libertad, con los sueños y deseos de su víctima, esclavizarla. Se trata de una propuesta muy alejada de lo sensato y de la sabiduría, tal y como expliqué en el capítulo 3. Allí señalé que un proyecto de vida que ponga de modo permanente las necesidades y los intereses personales por encima de los que le rodean, de sus familiares y conciudadanos, era un proyecto estúpido, porque atentaba contra los valores que los seres humanos nos hemos dado para poder alcanzar el progreso y la felicidad —por esquiva e incompleta que ésta sea— en cuanto que estamos obligados a convivir y apoyarnos para sobrevivir. Ésta es la tragedia nuestra en tanto víctimas de psicópatas: para que éstos alcancen el máximo desarrollo de su ser, para que perseveren en su «esencia» y obtengan así *su felicidad*, han de conculcar las normas morales de la sociedad —respeto, justicia, reciprocidad, preocuparse por los demás, sacrificio— con el objetivo de aniquilar nuestra esencia como seres humanos, lo que constituye nuestra fuerza para vivir, que es nuestra libertad, la capacidad de creer en los demás, el deseo de ayudar —en mayor o menor grado— a los que lo necesitan. La fig. 5.4 representa la esencia de la lucha contra el psicópata.

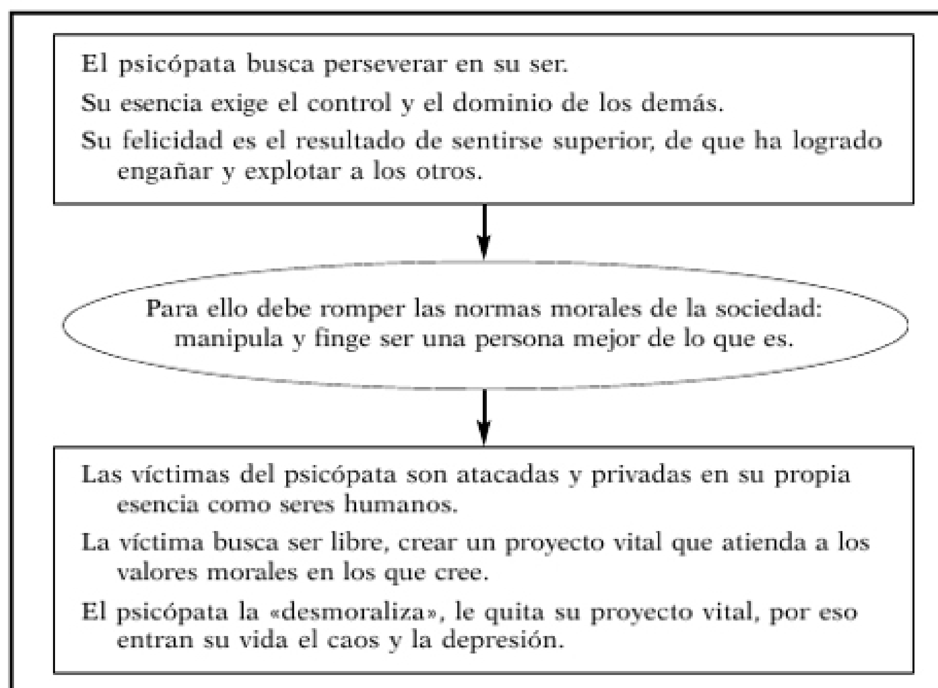


FIG. 5.4. *La esencia de la lucha contra el psicópata*.

Cara a cara con el psicópata

¿Por qué dije anteriormente que la estupidez moral del psicópata era, paradójicamente, algo que podía sernos de utilidad? Textualmente escribí unas líneas más arriba lo siguiente: *la estupidez moral del psicópata es, a la postre, su perdición, si tú sabes hacer de tu integridad moral tu fuerza*.

El psicópata no es más fuerte que tú como persona. Es, qué duda cabe, más violento, más proclive a aprovecharse de cualquier ventaja, puede ser más poderoso en dinero o fuerza física, pero no —repito— más fuerte como persona. Más bien al contrario: él está vacío de humanidad; *su meta es que te desesperes, que te desmoralices, que abandones todo intento de ser libre, es decir, que renuncies a tu esencia o «moral» de persona que busca la felicidad en el respeto y en la integridad*. Muchas veces es algo que comparten con otros, y por ello se observan secuaces o cómplices, incluso en su propia familia, que muestran los mismos rasgos de psicopatía que él manifiesta.

¿Cuándo, entonces, estás perdida como víctima? Cuando abandonas la lucha, horrorizada, ante la maldad del psicópata, o cuando *no llegas* a comprender que esa persona nunca te va a tratar bien y que en verdad quiere tu destrucción.

Ésta es la razón poderosa que está detrás de lo que yo llamo la «falsa liberación». Vimos con anterioridad que el final de la etapa de «revelación y horror» podía ser uno de estos: o bien la víctima acaba definitivamente con esa relación, o bien se resigna y no pelea más. Pero hay veces que es el propio psicópata el que decide acabar con esa relación, porque le aburre estar con esa persona o encuentra otra más apetitosa. En tales casos, aunque la víctima «comprenda» que es mejor así, no puede menos de lamentarlo en su fuero interno. Se trata de una falsa liberación porque ha sido liberada por voluntad de su carcelero, no por la suya. Y por consiguiente, si éste quisiera ella volvería de nuevo a su celda.

Por ejemplo, Silvia, una mujer culta y económicamente independiente, después de relatarme todas las tropelías de un hombre que ha jugado con ella como un pelele durante seis años (ejemplo: «cuando hablaba por teléfono [en una semana teóricamente de vacaciones para estar juntos; él está casado] yo debía permanecer en absoluto silencio y cuando terminaba de hablar me gritaba que me callara, que soy una inútil, insoportable, gilipollas, que sólo añado tensión a su vida…»), me pregunta:

> ¿Por qué estoy tan enganchada si sé que no me va a hacer feliz? Tengo miedo a estar sola, a equivocarme, a no encontrar nunca a nadie o a encontrar a otro equivocado (al fin y al cabo a este ya le conozco, y sé por dónde va). Tengo que reconocer que con él el sexo, aunque no abundante por lo poco que nos vemos, es realmente bueno, y a veces pienso que eso también me engancha. Pero sé que tengo que salir de esa relación.

Este comentario revela que Silvia aún no ha llegado a comprender lo esencial. Y lo esencial consiste en llegar a un convencimiento definitivo, una claridad íntima: nos estamos enfrentando a alguien que quiere aniquilarnos. ¿Cómo se puede seguir «enganchado» a alguien que nos destruye, y nos lo demuestra fehacientemente? Muy fácil: no creyendo que esa persona es así. De este modo desaprovechamos nuestro principal recurso para ganarle, aquel donde le superamos con creces, donde le damos «ciento y raya»: en nuestra integridad, en nuestros superiores principios

morales, en que queremos ser personas que aporten algo positivo a la vida, y no cadáveres en su baúl, a cambio de seguridad o sexo.

Recordemos las palabras de Luz. Ella, que inició su relación pensando que Ignacio tenía muy mala suerte porque se veía «obligado» a pegar a su ex pareja y a toda su familia, empezó a darla por terminada cuando buscó en lo más genuino de su ser, y fue como si tuviera que volver a encontrarse de nuevo: «Los recuerdos de esta época están como en una nebulosa, como si estuviera aprendiendo a ver y a sentir, y no pudiera captar bien las cosas». Y luego, esa determinación de que el psicópata no iba a poder con ella: «Pero lo peor ya había pasado, ya no tenía poder para seguir haciéndome daño».

Su estupidez moral es nuestro recurso porque no estamos dispuestos a que un ser malévolo como él nos lleve al infierno, porque al levantarnos y decir «basta» estamos invocando el derecho que nos hace plenamente humanos: el derecho y el deber de sentir cariño, compasión, amor, de comprometer nuestra vida en un camino que nos haga dignos de vivir con la cabeza alta. El psicópata no puede entender nada de eso, su esencia está en acabar con los que piensan y sienten así, su felicidad radica en demostrar que somos estúpidos y borregos.

Así pues, tanto si sufres a un psicópata en una relación afectiva o en el trabajo, tienes un arma «secreta»: el coraje —rabia e indignación que surgen ante la injusticia y el trato vejatorio— de no vivir arrodillado, de querer vivir lo más humanamente que puedas. Ya es bastante duro tener que soportar las inclemencias y accidentes de la existencia, ¡para que encima nos humillemos ante un psicópata!

Ahora bien, soy consciente de que estas personas son peligrosas. El coraje es la base en la que debe nacer el proyecto de liberación, de ahí que anteriormente escribiera una serie de puntos y precauciones que hay que considerar. En las páginas que siguen voy todavía a ser más concreto incluyendo una serie de precauciones y recomendaciones generales que se deben considerar en el trato diario con un psicópata, extraídas de la literatura especializada en el manejo de estos sujetos.

Primera recomendación. Nunca debes asumir que lo que muestra el psicópata es realmente lo que siente. Por ejemplo, lo normal es que asumas

que si va a ver a una sobrina de siete meses al hospital porque tiene leucemia es porque se preocupa por ella. Pero sabes que es difícil que tengan empatía, que se vean afectados por las emociones y sufrimientos de los demás. Otra estupenda mujer a la que atendí, culta y llena de vida (a pesar de todo), me relató la siguiente anécdota:

> Tenemos una sobrina de siete meses, que está la pobre terminal de leucemia, en la UVI del hospital. Cuando vuelve de verla, le pregunto: ¿Qué tal la niña? Su respuesta me dejó helada: «Está maja… y además, aquello parece una guardería, hay ambientillo, todas las madres están charlando animadamente». Cuando acaba de decirme esto, y yo le replico, asombrada: «¿No ves que en la UVI de pediatría sólo hay niños que están muy graves, muchos muriendo, y que esas madres sólo pueden tener el corazón destrozado?», él me vuelve a contestar: «Sí, sí… ¡pero había un ambientillo…!».

Segunda recomendación. Muchos psicópatas tienen problemas incluso para entender bien su mundo emocional; tienen cambios drásticos de humor, son antojadizos e imprevisibles. Se pueden aburrir de forma permanente, y tener accesos de cólera gratuitos. Aprende a reconocer si la persona con la que estás tiene ese rasgo, y no busques en ti la causa de esos cambios. Una de sus tretas favoritas es «descolocarte» diciendo que «siempre metes la pata», «eres subnormal», etcétera, porque de ese modo alivian su irritación y obtienen el «deleite del desprecio». Reconoce y evita esa manipulación.

Tercera recomendación. Más sobre las emociones. Debido a que los psicópatas apenas poseen la capacidad de tener las emociones sociales (empatía, amor, vergüenza, culpa), no hay razón para esperar que puedan moderar su comportamiento violento apelando a ellas. Por otra parte, el psicópata sí es capaz de sentir cambios de humor, de su estado de ánimo, unas veces sintiéndose más alegre o triste, pesimista u optimista, colérico o tranquilo… en conjunción con sus expectativas y resultados de éxito o de fracaso. De esto se sigue que *en la medida en que puedas controlar su estado de ánimo, podrás influir en su comportamiento*.

Cuarta recomendación. Si no has ido muy lejos en la relación con él, ya sea en el ámbito de los afectos o del trabajo, una buena manera de proceder que dificultará mucho que te elija como víctima o que logre seducirte del todo es expresar siempre, de modo claro y contundente, tus ideas acerca de

las cosas que os relacionen. Por ejemplo, si el psicópata es tu colega y te llama para decirte cosas negativas de otro, debes replicar que «lo siento, pero no participo de esos comentarios a sus espaldas; las cosas hay que decirlas a la cara». Si tú eres una chica y escuchas que él menosprecia claramente a una antigua novia («se puso tan gorda que no podía entrar por la puerta»), tu respuesta ha de ser algo así como «creo que es una bajeza hablar así de alguien que durante un tiempo quisiste». *Cada vez que des muestra de tener integridad personal es una pequeña batalla que ganas en la prevención del ataque de un psicópata que quiere manipularte y seducirte*. Es posible, sin embargo, que dentro de una empresa un proceder así te ponga en su «lista negra», y seas uno de los primeros en ser atacados cuando consiga un mayor poder. Si esto ocurre es mejor estar en ese bando, que no en el bando de los seducidos, luego explotados y finalmente burlados. No vendas tu conciencia; luego siempre te saldrá muy cara esa operación.

Quinta recomendación. La investigación señala que el psicópata tiene una capacidad elevada de sentir cólera, pero también una gran capacidad para no mostrarla en el rostro o con los actos convencionales (chillar, por ejemplo) y ocultarla. No te fíes de las palabras amables o de los gestos de confianza; si vas ganando tu independencia poco a poco, o estás peleando por no perderla, nunca creas que «parece que ha comprendido». Guarda tus espaldas.

Sexta recomendación. Aprende a detectar el «ciclo de la manipulación», tal como lo expliqué en el capítulo 4, y no sucumbas en la desesperación; es ésta su arma más poderosa. Si logras no hundirte cada vez que él te someta a ese «tercer grado», tus opciones de salir psicológicamente indemne serán mucho mejores. Recuerda que el ciclo consiste en que se produce un ataque (físico o emocional), luego te da una explicación en la que tú eres quien lo provocó, y luego te anima a que no lo vuelvas a provocar, esto último seguido por diferentes posibilidades como disculparse «por haberse pasado», volver a explicar lo fabuloso/sa que eres, y que todo será fantástico, y otras variaciones. El resultado de la manipulación es que la víctima siente ansiedad o miedo, dependiendo de la situación o etapa en la que se encuentre, por perder su amor, por recibir nuevas palizas, porque

dañe a sus hijos, etcétera. Ese miedo y ansiedad refuerza el poder del psicópata, y le produce la satisfacción del «deleite del desprecio».

Séptima recomendación. Nunca olvides tu intuición, ni ese conocimiento producto de tu inteligencia y experiencia que hemos llamado «conocimiento tácito» o sabiduría. Escucha a tu cuerpo: busca ayuda si crees que estás en peligro, y no presentes batalla en una situación en la que él, si pierde el control, te tenga a su merced. Busca el mejor momento par dar los pasos necesarios. Recuerda la estrategia. Piensa.

Octava recomendación. No consideres que el comprender algo sea sinónimo de entender con plenitud su significado. Recuerda que el déficit fundamental del psicópata consiste en poder pensar con lógica, pero luego actuar de modo egocéntrico y dañino. Que él diga que «ve» lo que le dices no significa que lo vaya a poner en práctica.

Novena recomendación. Igualmente, que haya iniciado un cierto proceso que supone cambiar ciertas conductas no significa en modo alguno que vaya a seguir en ese intento. Puede que sólo quiera ganar tiempo, o presentar una mejor causa ante las autoridades (si hay denuncias pendientes). Sus buenas habilidades de relación pueden contribuir a engañar a determinadas personas, y hacer así más creíble su «cambio».

Décima recomendación. Acumula pruebas que puedas necesitar en caso de conflicto laboral, civil o penal. Hazte aconsejar por un experto.

Recomendaciones a las personas interesadas en trabajar o convivir con sujetos afectados de psicopatía «moderada»

No creo que debamos estar con un psicópata que alberga deseos de destrucción y control; mi interés en este libro está en que se detecte su presencia y se evite a toda costa la relación con él. Sin embargo, hay otros sujetos que presentan rasgos de psicopatía, pero no suponen un peligro absorbente para quien está con ellos; son «psicópatas moderados», gente sin muchos sentimientos, con una pobre conciencia, que en cambio se contentan con «ir a la suya» y vivir en su mundo, sin que se les moleste en exceso. O bien se trata de jóvenes que presentan algunos de estos rasgos,

pero su personalidad no se ha consolidado. Las páginas que siguen pretenden arrojar un poco de luz acerca de algunos requisitos para tratar con ellos, lo que no puede nunca sustituir el consejo de un experto, como es lógico.

Sentimientos de desesperación

En primer lugar, alguien que decide tratar con un psicópata «moderado» debe evitar el sentimiento de desesperación derivado de que las cosas no sean como desearía que fueran, en especial porque el avance es muy lento o casi —especialmente en algunas épocas— inapreciable. La relación con un psicópata es siempre una carrera de fondo; no se puede pretender que las cosas vayan como la seda. Se debe mirar a lo lejos, centrando las energías en lo que se pretende a largo plazo.

También se debe evitar una hipervigilancia para que no se sea manipulado, algo contraproducente porque se trata de un exceso de atención acerca de esta posibilidad, y cuando el temor ante algo pasa el límite de lo funcional, el recurso se convierte en parte del problema.

Finalmente, debemos señalar como algo dañino un sentimiento de fracaso e inadecuación personal por no lograr las metas que uno se propone cuando se relaciona con alguien así. Bien al contrario, nunca podemos juzgarnos por lo que él o ella decida hacer; es vital para la salud mental recordar que sólo él tiene la responsabilidad de los actos que realiza (salvo que exista negligencia obvia o comportamiento claramente de abuso por nuestra parte).

Deseos de devolver el golpe

No tiene sentido entrar en un «intercambio de golpes» si lo que pretendes es seguir compartiendo tu vida con una persona afectada de este trastorno. La batalla de voluntades no le va a enseñar nada, y más bien muestra la lección de que todo se trata de un asunto de tener más fuerza.

Una cosa es que dispongas de límites y principios que hay que conservar, y que no aceptas que se incumplan, y otra que trates siempre de contraponer tus deseos a los suyos. Por ello mismo las acciones de castigo que no obedecen a pautas bien establecidas, que previamente se han explicado y consensuado —si cabe—, están desaconsejadas. El castigo en el psicópata ha de entenderse como pérdida de privilegios que a él le gustaría disponer o disfrutar (nuestra compañía para determinadas actividades; objetos, etcétera), y nunca como agresión física. Y ha de ser enfatizado que sus conductas determinan esos resultados; depende de él que las cosas sean tan agradables como sea posible.

Relaciones sobreprotectoras

No debemos dejar que nos seduzcan bajo el encanto aparente de sus progresos, porque quizás no sean reales. La alternativa no está en desconfiar siempre de modo obsesivo de todo, sino en buscar indicadores objetivos de ese progreso. Son ejemplos en la familia: ausencia de conductas negligentes con los hijos, o puntualidad a la hora de llegar al trabajo. En la escuela, ausencia de conductas perturbadoras o llevar las tareas hechas de casa.

Debido a que tratar con un psicópata consume tanto tiempo y energía, los padres o maridos y mujeres que estén dispuestos a ello han de buscar grupos o personas de apoyo que les orienten y les permitan tomarse un respiro.

No fundamentar nuestra estrategia de cambio en la discusión abstracta de principios morales

Es tentador, cuando hablamos con alguien que desafía las normas, incumple las promesas y causa problemas a los demás, hablar con él y convencerle de que esas cosas «no se pueden hacer». Y para los que creen que una buena discusión, «a fondo», diciendo «todas las verdades», puede obrar milagros, esa inclinación todavía es más acusada. Padres y maestros

de jóvenes con rasgos de psicopatía podrían pensar que incidir en las cuestiones morales sería una vía para cambiarlos.

Pero esto es perder el tiempo con sujetos que tienen rasgos importantes de psicopatía. Él o ella conoce las reglas, sabe —en un sentido de comprensión intelectual— la razón y fundamento de ellas. Ahí no está el problema. Hervey Cleckley ya lo escribió hace muchos años: «El psicópata no muestra defecto alguno cuando se trata de juzgar asuntos complejos, tales como los de naturaleza ética, moral, o de otro tipo». El problema está en el paso a la acción; ¡nunca como en los psicópatas se hace más verdad el viejo refrán de que no es lo mismo predicar que dar trigo! El psicópata puede abarrotar la iglesia predicando, pero luego, mientras los fieles se dedican a llenar el granero para dar el fruto de su trabajo a los necesitados —como exhortó en el altar— se entretiene seduciendo a la hija del alcalde en la sacristía…

Una segunda razón radica en lo que hemos aprendido en los últimos años acerca de las emociones y el funcionamiento del cerebro. Muy brevemente: sabemos que la conciencia es el resultado de guardar en nuestra memoria emociones asociadas a comportamientos prohibidos. Sentimos remordimientos por algo que hemos hecho porque ese acto «dispara» emociones negativas que han sido asociadas en nuestra infancia con esas conductas. Esas emociones se manifiestan mediante respuestas de nuestro cuerpo, y mediante sentimientos conscientes de vergüenza o culpa. Pero los psicópatas nunca establecieron esas conexiones: no llegaron a desarrollar una conciencia, quizás por problemas en su amígdala o en el lóbulo prefrontal; comparados con otros niños, que aprendieron a que determinadas conductas estaban asociadas con el temor de la reprensión o rechazo de sus padres, los psicópatas en su infancia no aprendieron a temer a nada o lo hicieron de modo muy deficiente, cuando eran reprendidos por sus padres. ¿Por qué? Porque parece que su cuerpo (y cerebro) tiene dificultades para sentir las emociones que nos vinculan a los demás, las emociones que hemos llamado sociales. ¿Cómo puedo desarrollar una conciencia si no temo perder la estima de mi madre?, ¿si no tengo empatía y por ello no puedo sentirme apesadumbrado al imaginar cómo se sentirá ella?

Lo anterior es otro argumento que desaconseja el razonamiento moral como método de reeducación de los psicópatas, porque los principios y reglas morales, para ser efectivos, han de asociarse a sentimientos, al mundo emocional. Yo respeto la norma «no robarás» porque no sólo la comprendo, sino que temo lo que pasaría conmigo y lo que sentirían y pensarían otras personas si fuera un ladrón. Y eso exige emociones, una conciencia que nos acompañe para lo bueno y para lo malo.

La meta prioritaria: lograr el autocontrol y prevenir las situaciones de riesgo de violencia

La recomendación de los expertos en el manejo de los psicópatas se orienta hacia la meta de que éstos aprendan autocontrol, y a prevenir situaciones donde tengan más probabilidades de sentirse atraídos por la violencia o el abandono de sus responsabilidades. El autocontrol supone que la persona es capaz de comportarse de un modo determinado en una cierta situación, cuando en realidad ella desea hacer otra cosa. Por ejemplo, en la fiesta desearíamos fumar un pitillo cuando estamos bebiendo, pero en su lugar mascamos chicle; esto es autocontrol, y también lo es acudir a determinados lugares si ahí sabemos que vamos a beber y perder el control.

Si vivimos o trabajamos con alguien que presenta rasgos de psicopatía hemos de establecer claramente normas que faciliten ese control personal, y todavía sería más útil acudir a un psicólogo para que favoreciera este proceso mediante la enseñanza de técnicas específicas. El autocontrol surge de que podemos hablar con nosotros mismos: «vamos —nos decimos—, no voy a fumar ahora después de un año sin hacerlo». Algunas personas con psicopatía pueden beneficiarse de una enseñanza en este sentido.

Se ha demostrado que las personas que realizan habitualmente conductas inadecuadas (abuso del alcohol, ausencia de la escuela o trabajo, ir a robar o destruir cosas, así como comportamientos violentos más graves) desarrollan rutinas de conducta diarias y tienden a cometer esos actos siguiendo determinados estados de ánimo y la presencia en situaciones concretas (por ejemplo, después de salir del trabajo o instituto, después de

consumir alcohol, después de que se ha tenido un tropiezo que ha sido frustrante, etcétera). Nuestro objetivo en este punto debe orientarse a que él aprenda a romper esos ciclos y rutinas; más que en discutir «por qué es un error y algo amoral hacer eso», es mejor señalar que tales actividades tienen un claro perjuicio para él porque tienen estas consecuencias concretas. La idea es que aprenda a identificar esas situaciones y las conductas (incluyendo instrucciones que pueda decirse a sí mismo) que le impidan perder el control.

Potenciar los recursos positivos del individuo

Finalmente, sería muy buena idea que un psicópata moderado pudiera sentirse *superior* haciendo cosas que no supongan daño o violencia hacia los demás. Artistas de todo el mundo esconden, en algunos casos, psicópatas integrados, personas que merced a su genio lograron la aprobación y aplauso que exigía su narcisismo. En ocasiones esos artistas revelaron su lado más oscuro y pudieron cometer actos de brutalidad que sólo un silencio interesado logró comprar. Artistas geniales como Andy Warhol o Picasso hicieron sufrir a mucha gente pero su arte logró que esos impulsos se canalizaran hacia algo productivo; obtuvieron el control y el dominio de sus ambientes porque fueron admirados y respetados.

Este mismo principio puede aplicarse a la relación con psicópatas moderados en la vida cotidiana: lograr que ellos se consideren por encima de los demás porque sepan hacer cosas no dañinas, cosas que sean valoradas socialmente, es una estrategia que siempre deberíamos perseguir.

CAPÍTULO 6

PSICÓPATAS, SOCIÓPATAS Y TERRORISTAS

¿Podemos esperar que los psicópatas puedan dejar de serlo? Este libro no puede ocuparse de esta cuestión porque requiere de muchas páginas de reflexión y análisis de investigaciones. Pero probablemente sea más importante la pregunta de si podemos evitar que niños que muestran síntomas propios de la psicopatía acaben por desarrollarla de modo pleno en su edad adulta, o si al menos seremos capaces de lograr que no se conviertan en seres violentos y explotadores de modo crónico e intenso.

Psicópatas, genética y ambiente

Los investigadores están de acuerdo en que la psicopatía tiene raíces biológicas, una predisposición que pasa por un sistema nervioso que no acaba de funcionar bien. Las hipótesis más importantes pasan por el lóbulo prefrontal y la amígdala. Así, en el caso del primero, un funcionamiento anómalo de esta parte central del neocórtex podría explicar su incapacidad para tomar decisiones razonables, por ser la zona prefrontal la encargada de deliberar y ejecutar los planes de actuación. Los estudios de Antonio Damasio con personas que han sufrido lesiones importantes en este lugar concreto muestran que pierden su «sensatez», se tornan abúlicos, irritables y parecen abandonar todo sentido de la ética. No observan, sin embargo,

deterioro alguno en su inteligencia, ni en su capacidad de analizar teóricamente las distintas situaciones. Tal y como decía Cleckley, es en la acción cuando se comprueba la profundidad de los efectos de esta lesión: son personas en las que no se puede confiar, su razonamiento lógico parece intacto, pero su comportamiento resulta impulsivo y es dirigido no por lo que el sujeto es capaz de explicar *a priori* lo que es más apropiado o se debería hacer, sino por aquello que le apetece, por su estado de ánimo, por un deseo de indulgencia y satisfacción inmediata de sus deseos.

Por su parte, la amígdala actuaría a modo de caja de resonancia de la emotividad; sería como un amplificador que procesaría los estímulos emocionales para que pudiéramos reconocerlos en los demás e identificarlos dentro de nosotros mismos. Así, la incapacidad para las emociones podría relacionarse con lo que se ha observado repetidas veces: que los psicópatas muestran una menor actividad en la amígdala izquierda, lo que también ayudaría a explicar que estos sujetos sientan menos miedo ante la presencia de estímulos amenazadores, y que tengan más dificultades para recordar la ansiedad o el temor que estén asociadas a experiencias negativas. ¿Por qué sería así? Porque tanto tener miedo ante una amenaza como aprender de la experiencia, buscando no volver a pasar por tragos que resultaron amargos, requiere que las emociones estén prestas para sacudir nuestro cuerpo (la ansiedad asociada a la memoria emocional), algo que sería más difícil o imposible para el psicópata, si su amígdala funcionara de modo defectuoso.

Los niños con estas deficiencias tendrían una predisposición innata o temperamental a convertirse en psicópatas. Sin embargo, no está claro en qué medida se hace necesario que el medio ambiente potencie esa tendencia a la psicopatía. Hay bastantes estudios que señalan que la crueldad y el maltrato forman parte del bagaje infantil de los psicópatas. Algunos de los asesinos en serie más conocidos de Estados Unidos fueron tratados de forma muy dura, con violencia y arbitrariedad, cuando eran niños. Los autores que destacan la existencia de malos tratos en los asesinos y psicópatas crueles explican que es la enfermedad mental y las lesiones producidas por el trato brutal lo que se esconde detrás del psicópata criminal.

Ahora bien, por otra parte no se ha demostrado que todos —o incluso la mayor parte— de los psicópatas encarcelados hayan sufrido malos tratos, ni hay rastro alguno de lesiones en sus cerebros. Su funcionamiento anómalo en el lóbulo prefrontal y en la amígdala no parece que descanse en una lesión; sólo comprobamos que no actúan como deberían hacerlo, quizá existieron microlesiones en algún momento del desarrollo, pero no lo podemos saber.

Como un medio de resolver esta cuestión, buena parte de los investigadores actuales concluyen que deberíamos distinguir dos tipos de psicópatas en función de su origen (fig. 6.1): el psicópata primario, psicópata «puro», o simplemente psicópata, sería aquel que nacería con una tendencia innata hacia la manipulación y explotación de los demás. Aquellos que nacieran con esa predisposición en un grado muy intenso no precisarían de un medio ambiente defectivo o insano para manifestar un comportamiento violento o cruel, su fuerza destructiva heredada sería tal que, más bien, sólo podría ser neutralizado mediante una educación y un control muy intensos, que «empujara» hacia el lado del autocontrol y la obediencia a las normas. Para estos psicópatas no serían suficientes un medio ambiente y una educación «normales» para evitar que se convirtieran en personas crueles o criminales. Éste podría ser el caso de delincuentes que sacudieron la conciencia de la opinión pública en España, como el estudiante de químicas Javier Rosado —el «asesino del rol» quien, con 19 años, mató de modo sádico a un humilde trabajador que esperaba tranquilamente el autobús que debía llevarle a casa—, José Rabadán —el asesino de la catana— o el mismo Joaquín Ferrándiz, estudiados en capítulos anteriores. En justicia, nadie podría culpar a sus familias por esas fechorías; en ellos se resume un afán de destrucción sistemática que no sabemos por qué surgió: su psicopatía no encuentra justificación en aspectos derivados de su medio de crianza o educación.

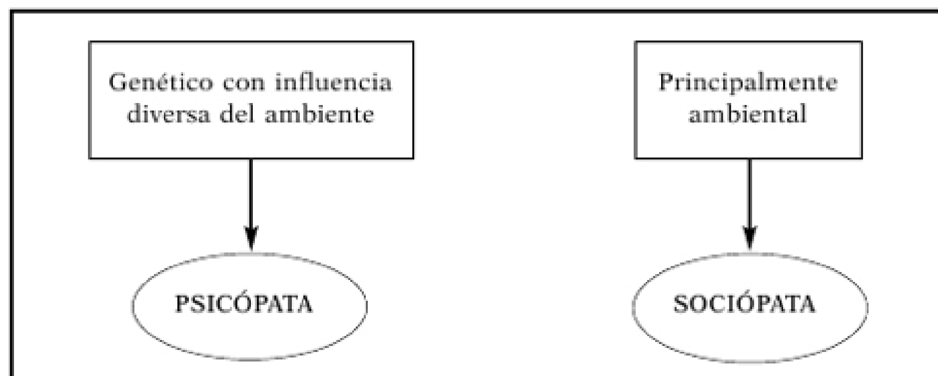


FIG. 6.1. *División de la psicopatía según su origen*.

En otros psicópatas la tendencia hacia la violencia puede ser menor, y es muy probable que un medio de crianza poco saludable alentara un potencial que ya estaba ahí: niños crueles en sus actos, delincuentes brutales en su infancia, como el que asesinó a Sandra Palo en compañía de otros, en uno de los hechos que más conmocionaron a la sociedad, y pusieron en cuestión la Ley de Menores aprobada hace pocos años. Sandra Palo murió el 16 de mayo de 2003. Un camionero encontró su cuerpo un día después en un polígono industrial de Leganés (Madrid). Había sido secuestrada y violada por cuatro jóvenes, tres de ellos menores de edad, que después la habían embestido y atropellado con el coche hasta casi matarla. Luego condujeron el automóvil robado hasta una gasolinera para comprar un euro de gasolina, regresaron al polígono, rociaron a la chica inconsciente y prendieron el fuego.

La importancia de la predisposición a la psicopatía viene dada por el hecho de que sólo muy pocos de los niños que sufren malos tratos y que crecen en zonas marginales de la sociedad son capaces de realizar actos de esta naturaleza. Para explicar tanta saña es preciso recurrir a la personalidad de los autores, y existe mucha investigación que es capaz de demostrar que los psicópatas criminales adultos ya se caracterizaban en su infancia por un conjunto de comportamientos que los diferenciaban del resto de los menores delincuentes.

Por otra parte, existen sujetos que no delinquirían reiteradamente si hubieran tenido otros estímulos, si sus padres les hubieran dado afecto y protección, si en sus calles hubiera habido algo más que hacer que imitar a

«camellos» y proxenetas. De igual modo, la mayoría de los terroristas no serían capaces de asesinar impunemente si no hubieran sido adoctrinados u orientados por su fracaso hacia esa forma de vida. A aquellas personas que son capaces de realizar actos psicopáticos sin que tengan una personalidad psicopática de nacimiento, sino que la han adquirido por brutalidad e ignorancia, los denominamos *sociópatas*, donde el prefijo «socio» revela que el origen se halla en la sociedad, no en el temperamento innato. Dado que debemos pensar que siempre hay una interacción entre ambiente y rasgos heredados, también los sociópatas disponen de aspectos de temperamento que les facilitan llegar a ser lo que son, pero en ellos estamos de acuerdo en que un ambiente radicalmente diferente hubiera cambiado mucho las cosas.

Mi opinión es que muchos de los llamados psicópatas integrados tienen ese origen fundamentalmente genético; al tener una buena educación y medios para estudiar, y debido a que su compulsión para la violencia no era abrumadora, estos sujetos han podido canalizar su personalidad hacia el ámbito privado, familiar y profesional. Los sujetos más ligeros en su tendencia psicopática mostrarán los rasgos más «benignos» de la psicopatía, tales como muchas dificultades para establecer relaciones emocionales plenas o ausencia de remordimientos. Los que hayan desarrollado los síntomas más «malignos», como una visión endiosada personal y un gran deseo de manipular junto a una profunda ausencia de empatía, tendrán más probabilidades de dañar emocionalmente —y físicamente, pero en determinadas ocasiones y de modo oculto— a sus allegados. Pero estos sujetos, a diferencia de los sociópatas y de los psicópatas criminales habrán aprendido virtudes como la paciencia para determinados casos y el autocontrol; cuando descargan su deseo de dominio de modo violento y brutal es porque saben que pueden hacerlo, como los dictadores que estudiamos anteriormente, mandos policiales o militares, empresarios protegidos por la organización y su despacho de abogados, y otros. Estos casos tienen un origen temperamental; su educación limita lo que en otros ambientes daría como resultado un delincuente reincidente y peligroso.

El caso de Dimitri

El caso de Dimitri muestra la profunda interacción que puede darse entre un ambiente de crianza muy deficiente y una personalidad orientada hacia la psicopatía. En este caso de niño adoptado por una mujer capaz y sensible y un hermano deseoso de dar cariño, nos tropezamos con varios hechos acerca de los cuales deberíamos reflexionar. Primero, la inmoralidad de personas e instituciones del antiguo bloque soviético que engañan y hacen su agosto a costa de ciudadanos europeos con voluntad para criar a niños huérfanos en el seno de sus familias. Segundo, la poca protección que ofrecen las instituciones españolas cuando tal cosa ocurre, cuando debiera ser su misión velar para que esos fraudes no se produzcan, porque no sólo se frustra la esperanza de la familia adoptante, sino que se la puede poner en grave peligro. Y tercero, la ausencia de respuesta que hoy en día existe en nuestro país para abordar los casos de menores con una personalidad proclive a la psicopatía.

Hace ya algunos años que atendí a la madre adoptante, Pilar; ella y su hijo biológico, Alfonso, están bien, pero esos años fueron duros. Su madre escribe los acontecimientos que aquí se relatan, con el deseo de que sirvan para otras familias. Voy a dejarle a ella la palabra, sólo enfatizaré algunas de sus afirmaciones; no puedo superar lo que ella escribe. El lector puede ejercitar su memoria de lo leído, y ver cómo en este relato se va dibujando, página a página, el nacimiento de muchos de los rasgos de los sujetos a los que hemos conocido en los distintos capítulos. Escribe a continuación Pilar:

> Dimitri fue adoptado por mí en el acto judicial que tuvo lugar en Moscú, el 30 de octubre de 1996, a través de una agencia de adopción supervisada por la Comunidad de Madrid. Conocí a Dimitri el 25 de octubre de 1996 en un orfanato de Moscú. La directora del orfanato, la psicóloga y la Dra. del Centro nos informaron de las características de nuestros futuros hijos en una reunión mantenida ese mismo día en el despacho de la directora, a las cuatro familias que viajamos desde Madrid. A mí se me informó entonces de que Dimitri no había estado escolarizado (iba a cumplir ocho años al cabo de un mes), hecho que me sorprendió, pues en la ficha de preasignación que yo había recibido en Madrid casi un año antes se decía que era buen estudiante, y, además, por edad tenía que estar ya escolarizado según las normas educativas rusas. Se me dijo que el niño era muy inmaduro y por eso sus cuidadoras habían considerado que no debía escolarizarse todavía. La psicóloga del Centro me dijo, en la misma reunión, que Dimitri era un niño sociable, cariñoso y deseoso de entrar en una familia. En todo momento se refirió a él como un niño normal y de buen carácter.

Durante cinco días estuvimos yendo al orfanato, y allí Dimitri se mostró cariñoso, me llamó «mamá» desde el primer momento, me daba la mano al pasear por el recinto del Centro. A través de la traductora, me aseguré en repetidas ocasiones de que él sabía que yo iba a adoptarle, y que a partir de ese momento él iba a ser mi hijo y hermano de Alfonso. Siempre se mostró contento y animoso. Naturalmente, supe que su actitud cariñosa y apegada no era totalmente sincera, pues apenas sabía nada de nosotros. Ya suponía que cualquier niño de orfanato muestra su mejor faceta con afán de agradar a la familia que le va a ofrecer una nueva vida.

Tras el juicio, cuando fuimos a recogerle definitivamente, Dimitri no quiso despedirse de nadie, ni siquiera de los niños de su «grupo» con los que había vivido durante los últimos años. No quise insistir en que se despidiera, y pensé que la frialdad de esos momentos podía ser valentía y una especie de «ajuste de cuentas» por las malas experiencias vividas allí. Durante el largo trayecto en coche hasta Moscú (unas 3 horas) Dimitri rechazó caricias y abrazos, que, en cambio, en el orfanato se había dejado prodigar y había correspondido. Esa actitud me pareció normal, achacable al nerviosismo que a él le suponía. Estuvimos dos días en Moscú, en los que yo tuve poco contacto con los niños, ocupada en gestionar documentación para volver a España.

Durante el vuelo a Madrid, Dimitri se mostró hosco y encarado, y tuve, por primer vez, que mostrarme autoritaria con él para que no corriera por los pasillos del avión, no tirara la bandeja de la cena al suelo o dejara de pedir coca-colas a las azafatas. Ya en Madrid, durante los dos primeros meses de convivencia, nuestra casa se convirtió en una pesadilla: Dimitri entró en ella con «botas de hierro», con una actitud nada dócil y muy provocadora. No mostró en ningún momento tener necesidades afectivas o sentirse inseguro (no lo ha mostrado hasta el día de hoy). Fue un cambio radical con respecto al niño que habíamos conocido en Rusia. Seguí considerándolo normal, ya era consciente de que su adaptación a su nueva vida no iba a ser fácil, pero, más que su rechazo afectivo hacia mí, me sorprendió su indiferencia y desprecio hacia Alfonso. Me propuse ir paso a paso: en primer lugar, conseguir hacerle ver que la autoridad la ostentaba yo, y que determinadas normas no las iba a pasar por alto. Tuvo que aprender a comer de todo, a no levantarse de la mesa, a seguir un horario… Sus malos modos y contestaciones eran constantes. En ocasiones tardó más de una hora en obedecer un mandato, del tipo «ahora ve a lavarte los dientes». Ponía los brazos en jarras y gritaba en ruso «¡no quiero!». Daba media vuelta y se disponía a hacer cualquier otra cosa. Yo le alzaba en volandas, volvía con él al lugar en que le había dado la orden, y se la repetía. Así hasta que contestaba «sí, mamá» por agotamiento. Al mes de estar con nosotros intentó darme un puñetazo en la cara. Estábamos en la barra de una cafetería esperando a alguien y, para hacer tiempo, le pedí que leyera un poco del libro de primeras lecturas que siempre llevábamos encima. Para entonces ya era capaz de leer pequeños textos de iniciación a la lectura. Por toda respuesta, alzó con fuerza el puño y tomó impulso. Le agarré la mano antes de que me pegara y le saqué en volandas del bar. Le di un bofetón que le dejó atónito. Nunca más me ha levantado la mano.

Solicité una entrevista con el psicólogo de la C.A.M. Vi desde el principio que Dimitri no respondía al razonamiento, a la explicación; sólo aceptaba mi autoridad si yo se la imponía. Muchas cosas me desconcertaban en él, y todas las achaqué a su dura vida pasada: no lloraba, no reía con espontaneidad (sí lo hacía de otros), parecía no sentir, me daba la impresión de que era «autista afectivo». Su ritmo de aprendizaje fue rapidísimo: no sabía contar más allá de diez en ruso, y ni siquiera escribir su nombre, pero en poco tiempo operaba, utilizaba todas los órdenes de unidades, aprendió a leer y escribir sin necesidad de comenzar desde el alfabeto; en muy poco tiempo empezó a pensar en español. Fue capaz de todo eso en contra

de su voluntad, pues nos costó infinitas «repeticiones» que dejara de tirar el lápiz al suelo o que no escondiera el cuaderno detrás de alguna estantería. En el colegio ocultaba todos sus progresos y cuando su profesora, incrédula, vio los trabajos que hacía en casa, reconoció que en el centro les estaba tomando el pelo. Dimitri mentía continuamente. En una ocasión, contó llorando a su profesora cómo un compañero de clase le había despreciado no invitándole a su fiesta de cumpleaños, cuando sí había invitado a Alfonso, que ni siquiera estaba en el mismo grupo. Resultó todo un embuste para que dicho compañero «pareciera malo»: ni siquiera era su cumpleaños. Su actitud en el colegio era muy mala y, tras una conversación con su profesora, en la que me dijo «*este niño parece más un animal que una persona*», decidí que sería mejor buscar otros colegios. Necesitaba que el ambiente escolar mejorase y sobre todo que tuviera un profesor que no tirase la toalla tan pronto. Encontré un colegio que, a mitad de curso, aceptó a los niños: era un colegio privado donde iban con uniforme. Aquello a Dimitri le encantó. Pero su actitud siguió siendo la misma: se peleaba, mentía, no trabajaba. Dimitri no ha llegado en estos dos cursos escolares a saber los nombres de sus compañeros. Siempre me ha parecido extraño. Creo que Dimitri tiene una percepción distorsionada de la realidad.

Sus emociones son fingidas, no entiende la compasión ni la empatía. Jamás acepta un error y cree ser perfecto. Estuvo mucho tiempo llamándose a sí mismo «Super Dimitri». Nunca siente gratitud y no tiene curiosidad por el entorno. Parece vivir fuera del mundo. Su modo de relacionarse parte del engaño, siempre buscando «parecer» o «que parezca». Establece una relación incoherente entre el estímulo y la respuesta en situaciones de la vida cotidiana. Durante la temporada de esquí del 96 (Navidades y Semana Blanca) fuimos a esquiar a los pirineos. Dimitri es un niño tremendamente dotado para los deportes, y en pocos días podíamos esquiar en pistas de cierta dificultad. El bajaba gritando a pleno plumón («¡soy Super Dimitri!») y casi siempre llegaba el primero. En una subida en telesilla hizo la «gracia» de tirar uno de sus bastones (acabábamos de ver cómo al hijo de unos amigos se le había caído un guante y habíamos tenido que salirnos de pista para recogerlo; aquello le gustó a Dimitri y quiso ser él el protagonista), pero, con tan mala fortuna que lo hizo en una zona de muy difícil acceso y de nieve virgen, de modo que perdió su bastón. Con uno sólo no podía darse tanto impulso, y empezó a quedarse rezagado en la bajada. Yo abandoné al grupo para esperarlo. A las dos horas tenía movilizados a los servicios de emergencia de las pistas. Dimitri había decidido «fastidiarnos» haciéndonos esperar mucho porque no podía esquiar más rápido que nosotros. Le aclaré que en la montaña no se hacen esas majaderías, y le aseguré que tardaría mucho en volver a esquiar.

No soporta perder; no ha querido participar en un circuito de *cross* organizado por el colegio por miedo a no ser el ganador. No se pone las espaldillas ortopédicas que el traumatólogo le ha mandado para corregir su desviación de espalda, porque «tiene la espalda muy bien» (a mí me ha cansado buscando los tirantes por los escondrijos más inverosímiles). No admite tener alguna imperfección física.

Me acusa de malos tratos

Al poco de empezar el nuevo curso escolar (septiembre del 97) Dimitri me acusa en el nuevo colegio de malos tratos. Le va dando a su profesora pequeñas dosis de «información» a lo largo de varios días. Mientras, su actitud no muestra ningún cambio, excepto en cuanto al rendimiento escolar: los primeros días de curso recibimos ambos la enhorabuena por parte de

la profesora por la excelente preparación académica que muestra Dimitri, para el que prevé un curso sin muchas dificultades. Dentro de ese contexto, resulta aún más extraña su acusación contra mí. De forma paralela, baja estrepitosamente su rendimiento: deja de hacer los deberes, hace el tonto en clase, empieza a estar castigado durante los recreos… Le dice a su profesora que no le mande trabajo, pues yo en casa le maltrato si viene con deberes. Cuando tengo conocimiento de todo eso, le hablo a Dimitri de la inmensa tristeza y decepción que su acción me producen. Él me cuenta cómo, de forma plenamente consciente, ha ido tramando su ataque hacia mí: sabe que a las madres que tratan mal a sus hijos las meten en la cárcel y que viene «alguien» y les quitan los hijos. Sus padres biológicos fueron privados de la patria potestad de Dimitri, él sabe de qué está hablando. Conmigo en la cárcel, a él le mandarían a otra familia. Lo que ocurriera con Alfonso no le importa. Esto lo dice después de casi un año de formar parte de nuestra familia. No encuentro la forma de encajar este golpe. ¿Por qué? Pero antes, ¿de verdad él cree que está siendo maltratado y nos odia hasta ese punto? ¿Cómo se me ha podido pasar por alto algo tan sumamente grave? Paso días dedicada a sonsacarle toda la información que pueda. Con mucho menos esfuerzo del previsto, me va contando que sí, que nosotros somos buenos, que yo no le trato mal, que le he enseñado muchas cosas, que no ve diferencias de trato entre Alfonso y él, que todo lo que ha dicho en el colegio es mentira. *Pero que es la única forma de conseguir otra familia*. Yo no tenía ni idea de que deseara otra familia. ¿Por qué? «Sois buenos; pero no me gustáis. Sois pobres y yo vine a España para ser rico». Me dice que, aparte de nuestra «pobreza», no tenemos nada malo. Bueno, es cierto, yo le regaño, pero sólo cuando hace algo malo. He sido buena con él porque le he dado comida. (Casi un año entre nosotros y ahora veo que es un completo extraño, no ha creado ni le ha llegado el más mínimo lazo afectivo con nadie). ¿Y Alfonso? Es tu hermano, ¿tampoco te gusta? Su respuesta es categórica: no.

Conoce perfectamente las consecuencias que pueden acarrear su acusación, y manifiesta que eso a él no le importa. Y me dice que va a conseguir su propósito: «Voy a seguir así. *Voy a destrozar a vuestra familia hasta que consiga irme a vivir con una familia de ricos*». Me cuenta cómo nos mintió ya desde Rusia, cuando contestaba a mis preguntas asegurando que quería que fuéramos su familia. Ya entonces sabía que mentía, pero tenía que «parecernos bueno» para poder salir de allí. Nosotros fuimos solamente un billete de salida hacia España. Nunca le ha interesado tener una familia, pero es pequeño y no tiene otra forma de vivir. Insiste en que somos pobres, pero no sabe definirme cómo es una familia rica. Dice que no conoce a ninguna, todos nuestros amigos son «pobres» o «normales». Aunque me resulta vergonzante hacer un repaso de nuestras «riquezas», le voy recordando nuestras estancias en la casa familiar que tenemos en los Pirineos, el verano en la playa, las clases de tenis y natación, la calidad de vida que ha disfrutado con nosotros. No consigo hacerle relacionar estos datos con su obsesión, sigue empeñado en que somos pobres y no le gustamos.

A mí me aterra que pueda decir todo esto delante de Alfonso, pero al cabo de unos días lo hace. Alfonso reacciona con estupor, dolor y llanto. No entiende por qué de pronto su hermano se quiere ir a vivir con otra familia rica, si nosotros no somos pobres y además eso es una tontería. Alfonso sufre por doble vía: se ve no querido por su hermano, con el que ha sido tremendamente generoso y humano, y por otra parte descubre que Dimitri miente acusándome de malos tratos y me quiere «destrozar». Ante él se encara, protector, y le espeta: «A mamá, tú no le haces esto, te sacamos del orfanato donde no tenías ni zapatos y ahora tú nos quieres destrozar. Dices que no nos quieres, pues yo sí te quiero porque eres mi hermano». A solas conmigo, se derrumba en llanto e insiste en que «tenemos que llevarlo a un médico para que lo cure porque seguro que tiene una enfermedad en la cabeza que no le deja pensar».

Nuestra vida se ha convertido en una pesadilla. Desde que Dimitri nos hizo partícipes de la idea de irse a una familia rica, he podido constatar que es para él una obsesión paralela a la de parecer bueno. Cuando, cansada ya de escuchar su desprecio a todas horas, creí convencerle de que aquello era una tontería, que él no podía ser adoptado por otra familia, él continuó con su actitud en el colegio. Propicié una reunión con la profesora y ante ella confesó que todo se lo había inventado, pero no se atrevió a argumentar las verdaderas razones: dijo que su intención fue darle pena y que así no le mandara trabajar. A partir de entonces su rendimiento escolar es catastrófico; procura ir desaliñado al colegio y ha estado unos días sin comer en casa para, según sus propias palabras, ponerse enfermo y que la profesora le tenga que llevar al médico y así vea que en casa yo no le cuido bien. Y otra vez lo mismo: a mí me llevarán a la cárcel, a él a una familia de ricos, etcétera.

No acaba de entenderme cuando le hablo de afectos. *Me dice que nunca ha querido a nadie, que no sabe si le quieren (en general) o si le queremos nosotros*. Comenta: «Pero creo que no, porque no soy bueno». Me dice, con una percepción totalmente absurda de la realidad, que él sí quiere a alguien, a sus dos hijos. Alguien en Rusia le dijo, examinándole las líneas de la mano, que tendría dos hijos. A ellos supone que los quiere (más bien que les va a querer cuando los tenga, le corrijo), y puede que a otras personas, pero aún no sabe a quiénes porque no las ha conocido. *Tampoco ha estado nunca triste*, y desde luego soy testigo de ello durante este año. No sabe muy bien qué es la tristeza, pero sabe «poner cara de triste» para dar pena a los demás. Fue otra de sus fórmulas en el colegio, pasear solo por el patio con «cara de triste» y ver cómo se le iban acercando los profesores que vigilaban el recreo. Ya no hizo falta preguntarle el porqué. Me dijo que en esos momentos él «no estaba de ninguna manera» (no sentía nada especial), pero que le salía muy bien «poner cara de triste» porque todos se lo creyeron.

A medida que iba transcurriendo el trimestre, las acusaciones en el colegio fueron dirigiéndose a Alfonso: decía a sus compañeros que su hermano no le dejaba usar sus juguetes porque él era adoptado. (Absolutamente falso, Alfonso se caracteriza por su gran generosidad). Alguna vez uno de esos niños se ha acercado a Alfonso para recriminarle su actitud, ante la sorpresa de éste. En otra ocasión, supimos por el mismo método, que Dimitri había dicho en clase que su hermano Alfonso decía que los trabajos de clase de Dimitri estaban mal corregidos por su profesora. Trabajos que, por supuesto, ni hemos visto en casa. Alfonso manifiesta en voz alta la convicción que yo callo: primero los ataques de Dimitri se centraban en mí; al ver que no conseguía «destrozarme» (no sabe hasta qué punto lo está consiguiendo), los ataques fueron derivando hacia Alfonso, por considerarle más débil o al menos más accesible a su manipulación.

Quiere parecer bueno

A partir de su acusación de malos tratos en el colegio he ido aprendiendo su modo de actuar que hasta entonces interpretaba con un baremo obviamente equivocado. Tuve que aprender a «entender su mente», tan diferente a la mía y a la del resto de la gente que conozco, tan ajena a la de otros niños. He ido dejando de explicarme sus reacciones desde un punto de vista lógico o infantil e incluso he ido desdeñando la idea, que me había acompañado desde un principio, de que me encontraba ante un caso duro de niño institucionalizado, que la mala suerte en la vida le hacía sentir rencor hacia todo y hacia todos

y que, como principal objetivo, tenía que conseguir que él se sintiera seguro en su nueva vida y desde ahí recomenzar su visión del mundo, e irse «reconstruyendo» como persona. Dimitri me fue mostrando una mente fría, segura, nada infantil *y un tremendo poder de manipulación*. Él no estaba sufriendo, nada de lo que hiciera obedecía a un impulso, no tenía rabietas ni expresiones de alegría, no lloraba. Parecía observar el mundo desde lejos y sin la menor intención de pertenecer a él. *De algún modo, para «aprenderle» a él tuve que «desaprenderme» a mí.* Conocerle únicamente desde la observación, partiendo de cero. A veces sentía que me estaba acercando a una forma de pensamiento que no pertenecía a la misma especie que el mío. Aparté mi propia experiencia, mi lógica y poco a poco empecé a dejarme «empapar» por él, desde el vacío. Supongo que, acertada o desacertada, ha sido la única forma que tenido de entenderle.

Ahora sé que le conozco e intuyo que él también lo sabe. Me cuenta cómo quiere «parecer bueno» y cómo antes también me lo quería parecer a mí, para que no le mandara de vuelta al orfanato. Ya no lo intenta con nosotros. Prácticamente no nos habla en casa y suele pasar el rato jugando solo en su cuarto. Cuando estamos viendo la TV, él lo hace de pie un par de pasos más atrás del quicio de la puerta y nos dice, si le preguntamos, que le molesta sentarse con nosotros en el sofá. Pero si tenemos visita, rápidamente cambia de actitud y, solícito, participa de la reunión general desde el mismo sofá que unos minutos antes no había querido ocupar. Eso a Alfonso le enfurece, sobre todo si la visita es algún amigo suyo que ha venido a pasar la tarde. Entonces Dimitri sabe ser encantador. Luego me aclara: «es que quiero parecerles bueno».

Los domingos por la mañana solemos ir a un parque cerca de casa. Es ya habitual en él ir por la calle andando a cierta distancia de nosotros y al llegar al parque alejarse varios metros sin mediar palabra y quedarse de pie bajo algún árbol. Según dice, lo hace porque está harto de nosotros y le molesta nuestra presencia. No lo dice con enfado, sino con una naturalidad que hace ya tiempo ha dejado de provocar mi estupor. En una de esas ocasiones yo había quedado en el parque con una amiga y su hijo, de la misma edad que los míos. Ellos accedieron al parque por la zona en que Dimitri se había parapetado (otra constante: siempre lo hace dándonos la espalda); fue él el primero en verles. Se unió a ellos, les saludó cariñosamente y les acompañó hasta nuestro banco. Pasó el resto de la mañana con todos nosotros, risueño y hablador. Incluso se mostró cariñoso con el perro, con el que no se muestra afectuoso estando nosotros solos. El perro le tiene verdadera aversión a causa de las patadas recibidas y de los «experimentos» de estrangulamiento que ha sufrido. Cuando nos despedimos y retornamos el camino a casa, Dimitri volvió a adoptar su actitud ausente. Otra vez había querido «parecerles bueno». Es ésta una expresión que aparece constantemente cuando hablo con él.

Cuando, tras su acusación de malos tratos le llevé a consulta del psiquiatra, salía de sus entrevistas diciéndome: «Mamá, hoy les he engañado muy bien». Yo intentaba hacerle ver que no podía mentirles, porque ellos nos iban a ayudar, y sólo podrían hacerlo si él les decía la verdad de lo que pensaba y sentía. Una tarde me contestó que si veían que él «no era un niño bueno» no le podrían ayudar, porque entonces no le buscarían una familia rica. Estaba convencido de que la ayuda que necesitábamos era únicamente la ayuda que él quería: que le mandaran a una familia «rica». Lo dijo con cierto desdén como si le aburriera mi torpeza al no ver algo tan evidente.

En el colegio también me ha hecho partícipe de su afán por parecer bueno en dos ocasiones, ambas más sociales que meramente académicas. En la primera, un compañero de su clase tuvo un grave accidente de tráfico. Todo el curso se volcó aportando una pequeña cantidad para comprarle regalos y llevárselos al hospital. También le escribieron cartas y le

hicieron dibujos. El único que no quiso colaborar fue Dimitri. Me dijo que no le importaba aquel niño, y que si estaba muy grave o si se moría no era su problema. Yo no podía salir de mi asombro, pues el niño hospitalizado se acercaba a Dimitri en el recreo y le invitaba a participar en sus juegos. Suponía que, al menos, Dimitri debía sentir cierto agradecimiento y amistad hacia él. Tras unos días en que no pudimos hacerle cambiar de opinión opté por obligarle a dar su aportación. Al llegar al colegio buscamos a su profesora y cuando Dimitri fue a darle el dinero se echó a llorar de modo desconsolado. Inmediatamente la profesora le abrazó y le habló con dulzura, recogió el dinero y le felicitó por su buena acción. Yo estaba atónita. Unos minutos antes nada hacía sospechar que Dimitri estuviera angustiado o avergonzado. Sólo le hice una pregunta: ¿Por qué había llorado de ese modo? El me sonrió abiertamente y contestó: «Así le doy pena a la profesora y no me va a castigar». Confieso que de no conocer la tremenda capacidad de manipulación y fingimiento de Dimitri, su llanto también me habría engañado a mí.

La otra ocasión escolar en que tuvo que «parecer bueno» fue con motivo de otra colecta, esta vez para la fiesta navideña. Alfonso llevaba días hablando del tema en clase, iban a jugar al amigo invisible y teníamos que comprar un regalo sorpresa. Dimitri mantenía su actitud de no sentirse interesado por participar. Esta vez decidí no obligarle. El día anterior al de la fiesta se me acercó rodeado de un corro de compañeros de clase: «Mamá, ¿me das dinero para la fiesta de Navidad?». Me hice a un lado con él y le pregunté por qué ahora sí quería el dinero. Me repitió la sempiterna frase: la profesora le había instado a participar y él tenía que «parecerle bueno». Esta vez no le di el dinero y a él no le importó: ya había parecido bueno al pedírmelo delante de sus compañeros y la mala era yo por no dárselo. De modo que, aun sin colaborar, participaría de la fiesta. Se alejó de mí tan campante.

La tarde de Nochebuena en la que Alfonso había ido a casa de un amigo, di un largo paseo con Dimitri. Estuvimos hablando largo y tendido. Cuando estamos los dos solos tiene momentos más comunicativos. A veces imita a Alfonso en gestos y costumbres. Alfonso gusta de colgarse los abrigos por la capucha, en forma de capa o de colocarse la bufanda como si fuera un gorro y Dimitri sólo lo hace a solas conmigo. Nunca le he hecho ningún comentario al respecto. Intuyo que cuando no está el hermano, Dimitri es más abierto precisamente porque intenta ocupar ese lugar vacío. Durante el paseo de Nochebuena volvió a salir el tema de la familia y de parecer bueno. La familia no le interesaba. Siendo un niño, no tenía otro modo de vida. Claro, les tendría que parecer bueno porque si no, no le adoptarían. Les tendría que engañar; ya sabía que para ellos sería «malo» el engaño, pero no le importaba. No se inmutó cuando le dije que si quería dinero lo podría ganar él mismo si estudiaba y luego trabajaba. Que pensara que, si engañaba a otra familia, les haría sufrir como a nosotros y que eso no era justo. «Bueno, pero eso a mí no me importa. Yo prefiero engañarles y tener dinero».

Este tipo de conversaciones las mantenemos sin ninguna tensión, mientras nos detenemos ante escaparates, interrumpidas por comentarios banales que nos suscite alguna visión callejera. Ante mí no necesita «parecer bueno». Yo, por mi parte, he aprendido a digerir el espanto que me producen.

La idea de matar

Durante el puente de la Constitución (diciembre del 97) y ante la imposibilidad de irnos a esquiar (después de la última experiencia en febrero en que tuve que movilizar a los servicios de emergencia de la estación de esquí, resultaba demasiado imprudente volver a esquiar), nos fuimos a pasar unos días a la costa de Granada. Salimos de viaje el viernes 3, ya oscurecido. Alfonso llevaba unos días algo indispuesto, con catarro y un poco de fiebre. Durante el viaje estuvo durmiendo en el coche. Dimitri dormitaba y salía del coche al parar en gasolineras o a tomar un café. La última parada para repostar fue a unos 90 km del destino. Bajamos ambos del coche y mientras yo echaba gasolina, él estiró las piernas. Alfonso continuaba dormido; tumbado en el asiento posterior del coche y tapado con la manta de viaje. Al volver a subir vi cómo Dimitri se sentaba directamente encima de la cabeza de Alfonso que, naturalmente, se despertó soltando un alarido. Yo le recriminé su actitud mientras arrancaba el motor y salía de la gasolinera. Él, por toda respuesta, me dijo que no tenía ojos en la espalda y que al sentarse en el coche no podía ver si había algo en el asiento, pues él miraba hacia adelante. Le dije que esa explicación me parecía una tontería y seguimos el viaje. Al llegar a Granada y descargar el coche, vi que la ventanilla trasera del lado de Dimitri estaba bajada cerca de un palmo. Le pregunté si había pasado calor por la calefacción del coche y me contestó que no. Mientras sacábamos el equipaje, me fue diciendo que él no había bajado la ventanilla, que no había querido hacer nada malo. Me sorprendió (yo no le había dado ninguna importancia al detalle) y alertó su forma de insistir. Acosté a Alfonso en la casa y le pedí a Dimitri que esperara un poco para hablar con él. Ya a solas, me dijo que, tras la última parada del viaje en que yo le había regañado, se enfadó conmigo y bajó la ventanilla girando la manivela con el pie para que yo no pudiera verlo por el retrovisor porque así entraría frío en el coche y como Alfonso estaba enfermo éste se moriría. También le destapó para que el frío le hiciera más efecto. Había visto en una película que la gente que está enferma, con frío, muere. Yo le escuchaba sin poder reaccionar de ninguna forma, tan horripilante me resultaba lo que estaba oyendo. Sólo pude pensar en controlar mi rodilla derecha que parecía desbocada en un tic rítmico en el que, tontamente, concentré toda mi atención. Ante una declaración así, tan atroz, tan sin sentido, sólo pude preguntarle: «¿Me estás diciendo que has intentado matar a Alfonso?». «Sí, porque es tu hijo y yo estaba enfadado contigo». Sentí pánico, desolación y náuseas.

Me aseguré de que Dimitri no pudiera entrar en la habitación donde dormí con Alfonso y a la mañana siguiente telefoneé a un matrimonio amigo en Granada para pedirles que se quedaran con Dimitri unos días. Él se quedó con ellos contento por la novedad, y durante su estancia en Granada no habló de nosotros.

El domingo 12 de diciembre (ese fin de semana Alfonso estaba con su padre), Dimitri y yo fuimos a comer fuera. El eligió el restaurante, no hubo ningún motivo de tensión, se portó bien y se distrajo con la conversación de los adultos. Al día siguiente me contó que, mientras volvíamos a casa en el coche, pensó que me iba a matar a mí porque ya estaba harto de vivir con nosotros y veía que matarme era la única manera de librarse de mí y conseguir una familia rica. Pero que aún no había pensado cómo hacerlo. Esta vez mi rodilla no se inmutó, le mandé a la ducha y seguí preparando la cena. Antes de acostarse le hice leer y ver las fotografías de un reportaje publicado en la prensa que conservaba en casa titulado «Rusia, el Gulag de los niños», en el que se mencionaba su orfanato y le pedí que reflexionara sobre qué era lo que Alfonso y yo habíamos hecho por él: le habíamos sacado de un orfanato donde vivía en malas condiciones, le habíamos alimentado, cuidado, querido, tratado como a uno más de la familia, con nosotros había aprendido todo lo que sabía, desde usar un inodoro o un tenedor hasta dar un revés con una raqueta de tenis o zambullirse de cabeza en una piscina, desde aprender a escribir su nombre a leer un libro. Él me miraba con sus espléndidos ojos, vacíos, inexpresivos.

La detección de la psicopatía en los niños

Pilar me devuelve ya la palabra. El caso de Dimitri ilustra de modo extremo la necesidad de que los responsables de la salud mental infantil dediquen parte de su tiempo a ocuparse de niños con una personalidad que muestra ya componentes esenciales de lo que en la vida adulta se diagnosticaría como una psicopatía. Por supuesto, como indiqué en el preámbulo al relato de Pilar, las agencias encargadas de adoptar a los niños provenientes del extranjero deberían velar para que no se engañara a los futuros padres (que quede claro que de ningún modo estoy afirmando que entre los niños del extranjero predominan los psicópatas), del mismo modo que hay que velar para que no «se cuelen» psicópatas entre la policía o la judicatura. La cuestión es que el caos y la corrupción existentes en esos países puede hacer más propicio ese engaño. Pilar tiene clara su opinión al respecto: «Dimitri cuenta cómo pegaba a su abuela, que le dejó en el orfanato. Dimitri era el pequeño de sus hermanos. Los otros dos continúan viviendo con la abuela. Sospecho que ésta decidió llevarle al orfanato porque ya entonces Dimitri mostraba un comportamiento anormal. Y tengo la certeza de que en el orfanato me lo ocultaron. No puedo dejar de pensar que tuvieron la sangre fría de ocultarme la verdad sobre Dimitri y darme en adopción a un niño que supone un peligro para nuestras vidas».

Por otra parte, la personalidad de Dimitri pudo reafirmarse —sobre la base de su genética— por el ambiente de miseria y dureza emocional que se encontraría en el orfanato. Pero lo cierto es que este niño —al que tuve la oportunidad de examinar— cumple a la perfección con todos los rasgos que cualifican al futuro psicópata: manipulador, obsesionado con su meta, sin empatía, sin emociones… Sólo su corta edad le permite explayarse con su nueva madre, pero es algo necesario, porque quiere obligarla a que le lleve a una «familia de ricos».

La mera conducta antisocial, aunque sea grave, no es un criterio de psicopatía entre los niños. Lo determinante es el conjunto de rasgos que definen a alguien como emocionalmente insensible, manipulador y con un gran egocentrismo, todo lo anterior teniendo como resultado que el chico desprecia a los otros y se complace en humillarlos y aprovecharse de ellos.

En la actualidad la escala de detección en niños (entre los 6 y los 11 años) de los rasgos propensos a la psicopatía en la edad adulta ha sido creada por Paul Frick y Robert Hare, y se denomina la *Escala para el cribado del desarrollo antisocial*. Existe el acuerdo entre los profesionales de no emplear el término «psicópata», salvo en círculos de investigación, cuando se gestiona la atención o tratamiento de un niño o preadolescente, dadas las connotaciones negativas que tiene para todo el mundo. Los rasgos y conductas que evalúa esa escala aparecen en la fig. 6.2. Aquellas cuestiones que se formulan en un sentido positivo, como por ejemplo el ítem número 7, «mantiene las promesas que hace», se entiende que se puntúan de forma negativa en el caso de los niños con tendencia a desarrollar una psicopatía en la edad adulta.

Las investigaciones todavía no permiten saber si esta prueba tiene éxito en la predicción de los psicópatas adultos. Hasta ahora sabemos que en edades superiores, con chicos de 16 a 18 años, ha sido posible medir rasgos de la psicopatía y demostrar que éstos se relacionan con una mayor delincuencia y violencia en la edad adulta, pero no en edades tan pequeñas como las que abarca la escala que estamos ahora considerando. Así pues, el valor que ahora tiene esta prueba es simplemente como instrumento de criba para realizar un análisis más en profundidad, y de ningún modo para adjudicar la etiqueta de «psicópata» a nadie.

	Totalmente falso	*Algunas veces verdadero*	*Siempre verdadero*
1. Culpabiliza a los otros de sus errores	TF	AV	SV
2. Participa en actividades ilegales	TF	AV	SV
3. Se preocupa por los resultados que obtiene en la escuela o trabajo	TF	AV	SV
4. Actúa sin pensar en las consecuencias	TF	AV	SV
5. Sus emociones parecen superficiales y poco verdaderas	TF	AV	SV
6. Miente fácilmente y con habilidad	TF	AV	SV
7. Mantiene las promesas que hace	TF	AV	SV
8. Alardea excesivamente sobre sus habilidades, proezas o posesiones	TF	AV	SV
9. Se aburre fácilmente	TF	AV	SV
10. Utiliza o manipula a las personas para conseguir lo que quiere	TF	AV	SV
11. Provoca a otras personas o se ríe de ellas	TF	AV	SV
12. Se siente mal o culpable cuando hace algo que no debería haber hecho	TF	AV	SV
13. Participa en actividades que entrañan riesgo o son peligrosas	TF	AV	SV
14. A veces puede ser encantador, pero de forma que parece poco sincero o superficial	TF	AV	SV
15. Se enfada en caso de corregírsele o ser castigado	TF	AV	SV
16. Piensa que es mejor que los otros	TF	AV	SV
17. No planifica lo que va a hacer o deja las cosas para el último minuto	TF	AV	SV
18. Se preocupa por los sentimientos de los otros	TF	AV	SV
19. No demuestra tener sentimientos o emociones	TF	AV	SV
20. Le gusta mantener los mismos amigos	TF	AV	SV

FIG. 6.2. *Los ítems de la Escala de Cribado para el desarrollo Antisocial, de Frick y Hare*. (Traducida por Teresa Silva, E. López y V. Garrido).

En estudios realizados en la actualidad hemos comprobado que niños infractores y jóvenes con problemas escolares importantes obtienen puntuaciones elevadas, pero queda por determinar si será útil para detectar a los futuros psicópatas. Es evidente que un niño como Dimitri obtendría la máxima puntuación o casi, ya que parece disponer de más autocontrol del que es habitual en otros niños. Dimitri parece más reposado, más tranquilo en espera de obtener lo que quiere, lo que nos produce, si cabe, una mayor inquietud.

Lo que quiero destacar aquí es que es muy urgente que los responsables de salud mental infantil impulsen la detección precoz de la psicopatía en unidades hospitalarias y en centros de atención a menores. Bienestar social, Sanidad y Educación han de coordinarse para hacer todo lo posible en estas tareas de prevención, porque estos chicos serán personas muy peligrosas cuando sean adultos si nada les empuja antes al control de sus deseos de dominio, a que hallen su lugar en el sol sin que se constituyan en la némesis de los que convivan con él en su época y en su tiempo.

Los terroristas y los psicópatas

El terrorismo islámico que estamos sufriendo, que todo Occidente se presta a sufrir, ha de entenderse como una siniestra Legión Extranjera, donde tienen cabida multitud de almas que, como en esa clásica organización militar, esperan hallar un mundo mejor, o al menos una razón para olvidar un profundo sentimiento de incompetencia y vacío, algo que pueda alimentar el afán desesperado de servir para algo.

No creo que este particular tipo de terrorismo se nutra de enfermos mentales, ni tan siquiera de psicópatas. En realidad, como analizo en mi libro *Contra la violencia*, los terroristas, a diferencia de aquéllos, pueden sentir amor y devoción por seres queridos o determinadas causas; no están separados tampoco del resto de nosotros como ocurre con los esquizofrénicos, por ejemplo, por graves errores de razonamiento y de percepción con respecto a la realidad. Su mundo sigue siendo el nuestro, de ahí que se entreguen cotidianamente a comerciar con sus vecinos, a acudir a clases para adultos o a compartir día tras día la vida ordinaria de los que le aceptan como uno más en su calle o barrio. Sólo cuando llega el momento de iniciar su *misión* es cuando esa normalidad ha de alterarse, porque lo exige la logística de sus planes macabros, y es entonces cuando vienen encuentros furtivos, viajes inesperados u otras actividades necesarias para asegurar el éxito de la empresa.

La expresión «célula dormida» es acertada, porque revela que la vida ordinaria es sólo hibernación, tiempo en espera de la *real*, cuando actúe su

ser profundo, el de terrorista.

Los psicópatas no tienen ideal ni causa, sólo los suyos, los que dicta su propio narcisismo y afán de dominio, pero como quiera que los que participan en grupos terroristas están deseosos de *no* hacerse grandes preguntas (por ejemplo: «¿Soy mejor musulmán si mato a 200 seres humanos?»), y de entregarse a algo que realmente les confiera identidad (soldado de Dios, nada menos), el terrorista psicópata no tendrá dificultades, si posee un buen autocontrol e inteligencia, para ocupar un cargo importante y vivir así una experiencia descomunal: tener el poder inmenso de la destrucción y el caos, amenazar pueblos o regiones, influir en la política internacional…

En el terrorismo occidental nos hemos encontrado habitualmente con tres tipos de miembros, con la salvedad lógica de todos esos casos que presentan rasgos mezclados, o mixtos, que siempre hay en toda clasificación psicológica: *el fracasado, el sádico y el dependiente*. Está primero el fracasado, el que difícilmente prosperará en una actividad convencional, por carencias educacionales y emocionales; alguien resentido o carente de lazos significativos con personas que puedan orientarle hacia la gratificación lograda con el esfuerzo y el calor de la amistad. Su «trabajo» de terrorista es su modo de integrarse socialmente. Si no fuera terrorista sería un delincuente de poca monta, o un toxicómano sin futuro. En segundo lugar tenemos *el sádico*: el sujeto que, por medio de la captación y la decisión favorable basada en la conveniencia personal, se dedica a vivir de la organización y a delinquir y matar; es un trabajo como cualquier otro, como un mafioso del terror; si no fuera por su pertenencia al terrorismo sería un delincuente peligroso, uno de esos que matan sin compasión cuando ello le permite robar un furgón blindado, por ejemplo. Tiene tendencias sádicas, no le gusta trabajar y se halla arropado por una organización que valora su falta de sensibilidad humana. Este sujeto puede tener rasgos del psicópata, pero no es fácil que lo sea en su pleno sentido, porque este terrorista precisa del secreto y de la disciplina para sobrevivir, y el psicópata es indisciplinado y errático, con un juicio mermado acerca de sus posibilidades reales de salir bien librado de un atolladero o encerrona. Este tipo de terrorista es más un sociópata que un psicópata. En tercer lugar

tenemos al sujeto *voluble y dependiente*, sin firmeza, deseoso de que alguien le reclute y le asigne algo que hacer y le distinga como un «tipo duro». Es una personalidad débil, y es la presa favorita de los voceros e ideólogos del terrorismo, éste es el que «se cree» de verdad que su patria está siendo ocupada o que el capitalismo morirá si logra que algunos ciudadanos de su país no lleguen a festejar el fin de año. Es el mejor candidato a la bomba humana, a dar gracias a Alá por permitirle hacer trizas unos cuantos seres humanos. El primero y el tercero son bastante estúpidos, en el sentido de la incapacidad para aplicar la inteligencia a la realidad cabal de las cosas; el segundo no quiere plantearse nada, porque le gusta llevar una pistola en el bolsillo y ser alguien temible. Es un sociópata porque en otro contexto sería un delincuente multirreincidente y violento, como hay tantos otros.

El terrorismo islámico tiene donde elegir, porque su reclamo va más allá de una patria concreta, no sólo anida en Yemen, Pakistán o Arabia sino que —dice— procede de la causa divina del Islam. Los intelectuales españoles que están corriendo para escribir que tal cosa es una perversión del mensaje contenido en el Corán no comprenden que esa manera de interpretar al Dios musulmán es mucho más auténtica para ellos, y que lo que importa es si la lectura interesada tiene una base mínimamente real que ofrecer al mundo. Y parece que existe esa base, a juzgar por el modo en que el Estado laico yace bajo las botas del fanatismo de la religión en esos países, en pleno siglo XXI.

Ésa es la imagen que creo real del terrorista árabe: alguien venido de mil confines —barrios míseros de Marruecos; madrazas de Afganistán; barrios residenciales de Arabia donde alguien predica la guerra santa— que se apunta a la Legión Extranjera del Terror como un modo de encontrar un lugar al sol, una razón que les confiera identidad y significado personal (el fracasado y el dependiente) o una cómoda existencia basada en el crimen y la vida al margen de la ley (el sádico). La falta de instrucción secular en todos esos países, el gran predicamento de lo religioso en la vida cotidiana, la miseria de muchas de sus gentes… todo eso facilita la lista de los aventureros de la muerte y de la bomba. Los psicópatas pueden hallar cobijo un tiempo bajo una de esas organizaciones, pero no prosperarán en su seno si no son capaces de mostrar gran astucia y control de sus impulsos

violentos; cuando lo logran, pueden llegar a ser temibles como líderes, porque disfrutarán de un enorme poder y de una nula empatía hacia sus víctimas.

Yo me pregunto si es posible acabar con este terrorismo mediante medidas económicas y sociales, de apoyo a la vida laica y próspera de esos pueblos, como tantos intelectuales del Islam se apresuran a escribir. Mi opinión es que esto, de poder ser verdad, tardará mucho en producirse. Hay tantos cientos de miles de personas en el mundo que pueden encontrar atractiva esta Legión Extranjera que, pienso, lo tenemos difícil en los próximos años. ¿Podemos impedir acaso que surjan cada año miles de fracasados y estúpidos? ¿Podemos detectar y anular a todos los sádicos y de espíritu mafioso que se desarrollen en mil puntos de la tierra de Mahoma? Me temo que no. Sólo cambiará las cosas una acción policial muy firme, permanente y apoyada por castigos ejemplares de sus gobiernos sobre las organizaciones terroristas que anidan en sus fronteras, juntamente con una acción preventiva del mensaje envenenado que se murmura en las esquinas, en los patios de los colegios… Habría que poder liberar de la oscuridad tantas mentes antes de que vean su futuro unido a esta Legión Extranjera del Terror.

EPÍLOGO

Hegel escribió una vez que «el conocimiento arriba siempre al atardecer, cuando todo ya ha sucedido, y sólo queda entonces la tarea de comprender cómo ha sucedido y qué sentido tiene».

En este libro he pretendido empujar en el sentido contrario. Me complace más la cita de otro filósofo, esta vez contemporáneo, el francés Comte-Sponville, cuando nos recuerda:

> Si quieres avanzar, decían los estoicos, has de saber adonde vas. La sabiduría es el fin: la vida es el fin, pero una vida más feliz y más lúcida: la felicidad es el fin, pero una felicidad vivida en la verdad.

«Una felicidad vivida en la verdad». El psicópata es pura mentira. ¿Cómo alcanzar la felicidad con alguien que busca su propio placer a costa de anular nuestra voluntad y llenarnos de caos?

Ya no resulta posible negar que podemos defendernos de los psicópatas, pero para esto hace falta voluntad de conocer, y coraje para no huir de la realidad por temor a que no se cumplan nuestros sueños. Los psicópatas escudriñan entre nuestros ideales, y fingen que los comparten para que los consideremos compañeros de viaje en esa empresa, que tan cara es a nuestras vidas. Mientras tanto, estudian nuestros puntos débiles y buscan el modo de ir haciendo más difícil que nos sintamos libres, que podamos esforzarnos para lograr desarrollar lo que somos: seres con principios morales, personas que sufrimos con nuestras lagunas pero que deseamos el perdón de los que nos quieren y el derecho a seguir intentándolo.

«No quisiera ver el mundo con los ojos de quien ha sido capaz de hacer esto», dijo Cristina Fanjul, la víctima que perdió sus ojos en la agresión brutal e incalificable de un sujeto cuyo nombre no quiero repetir aquí. Sí,

Cristina Fanjul dijo en pocas palabras lo que nos diferencia de ellos: somos humanos porque nos esforzamos en serlo, porque lamentamos el daño que hacemos, porque nos angustiamos ante la incertidumbre y buscamos dar un sentido a nuestra humilde existencia. Somos vulnerables y dependientes de muchas cosas y personas, pero también estamos dotados de corazón y coraje, algo que nunca poseerá el psicópata.

Hagamos lo posible para que no existan condiciones sociales que fomenten la psicopatía o la sociopatía, es éste un deber muy claro de una sociedad que comprende la altura de este desafío. Pero cada individuo vive en un tiempo y lugar, y su vida ha de orientarla para que dé frutos, para que al final de los días haya tenido un sentido, un proyecto que puede verse gravemente truncado si es víctima del acoso de un psicópata.

Es cierto que el psicópata busca «perfeccionar su ser», pero nada les exime de sus culpas. Como tampoco podemos olvidar la responsabilidad de los políticos y gestores organizacionales que se muestran descuidados y despreocupados acerca de las personas que contratan, muchas veces en cargos de gran responsabilidad. Pero, ya para terminar, quiero destacar esa parte de responsabilidad —que no de culpa— que está en nuestra mano, esa parte que podemos hacer, y que como padres podemos y debemos enseñar a nuestros hijos. Porque tenemos mucho que decir cuando se trata de vivir la vida de modo necio o sabio. ¿Cómo podría ser de otra forma? Sin negar las penurias culturales y sociales que han vivido —y todavía viven en muchos países— grupos numerosos de personas, niños y mujeres en particular, esa llamada a la responsabilidad individual para una prevención eficaz —imposible de otro modo— es una exigencia de todos los que quieren ayudar a disminuir la agresión de los violentos. Es en este sentido en el que podemos traer aquí a colación las palabras del escritor Sándor Marai, en la extraordinaria novela *El último encuentro*: «No es verdad que la fatalidad llegue ciega a nuestra vida, no. La fatalidad entra por la puerta que nosotros mismos hemos abierto, invitándola a pasar».

JÁVEA, *junio de 2004*

REFERENCIAS CITADAS

PRÓLOGO

La cita de Buda aparece en el libro de Gavin de Becker (1999), *Protecting the gift*. Nueva York, Random House, capítulo 4.

La cita de Descartes es del libro de Richard Watson (2003), *Descartes, el filósofo de la luz*. Barcelona, Ediciones B.

Las citas de Pinel y Pritchard aparecen en Millon, T., Simonsen, E., y Birket-Smith, M. (1998), «Historical conceptions of psychopathy in the United States and Europe», en Millon, T., Simonsen, E., BirketSmith, M. y Davis, R. D. (eds.), *Psychopathy, antisocial, criminal and violent behavior* (3-31). Nueva York, Guilford Press.

El libro de Eduardo Punset es *Adaptarse a la marea. La selección natural en los negocios*. Madrid, Espasa (2003).

Entre los autores que reconocen la existencia habitual de los psicópatas en el mundo de la familia y los negocios, ver José Luis González de Rivera (2002). *El maltrato psicológico*. Madrid, Espasa-Calpe, p. 33. Y el libro de Hirigoyen, Marie-France, *El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana*. Paidós, Barcelona (1999).

CAPÍTULO 1

«Lo que diferencia al psicópata de otros trastornos de personalidad es su sintomatología…». Véase Hare, R. (1993), *Without conscience*, Pocket

Books; y Cleckley, H. (1941/1976), *The mask of sanity*. St. Luis, Mostby. Otro libro clásico es W. McCord y J. McCord (1964), *The psychopath, An essay of the criminal mind*. Princeton, N.J., Van Nostrand; así como la obra más reciente de Reid, W. H., Dorr, D., Walker, J. y Bonner, III, J. (1986), *Unmasking the psychopath*. Nueva York, Norton.

La Escala para valorar la psicopatía. Ver Hart, S., Cox, D. y Hare, R. (1995), *The Hare Psychopathy Checklist, Screening Version*. North Tonawanda, Nueva York, Multihealth Systems.

Jáuregui, J. A. (2003). *La vida es juego. Estrategias para ganar y no perder*. Barcelona, Balacqva.

La carta de José Rabadán fue dirigida a la jueza y publicada en el periódico *La Verdad*, de Murcia, el 7 de noviembre de 2003.

Marlasca, M. y Rendueles, L. (2002), *Así son, así matan*. Madrid, Temas de Hoy, pp. 131 y ss.

El interrogatorio de José Rabadán en *El País*, de fecha 6 de abril de 2000.

La pregunta de Sabine Dardenne a Marc Dutroux, en *El País* de 20 de abril de 2004.

Uday intentó matar a su doble, *El País*, 2 de abril de 2003.

Detenidos siete jóvenes que grababan en vídeo sus agresiones a indigentes, *El País*, 2 de octubre de 2002.

La investigación de Alan Sokal con los intelectuales impostores; ver su libro junto a Jean Bricmont de 1998, *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós.

El caso de Romand fue el tema del libro *El Adversario*, de Emmanuel Carrera. Barcelona, Anagrama, 2000.

Cleckley, el gran psiquiatra que escribió el libro más importante sobre los psicópatas en el siglo XX. Ver *The mask of sanity*. St. Louis, Mostby.

Para el caso del jefe indio y otros muchos, ver el libro de Burton, S. (2002), *Impostores*. Barcelona, Alba editorial. Los dos casos de médicos impostores los presenté en mi libro del año 2000, *El Psicópata, un camaleón en la sociedad actual*. Alzira, Algar.

La búsqueda de la verdad en Descartes, ver el libro ya citado, *Descartes, el filósofo de la luz*.

Para el caso de Fernando Adalid he consultado los siguientes periódicos y ediciones, *ABC* del 12 de febrero de 2003; *El Periódico de Cataluña*, 12 y 14 de febrero; *Diario de Noticias*, del 12 de febrero; *El Mundo*, de 11 de febrero. *El País*, 5 de febrero.

El caso de Petrus Arcan, en la obra ya citada *Así son, así matan*, capítulo «Arcan, el monstruo que llegó del Este».

CAPÍTULO 2

Para el caso de Joaquín Ferrándiz, ver V. Garrido (2000), El perfil psicológico aplicado a la captura de asesinos en serie. El caso de J. F., *Anuario de Psicología Jurídica, 25-47*.

Oliver Saks, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. (Anagrama, 2002, or. 1985), pp. 112-113.

Berbell, C. (2003). *CSI. Casos reales españoles*. Madrid, La Esfera de los libros. Capítulo «Lo mató por inercia. El crimen del joyero descuartizado».

Marlasca, M. y Rendueles, L. (2004), *Mujeres letales. Historias de asesinas, policías y ladronas*. Madrid, Temas de Hoy, capítulo 3.

Murphy, J. M. (1976), «Psychiatric labeling in cross-cultural perspective, similar kinds of disturbed behavior appear to be labeled abnormal in diverse cultures», *Science, 191*, pp. 1019-1028.

El libro *Asesinas*, escrito por Cinzia Tani. Barcelona, Lumen (2003).

V. Garrido, *Contra la violencia*, *Las semillas del bien y del mal*. Alzira, Valencia, Editorial Algar, 2002. El caso de Ramón Arce apareció en el semanario de *El País*, en octubre de 2001.

La fantasía, en Carlos Castilla del Pino (2000), *Teoría de los sentimientos*. Barcelona, Tusquets.

El psicópata en la empresa, ver Babiak, P. (2000), «Psychopathic manipulation at work», en C. B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy*, pp. 287-312. Mahwah, Lawrence Earlbaum.

Los asesinos y violadores como adictos. Ver el capítulo de D. M. Greswell y C. Hollin (1997), «Addictions and múltiple murder, A

behavioural perspective», en John E. Hodge (ed.), *Addicted to crime*?, pp. 139-164. Chichester, Wiley.

Paula Zubiaur (2003), *Gritos silenciosos*. Barcelona, Maeva.

Todas las citas sobre Stalin provienen de la obra *Stalin y sus verdugos*, de Donald Rayfield. Madrid, Taurus (2003).

La entrevista con Inocencio Arias, en *ABC*, domingo 16 de mayo de 2004.

Sobre Sadam Husein, ver *El País* de 23 de febrero, 15, 21 y 28 de diciembre de 2003. También —en especial sobre sus hijos— el semanario *Time*, de 3 de junio de 2003. Sobre Milosevic, *El País* de 13 de octubre de 2002 y 17 de diciembre de 2003.

El texto de Harrington es *Psychopaths*, Nueva York, Simon y Schuster. La cita de Albert Speer está tomada de este libro.

El caso de Petrus Arcan, ver el libro ya citado *CSI, Casos reales españoles*.

Capítulo 3

Para el maquiavelismo y su relación con la psicopatía, ver Mealey, L. (1995), «The sociobiology of sociopathy, An integrated evolutionaty model», *Behavioral and Brain Sciences, 18*, 523-541.

El caso del asesino de Silvia y María Engracia, *El País*, 8 de mayo de 2004.

Parece lógico considerar a los sujetos altos en M como poseedores de un rasgo que también es muy importante en los psicópatas, especialmente en los integrados. Ver el libro de C. R. Bartol (1984), *Psychology and American law*, Wadsworth.

Como escribe Sara Burton, p. 292, del libro ya citado, *Impostores*.

La novela de Henning Mankel *La quinta mujer*, p. 264. Barcelona, Tusquets, colección quinteto (2002).

Cita de Martin Amis, novelista británico (autor de *la guerra contra el cliché*, en Anagrama, 2003). Entrevista para *El Cultural del Mundo*, 5 de noviembre de 2003.

El libro reciente que revisa las sólidas acusaciones de pederastia contra el fundador de los Legionarios de Cristo es *Wows of silence, The abuse of power in the papacy of John Paul II*, escrito por Jason Berry y Gerald Renner. Free Press.

Christie y Geis (1970) crearon la Escala de Maquiavelismo. Veáse su trabajo de 1970, *Studies in Machiavellianism*. Academic Press.

«Prometisteis que no la dejaríais sola», en *El País*, 3 de mayo de 2004.

El editorialista de un periódico nacional, sobre el caso de Alzira. Ver *El País*, 1 de mayo de 2004.

Los casos del juez Estivill y de los policías asesinos fueron comentados ampliamente en mi libro, V. Garrido, *El Psicópata, un camaleón en la sociedad actual*, Alzira, Algar (2000).

Las cartas que nos ha repartido la naturaleza. Ver la obra ya citada de Jáuregui, *Las reglas del juego*.

Esa incapacidad de prestar atención a otros estímulos una vez iniciada una conducta deseada se conoce como la teoría del déficit de modulación de los estímulos, y se comenta brevemente en la nota fin de capítulo n.º 1. Ver Wallace, J. F., Schmitt, W. A., Vitale, J. E. y Newman, J. P. (2000). «Experimental investigations of information-processing deficiencies in psychopaths, implications for diagnosis and treatment», en C. B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy*, pp. 87-110. Mahwah, Lawrence Earlbaum.

«Una vasta literatura psicológica sobre el estilo de vida positivo…», ver a modo de ejemplo el libro, *Resiliencia, descubriendo las propias fortalezas*, de Aldo Melillo y Elbio Suárez (2001). Barcelona, Paidós.

Los dos cerebros. Ver A. Damasio (2001), *La sensación de lo que ocurre*. Barcelona, Debate, y David Servan-Schreiber (2003), *Curación emocional*. Barcelona, Kairós.

Acerca de la intuición. Véase De Becker, G. (1999), *Protecting the gift*. Nueva York, Random House. Los comentarios sobre ella están basados en este libro.

La sabiduría en la filosofía, ver A. Comte-Sponville, *Invitación a la filosofía*. Barcelona, Paidós, capítulo 12.

Sobre la sabiduría y la sensatez, ver Stenberg, R. J. (2004), «What is wisdom and how can we develop it?», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences, 591*, 164-174. También, Sternberg, R. J. (2003), «Las personas inteligentes no son estúpidas, pero sin duda pueden ser tontas. La teoría del desequilibrio de la tontería», en R. J. Sternberg (ed.), *Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas*, pp. 283-295. Barcelona, Ares y Mares.

Moldoveanu y Langer, véase capítulo 10 del libro *Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas*.

La cita del filósofo Alain está tomada del libro de Comte-Sponville, *Invitación a la filosofía*.

CAPÍTULO 4

Los estudios sobre fingimiento de enfermedad mental en psicópatas, Gacono *et al.* (1995), «A Clinical investigation of malingering in psychopathy in hospitalized NGRI patients», *Bulletin of the American Academy of Psychiatry and law*, vol. 23, pp. 387-397.

El estudio que comparó a psicópatas y no psicópatas en capacidad de engaño. Ver Rogers *et al*. (1998), «A comparision of forensic and nonforensic malingerers», *Law and Human Behavior*, vol. 18, pp. 543-552.

El libro de Damasio (2004) *Looking for Spinoza*. El trabajo que se menciona es el de Omán y Dolan.

La cita de Cleckley en *La máscara de la cordura*, p. 380.

El psicópata como alguien sin sentimiento de culpa o «sin conciencia» tiene múltiples referencias en la literatura: ver Hare, 1993; McCord y McCord, 1964; Meloy, 1988, ya citados.

La revisión de las emociones de los psicópatas sigue estos trabajos. El fundamental, además de *La máscara de la cordura*, es Steuerwald, B. L, y Kosson, D. S. (2000), «Emotional experiences of the psychopath», en C. B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy*, pp. 111-137. Mahwah, Lawrence Earlbaum.

En cambio, dos psiquiatras forenses, Yochelson y Samenow, opinan que el psicópata sufre una cólera extrema y persistente: ver *The criminal personality* (1976). Nueva York, Aronson.

El psicópata experimenta una ira genuina ante quien desafíe su idea de que él es alguien especial y con privilegios que sólo le pertenecen a él. Ver especialmente el libro de Melody, ya citado, *The psychopathic mind*.

La tragedia de la peluquera, Gregorio Morán para *La Vanguardia*, 11 de enero de 2003.

Otro gran estudioso de la psicopatía, J. Reid Meloy (1988). *The psychopathic mind*. New Jersey, Aronson.

Hay ciertos trabajos desarrollados en laboratorios, son los estudios de Patterson (1991) y Forth (1992). Citados en *Emotional experiences of the psychopath*.

La definición de placer como «un estado emocional que deriva de obtener y tener lo que deseamos y de sentirnos bien» se halla en Lazarus y Lazarus (1994), *Pasions and reason*. Nueva York, Oxford, Univ. Press.

Acerca del test de los ojos, consultar Richel, R. A., Mitchell, D. G. V., Newman, C., Leonard, A., Baron-Cohen, S. y Blair, J. R. (2003), «Theory of mind and psychopathy; can psychopathic individuals read the language of the eyes?», *Neuropsychologia, 41*, pp. 523-526.

Estudios que señalan la deficiencia del psicópata en la identificación de emociones faciales, ver Blair *et al*. (1997), «The psychopathic individual», *Psychophysiology, 34*, pp. 192-198. Sobre las emociones, ver también Patrick, C. J. (1994),«Emotion and psychopathy, Some starling new insights», *Psychophysiology, 31*, pp. 319-330.

Acerca de la mirada del psicópata, ver también Nora Rodríguez, en su libro *Mobbing, vencer el acoso moral*, p. 61. Barcelona, Planeta, 2002.

Las conductas de los psicópatas. Ver el capítulo de Kosson, D. S., Gacono, C. B. y Bodholt, R. (2000), «Assessing psychopathy. Interpersonal aspects and clinical interviewing», en, C. B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy*. Mahwah, Lawrence Earlbaum.

Un vecino mata a golpes a un policía local (*El País*, 8 de abril de 2003).

Para Herschel Prins, un prestigioso estudioso de las patologías forenses. Ver su artículo «W(h)ither psychopathic disorder? A view from the U. K.»,

*Psychology, Crime and the Law, 7 (*2001), pp. 89-103.

Acerca de la amígdala, ver el artículo ya citado, «Theory of mind and psychopathy; can psychopathic individuals read the language of the eyes?».

CAPÍTULO 5

La obra fundamental de P. D. MacLean es *A triune concept of the brain and behavior*. Toronto, University of Toronto Press (1973), pero su obra más popular es *The triune brian in evolution*. Nueva York, Plenum (1990).

La hipótesis del estado reptiliano, en el libro ya citado de Meloy, *The psychopathic mind*. Ver también V. Garrido (1994), «El psicópata como entidad psicológica y cultural», en, E. Echeburúa (director), *Personalidades violentas*, pp. 67-94. Madrid, Pirámide.

«En suma, en los actos del psicópata descubrimos con nitidez que son el resultado de un intento malévolo», ver Richards, Henry (1998), «Evil intent, Violence and disorders of the will», en Millon, T., Simonsen, E., Birket-Smith, M. y Davis, R. D. (eds.), *Psychopathy, antisocial, criminal and violent behavior* (69-94). Nueva York, Guilford Press.

La prevención de la psicopatía en la empresa, ver capítulo ya citado de Paul Babiak, «Psychopathic manipulation at work», p. 306.

Para manejo del riesgo de personas violentas, ver V. Garrido, *Psicópatas y otros delincuentes violentos*. Valencia, Tirant Lo Blanch (2003). También he tomado ideas importantes (en particular en el apartado «cara a cara con el psicópata») del libro de Donald W. Black (1999), *Bad boys, bad men, confronting antisocial personality disorder*. Nueva York, Oxford University Press.

Acerca de la perseverancia en el ser, de acuerdo a Spinoza, ver el texto de Damasio ya citado *Looking for Spinoza*, pp. 12-13.

La cita a Ortega y Gasset es del texto, «*Por qué he escrito "El hombre a la defensiva"*», y la he tomado del libro ya citado de José Luis González de Rivera (2002), *El maltrato psicológico*. Madrid, Espasa-Calpe.

Las citas acerca de la moral en el mismo libro, *El maltrato psicológico*, p. 33 y ss.

¿Qué hay menos libre que un individuo constantemente asustado y amenazado? La idea es del filósofo Comte-Sponville, en su libro ya citado *Invitación a la filosofía*.

Las recomendaciones en el «cara a cara con un psicópata» se derivan de las investigaciones revisadas en el libro, en especial proceden del capítulo ya citado de Steuerwald, B. L, y Kosson, D. S. (2000), *Emotional experiences of the psychopath*, y de Hemphill, J. F., y Hart, S. D. (2002), «Motivating the unmotivated, Psychopathy, treatment and change», en M. McMurran (ed.), *Motivating offenders to change*, *A guide to enhancing engagement in therapy*, pp. 193-234. Chichester, Wiley.

La convivencia con psicópatas «moderados», ver la obra citada de Hemphill, J. F., y Hart, S. D. (2002), *Motivating the unmotivated, Psychopathy, treatment and change*, así como Wong, S. y Hare, R. (2003). *Program guidelines for the institutional treatment of violent psychopathic offenders*. Toronto, Multi-Health Systems.

CAPÍTULO 6

Las lesiones en el lóbulo frontal y los estudios de Damasio aparecen en su obra ya citada *Looking for Spinoza*. También están descritas en la obra de 1998, *El error de Descartes*. Barcelona, Crítica. También son obras importantes sobre esta cuestión el libro de Adrian Raine y J. Sanmartín, *Violencia y psicopatía*. Barcelona, Ariel (2000), y Raine, A. (1993), *The psychopathology of crime*. San Diego, Academic Press, pp. 65 y ss.

Acerca de la tesis de las lesiones cerebrales como causa de la psicopatía, ver H. Pincus (2003), *Instintos básicos. Por qué matan los asesinos*. Madrid, Oberón.

Para los niños con predisposición a la psicopatía, Moffitt, T. (1993). «Adolescence limited and life-course-persistent antisocial behavior, A developmental taxonomy», *Psychological Review, 100*, pp. 674-701; Lynam, D. R. (1996), «Early identification of chronic offenders, Who is the fledgling psychopath?», *Psychological Bulletin, 120*, pp. 209-234; Frick, P. J., Barry, C. T., y Bodin, S. D. (2000), «Applying the concept of

psychopathy to children, Implications for the assessment of antisocial youth», en Carl B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy, A practitioner's guide*, pp. 3-24. Mahwah, N.J.

La evidencia de la psicopatía en la infancia aparece en los trabajos anteriores. El siguiente presenta una revisión de la psicopatía en la adolescencia, Forth, A. E., y Mailloux, D. L. (2000), «Psychopathy in youth, What do we know?», en Carl B. Gacono (ed.), *The clinical and forensic assessment of psychopathy, A practitioner's guide*, pp. 25-54. Mahwah, N.J.

Para la división entre psicópatas y sociópatas, ver D. Lykken (2000), *Las personalidades antisociales*. Barcelona, Herder.

Para un libro sobre el tratamiento de psicópatas y otros sujetos violentos, ver V. Garrido (2003), *Psicópatas y otros delincuentes violentos*, ya citado.

Sobre la escala de Paul Frick y Robert Hare, ver Frick, P. y Hare, R. (2001), *Antisocial Process Screening Device*. Toronto, Multi-Health Systems.

Acerca de los estudios con La Escala para el cribado del desarrollo antisocial en España, ver Garrido, López y López, *The evaluation of psychopathy in youth*. Congreso «What Works in Criminology», París, 12-14 de mayo, 2002.

EPÍLOGO

«Hegel escribió una vez…», citado en Francesco Alberoni, *El misterio del enamoramiento*, p. 154. Barcelona, Gedisa (2004).

El libro de Sándor Marai, *El último encuentro* (2001). Editorial Salamandra, p. 151.



Vicente Garrido Genovés (Valencia, 9 de enero de 1958) es un criminólogo y psicólogo español. Graduado en Criminología en 1980 por el Instituto de Criminología de la Universidad Complutense de Madrid, publicó dos extraordinarias tesinas, una en 1982 titulada «Psicología y Tratamiento Penitenciario: una aproximación» y otra «Delincuencia y Sociedad», 1984, con la que se doctoró en Psicología por la Universidad de Valencia de la que es profesor asociado en Psicología Penal y de Educación Correccional. Completó sus estudios con un posgraduado en la Universidad de Ottawa (Canadá) en 1986. También es Profesor visitante desde 1991 de la Sociedad Británica de Psicología en la Universidad de Salford (Reino Unido).

En España fue asesor de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias así como del Servicio de Rehabilitación del departamento de Justicia de Cataluña en diversas ocasiones y formó parte de la Comisión que elaboró la Ley Reguladora de Responsabilidad Jurídica del Menor aprobada en 2000. Entre 1997 y 1999 ejerció de Consultor de Naciones

Unidas para la Prevención de la Delincuencia Juvenil en Latinoamérica, supervisando programas en Argentina, Chile, Costa Rica y Uruguay.

Autor de libros especializados y de referencia para expertos, así como de multitud de artículos en revistas de España, Reino Unido y EE.UU., entre los que se cuentan la Revista de Educación Correccional, el Anuario de la Educación Correccional, Comportamiento Penal y Salud Mental, Psicología, el Delito y La Ley, siendo miembro del consejo editorial de varias revistas en España y otros países. El Ministerio de Justicia español le concedió en 1999 la Cruz de San Raimundo de Peñafort, por «sus méritos en el desarrollo de una justicia más humana y eficaz».

Director de numerosas investigaciones sobre ámbitos muy diversos de la criminología, de la psicología de la delincuencia y de la educación correccional, en el análisis sobre diferentes ámbitos como el tratamiento penal de la conducta y la prevención de delitos juveniles y la eficacia de los programas correccionales. Actualmente investiga las conductas de acoso y violencia contra la mujer, colaborando con varios centros de atención a víctimas de mujeres en España.

Notas

[1] Grandes hombres de la cultura tenidos como faros de opinión especialmente en Europa, caso de Jacques Lacan, Gilles Deleuze o Jean Baudrillard. <<

[2] Aún está en espera de juicio cuando escribo estas líneas; la ley exige además que le concedamos la presunción de inocencia, a pesar de que haya confesado el crimen. <<

[3] El lóbulo frontal, especialmente su región prefrontal ventromedial, se orienta a detectar el significado emocional de estímulos más complejos, por ejemplo objetos y situaciones, naturales y aprendidos, que son apropiados para suscitar emociones sociales. Por ejemplo, la simpatía que evoca ver a una persona accidentada, o la pérdida que sentimos en forma de tristeza cuando muere alguien querido, exige la intervención de esta región. Y ella es igualmente importante cuando se trata de vivir experiencias emocionales asociadas a determinados estímulos, como una casa o un paisaje. La escuela de Damasio ha demostrado con sus estudios que las lesiones en esta zona alteraran la capacidad de sentir emociones sociales, así como de dar respuestas emocionales tales como perturbación, vergüenza, culpa o desesperación, lo que compromete muy seriamente la conducta social normal. <<

[4] Es decir, en términos de la nomenclatura de la escala de psicopatía de Robert Hare, los psicópatas organizacionales puntuaban alto en el factor 1, y obtenían puntuaciones moderadas en el factor 2. El perfil típico del psicópata industrial es factor I de 18 y factor II de 8 puntos, justo lo contrario que muestran los criminales psicópatas. <<

[5] Durante tiempo he pensado que Hitler no podía ser encuadrado como un psicópata típico, pero lecturas recientes parece que apoyan que, al menos, tuvo importantes rasgos propios de este trastorno. <<

[6] Agresores dependientes con celotipia, con personalidad límite y abuso de alcohol, etc. Consultar mi libro *Amores que matan: acoso y violencia contra las mujeres*. <<

[7] Este punto está basado en *la teoría de la modulación de la respuesta*, de Newman. En ella se establece que la capacidad disminuida que muestran los psicópatas para anticipar las consecuencias adversas de sus acciones y aprovecharse de sus experiencias pasadas son el producto de diferentes deficiencias cognitivas relacionadas, y no de distorsiones cognitivas. Uno de los déficit más relevantes es la modulación de la respuesta, el cual implica «cambios de atención breves y relativamente automáticos desde la organización e implementación de la conducta dirigida a un objetivo a la evaluación de la conducta que está llevando a cabo en ese momento». Se trata de una actividad automática, que no requiere de control consciente para su buen funcionamiento, y una de sus tareas más importantes es la iniciación del proceso de autoregulación. Los autores presentan la investigación que señala que: *a*) La dirección automática de la atención al estímulo o información ocurre menos rápidamente en los psicópatas, *b*) pero ello sólo cuando esa información *es periférica* a la conducta dirigida hacia la meta que está realizando, con el resultado de que tal información no va a llamar su atención. En suma, este déficit de atención es lo que constituye la incapacidad de los psicópatas para modular su respuesta, lo que impide que suspenda su conducta. Ello explicaría su obsesión y perseverancia en seguir con un comportamiento ya deseado. Ver en referencias bibliográficas el trabajo de Wallace, J. F. y otros, *Experimental investigations of information-processing deficiencies in psychopaths, implications for diagnosis and treatment*. <<

[8] Compartiría con los reptiles las señales de alarma ante el peligro, pero no las complejas emociones que se derivan de las relaciones sociales, puesto que el cerebro de los reptiles sólo sería una parte muy rudimentaria y previa del cerebro emocional. De hecho, como veremos en el capítulo 5, el cerebro de los reptiles es una estructura diferenciada, más primitiva que el cerebro límbico o emocional. <<

[9] Sternberg cambia el término de «conocimiento tácito», utilizado en su texto de 2003, por el de «la aplicación de la inteligencia y la experiencia», en su artículo publicado un año después en *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* (ver referencias del capítulo 3). Sin embargo, yo he preferido seguir usando esa expresión, ya que la considero más relevante para los propósitos de este capítulo. Por otra parte, en la definición de lo que es la sabiduría o sensatez falta una parte final, de modo tal que la definición completa es la siguiente, «la aplicación del conocimiento tácito en tanto que orientado por los valores del bien común, a través de un equilibrio entre los intereses (1) intrapersonales, (2) interpersonales y (3) extrapersonales, a corto y a largo plazo *para lograr un equilibrio entre (1) la adaptación a los ambientes actuales, (2) la modelación de los entornos ya existentes, y (3) la selección de nuevos ambientes*». He prescindido de esta última parte, señalada en cursiva, porque no es esencial para la comprensión del concepto de sabiduría que yo pretendo en este libro, y complica un poco las cosas para el lector medio. Del mismo modo, la definición posterior de «estupidez» ha de ampliarse con ese añadido, quedando como sigue, la adquisición o aplicación incorrecta del conocimiento tácito guiado por valores alejados del bien común, a través de un desequilibrio entre los intereses intrapersonales, interpersonales y extrapersonales, a corto y a largo plazo, *cuyo resultado es un fallo del equilibrio entre (1) la adaptación a los ambientes actuales, (2) la modelación de los entornos ya existentes, y (3) la selección de nuevos ambientes*.

Lo siguiente son ejemplos de estupidez en el caso del desequilibrio entre esos tres tipos de respuestas. Puede haber estupidez en una modelación del medio agresiva, como las guerras (Irak es ahora un buen ejemplo), o en la adaptación al medio existente, cuando es obvio que ese medio asfixia y perjudica a la persona (un matrimonio, por ejemplo). Finalmente, la selección del medio puede ser también inadecuada, como cuando un

hombre muy mayor decide contraer matrimonio con una chica mucho más joven que sólo pretende su estatus o dinero… (Sternberg, 2003). <<

[10] En inglés, «stupid» y «foolish», respectivamente. Estos términos aparecen en el capítulo escrito por Sternberg en el año 2003, *Smart people are not stupid, but they sure can be foolish*. (Hay traducción en español, cuya referencia aparece en el apartado de la bibliografía). El traductor de este capítulo del inglés emplea, sin embargo, la traducción de estúpido para «stupid» y de «tonto» para «foolish», pero a mi juicio en español la expresión «tonto» tiene un sentido de levedad, de algo nimio, que no hace justicia a los actos «tontos» que puede cometer quien carece de sensatez o sabiduría, mientras que, en cambio, «estúpido» tiene un sentido mucho más fuerte, mucho más próximo a lo insensato, que es lo que quiere significar aquí Sternberg. Nixon fue un estúpido en el Watergate, al poner en peligro las instituciones de su país en beneficio de su propio interés personal; no fue, simplemente, una «tontería», fue una insensatez. <<

[11] Dado que estas señales son corporales, Damasio define todas estas ideas como la hipótesis del «marcador somático», tal y como la desarrolló por vez primera en su famoso libro de 1994 *El error de Descartes*. De acuerdo a Damasio, los marcadores somáticos se crean en nuestros cerebros durante el proceso de socialización, mediante la conexión de estímulos específicos con clases de estados somáticos afectivos. Una vez formados, los marcadores somáticos facilitan la toma de decisiones y la regulación comportamental mediante su activación de los resultados con valencia positiva o negativa que han seguido a situaciones o respuestas particulares.

Hablando del aprendizaje de evitación de las experiencias de dolor y castigo, Damasio señaló que un marcador somático funciona como una señal de alarma automática que avisa a los individuos del peligro. De este modo, el psicópata es incapaz de usar el castigo o la recompensa para contribuir al «marcado automático» que permite la predicción de resultados futuros, mientras que el sujeto normal dispone de un proceso no consciente para formular eventos futuros o resultados para una situación dada. Lo que falla en el psicópata es la *formación y asociación de las asociaciones afectivas*. Éste puede ser el origen de la «pérdida específica de la intuición» de la que habla Cleckley en su listado de las 16 características típicas del psicópata. <<

[12] Por otra parte, sigue Damasio en su último libro, *En busca de Espinoza* (páginas 148 y siguientes), explicando que, al reconocer la importancia de las emociones inconscientes, podemos acabar con un mito, y es contraponer lo emocional a lo lógico o racional. Tanto Aristóteles como Spinoza pensaban que al menos algunas emociones eran racionales, algo que afirman los filósofos actuales Ronald de Sousa y Martha Nussbaum. En este contexto, «racional» no significa seguir un razonamiento lógico, sino más bien una asociación con acciones o resultados que son beneficiosos para el organismo que tiene esas emociones, las señales emocionales son «racionales» porque promueven conductas que podrían haber sido tomadas racionalmente. <<

[13] Sin embargo, la vergüenza y la culpa son estados emocionales complejos cuyo desarrollo depende en gran medida de los factores interpersonales y del desarrollo moral, y no tanto de una ausencia completa de emociones. Quizá los problemas que sufre el psicópata con la conciencia vengan de experiencias socializadoras nefastas, y no sólo de su dificultad para las emociones, «en resumen, quizás el psicópata tenga una capacidad mayor de lo que se cree para sentir experiencias emocionales», apuntan Steuerwald y Kosson (2000), p. 114. <<

[14] Yochelson y Samenow (1976) representan la excepción, para ellos el psicópata tiene muchas ansiedades y temores, pero teme parecer débil, por lo que emplea estrategias cognitivas para convertir el miedo en cólera (no está claro, sin embargo, en qué medida el psicópata de estos autores —al que llamaron «criminal personality»— coincide con el de Cleckley y Hare).
<<

[15] Para Meloy y su modelo psicodinámico la psicopatía es una variante agresiva del trastorno de personalidad narcisista (también Kernberg, 1975). Al igual que él, el psicópata tiene mecanismos de defensa primitivos, sentimientos excesivos de superioridad, obrar excelso y permisividad o tener derecho a privilegios que nadie más puede gozar. Sin embargo, a diferencia del narcisista, el psicópata tiene menos ansiedad, un peor desarrollo moral y es más deficiente en el control de los impulsos; de ahí que tenga más problemas en controlar la agresividad. Ver Kernberg, O., *Borderline conditions and pathological narcissism*. Nueva York, Aronson. <<

[16] «*The contemptuous delight serves the basic purpose of restoring the psychopath’s pride*». <<

[17] Meloy asegura: «Aunque no existe una investigación neuroanatómica o neurofisiológica que apoye una correlación entre la conducta psicopática y la prevalencia funcional del cerebro tipo reptiliano, los paralelismos conceptuales son chocantes. Formularé la hipótesis de que el término estado reptiliano describe la psicobiología funcional de ciertos caracteres psicopáticos primarios». <<

[18] Ni siquiera los más acreditados, como el MMPI, han probado ser eficaces en la detección del psicópata. La investigación revela una baja correlación entre las puntuaciones obtenidas en este test y criterios más objetivos de psicopatía, en especial la prueba PCL-R de Hare. <<

[19] «De acuerdo con Spinoza, los organismos se esfuerzan, necesariamente, en perseverar en su propio ser; tal esfuerzo necesario constituye su esencia real. Los organismos nacen con la capacidad de regular la vida, lo que permite la supervivencia. De igual modo, los organismos se esfuerzan por alcanzar una “mayor perfección” en su funcionamiento, lo que Spinoza iguala a la alegría. Todas esas luchas y tendencias son inconscientes», menciona Damasio en Looking for Spinoza (páginas 12-13). Spinoza es un antecedente de la arquitectura de la vida que desarrollarían dos siglos después William James, Claude Bernard y Sigmund Freud. Además, al negar que la naturaleza tuviera un diseño finalista, se alinea también con la idea evolucionista de Darwin. <<